This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

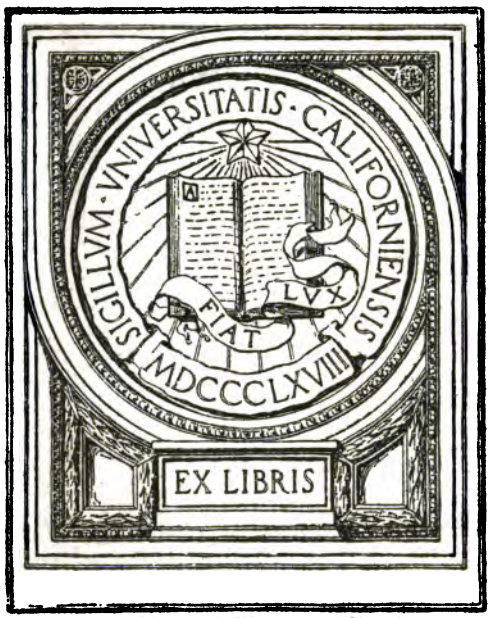
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

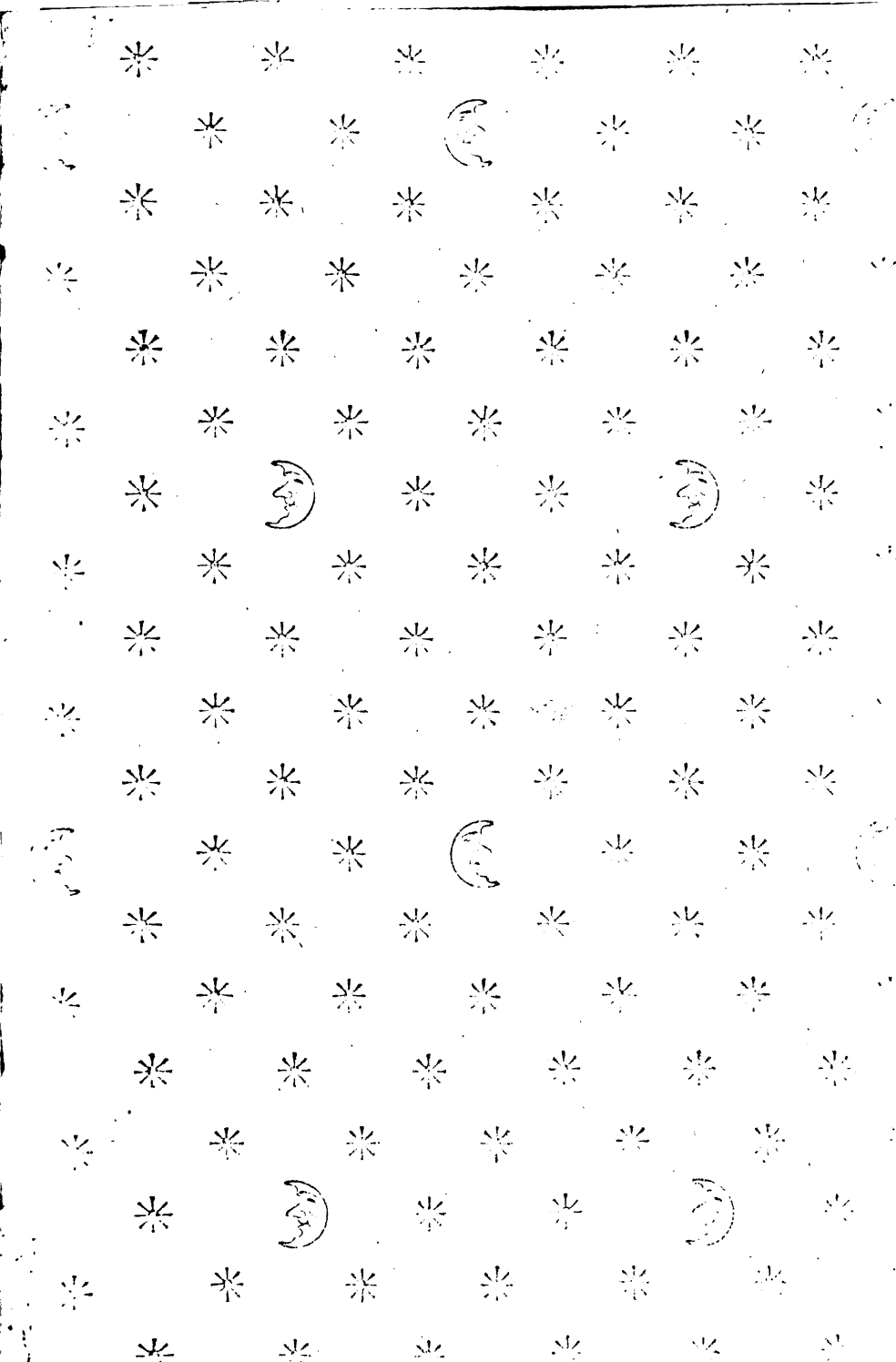
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 65 960

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



libr



UN LIBRO

PARA

LAS MADRES,

ESCRITO POR

MARIA DEL PILAR SINUÉS.

MADRID,
OFICINAS DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVII.

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 12/90

Es propiedad de los editores.

J. C. CEBRIÁN

Madrid, 1877.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA).
Duque de Osuna, 3.

Á MIS LECTORAS.

Este libro, mis queridas señoras, está dividido en dos partes; la primera son las *Memorias de una madre para su hija*, en las qué le enseña á conocer la vida, á distinguir los sueños bellos y engañosos de la fria, pero sana realidad: el saber sufrir es una de las grandes ciencias de la existencia, y eso es lo que esta madre enseña aquí; vosotras, madres tiernas y amorosas, aprenderéis en estas *Memorias* la direccion que debeis dar á las ilusiones de vuestras hijas, haciéndolas ver que en la vida hay más penas que placeres, y que todos los que lloran con humildad y resignacion son al fin consolados por nuestro Padre celestial.

La segunda parte de este libro es una coleccion de artículos sueltos, donde hallaréis como la teoría general de los deberes de madre, más bien en la parte moral que en la material; cuadros sueltos, ideas mias, reflexiones que las observaciones

339905

de cada dia me han sugerido, tal es lo que he reunido en esta especie de mosaico, que os ofrezco como una cariñosa amiga que soy vuestra.

Puede decirse que en España soy la única persona que se ha dedicado á escribir acerca de la educacion moral de la mujer; pero ¡con cuánto amor la mujer me lo ha recompensado! ¿Qué libro ha tenido una acogida tan brillante, tan entusiasta, tan admirable, tan afectuosa como mi obra *Un libro para las damas?* La primera edicion agotada con una rapidez de que no hay ejemplo en nuestra patria; la segunda, que casi lo está tambien, y las dos, vendidas en el término de algunos meses, son las mejores pruebas del amor con que aquella obra fué recibida; al género de *Un libro para las damas* pertenece la segunda parte de *Un libro para las madres.*

Que os haga pasar algunas horas tranquilas y apacibles su lectura, y que, reunido este libro á los demas que mi pluma ha producido, hagais de ellos vuestra biblioteca favorita, es lo que deseo, más que las más espléndidas recompensas. Sí, porque tengo la firme é inquebrantable conviccion de que, como decia la ilustre Mme. Campman, la sociedad mejorará en cuanto se eduquen las mujeres; el matrimonio será lazo de flores y no yugo de hierro, en cuanto nuestro sexo conozca sus deberes morales; y la paz y la alegría animarán el

hogar, en cuanto la madre y la esposa sepan dos cosas que parecen muy fáciles y que son tan penosas como precisas: *sufrir y esperar.*

Cuando venga la reaccion de las disolventes ideas que hoy amenazan el hogar y la familia, ya es probable que yo duerma en el sepulcro; pero sé que mi memoria hallará un eco en vuestros corazones, y que enseñaréis mi nombre á vuestras hijas con amor y gratitud; esos son los laureles que únicamente ambiciona vuestra amiga

LA AUTORA.

Madrid, 9 *de Enero de* 1877.

PARTE PRIMERA.

LA DICHA DE LA TIERRA.

MEMORIAS DE UNA MADRE PARA SU HIJA.

PRÓLOGO.

I.

Hace algunos años que, hallándome yo una noche sola en mi cuarto, me entraron un voluminoso rollo de papel atado con una cinta negra y sellado asimismo con lacre de luto.

En la parte superior venía escrito mi nombre.

Creyendo que serian originales para mi periódico *El Angel del Hogar*, rompí los sellos, y salió una carta que venía en primer término arrollada con un cuaderno de papel fino, pero bastante voluminoso.

—¿Quién ha traido esto? pregunté al criado que aguardaba.

—Un lacayo con librea de luto, me contestó.

—¿Espera todavía?

—No, señora; al abrir la puerta me lo entregó, y me dijo: «Para la señora»; luégo desapareció.

—¿Sin decir de parte de quién?

—Sin decir nada más.

Hice una señal al criado para que me dejára sola, y dirigí una mirada á la carta que tenía abierta; decia así:

II.

«Los adjuntos papeles, señora, son las Memorias de mi vida, que escribí y dediqué á mi hija, y que la entregué el dia mismo de su casamiento con el hombre que yo la habia elegido.

»Las leyó..... pero no ha podido aprovechar los consejos que yo la daba en ellas..... ¡una cruel enfermedad la arrebató á los cinco meses de casada!

»¡Señora, mi corazon está destrozado! he vuelto á recoger esas Memorias, pero no quiero conservarlas, porque la suerte y mi voluntad han ahondado en torno mio un vacío que sólo Dios puede llenar; ¡sólo á Dios veo en él, sólo á Dios quiero ver! ¡Todo lo que trata de mi vida pasada, de mis sueños de jóven, de mis esperanzas de madre, es muy doloroso para mi herido corazon!

»Hoy salgo para una casa de campo que he comprado léjos de la córte, únicamente acompañada de dos criados antiguos: la que fué nodriza y segunda madre de mi hija, y un anciano que fué ayuda de cámara de mi marido; el mundo ha concluido para mí.

»En él diviso aún una figura circundada de paz, rodeada de una blanca luz..... la de V., la de V., que se ocupa sin cesar de ofrecer á las jóvenes los dulces frutos de su pluma; las sanas máximas de la virtud. Hija mia,—porque por mi edad bien le puedo dar este dulce nom-

bre,—hija mia, yo la confio lo que escribí para mi hija; yo la confio mis sueños y las realidades que al fin de ellos he hallado; délos V. á luz, y la ahorrarán quizá algunas horas de trabajo, si los juzga dignos de figurar entre las bellas y aromadas flores de su moral y recreativa Biblioteca.

»Todas las obras de V. las tengo; de ésta, tal vez llegará un dia en que yo misma vaya á pedirla un ejemplar; pero eso será cuando esta dolorosa llaga de mi alma haya dejado de sangrar; entónces sabrá quién es una de las más desgraciadas mujeres del mundo, y tambien una de sus más fervorosas y apasionadas admiradoras.»

III.

Sentí deslizarse una lágrima por mis mejillas al acabar de leer esta carta, tan llena de tristeza y desaliento; evidentemente detras de aquellos renglones se ocultaba un gran dolor, una de esas penas que sólo la religion puede consolar.

Desdoblé el manuscrito, que era de papel fino y perfumado.

La forma de letra variaba segun adelantaban sus páginas; no se podia dudar al verlas de que se habian escrito en diferentes épocas y en el trascurso de algunos años.

—¿Quién sería la desgraciada señora, la infeliz madre que me enviaba la historia de su vida?

No podía saberlo; no era posible que yo lo adivinase.

Desistí de mis cavilaciones al cabo de algunos instantes.

Sólo podia sacar en limpio de mis conjeturas que la persona que habia escrito aquello pertenecia á la clase elevada de la sociedad.

¿Era culpable?

¿Era sólo desgraciada?

Mis lectores juzgarán, enterándose del elegante y perfumado manuscrito, que yo empecé á leer al instante, llena de emocion, de curiosidad y de enternecimimeto.

Á MI HIJA.

Para tí, mi querida Honorina; para tí, hija mia, escribo la historia de mi vida; ya has puesto el pié en el umbral que separa la infancia de la risueña juventud; hoy cumples quince años, hija mia; las puertas de la vida se abren para tí de par en par; las ilusiones, los sueños más bellos te cercarán por todas partes; la realidad, la dura y despiadada realidad, te herirá muchas veces en medio de ellos.

Quiero, pues, hija mia, no arrebatarte tus ilusiones; con tu alma tierna y poética esto sería hacerte mucho daño; pero deseo que sepas que la vida es prosa casi siempre, y que el mayor talento de la mujer consiste en poetizar esta prosa y en sacar de ella la parte bella y agradable, á la manera que la abeja saca de las flores sus jugos más exquisitos, para labrar la aromática miel.

Dios, padre indulgente y amoroso; Dios, sabio y eterno regulador del universo, sabe que así como el cuerpo no se alimenta sólo de pan, el espíritu no puede alimen-

tarse sólo de verdades amargas; por eso nos concede algunas dulces ficciones que nos ocultan la rudeza de nuestros deberes.

Él guie mi pluma para aconsejarte, para hacerte ver la santa y augusta verdad, para encaminar tu razon y esclarecer tu juicio; cada dia, al tomarla para continuar la tarea que te dedico, imploraré, como hoy lo he hecho, su favor y el auxilio de su divina Madre, fuente preciosa de toda belleza y poesía.

Es una verdad innegable que las penas comunicadas pierden mucho de su amargura: yo depositaré muchas en este papel, mudo confidente de mis dolores, y espero que su peso se aligerará, y que hasta los recuerdos que me atormentan cambiarán de carácter, dejándome, en vez de la afliccion presente, una apacible melancolía.

Verás aquí cuántas lágrimas inútiles he vertido en este mundo, lo que es tambien una culpa: sólo debemos llorar por lo que lo merece, pues el llanto es un bálsamo precioso, que no se debe derramar inútilmente.

Algunas cosas, que he creido grandes dolores, veo ahora que eran sólo miserias humanas, por las que se debe pasar con la vista fija en el cielo: espinas del camino que hieren los piés: mas ¿á qué gemir por esto? en todos los senderos de la vida corre murmurante y bello el claro arroyo de la resignacion cristiana que lava y cura las heridas.

Basta ya de reflexiones, mi Honorina: no quiero cansarte con ellas: vale más que se desprendan de los hechos que te voy á referir, de la historia de mi vida, de los sucesos, tristes los más, muy pocos felices, que for-

man esta cadena, cuyo más hermoso eslabon eres tú, hija de mi alma: tú, cuya felicidad me es tan cara, que sólo el afan de asegurarla, en cuanto esté de mi parte, me hace volver atras esta larga y triste mirada.

LIBRO PRIMERO.

I.

ELENA.

Cuando yo vi la luz, dejó de verla para siempre mi madre.

Yo le costé la vida; y mi padre, que la amaba con delirio, jamas pudo olvidarla ni perdonarme su muerte.

Yo fuí, sin embargo, la primera víctima de aquella catástrofe.

¿Qué hay en el mundo que pueda reemplazar á una madre?

Mi padre, el conde de los Valles, no podia darme más que lo que justamente me quitó: su amor y sus cuidados.

No es esto decir que me aborreciese; era bueno, humano, compasivo; pero aquel amor, el primero de su vida, habia dejado honda huella en su corazon.

No sé si por dicha ó por desgracia, fuí confiada, ó mejor dicho, fuí casi arrebatada de la casa paterna por la madre de mi madre, señora que merece un retrato detenido, hecho y visto con atencion.

Hija de un rico capitalista de la isla de Cuba, se habia casado con un banquero de la Habana, quedando muy jóven viuda, y sin más hija que mi madre, á la que adoraba con el más ciego frenesí.

Mi padre fué á la Habana con un alto cargo militar, pues á pesar de su título habia querido seguir la milicia: allí vió á mi madre, que entónces acababa de salir de la niñez: era tan hermosa que se enamoró perdidamente de ella, y la pidió por esposa, siéndole concedida al instante.

El jóven matrimonio se vino á la Península y á Madrid, y mi abuela, que no quiso separarse de su hija, los siguió.

Diez meses despues del matrimonio nací yo y murió mi madre.

La variacion del clima, y lo delicado de su temperamento, unido á lo penoso de su embarazo y á lo laborioso de su parto, le abrieron el sepulcro al cumplir diez y siete años.

Entónces pasó una cosa extraña y terrible en aquellos dos corazones que tanto la habian amado.

Mi abuela concibió por mi padre un ódio mortal.

Mi padre concibió por mí una aversion profunda.

Decia mi abuela, que si su hija no se hubiese casado, no hubiera muerto.

Decía mi padre que si yo no hubiera venido al mundo, mi pobre madre viviria.

Otra diferencia habia aún entre los sentimientos de entrambos.

Mi padre amaba á mi abuela porque era la madre de la esposa que tanto habia amado.

Mi abuela me adoraba á mí; llegando su delirio hasta creer ver en mí á su hija, á su querida Margarita, que se habia vuelto pequeña, bonita, encantadora, como ella la recordaba cuando tenía mi edad.

Se me puso el nombre de Valeria, por la razon que voy á decir.

Llamábase así una jóven compañera de pension de mi madre y su única amiga, á la que ésta amaba tiernamente.

Despues de casada mi madre, casó tambien su amiga y se fué con su esposo á los Estados-Unidos.

—Margarita, dijo á mi madre, llevo un gran dolor al separarme de tí, y es el de no tener en la pila bautismal al hijo que esperas.

—Yo te prometo, repuso mi madre abrazándola, que llevará tu nombre si es una niña.

Cumplióse esta promesa y me llamé Valeria.

Así que mi pobre madre pasó á una vida mejor, mi abuela se separó de mi padre, cuya vista le hacía daño, y se fué á vivir sola, más bien que á una casa, á un espléndido palacio lleno de criados y amueblado con la más extraordinaria suntuosidad.

Mi abuela no era una anciana: á la muerte de mi madre sólo tenía treinta y dos años, y era ademas una bella y simpática mujer.

Sabido es lo muy pronto que se desarrollan las americanas, y que se casan á la edad en que en la Península estamos todavía en los colegios.

Verdad es que en aquel caluroso clima envejecen más pronto; pero como mi abuela vino bajo el templado am-

biente de España, conservó largo tiempo su belleza, su frescura y sus gracias.

Tenía yo siete años cuando ella era, segun yo la recuerdo, un modelo de hermosura y de elegancia, ó más bien de magnificencia.

Se llamaba Elena, y Elena la llamaban sus aristocráticas amigas y la turba de adoradores que la rodeaba y la colmaba de homenajes.

Segun he oido contar, los primeros dias despues de la pérdida de mi madre los pasó en una absoluta soledad, dando gritos y vertiendo amargo llanto; pero despues, la soledad le pesaba de tal modo, y se puso tan desmejorada y tan triste, que hubo de recibir á sus más íntimas relaciones para no caer en la locura ó en alguna deplorable monomanía.

El primer sér viviente á quien quiso ver fué á mí.

Me llevó mi nodriza, y mi padre nos acompañó yendo todos en un coche cerrado á su casa.

Mi nodriza y tambien mi abuela me han contado despues los pormenores de aquella entrevista.

Mi abuela era extremada en todos sus afectos: era ademas exagerada en la manifestacion de ellos: así es que su palacio se hallaba colgado de negro y alfombrado del mismo sombrío color desde el patio hasta la última de las habitaciones.

Los lacayos estaban igualmente enlutados, y el portero de estrados, que nos introdujo, vestia completamente de negro.

La habitacion de mi abuela era suntuosa: despues de atravesar algunas antecámaras, llegamos á un aposento

pequeño, donde ella acostumbraba á estar, y que tenía el aspecto más lúgubre, porque ademas de estar colgado y tapizado de negro, se hallaba ménos que á media luz.

Mi padre quiso abrazar á la madre de su esposa; pero ésta le rechazó con un dolor frio y mudo y me tomó en sus brazos cubriéndome de besos y de lágrimas.

Luégo, y conservándome en sus brazos, hizo esfuerzos para tranquilizarse, y dijo á mi padre con voz insegura:

—Caballero, todo lazo ha concluido entre nosotros: su vista de V. renueva todos mis dolores: ninguna obligacion tenemos de vernos y de amarnos..... V. es jóven, libre... queda rico y dueño de su libertad... y para que en nada sea coartada, le suplico que me deje á esta niña, para la cual creerá V. sin esfuerzo que seré la mejor, la más tierna de las madres.

—Señora, repuso el Conde con acento triste y resentido: no puedo ménos de extrañar que ame á mi hija y me manifieste esa especie de aversion que estoy seguro de no haber merecido: ¿me acusa V. acaso de la muerte de la que lloro tan amargamente como V. misma?

—¡Como yo! repitió mi abuela con vehemencia. ¿Qué se atreve V. á decir, caballero? ¿Y quién puede llorar á Margarita como yo? Pero le suplico que dejemos esta cuestion. No quiero ni puedo ver á V., porque su presencia renueva todas mis penas.

—¿Y no le sucede lo mismo con la de mi hija?

—No... veo en ella el retrato de la que he perdido...

—Yo tambien.

—¡No! ¡V. no! recuerdo que cuando Margarita agonizaba, V. profirió palabras amargas contra esta pobre criatura!

—Es cierto, señora, la acusaba de la muerte de su madre: ¡si ella no hubiera venido al mundo...!

—Basta, señor Conde; repito á V. mi peticion: déjeme V. esta niña, cuya vista parece serle dolorosa.

—No puedo ceder, señora.

Mi abuela miró á mi padre con una cólera muda; pero contúvose pensando sin duda que nada adelantaria con la fuerza, y añadió:

—¿Podré verla al ménos cada dia?

Mi padre iba á responder de un modo negativo; pero reflexionando tal vez que mi abuela era inmensamente rica, se dominó en lo posible y respondió:

—Sí, señora, la enviaré todos los dias dos horas.

—Dejemela V., á contar desde hoy ese tiempo.

—Aquí queda, señora: soy de V. el más rendido servidor.

Mi abuela contestó con una inclinacion de cabeza.

Mi padre salió.

II.

EL CASAMIENTO.

Desde aquel dia, todos fuí á pasar dos horas con mí abuela, que eran comunmente de dos á cuatro de la tarde.

Era aquella una americana dulce, lánguida, mimosa, y tan coqueta que hasta su mismo dolor, así que hubo pasado su primera violencia, se revistió de un atractivo irresistible.

Sentia un afan insaciable de afectos y de homenajes; pero ella se cansaba muy pronto de conceder los suyos.

Siendo de una vida la más pura é irreprensible, estaba de contínuo rodeada de atenciones, que conquistaban fácilmente su gran belleza, su distinguido talento y su brillante posicion.

Se la llamaba en Madrid *la bella americana*, y así que el rigor de su luto le permitió antregarse á los mil caprichos de su fantasía verdaderamente tropical, sus trenes, sus joyas y su numerosa servidumbre fueron el asombro de la alta sociedad de la córte.

Elena era una mujer que conservaba las más cándidas y tambien las más extrañas ilusiones.

Para ella el matrimonio de conveniencia era una cosa horrible.

El afecto tibio, razonado y sujeto á la reflexion, una profanacion repugnante.

Era extremada en todo: en el amor, en la amistad, y particularmente en la caridad y en el ejercicio de todas las virtudes.

A pesar de sus hábitos de molicie, muchas veces dejaba su cómoda y suntuosa estancia y su bello palacio, para ir á pié y modestamente vestida á las buhardillas más pobres, á las habitaciones más miserables é insalubres.

Regularmente hacía esta excursion todos los sábados,

dia consagrado á la Vírgen, á la que Elena profesaba una tierna y amorosa devocion.

Acompañábala una negra, que habia venido con ella entre la numerosa servidumbre que habia traido de la Habana: aquella mujer, llamada María de Jesus, era ya de edad madura, pues habia sido la nodriza de mi abuela.

Cada sábado se levantaban las dos temprano: la señora daba á la criada una bolsa de terciopelo llena de monedas, y se disponian á salir juntas, vestidas de negro y envueltas en tupidas mantillas, cuyos velos caian delante del rostro.

Algunas veces decia la negra á su ama, mirando la bolsa.

—Niña Elena, aquí hay demasiado dinero.

—Tal vez no bastará, contestaba la jóven.

—¿Tantos pobres hay?

—Cada dia más.

—¡Es que vas á empobrecerte, niña mia!

—Dios da ciento por uno.

Salia despues, y mi jóven abuela dejaba socorridas muchas miserias y muchos dolores silenciosos é ignorados, que son los dolores más terribles.

De esta suerte pasaron cuatro años: yo iba cada dia á casa de mi abuela las dos horas ofrecidas.

A las cuatro, la nodriza me volvia á la de mi padre.

Se puede suponer que éste, viudo desde los veintiseis años, á los cuatro se hallaba cansado tanto del bullicio del mundo y de la facilidad de algunas conquistas que en aquel mismo bullicio encontraba, como de la sole-

dad que notaba en su casa, cuando se retiraba á ella.

Mucho habia amado á mi madre; pero habian pasado cuatro años desde que la habia perdido, y aunque conocia que no podia ni queria olvidarla jamas, se empezó á preguntar si deberia vivir sólo durante toda su vida.

Ademas, en su casa se dejaba sentir de un modo muy notable la falta de una mujer que la gobernase.

Dirigida únicamente por criados, los gastos eran inmensos, y el estado de todo deplorable, relativamente á aquéllos.

El ajuar, que era espléndido, se renovaba cada año sin lucimiento alguno.

Si mi padre deseaba convidar á comer á algunos amigos, tenía que llevarlos á una fonda, donde gastaba mucho más de lo que hubiera gastado en su casa, y no les obsequiaba de un modo digno y distinguido.

Todo esto empezó á hacerle pensar en la necesidad de casarse otra vez, y se dedicó á buscar una jóven bella, de ilustre familia y buena educacion, que le sirviese de compañera y empuñase con mano firme é inteligente el timon del gobierno en aquella casa, donde estaba todo abandonado tan completa y lastimosamente.

Fijóse al fin en una jóven de peregrina hermosura y de ilustre familia, si bien nada rica en bienes de fortuna.

Se llamaba Magdalena y habia cumplido los veintitres años de su edad, lo que pareció, segun he sabido despues, muy á propósito á mi padre, que habia cumplido treinta y no queria casarse ya con una niña.

He oido referir á mi abuela despues, que Magdalena,

desde que su matrimonio quedó decidido, se sintió herida de una tristeza profunda.

Amaba á otro; pero éste era un jóven, no sólo más pobre que ella en bienes de fortuna, sino de clase más humilde que la suya; por lo cual su madre, que era viuda y una señora en extremo orgullosa, la separó de él y aceptó el matrimonio con mi padre, el Conde de los Valles, á fin de romper para siempre los lazos y todas las esperanzas de aquel naciente amor.

Pocos dias ántes de casarse la jóven llamó á mi padre á su casa por medio de un billete.

Su madre habia salido, y ella le recibió en el salon.

—Me alegro mucho de hallar á V. sola, mi querida Magdalena, dijo mi padre; hace dias que deseaba una ocasion de hablar á V. con entera confianza, y le doy gracias por habérmela proporcionado.

La jóven inclinó la cabeza sin responder nada; parecia que hacía violentos esfuerzos para serenarse; al fin pudo conseguirlo, y se preparaba á contestar, pero mi padre no le dió tiempo, y añadió:

—Hace dias que la veo á V. triste, preocupada, devorada de pesar, y dominada completamente por una amarga melancolía; ¿qué tiene V.? ¿Que la sucede? ¿acaso se casa V. conmigo á disgusto?

—Sí, señor Conde, repuso la jóven con entereza; por mi gusto no me hubiera casado ni con V. ni con nadie.

—¿Y porqué esa oposicion al matrimonio?

—Porque el único hombre, con el cual me sería dulce y agradable, es imposible para mí.

—¿Y por qué razon?

—Es pobre y mi madre le rehusa; esto es lo que deseaba decir á V., señor conde; yo amo á otro hombre, y creo que su imágen no se borrará de mi alma; ya sabe V. el estado de mi corazon; si V. no quiere casarse así conmigo, renuncie á este enlace.

—Magdalena, repuso mi padre despues de algunos instantes de reflexion; si pudiera, renunciaria á V. y áun haria todo lo posible para unirla al hombre á quien ama.

Un relámpago de gozo brilló en las facciones de la jóven; mi padre añadió:

—Pero me es imposible; yo amo á V. apasionadamente, y tengo la seguridad de hacerla feliz.

—¡Feliz! repitió la jóven con amarga sonrisa; ¿cómo puedo ser feliz si ya sabe que amo á otro?

—Le olvidará V.

—¡Jamas! contestó la jóven.

—Tengo la esperanza de que sí.

—¡Señor conde, repuso Magdalena, eso, por desgracia, no sucederá.....! ¡V. no sabe cómo amo yo á ese hombre.....! ¡Le amo desde que supe sentir! ¡Él es el primero que hizo latir mi corazon y que murmuró á mi oido dulces palabras! ¡Él es el que, á través de mis sueños de niña, me hizo concebir las dulzuras de la vida en su compañía! ¡Oh, no! es imposible que yo le olvide jamas.

—Así amé yo, dijo el Conde; y sin embargo, ahora la amo á V. de otro modo más firme y mejor; amé á mi esposa con el primer amor, con un amor de niño lleno de ilusiones; á V. la amo con toda la firmeza, con toda la seguridad de la pasion verdadera.

Magdalena iba á responder acaso alguna cosa muy dura, á juzgar por la expresion de sus facciones; pero se detuvo y dijo:

—Está bien, señor Conde; yo no me niego á casarme con V., porque sé que esto causaria á mi madre una pena mortal..... ¡sólo queria advertirle el estado de mi corazon.....!

—Tal como sea, dijo mi padre, le admito.

—Nada tengo que decir, y mi mano será de V. dentro de dos dias, segun está dispuesto; pero no extrañe V. ya verme triste.

—Quiero, por toda dicha, dividir y consolar su tristeza.

La jóven se sonrió amargamente é hizo una señal que daba á entender á mi padre que la entrevista habia terminado.

Este se retiró mucho ménos afectado de lo que era de esperar.

—¿Qué extraño es, pensaba, que llore su primer amor perdido? A mi lado olvidará á ese hombre, y de seguro me amará bien pronto.

Dos dias despues se verificó el matrimonio en el oratorio del palacio de mi padre.

Contaba yo cerca de cinco años, y me acuerdo, como de un sueño, de la blanca y casi aérea figura de la novia, más pálida que su vestido de seda y que su corona de azahar.

Sin embargo, era tan divinamente hermosa, que los ojos no se podian separar de ella.

Largos rizos, negros como el ébano, caian por sus hombros y espalda, sobre su traje de raso blanco.

Su tez era más pura que las hojas de una jóven azucena, sus ojos negros, melancólicos y llenos de tristeza, no se levantaban del suelo.

Vueltos del oratorio al salon, mi padre me tomó por la mano y me presentó á su nueva esposa.

Esta me miró con una triste indiferencia; se inclinó hácia mí y me dió un beso helado, murmurando:

—Es bonita la niña; ¿cómo se llama?

—Valeria, respondió mi padre.

—Tambien es bonito su nombre, dijo la jóven con la misma frialdad, y haciendo un movimiento como para apartarme de sí.

Pero yo, acostumbrada á las caricias de mi abuela y al placer con que ésta recibia las mias, eché mis pequeños brazos al cuello de Magdalena, y le dije:

—Eres muy bonita, mamá nueva,—así me habia dicho mi nodriza que debia llamarla,—y te quiero mucho.

Este cumplimiento me lo habia hecho aprender la excelente mujer que me habia criado.

Magdalena se sonrió y me dijo:

—No me llames mamá, sino sólo por mi nombre.

—¿Y cuál es? pregunté yo.

—Magdalena; y ahora, añadió volviéndose á mi nodriza, buena mujer, llévese V. á la niña.

La nodriza la miró entre temerosa é irritada, y tomándome por la mano salió conmigo.

III.

EXPLICACIONES.

A la vez que la esposa de mi padre ordenaba que la llamase por su nombre de pila, mi abuela me acostumbraba á llamarla mamá.

Aunque la memoria de su malograda hija viviese siempre en su alma, su dolor quedó reducido á una dulce melancolía, que no le impedia adornarse con una riqueza maravillosa y llena del más exquisito gusto.

Muchas peticiones de casamiento recibió; pero á todos respondia que yo era su solo amor, y que jamas volveria á casarse, porque aún estaba en edad de tener hijos que pudiesen perjudicarme.

Al dia siguiente de haberse verificado el enlace de mi padre, le escribió una carta instándole de nuevo para que me dejase en su compañía.

Mi padre, más por contradecirla que por cariño á su hija, se negó política pero positivamente á desprenderse de mí.

Mi madrastra le habló entónces de la necesidad de buscarme un aya.

Las razones que le dió me parecieron, al saberlas, de tan helada dureza, que ellas debieron haberme hecho aborrecer para siempre á aquella mujer, si por uno de los decretos del Altísimo no hubiera estado dispuesto

que habia de dedicarle toda mi vida una afeccion tan tierna como profunda y verdadera.

¡Ah! si ella hubiera querido..... pero no adelantaré los sucesos, que llegarán bien pronto.

—Miéntras has sido viudo, dijo á mi padre, no ha sido mal visto que Valeria haya estado al cuidado de su nodriza, tanto más cuanto que su edad es muy tierna todavía; pero ahora será á mí á quien se exija la vigilancia sobre esta niña y los cuidados contínuos que ha de ocasionar su educacion; no es esto decir que necesite ser yo misma la que se los tome, pero sí que busque una persona apta é inteligente que se los prodigue; así, pues, amigo mio, se debe pensar ante todo en buscar un aya.

—Tu voluntad es la mia, respondió mi padre; así, haz lo que te parezca con respecto á la niña.

Magdalena clavó en mi padre una de aquellas miradas tristes y profundas que le eran naturales, y luégo dijo acentuando bien sus palabras:

—Creo que nada tenemos que echarnos en cara.

—¿Qué quieres decir? exclamó mi padre.

—Quiero decir, que si yo tengo ocupado mi corazon, tú no lo tienes ménos, á lo que veo.

—No comprendo.....

—¿Por qué miras á tu hija con esa especie de triste indiferencia? Segun se dice, porque causó la muerte de su madre, á la que sin duda amabas mucho.

—No quiero negarlo, dijo el Conde; amaba mucho á mi primera esposa, y acuso á Valeria de su muerte.

—¡Hé aquí á los hombres! exclamó Magdalena; ¡á

cambio de algunos pedazos de su corazon, exigen un corazon vírgen y enamorado! ¡Tú me llamas á tu lado á que llene los deberes de tu esposa, á que divida tus penas y tus goces, á que viva en tí y para tí, y tu pensamiento está constantemente ocupado en otra imágen! ¡Y tu casa, esta casa de la que soy llamada á tomar las riendas, está llena de objetos que ella usaba, de bordados que ella hizo, de sus pinturas, de sus libros! ¡Doble profanacion, pues ni tienes el respeto debido á su memoria, ni el que debias tener á mi dicha y tranquilidad!

Mi padre no supo qué responder, pero la primera herida se abria en su alma; herida de muy difícil curacion, por cuanto se inferia á su amor propio.

Creo que un hombre puede perdonarlo todo, ménos que se le reprenda una falta y se le convenza de la enormidad ó de la bajeza de ella.

Prefiere en la mujer una infidelidad á una reconvencion que sabe ha merecido.

Con aquella injuria su orgullo no padece, aunque su corazon quede herido. Con ésta el corazon queda sano, pero el orgullo recibe un golpe mortal.

Y en el hombre el corazon sana, pero el orgullo no.

Mi madrastra prosiguió así:

—Bajo fatales auspicios ha sido verificado nuestro enlace; hénos aquí, al dia siguiente de nuestro casamiento, con el corazon amargado y disgustados uno de otro; pongamos, pues, de buena educacion y de consideracion mutua, todo lo que necesariamente nos ha de faltar de dicha, y tomemos nuestro partido, ya que el lazo indisoluble está atado.

—Magdalena, dijo mi padre, eres dura y cruel conmigo; ya te he dicho que tú mandas aquí..... que tú dispones de todo..... quita de la casa lo que no te agrade..... ¿Qué más te puedo decir?

La esposa meció su bella cabeza con una triste sonrisa.

—¡No son las palabras las que cambian situaciones como la nuestra, Ernesto! dijo á mi padre; ¡no! son los hechos los que manifiestan desde luégo el temple del alma, y la exquisita sensibilidad del corazon; si tú hubieras dejado tu casa, como yo tenía derecho á esperar, limpia, por decirlo así, de recuerdos; si hubieras separado de mí, siempre encerrándote en la línea de lo posible, á tu hija, al ménos hasta que yo la pidiera, yo hubiera mirado desde luégo tales medidas como sacrificios y como pruebas de amor..... y como soy agradecida, me hubiera forzado á mí misma á amarte; si no podia lograrlo, al ménos hubieras contado con mi más completa estimacion y con mi más tierna gratitud, que, créeme, en el matrimonio, son el todo ó la mayor parte; en tanto que ahora.....

—¿Qué? preguntó ansioso mi padre.

—En tanto que ahora el desencanto nos ha dado ya su golpe fatal; remediémosle en lo posible, Ernesto; dejemos las cosas tal como están y seamos sólo buenos y corteses amigos.

—¡Y qué, querida mia! exclamó mi padre con una violencia que sin duda le aconsejó su ángel malo, pues nada podia haber escogido que más le perjudicase en el alma delicada y en la exquisita organizacion de Magda-

lena; ¡y qué! ¿piensas que me voy á contentar sólo con los derechos de un amigo? ¿Qué no deseo que seas el ama de mi casa, quien la gobierne, quien me acompañe, mi esposa, en fin? ¡Pues estás en un lastimoso error, del que es preciso que te saque; tengo mis derechos y los haré valer!

—¡Qué pobre cosa es la que se debe al derecho! exclamó tristemente Magdalena. ¡Si no te lo niego! ¡Los hombres teneis el derecho! ¡Las mujeres tenemos la fuerza de despreciar del modo más profundo é incurable!

—¿Me despreciarás porque te amo y porque quiero ser amado de tí?

—¡El amor no se impone, se conquista ó se compra!

—¡Qué! ¿se vende tambien?

—¿Y quién lo duda? Creo que el hombre más pobre y ménos favorecido por la naturaleza tiene en su corazon un medio abundante para comprar el amor más acendrado y entusiasta. Ya que no podia darte el mio desde luégo, ya que has sabido poner los primeros medios para alcanzarlo, ¿por qué amenazas en vez de esperar y de pedir perdon? Pero, prosiguió la jóven, mejor será, Ernesto, que dejemos este punto y áun que nos separemos por ahora; en la disposicion de nuestros ánimos, cuanto digamos serviria sólo para agravar la situacion, que puede hacerse en extremo penosa y ademas irremediable; yo me retiro; voy á disponerme para salir á buscar el aya de tu hija, ya que me das permiso para ello, en compañía de mi madre; es preciso que ocultemos nuestra desgracia bajo el velo de las conveniencias sociales, para no dar pasto á la maledicencia.

Magdalena salió de allí y se encaminó á su cuarto, donde se vistió, para salir, con una calma triste y un tanto amarga.

Puede suponerse que despues de esta conversacion huyó de casa de mi padre hasta la sombra de la felicidad.

Encerróse él en una actitud severa é irritada.

Su esposa, en una calma altiva y llena de indiferencia, pero lléna tambien de dignidad y de resignacion.

¡Dios me libre de pensar mal de aquella adorable mujer, modelo de todas las virtudes cristianas y que tanto sufrió en el mundo! Pero creo que si ella hubiera querido, la cadena de su matrimonio, léjos de ser de frio y pesado hierro, se hubiera podido cubrir con algunas flores.

IV.

LA INSTITUTRIZ.

El aya buscada por mi madrastra era una dulce, buena y piadosa mujer, de distinguida familia, y que habia llegado á necesitar valerse de su excelente educacion por repetidas desgracias que habia experimentado en sus intereses.

Se habia casado muy jóven aún con un oficial de la marina inglesa, hallándose ella en Gibraltar con su anciano padre, tambien marino retirado.

Felicia—que éste era su nombre—era una mujer,

cuando entró á encargarse de mi educacion, que podia tener de treinta y dos á treinta y cuatro años: su hermosura, que áun se conservaba dulce y suave como una flor cerrada entre cristales y alumbrada por la luna, era pura, sentimental, casi misteriosa.

Su alma se veia á traves de sus ojos grandes y dulces, y que ora parecian de un azul oscuro é intenso, ora de un color claro como el cielo en un dia de primavera.

Su frente serena llevaba el sello del talento y de la elevacion de sus pensamientos: sus mejillas, pálidas por las muchas lágrimas que se habian deslizado por ellas, tenian un córte noble y delicado; su boca, su nariz, su cabello, todo era hermoso, pero todo se conocia que lo habia sido mucho más.

Habia perdido á su esposo cuatro años despues de su matrimonio y se habia quedado siendo el solo amparo de su buen padre y de dos niños pequeños: para estos tres seres queridos habia estado trabajando noche y dia en Lóndres, donde se habia ido á vivir despues que su marido pereció en un naufragio, víctima de su arrojo y de su deber.

La muerte acabó de arrebatarle en dos años todos los objetos de su cariño; murió su padre y poco despues los dos niños, con escaso tiempo de diferencia.

Felicia quedó aterrada.

A pesar de su carácter apacible y de su educacion esencialmente cristiana, se quejó á la Providencia, de la serie de desgracias que le enviaba, y le preguntó si acaso las habia merecido.

¡Vana y atrevida pregunta que no debia tener contes-

tacion! Dios escribe en su gran libro nuestros destinos, y no se digna responder cuando le preguntamos por ellos ni satisfacer nuestra ruin curiosidad.

Como suele acontecer, y como el eterno dispensador de las mercedes lo tiene dispuesto, á la tempestad sucedió la calma.

Felicia deliró primero, y estuvo sujeta á una enfermedad peligrosa: despues pudo llorar, y su dolor perdió la mitad de su desgarradora amargura.

La oracion y el llanto son dos bálsamos suavísimos y perfumados para las heridas del alma: las de Felicia dejaron de estar enconadas, y si bien se conservaron abiertas durante largo tiempo, el dolor que le causaban era mucho más tolerable.

Reunió sus escasos recursos y se vino á España: en la casa de huéspedes donde fué á vivir, le señalaron un almacen de bordados, y encantados de su aspecto honrado y noble y de la distincion de sus modales al mismo tiempo que de su ejemplar conducta, no titubearon en responder por ella al dueño de la tienda, que le dió labor abundante al ver el primor con que la desempeñaba.

Felicia hubiera vivido así toda su vida muy dichosa: tenía la altivez de una española y la sobriedad de una inglesa; habiendo sido dotada de un talento claro, de un alma elevada y de una razon sólida y llena de lucidez, caminaba al cielo por entre los abrojos de la tierra y los apartaba con valor, diciéndose que esto era sólo un destierro, una peregrinacion, al fin de la cual estaban la hermosa patria y la eterna gloria.

Y sin embargo, á pesar de la pureza, y por decirlo

así, del valor fuerte de su piedad, no habia naturaleza más esencialmente poética y carácter más bello y dulce que el de Felicia.

Era una de aquellas mujeres que, penetradas de su mision en el mundo, sólo son dichosas rodeadas de afecciones y siendo útiles á los demas: que están persuadidas de que la verdadera virtud es lo más suave y hermoso de la tierra, y de que sólo en su práctica se halla la positiva felicidad.

Era el término medio entre mi abuela y mi madrastra; aquélla viéndolo todo bajo el prisma del entusiasmo y de la exageracion; ésta, mirando la vida por el lado más negro y más sombrío; Felicia decia y creia que gran parte de la felididad reside en nosotros mismos: que la vida tiene su sol y sus nublados lo mismo que los tiene el cielo, y que no es la voluntad de Dios que hallemos acá abajo una felicidad sin límites.

Aunque su habilidad para bordar bastaba á sus modestas necesidades, su buena huéspeda habló á la jóven viuda de la posibilidad de una dolencia, y de los medios de vivir para la vejez.

Felicia conocia que tenía razon, y así se lo dijo.

—Sin embargo, añadió: yo aquí á nadie conozco, y no tendré más remedio que seguir así, en tanto que Dios me abra otro camino: gracias á él y á V., amiga mia, tengo por ahora labor bastante.

—Señora, dijo su huéspeda; yo he servido de camarera á una dama que tiene muchas relaciones, y que tal vez sabria alguna colocacion para V. ¿Qué le podria convenir?

— Yo no sé, dijo Felicia: así me hallo bien... ¿Para qué hemos de buscar otra cosa por ahora?

— ¿Le convendria á V. ser aya de alguna señorita?

— No tendría en ello inconveniente; dijo Felicia: creo que podria llenar mi obligacion, y los niños me agradan y los amo porque me recuerdan á los mios.

Algunas lágrimas se desprendieron de los ojos de la pobre mujer á este triste recuerdo; y la huéspeda, deseando distraerla, cambió de conversacion.

Aquella noche misma fué á hablar á su antigua señora, que era la madre de mi madrastra: de modo que, al hablarle Magdalena de la necesidad de buscar una aya, su madre le dijo que ella sabía de una, y la mejor que pudiera desear.

Madre é hija fueron á buscar á Felicia á la casa donde se hospedaba, y todo quedó arreglado.

La institutriz no fué exigente en cuanto á sus honorarios, ni en cuanto á ningun otro punto: se avino á todo, y quedó convenido en que al dia siguiente iria ya á ocupar su sitio.

Mi nodriza, que me adoraba, oyó todo lo que se habló acerca del aya, y fué á contárselo á mi abuela que se irritó mucho de que no se hubiera contado con ella para la eleccion de la persona que debia educarme.

Con este motivo escribió á mi padre una carta muy dura, cuyo último párrafo decia así:

«No le bastaba á V., caballero, haber sustituido á mi hija con otra esposa y haber dado madrastra á esa infeliz niña que me niega: ha querido asimismo buscarle una persona extraña que la eduque, para lo que quizá

no será competente: acaso le dará una instruccion ridícula y abrumadora para la infancia. ¡Acaso la enseñe á aborrecerme á mí! ¡Á mí, que la idolatro y que, por tenerla á mi lado daria la mitad de mi vida! ¡Ah, caballero, razon tenía yo en aborrecer á V. como le aborrezco!»

Habia ya cambiado mucho el curso de los pensamientos de mi padre: así es que esta carta, que algun tiempo ántes le hubiera causado una impresion dolorosa le pareció entónces ridícula, y excitó su hilaridad.

La enseñó en seguida á su esposa, pero ésta no se rió.

—Creo, dijo, que esa señora posee una alma buena, y que ama á tu hija, cosas ambas que son dignas de consideracion, y que no merecen burla: ahora siento mucho que no hayas guardado con ella los miramientos á que tiene derecho en este asunto.

—¿Qué te importa de su enojo? dijo mi padre: ni te ha visitado, ni le debes ninguna atencion, ni existe entre nosotros trato ni relacion de ninguna especie.

—La hubiéramos tenido si ella lo hubiera deseado; pero no quise molestarla, yendo yo á verla: conozco cuán doloroso debe ser para esa pobre madre ver á la que ocupa el sitio de su hija.

—¡Con qué sangre fria ves estas cosas! exclamó mi padre con amargura. ¡Por cierto que te envidio!

Encogióse la jóven de hombros y nada contestó.

Mi nodriza sabía las señas de la casa de mi aya, por haberlas oido en casa, y se las comunicó á mi abuela, que fué á verla al instante, para recomendarme á su interes y á su cariño, con toda la eficacia de que ella era capaz.

Segun me ha contado despues aquella excelente Felicia, se sorprendió mucho, tanto con la belleza encantadora de mi abuela, como con su lenguaje apasionado tan propio de los americanos.

Le pintó su amor hácia mí con los mayores extremos, y le dijo que yo era su vida y toda su felicidad en el mundo desde que habia perdido á su hija.

—Querida amiga mia, concluyó estrechando sus manos; mi cariño, mis riquezas, todo es de V., si cuida, si sirve de madre á mi niña.

—Señora, repuso el aya, aseguro á V. que la amaré como á mi propia hija.

—¿De véras? ¿De véras?

—¿Por qué habia de engañar á V.?

—¡Oh! es que el pobre ángel mio es muy desgraciado, sollozó Elena; V. no sabe hasta qué puntó lo es.

—¿Pues qué le sucede?

—Su padre no ama á esa criatura.

—Eso es imposible, señora.

—¿Imposible, y se ha casado con otra?

—Su padre podia muy bien desear una compañera á su lado, sin que por eso deje de amar á su hija.

—No, no diga V. semejante cosa: ¡Su padre debia habérmela confiado, y no haberse casado jamas!

—¿Debia, pues, vivir solo?

—¡Entregado á la más absoluta soledad! ¡Al más absoluto dolor! No merecia ménos el ángel que le dí.

—Pero, señora, ¿cree V. que en los hombres son las penas ni pueden ser eternas?

—En algunos, sí.

—Yo no he conocido ninguno aún de quien se pueda decir que ha sufrido largo tiempo sin consuelo: ellos se lo buscan, si no lo tienen, y no tardan en encontrarlo.

—Y yo, por el contrario, señora, he conocido algunos que se han expatriado por la desesperacion de un amor desgraciado.

Felicia no quiso insistir más: conoció que mi abuela era una niña grande, que se moriria de vieja con todas las ilusiones de una vírgen adolescente, y envidió sinceramente aquella candidez, aquella virginidad de alma, que la libertaba de ver tantas miserias.

Tal fué el fin de la conversacion de aquellas dos mujeres tan buenas, tan afectuosas, y que debian demostrarme siempre un interes tan verdadero y tan puro.

V.

DOS ALMAS GRANDES.

Al dia siguiente fuí entregada al aya por mi nodriza.

Apénas habia visto á mi madrastra desde el dia de su casamiento.

Sin embargo, ella misma vino á instalarnos en nuestra habitacion, pues aquella jóven singular, en fuerza de ser desgraciada, no se dispensaba de ninguno de sus deberes.

—Hé aquí, señora, dijo á Felicia, la habitacion destinada á V., á Valeria y á su nodriza, de la que no quiero separarla: esta buena y honrada mujer quedará á su

servicio: en esta primera salita dormirá V.; en esas de adentro Valeria y Juana, su nodriza: dentro del cuarto de la niña hay un gabinete que le podrá servir de tocador, y para eso está arreglado: si algo de estas disposiciones desagradase á V., puede variarlas y pedir lo que necesite para ello, que, por mi parte, me comprometo á conseguir del Conde.

—Señora, dijo Felicia, yo me complaceré ahora y siempre en acatar las disposiciones de V.; mis hábitos son modestos, y en ellos educaré á la señorita Valeria.

—Ese creo que es el deseo de su padre, dijo Magdalena: los mios, añadió friamente, son los mismos.

Salió dicho esto, y yo quedé sola con Felicia y Juana.

—¿A qué hora se acostumbra á llevar á la niña á casa de su abuela? preguntó mi aya á Juana.

—A las dos, señora, contestó mi nodriza.

—Dígame V., pues, dónde está su ropa para vestirla.

—Aquí... dijo la nodriza un poco turbada... en este armario... ¡y en este cesto!

—¡Cómo! ¡Aquí veo muchos vestidos rotos... manchados, echados á perder! exclamó Felicia.

—Justamente, señora, repuso Juana: la niña rompe mucho, porque como su abuela no quiere que se la prive de ningun gusto...

—¡Pero es un gusto atroz, horrible!

—La señora es muy rica; el señor tambien... la niña lo es igualmente!

—¡Y por eso se ha de tirar así el dinero, habiendo tantos pobres que socorrer...! en fin, veamos si hay algun vestido que se le pueda poner por ahora!

—No habrá ninguno, dije yo; ayer me puso Juana el único que quedaba sano, y me vertí sobre él la taza del café; pero eso no importa, porque mamá Elena dice que su modista tiene hechos dos para mí.

—Es preciso ir, pues, á casa de la modista, dijo el aya. Juana, vaya V. á buscar un traje para vestir á la niña.

Mi nodriza salió y volvió bien pronto con un lindo vestido de gran precio.

Mi aya empezó por lavarme perfectamente, acallando mi llanto y mis quejas á fuerza de caricias y reflexiones.

A pesar de los locos gastos que por mí hacía mi abuela, aquel baño de limpieza me hacía suma falta, pues estaba bastante descuidada.

Despues de vestida, mi aya me llevó de la mano á mi visita cotidiana, y rehusó la compañía de Juana, que queria seguirnos.

Mi buena mamá me colmó de caricias, segun su costumbre.

—¡Ah, hija mia! ¡Mi amor, mi delicia, mi ángel de luz! ¡Bien sabía yo que estarias encantadora con ese traje azul! exclamó poniéndome en su falda y cubriéndome de besos.

Tiene otros muchos, con los que tambien puede estar encantadora, dijo mi aya, si se componen, porque sólo ha llevado una vez cada uno y están estropeados.

—¡Cómo! ¿Mi hija ponerse trajes compuestos? exclamó con horror. ¡Eso si que no! ¡Jamas!

—¡Pero, señora, si están casi nuevos, ó mejor dicho; nuevos del todo!

—¡No importa, no importa, que estén; yo soy muy rica, ella tambien; no necesita llevar nada que no sea nuevo.

—¿Y qué harémos de tantos y tantos trajes como hay en casa?

—¿Qué sé yo? Eso su padre y su madrastra dispondrán tirarlos.

—¡Tirarlos, habiendo tantos pobres!

—¿Que hay pobres?

—¡Ya lo creo que los hay!

—¿Y dónde?

—¡Señora, en todas partes!

—¡Bah, bah! Eso lo he oido decir, perọ jamas los he visto; la gente más pobre son los criados, y á esos se les regala mucho para que estén bien; ¡yo, á lo ménos, así lo hago!

—Señora, dijo mi aya, hay otra gente más pobre, y desde luégo mucho más desgraciada que los criados, y áun puedo asegurar que más desgraciada tambien que la que ostenta su miseria pidiendo limosna por las calles; pero V. ni áun conocerá á estos últimos, porque sale poco, y eso en coche cerrado, segun he oido; pues bien, señora, hay pobres que imploran la caridad pública por las calles, y, lo repito, áun hay otros más desgraciados.

—¿Y quiénes son? preguntó mi abuela con verdadera curiosidad.

—Son los que se llaman *pobres vergonzantes*, es decir, la miseria que se oculta, que se avergüenza de sí misma; la que se esconde en las buhardillas, en los

cuartos bajos y húmedos; á esta clase pertenece el pobre cesante que le ha sido arrebatado su destino por la intriga y el favor; el honrado artista, que ha perdido la vista por un trabajo contínuo y superior á sus fuerzas; el anciano retirado cubierto de cicatrices, que ha derramado su sangre en la guerra, y que tiene una esposa anciana con dos ó tres jóvenes hijas que se consumen sobre su costura y su bordado catorce ó diez y seis horas por dia; éstos son, señora, los pobres más dignos de lástima; éstos son los que, léjos de importunar, componen y remiendan sus harapos todo lo posible, porque se avergüenzan de su desgracia como de un crímen.

—¡Dios mio, qué triste y qué nuevo es eso para mí! exclamó mi abuela. En la Habana no sucede que veamos otros pobres que los negros, y ninguno hasta el extremo de pedir limosna ó de no tener qué comer, porque son esclavos, de los que cuidan sus amos.

—Ya lo sé, señora, dijo Felicia: aquí en este viejo mundo es otra cosa. Yo, pobre viuda, me hallaba reducida á ganar mi vida bordando; y aunque no me consideraba infeliz con mi suerte, porque soy dichosa trabajando, sin embargo, las buenas gentes, en cuya casa estaba, me convencieron de una triste verdad: de que si no tenía otro recurso, la enfermedad, quizá la ceguera, y en último caso la vejez, me reducirian á la indigencia; ¡y como yo, hay tantas infelices viudas, señora!

—¡Calle V., por Dios, exclamó mi abuela. ¡No se goce en entristecerme así! ¡Jesus, ya estoy mala para todo el dia! ¿Y dónde están esos infelices de que me habla V.?

—¿Aquí? no lo sé, señora; he oido hablar de ellos,

pero como puede decirse que soy extranjera en este país.....

—Tome V., pues, dinero, dijo mi abuela sacando un puñado de oro del cajon de su buró; y cuando sepa que hay algun desgraciado, le socorre para que no sufra.

—Cuando lo sepa, señora, repuso Felicia rehusando el dinero con dignidad, yo avisaré á usted.

La buena aya ignoraba que la bella y jóven dama americana, la perezosa y espléndida criolla que tenía á la vista, sabía mejor que ella dónde existia la desgracia y que la socorria con mano larga y generosa; ignoraba las excursiones en las mañanas de los sábados de mi abuela y de su negra de confianza María de Jesus. ¿Por qué representaba mi abuela aquella piadosa y noble comedia? Porque aquella alma grande tenía todos los caprichos de una niña, y amaba locamente todo lo que era misterioso, romántico y distinto de las prácticas de la vulgaridad.

Volvió á guardar el bosillo que mi aya rehusaba, y le dijo:

—No deje V. de acudir á mí cuando haya alguna familia pobre que necesite de socorro; pero tampoco se apure porque la niña rompa y manche; para todo tengo yo; y por esta misma razon quisiera..... quisiera.....

Elena se detuvo cortada y como ruborosa.

—Hable V., señora, dijo mi aya; ¿qué desea usted? Sólo anhelo complacerla en todo.

—Pues bien, querida..... ¿cómo es su nombre de V.?

—Felicia.

—Pues bien, querida Felicia, yo quisiera que acep-

tára V. de mí..... una pension, ademas de la que le dé el padre de la niña.

—Señora, repuso el aya, mis necesidades son muy pocas; me sobra, pues, con mis honorarios.

—¿Cuánto le han ofrecido á V.?

—Ocho mil reales.

—¡Es bien poco! dijo Elena; se dan doce mil, y á mí me parece escaso ese sueldo.

—Esos honorarios se suelen dar á las institutrices extranjeras.

—¿Y V. no lo es? Aunque ha nacido en España, su educacion es más bien inglesa que otra cosa.

—Sin duda, pero he nacido en España; en fin, señora, yo estoy así muy contenta; nada más deseo.

—Sea como V. quiera; pero yo lo siento..... por lo pronto me hará V. el favor de ir á casa de mi modista y de encargarle media docena de trajes para la niña.

—¿No me permitirá V. que arregle tantos como hay en casa?

—¿Para qué? Que se los hagan nuevos todos.

—¿Y los que hay allí?

—Usted conocerá alguna niña pobre á quien darlos.

—Se pueden dar cuando estén más usadas ya; ahora es lástima.

—¡Lástima! Para dar, no dé V. nada malo; ¿no he dicho á V. que soy muy rica? ¿Qué más da que gaste ahora algo con la niña, ó que se lo deje á mi muerte?

—Es que la muerte de V., señora, está muy léjos todavía.

—¡Quién sabe, querida Felicia! Ademas, de que por

mucho que yo viva no gastaré una sexta parte de lo que el cielo me ha dado.

Mi aya, que tenía una excelente educacion, no quiso insistir más; mi abuela cambió de conversacion y, siendo cerca de las cuatro, quiso llevarme consigo á paseo é invitó á Felicia á que nos acompañase.

—Señora, respondió aquélla, todavía no he tenido tiempo ni posibilidad de hacerme algun traje; y aunque yo no sea dada á la vanidad, no quisiera, con todo, avergonzar á usted.

Mi abuela echó una mirada sobre el pobre traje de lana gris que llevaba Felicia, y dijo con su impetuosidad natural:

—¿Ve V. cómo debia aceptar la pension que le ofrezco por mi parte? ¡Porque es seguro que la Condesa áun no ha dado á V. un cuarto!

—¡Si entré ayer!

—¿Y eso qué importa? Pero yo enmendaré esto; querida Felicia, admita V. la pequeña gratificacion de una onza mensual; nada me parece bastante para recompensar á la excelente persona que va cuidar de mi ángel..... ¡Eh! Está dicho; no me haga objeciones porque seré inflexible. En cuanto al inconveniente del momento, es muy fácil de remediar: tiene V. la misma estatura que yo; en mi tocador hay muchos trajes negros, elija V. uno y póngaselo; ese será para V. y le hará esta tarde un buen servicio.

Todo esto era dicho con tanta afabilidad, con una sencillez tan encantadora, que Felicia creyó ser lo mejor obedecer á mi abuela, y que así podia pagar sus bondades.

Fué, pues, al tocador, y María de Jesus acudió para asistirla en lo que necesitase para su improvisada *toilette.*

Cuando salió Elena, que ya estaba elegantemente ataviada, arrojó un grito de sorpresa y de entusiasmo.

Mi aya estaba verdaderamente encantadora.

Con aquel traje rico y perfectamente cortado, su figura lucia toda su admirable distincion, y su talle toda su elegancia y flexibilidad.

Mi buena mamá valia tanto que no podia comprender la envidia.

—Gran Dios, exclamó al ver á mi aya; ¿es ésta Felicia? ¿Es ésta? ¡Ah! ¿Por qué no hemos de amar el lujo como un dón del cielo? ¿Por qué no hemos de darle gracias por él? ¡Qué trasformacion acaba de operar ahora! ¡Qué cambio! ¡Felicia, amiga mia, venga V. al espejo! ¡Mírese aquí con cuidado! ¡Qué feliz descubrimiento el de sus gracias, para mí que adoro la belleza! Se lo confieso..... me disgustaba un poco su aire tímido y humilde, su vestido vulgar..... pero ahora estoy loca de alegría.

Miéntras esto decia, mi querida mamá daba vueltas en todos sentidos á mi aya, que se sonreia melancólicamente al recuerdo tal vez de alabanzas parecidas, escuchadas en los dias en que era dichosa en el seno de su familia.

Habia arreglado sus cabellos con una negligencia llena de encantos, y con la cual lucian su armonioso color dorado y sus ondas naturales; y sobre su cabeza echó mi madre un velo ligero de tul, bajo el cual radiaba su angelical belleza como una estrella al traves de las nubes.

Terminada su *toilette* subimos á un soberbio carruaje abierto y tirado por el tronco más hermoso que entónces habia en todo Madrid, y á cuyo trote llegamos á la Fuente Castellana.

VI.

EN PASEO.

Nuestra llegada hizo una sensacion extraordinaria. *La bella americana* (ya he dicho que así llamaban á mi abuela) salía poco, y todo lo que se oculta es más ambicionado que lo que está contínuamente expuesto á las miradas de todos.

Ademas, no habia ninguna de las mujeres á la moda que pudiese competir en belleza, gracia y esplendidez con la madre de mi madre.

Su atavío era siempre de la más exquisita distincion y novedad, y en aquel dia la modista se habia excedido á sí misma.

Un traje de color lila subido, adornado de encajes negros, de una finura y flexibilidad extraordinarias, hacía resaltar la tez diáfana, blanca y encantadora de mi madre; un albornoz moruno blanco, con listas y borlas de seda, y un sombrero blanco muy pequeño, que dejaba escapar gruesos rizos de cabellos negros, completaban aquel atavío tan distinguido, tan elegante, tan deslumbrador.

Bajo la frente tersa, blanca, pura y jamas empañada

por ningun mal pensamiento, de mi abuela, brillaban dos ojos negros, rasgados, hermosos como dos luceros: dos ojos incomparables.

Cada uno de aquellos ojos tenía por dosel y corona un arco tendido de negra seda, tan fino que parecia dibujado con tinta china: sus párpados estaban guarnecidos por franjas asimismo de seda, largas, rizadas, hermosas y que, al bajar los ojos, caian sobre el sonrosado de sus mejillas.

Su nariz, pequeña y delgada, tenía el más puro dibujo griego, y su boca, de coral y perlas, resumia toda la perfeccion humana que es posible concebir en la boca de una mujer.

Si se añade á esto una estatura elevada, pero no tanto que dejase de ser graciosa; un talle de ninfa, una mano y un pié como sólo las americanas los poseen, se tendrá una idea de lo que era mi abuela.

Felicia parecia colocada á su lado á propósito para hacer resaltar su belleza, porque la de mi aya era de un género enteramente opuesto y mucho más dulce.

Felicia era rubia, de ojos claros, aunque ya dije que variaban de color con facilidad: sus facciones tenian una expresion muy dulce y muy triste, al paso que la de mi madre estaba llena de vida y de alegría.

Yo iba primorosamente vestida: no sé si por adular á mi abuela, cuya idolatría hácia mí era bien notoria, ó porque me hallaban todos realmente bella, el caso es que las alabanzas me envolvian como una nube perfumada.

Al atravesar nosotras la gran calle del centro, todas

las señoras que ocupaban los carruajes que pasaban cerca del nuestro, volvian la cabeza y dejaban escapar frases llenas de admiracion.

—¡Ahí va la bella americana!

—¡Qué distinguida es!

—¡Qué elegante!

—¡Qué carruaje! ¡Los lacayos van de gran librea, con pelucas empolvadas, calzon corto y media de seda blanca!

—¡Soberbios caballos!

—¡Son los mejores que hay en Madrid, sin duda alguna!

Todo esto lo oimos, nada más que en la primera vuelta.

Segun suele suceder, el lujo y la ostentacion llaman la atencion ántes que la belleza.

Pero ésta tuvo tambien sus elogios, y no pequeños, á la vuelta siguiente, cruzándose de nuevo con los otros nuestro carruaje.

—¡Qué hermosa está la americana! exclamaron algunas elegantes mujeres.

—¡Si parece que no pasan dias por ella!

—Y esa otra bella mujer que la acompaña, ¿quién podrá ser?

—Será el aya de esa hermosa niña.

—¡Oh, la criatura es encantadora!

—¡Qué cabellos rubios tan hermosos!

—¡Qué ojos tan negros y tan grandes!

—¡Qué graciosas facciones!

—¿Y esa niña es nieta de la americana, siendo ella tan jóven?

—Nieta suya: hija de la hija única que tuvo, y que murió cuando nació la niña.

—Son tres criaturas admirables.

Estos mismos elogios se repetian todas las vueltas.

Cuando ya íbamos á retirarnos, vimos pasar por una de las calles laterales un carruaje elegante, en el que iban dos señoras, que parecian huir de la confusion de la concurrencia.

Eran mi madrastra y su madre: Magdalena iba vestitida de negro, y, aunque muy bella, parecia dominada por una mortal tristeza.

Los curiosos que nos habian mirado con tanta atencion repararon bien pronto en ella.

—Allí va la Condesa de los Valles, dijo una señora.

—Dicen que se ha casado á disgusto, añadió otra, y aunque lo dudaba, ahora al verla lo creo.

—Parece una muerta.

—La ha casado la ambicion de su madre.

—A quien ella amaba era al coronel Sandoval.

—¡Claro, bien se ha señalado por él y bastantes locuras ha hecho!

—¡Verdaderamente no merecen otro nombre que el de locuras; pero la verdad es que él lo merecia.

—No digo lo contrario: en Madrid no habia figura más bella que la del Coronel.

—¿Y por qué no la dejaron casar con él?

—Por dos motivos, querida mia: en primer lugar, porque el Coronel era pobre para la desmesurada ambicion de la madre de Magdalena; y en segundo, porque

él tampoco tenía mucha prisa, que digamos, en casarse con ella.

—Esa habrá sido la razon principal.

—Quizá sí... ¿Pero dónde se halla ahora el Coronel?

—Ha ido á una comision del servicio; pero va á volver.

—¿Y sabe la boda de su ex-novia?

—¡Creo que no!

El lector se admirará de cómo se pudo escuchar una conversacion tan larga desde un carruaje; pero esto consistia en que, por la mucha aglomeracion de coches, el nuestro se habia detenido en una larga fila que ocupaba toda la calle principal ó del centro, y las personas que ocupaban el que estaba detras de nosotras eran las que hablaban así.

Yo no podia entónces comprender los sombríos y amargos dolores que se ocultaban tras aquellas superficiales palabras; pero despues, amaestrada por la experiencia, los comprendí demasiado bien.

¡Ay, para entender las malignas observaciones del mundo, es necesario haber sido herida por él repetida y cruelmente!

. . . . . .

El carruaje de mi madrastra no se detuvo como los demas, á causa de ir por una calle por la que sólo pasaban algunas pocas personas que paseaban á pié.

Pasó y volvió á pasar ántes de que nosotras nos moviésemos.

Esta última vez me chocó el aspecto de la persona que acompañaba á Magdalena.

Era una señora ya de edad madura, vestida sencillamente, pero con grandes pretensiones, y de aspecto altanero y duro.

Magdalena llevaba un vestido de rico gro de Nápoles, un pardesús igual adornado de encajes, y un sombrerito blanco sin flores ni adornos, y de la más severa sencillez.

Á pesar de todo, su belleza era admirable, y brillaba como una estrella en medio de las nubes; comparacion de la que ya se ha abusado mucho, pero que, tratándose de aquella jóven era muy exacta.

Cerca ya del anochecer, volvimos á casa de mi abuela: se apeó ella despues de abrazarme tiernamente, y su coche nos condujo á Felicia y á mí á la de mi padre, cuando áun no habia llegado mí madrastra.

VII.

LÓGICA.

Deslizáronse los dias y los meses sin variacion en la apariencia, pero en realidad envueltos en negras nubes.

Mi padre y su esposa no tuvieron, ni por un mes, la dulce intimidad que hace del matrimonio la más fácil y cómoda vida que es posible llevar en la tierra.

Se trataban con frialdad y reserva, sobre todo Magdalena, cuya frente estaba siempre agobiada por una tristeza profunda.

Cuando mi padre la reconvenia por ella, le respondia sencillamente.

Ya sabes por qué estoy triste.

—¡Aun piensas en tu amor y en aquel hombre!

—Aun y siempre: ¡ojalá le pudiera olvidar!

Esta explícita confesion, tan contraria á lo que suelen hacer las mujeres, hacía montar en ira á mi padre, acostumbrado á la adoracion sin límites de su primera esposa, mi pobre madre.

—A lo ménos, señora, le dijo un dia, podria V. tomarse el trabajo de fingir un poco.

—¿Y para qué, caballero? preguntó Magdalena.

—Por pudor y por consideracion hácia mí.

Magdalena alzó la cabeza con altivez.

—Sé lo que debo hacer por mi pudor, señor Conde, dijo, y puede V. ahorrarse el trabajo de hablarme de él en adelante, seguro de que no faltaré á lo que me impone: en cuanto á mi consideracion hácia V., ¿cuál puede merecerme, cuando yo le he merecido tan poca, cuando le dije que amaba á otro, y sin embargo, insistió en casarse conmigo?

—¡Es que yo amaba á V., señora! repuso mi padre: ¡ahora lo confieso casi con vergüenza!

—¿Por qué es esa vergüenza?

—¡Porque V. no merece mi amor!

—Retíremelo usted.

—¿Y nada le importará?

—Nada, con tal que me deje la estimacion á que tengo derecho, porque ser desgraciada no es ser culpable. Puede V. estar seguro de que siempre respetaré el nom-

bre que me ha dado: de que le guardaré toda clase de consideraciones; esto está en mi mano; el amarle ó no, porque el corazon, amigo mio, no sufre leyes de nadie.

Esta lógica era terrible para la felicidad conyugal de mi padre, quien desde entónces la dió por perdida.

Herido en su amor propio, ya no pensó en conquistar aquel corazon que no veia el peligro de perder, sino que veia perdido para siempre.

Mi padre no contaba más que treinta y un años: tenía una figura seductora, una brillante posicion social, una gran fortuna, una educacion distinguida, y poco tardó en hallar quien acogiese sus votos entre las damas del gran mundo.

Amó y fué amado: ó más bien, creyó amar, y fué amado verdadera y profundamente.

Poco á poco se hizo hombre de mundo, hombre á la moda en la verdadera acepcion de esta palabra.

Daba convites, montaba á caballo cada dia, pasaba las noches jugando en el Casino y perdiendo gruesas sumas, tenía queridas y ofrecia á sus amigos magníficas cacerías.

Magdalena tomó tambien su partido; pero ¡cuán distinto!

Aquella soledad, de que voluntariamente se habia rodeado, se hizo cada dia más completa y más helada.

No iba á ninguna parte, á nadie recibia: y su madre, que habia anhelado su boda creyendo satisfacer así su deseo de brillar en el mundo, halló defraudadas todas sus esperanzas.

Yo, que asistia algunas veces al salon de mi padre, sólo veia en él algunas amigas de su infancia de clase modesta, y casadas dichosamente con personas de su eleccion, y algunos ancianos amigos de su padre.

En cambio, el salon de mi abuela reunia una sociedad más escogida y elegante.

Cada dia era *la bella americana* más elogiada, más alabada: cada dia iba adquiriendo mayor fuerza de elegante, de espléndida, de gran dama, en una palabra.

Allí fué donde se dijo una noche, como una gran noticia:

—El coronel Sandoval ha vuelto.

—¿Dónde ha estado?

—Segun se dice, en las Islas Baleares con una comision del servicio.

—Mucho he oido hablar de ese hombre, observó Elena, y desearia conocerle.

—Mañana, dijo uno, tendré el honor de presentarle á usted, si me da permiso para ello.

—¡Mañana! repitió mi abuela: ¿y si él no quiere?

—¿Rehusar él venir aquí? si hace más de un año que lo desea!

—¡Es posible! ¡Pues yo nada sabía! Siendo así, tráigale usted.

Al dia siguiente me hallaba yo tambien allí, cuando el Coronel hizo su entrada, que fué solemne.

Era un hombre alto, esbelto, elegante, varonil; su figura era bella é intachable: su cara dulce y benévola: sin embargo, la ambicion estaba escrita en sus brillantes y osados ojos, y en la expresion de sus finos labios,

que asomaban por debajo de un poblado y sedoso bigote rubio graciosamente ensortijado.

Hablaba el Coronel, como despues he tenido ocasion de observar, con una elegancia natural extraordinaria: parecia valiente con reserva, galante con gravedad, leal y apasionado.

Ostentaba, en fin, todas las perfecciones, y tenía todos los defectos que son el reverso de aquéllas.

Tenía la misma edad que mi abuela, ó quizá uno ó dos años más: pero no llegaba á los treinta y cinco.

Pareció profundamente conmovido al ver á mi abuela de cerca, y esta sensacion creció cuando pudo hablarla.

Mi abuela, por su parte, quedó deslumbrada.

El Coronel se habia distinguido, desde su más tierna juventud, por un valor á toda prueba.

Contábanse de él rasgos magníficos y casi increibles por lo grandes.

En una ocasion, durante la guerra, su arrojo decidió el resultado de una batalla próxima ya á perderse.

En otra atravesó por el campo enemigo, que inundaba una lluvia de balas, para llevar al General en jefe pliegos de la mayor importancia.

Estos y otros varios brillantes servicios le habian conquistado la alta graduacion que tenía, siendo aún tan jóven.

En cuanto á su arrojo y á su fortuna en los desafíos, ambas cosas eran proverbiales.

No era extraño que tantas y tan relevantes cualidades le hubiesen ganado la voluntad y el albedrío de Magdalena.

Sandoval habia sido el primer amor de aquella jóven, que le conoció, cuando salió del convento, á la edad de diez y seis años.

Magdalena le vió en casa de una de sus parientas y le hizo dueño de su corazon.

Durante cuatro años le amó con la más rara constancia, sin hacer caso ni de los consejos ni de la severidad de su madre, que, siendo muy avara, rehusaba á Sandoval, que no tenía más fortuna que su espada, para esposo de su hija.

Fuerza es decir tambien que no entraba por entónces en las miras del gallardo y brillante Coronel el inclinar el cuello al yugo del matrimonio.

A traves de su apariencia de gravedad y exquisita delicadeza, estaba asimismo metido entre desórdenes *encantadores*, como él los llamaba.

Estos desórdenes se reducian á su amistad con las bailarinas y actrices más en boga: y estos mismos desórdenes los solia revestir con todas las delicadezas y atenciones de la pasion más noble.

En las cenas que el Coronel daba en su casa á sus *amigas* reinaba el gusto más exquisito, y puede decirse que el mayor decoro: así es que las amigas del Coronel tenian ó afectaban modales escogidos y decentes.

Es sabido que cuanto más sumergida en la abyeccion está una mujer, tanto más anhela la consideracion y el respeto de los hombres; por lo cual aquel barniz de generosa galantería era lo que constituia la mayor seduccion de Sandoval para las mujeres.

Puede suponerse cuáles serian las consideraciones de

éste para las señoras, cuando para aquéllas pobres criaturas eran tan grandes y tan delicadas: dedicaba á la mujer, en general, un culto que ya se va perdiendo en nuestros dias, de tal modo que, al hallarlo nuestro sexo, se embriaga de alegría y de gratitud.

El Coronel, ocupado ántes en asuntos del servicio, no se habia cuidado mucho de los asuntos de galantería: pero á la vuelta de su viaje á las Baleares, pensó en conseguir un buen enlace, que era lo que sabía le convenia más.

Como una estrella en un cielo sin nubes apareció á sus ojos *la bella americana*, más bella aún por su enorme caudal que por sus atractivos y extremada hermosura.

Mi abuela cedió, como todas las mujeres, á la fascinacion que ejercia el Coronel: sus propósitos de soledad, su tristeza habitual, todo sucumbió ante el encanto irresistible de Sandoval, que se apoderó de su presa con una persistencia extraordinaria.

Aquel hombre ocultaba, bajo el exterior más bello y más lleno de seducciones, un carácter calculador, avaro, helado, es decir, enteramente opuesto al leal y franco de mi abuela.

VIII.

LUZ Y SOMBRA.

Yo vivia entre dos mundos opuestos: el uno, el que estaba más próximo á mí, muy triste y muy sombrío.

El otro, en el que cada dia pasaba algunas horas, alegre, radioso, lleno de dulzura y de encantos.

Con el amor, la casa de mi abuela se habia trasformado en un eden: las flores lo llenaban: los muebles se habian renovado, siendo los nuevos más bellos y suntuosos: el amor despojó del luto las paredes y los tapices negros, la sillería de terciopelo, los crespones que cubrian los cuadros, dejaron paso al azul, al oro, á la seda, á las flores y á las colosales lunas de Venecia.

Mi abuela, extremada en todo, rendia una especie de culto, no sólo al objeto de su amor, sino al amor mismo: los más delicados y fuertes perfumes humeaban en braserillos de oro bajo rinconeras cargadas de flores: copias de los más bellos modelos de escultura levantaban, entre los jarrones, sus esbeltas cabezas: candelabros de oro sostenian bujías de rosada cera: una servidumbre interior de treinta criados, sin contar diez ó doce negros que habian seguido á mi abuela, se repartia el cuidado de aquel lindo y suntuoso palacio: en las caballerizas, ademas de dos carruajes á la Doumont, habia una carretela, una berlina y un landó: caballos de silla esperaban á que mi abuela quisiera descansar sobre ellos su esbelto talle: y en fin, desde el primer recibo hasta el comedor y el cuarto de baño, eran una maravilla de suntuosidad todos los aposentos de la casa.

Se comprenderá fácilmente que este aparato de lujo, de ostentacion, de todo lo que se puede adquirir con una gran riqueza de bello y de voluptuoso, bastaria para embellecer á una mujer de muy escaso mérito: puede, pues, juzgarse hasta qué punto haria resaltar las gracias de

mi jóven abuela, que no pasaba de los treinta y seis años de su edad, y cuya hermosura lánguida y tropical era verdaderamente adorable.

Al paso que aquella mansion se iba embelleciendo, la casa de mi padre se ennegrecia cada dia más, y se ponia más sombría.

Sólo una figura habia allí que destellaba luz: la de Felicia.

Nuestra habitacion, que ántes me parecia muy triste comparada con el palacio de mi abuela, llegó á ser para mí el retiro más agradable en aquella gran casa sombría y silenciosa como un convento de la Trapa.

En vano la madre de Magdalena, cuyo carácter era muy imperioso, trató de separar á su hija del método de vida que llevaba.

La pobre jóven no tenía la fuerza de voluntad necesaria para hacer perseverar su decision: pero tenía la fuerza de inercia para oponerse al propósito de su madre.

Aun no he pintado á esta señora, que, con el mejor deseo del mundo, y creyendo hacer mucho por la ventura de su hija, la sacrificó á su ambicion y á su afan de brillar.

Era viuda de un general distinguido, y habia visto la luz en Andalucía: su petulancia y su afan de estar siempre en relieve eran extremados: de carácter dominante, queria que su opinion no sólo prevaleciese siempre, sino que fuese la sola y única que se escuchase.

Su marido, modelo de sensatez y buena educacion, habia sido muy desgraciado con ella: pero aquellas mis-

mas cualidades le habian hecho disimular siempre los pesares que su mujer le causaba con su carácter intolerante y altanero.

Era de alta estatura y delgada: presentaban sus facciones un aspecto de dureza extraordinaria, debido sin duda á su nariz aguileña, sus pequeños ojos y su boca de labios delgados.

Magdalena habia sido toda su vida una jóven modesta, dulce, adorable, y á la que su madre dominaba del modo más completo: muestra convincente de esto es la docilidad con que accedió á casarse con el Conde de los Valles, mi padre, sólo por complacerla, y asesinando, por decirlo así, su corazon.

Pero una vez hecho el sacrificio, el imperio de la madre despótica y cruel acabó: la hija se dijo que ya habia conseguido de ella su madre todo lo que podia darle, y que tenía el derecho de que la dejase morir en paz, ya que tan desgraciada habia vivido.

En vano le aconsejaba el lujo, la disipacion y los placeres. Magdalena se negaba á todo, con dulzura, pero con firmeza.

—¿De qué te ha servido el casarte entónces con el Conde? preguntaba la madre á la hija.

—¡De nada! respondió ésta.

—¿Pero vas á vivir así siempre?

—¡Siempre!

—¿Pero no ves lo que hace tu marido?

—No veo nada.

—¿Y no lo quieres ver tampoco?

—No, madre mia.

—¡Yo lo veré por tí!

—No hay necesidad, decia Magdalena; cuanto haga me es indiferente.

—¡Pues es público que tiene queridas! ¿Lo oyes? ¡Que tiene queridas!

—Nada me importa.

—¡Ah, Dios mio! ¡Tú tienes agua de limon por sangre!

Magdalena se contentaba con encogerse melancólicamente de hombros.

Esta escena se reproducia muchas veces, siempre con igual resultado: la madre procuraba despertar el corazon, ó á lo ménos el amor propio de su hija; pero Magdalena estaba sumergida en una calma triste, como la que podia envolverla en el sepulcro.

Se arregló un método de vida del que no se separaba jamas.

Se levantaba al amanecer y se iba á la iglesia, donde oia misa y rezaba despues durante largo rato, no sólo con devocion, sino hasta con afliccion, pues de sus ojos se desprendian gruesas lágrimas.

Volvia, y su doncella la peinaba muy sencillamente: se vestia con un traje de poco precio, y se ponia á hacer labor: en todas las de aguja era primorosa: su educacion habia sido modesta, pero la habia aprovechado maravillosamente en todo lo posible.

Sabía cuidar su casa, bordaba á la perfeccion, y gustaba de la lectura y de la música, en la cual, aunque no sobresalia, sabía lo bastante para su propio recreo y el de su familia.

Pero ¡ay! aquella pobre jóven estaba condenada á no

tener familia, á vivir en la soledad, en la tristeza y en el más completo abandono moral.

Así que acababa su tocador, se sentaba á bordar: cuando se cansaba dejaba la labor y desaparecia: era que su corazon estaba ya lleno de pena y de lágrimas, y se retiraba á llorar.

Poco tardaba en volver, serena y reposada en la apariencia, pero con los ojos encarnados de haber llorado mucho.

Sin embargo, volvia á su labor con la calma dulce y grave que le era habitual.

Algunos dias almorzaba con mi padre: yo los oía hablar algunas pocas palabras con perfecta educacion, pero tambien con perfecta frialdad: si podia excusarse de asistir al comedor, se hacía servir la comida en su cuarto.

El dia en que esto sucedia, comia yo con mi aya en nuestra habitacion: cuando Magdalena bajaba al comedor, nos sentábamos á la mesa los cuatro.

Mi madrastra, despues de comer, decia que iba á dormir un poco: se retiraba á su cuarto, y se sentaba en un sillon, despues de cerrar la puerta: pero un dia me asomé yo á mirar lo que hacía, por el ojo de la llave, y vi que tenía delante un veladorcito y sobre él un cofrecillo, del que iba sacando cartas, que leia, besaba y bañaba con sus lágrimas.

Enseguida, las iba dejando á su derecha.

Cuando ya las hubo repasado todas, las ató con una cinta negra, y volvió á guardarlas en el cofrecito.

Luégo he podido convencerme de que cada dia se envenenaba con la lectura de aquellas cartas fatales.

Por la tarde salia á pasearse, ó sola, ó con su madre, pero jamas con mi padre, que ya le habia hallado demasiados encantos á la libertad, para perderla por ir con su mujer, que era, por otra parte, para él la más triste y aburrida de las compañías.

Cuando volvia se sentaba en un pequeño saloncito, y allí permanecia dos ó tres horas sumergida en sus cavilaciones, sola y alumbrada por el resplandor de una pequeña lámpara, que caia de lleno sobre el velador que la sostenia, dejando el resto de la habitacion en una media luz.

Algunas veces escribia un rato. A las diez pedia el té, y luégo su doncella entraba con ella á su tocador y la desnudaba, poniéndola su bata de noche y dejando la lamparilla encendida.

Magdalena volvia á entregarse á sus oraciones.

Para aquella alma desolada no existia otro bien que Dios.

-Yo la veia apénas, y mi vida se pasaba al lado de mi buena aya, cuya dulzura de carácter y modales encantadores me hacian amarla con ternura.

Nuestra habitacion era alegre, plácida, serena: estaba amueblada con sencillez, pero con comodidad, pues en su arreglo habia presidido el gusto inglés de Felicia, que la habia ido modificando.

Nadie que no haya visto una habitacion en Inglaterra puede tener idea de hasta dónde llega el afan del positivismo y de la comodidad en aquel país: allí, al contrario que en Francia, la familia, y sobre todo la mujer, vive en la casa y para la casa: así es que lo brillante

cede el primer lugar á lo útil, la apariencia á la realidad, y una modestia poética es generalmente lo que impera.

Mi aya, de su propio sueldo, que unido á la gratificacion mensual de mi abuela, le daba una suma bastante regular, habia ido haciendo mejoras en nuestra habitacion, y más en la mia áun que en la que ella ocupaba.

Habia en aquella mujer un instinto admirable de lo bello: ese instinto que hace ver todas las cosas malas con resignacion, hasta tratar de mejorarlas, que las embellece todo lo posible, y que las vuelve siempre infinitamente mejor de lo que son en sí.

Aparte del ramillete que cada dia enviaba mi abuela para mi cuarto, Felicia hacía comprar algunas otras flores; ademas habia un velador, cuyo pié era un florero lleno de tierra, en el que me enseñaba á sembrar y cultivar algunas flores y plantas delicadas, procurando despertar mi gusto con aquella inocente ocupacion.

IX.

SUEÑOS Y REALIDADES.

Un dia en que comiamos todos á la mesa, mi padre tardaba algo más de lo acostumbrado.

Sentada Felicia en la habitacion de mi madrastra, leia en voz alta un volúmen de las obras de Chateaubriand, á las que Magdalena era muy aficionada: su espíritu exacto y razonador se avenia mejor con el esti-

lo de este autor que con el sencillo y poético de Lamartine.

Se esperaba á mi padre de un momento á otro, pues la hora de comer habia llegado.

Yo me hallaba sentada en un almohadon de los piés, y mecia entre mis brazos una gran muñeca, regalo de mi abuela.

Magdalena escuchaba recostada en un sillon.

El péndulo del reloj marcaba el trascurso del tiempo con su movimiento lento y acompasado.

Cuando recuerdo aquella escena, creo que en el aire se cernia alguna cosa de lúgubre.

Se oyó la campanilla del portero, que avisaba con tres golpes la llegada de mi padre; un criado fué á abrir la puerta de la habitacion.

Entró y dió la mano á su mujer, pasando, sin verme, por delante de donde yo estaba.

—He tardado un poco, dijo despues de saludar á mi aya, porque encontré á un amigo que iba á pié como yo, y me detuvo para contarme la cosa más extraña! ¡Risa me daria si no me causára algo de pena!

—¿Qué es ello? preguntó la Condesa.

—Una cosa increible, querida mia: figúrate que mi suegra se casa.

—No lo extraño, dijo tranquilamente mi madrastra: es una bella mujer, dotada de mil estimables prendas, segun he oido, y ademas muy rica.

—Pues yo digo, repuso mi padre algo irritado, que es una niña á pesar de su edad, que sólo vive en sueños. ¡A sus años volver á casarse! ¡Vamos, es una locura!

—Tampoco es extraño que te contrarie su boda, amigo mio, dijo Magdalena: aunque eres rico, Valeria es la que pierde con la boda de su abuela, quien, por más que tú declames acerca de su edad, es aún bastante jóven para tener hijos.

—¡Y al fin ha ido á elegir un marido excelente! exclamó mi padre con algo de amargura, y sin detenerse á negar los asertos de la Condesa.

—¿Quién es él? preguntó ésta.

—¡Un nadie! como quien dice: un coronel jóven y gallardo, pero sin otra fortuna que su espada.

—¡Un coronel! repitió Magdalena, que se puso lívida.

—¡Sí! un tal Sandoval, que se casará con ella por lo que tenga!

Las últimas palabras de mi padre ya no llegaron á los oidos de su esposa, que dejó escapar un agudo grito y quedó muda y rendida á un desmayo mortal.

Hubo que colocarla en su lecho: se le prodigaron todos los cuidados imaginables, y tardó poco en abrir los ojos.

Entonces Felicia me sacó de la habitacion, y me llevó al comedor para darme algun alimento.

Segun he sabido despues, mi madrastra se sentó en su lecho, separó de su frente los cabellos que la cubrian, y dijo á mi padre con voz sorda y oprimida:

—Ese Sandoval... es el hombre á quien yo amaba, Ernesto... necesitabas una explicacion de mi desmayo, y te la doy.....

—Yo no la pedia, señora, repuso mi padre con dureza.

—Ernesto, exclamó la Condesa, es poco generoso

ofenderse porque una pobre mujer siente desgarrarse su corazon: yo no le veia, ¡bien se conoce en la determinacion que ha tomado, y que yo no esperaba que tomase jamas!! ¡Oh! ¿Qué hay de verdad en la tierra? ¡Las ideas de dicha, de amor, de fidelidad, son sueños vanos! La desgracia, la ingratitud, el olvido de los más santos juramentos, ¡esas son las terribles realidades!

La Condesa sepultó la cabeza entre sus manos y se deshizo en llanto, que alivió algun tanto su corazon.

Mi padre ya no era el hombre tierno y compasivo tanto como galante, que mi madre habia conocido y que la habia hecho tan feliz. La frialdad de mi madrastra, y el trato con mujeres que valian mucho ménos que ella, habian maleado y endurecido su corazon.

En vez de consolar á la Condesa y de llenar la noble mision del hombre fuerte con la débil mujer desamparada y desvalida, le habló con dureza y casi con grosería.

—Señora, le dijo, V. se ha propuesto ser infeliz y hacerme á mí igualmente desgraciado: en cuanto á lo primero, lo conseguirá fácilmente; lo segundo no lo podrá lograr por más que se empeñe en ello. ¿Quiere usted que le dé un consejo? oígalo, pues: haga por estar más alegre que nunca; vístase más; vaya V. á todas partes, á los bailes, á los teatros, á las fiestas; coquetee todo lo posible, y verá cómo le pesa á ese hombre de lo que ha hecho: á mí no me pesará tampoco que dé V. celos á esa señora, tan loca y tan mal aconsejada.

En tanto que mi padre hablaba el semblante de la Condesa habia ido pasando de la palidez de la muerte al carmin de la vergüenza.

—Caballero, exclamó despues que hubo acabado de hablar: ¿qué es lo que V. osa proponerme? ¡Pero no, no, es inútil hablar! ¡Déjeme V. sola con mi dolor! ¡Déjeme V. sola, se lo suplico, Dios será desde hoy mi solo amparo y mi único consuelo!

—Sea como V. quiera, señora, dijo mi padre: no me opondré á que siga encerrada con su ridícula pena; porque hay tambien penas ridículas, por más que los que se las buscan las quieran hacer muy grandes!

Dicho esto salió del aposento: la pobre mujer quedó sola y llorando con lágrimas del corazon sus ilusiones perdidas, su fe menospreciada, y el terribie desengaño de su primer amor junto con el que le hacía ver el poco valor del alma de su marido.

Mi aya se acercó tres ó cuatro veces á la puerta del aposento; pero conociendo que las grandes penas tienen tambien su pudor, no se atrevió á entrar.

No obstante, cuando al caer la noche vió que la Condesa no llamaba para pedir luz, ni daba señales de vida, entró aunque con mucha timidez.

El aposento estaba bañado de oscuridad.

Volvió á salir y entró con una bujía en la mano, descubriendo entónces á la pobre Magdalena.

Hallábase ésta tendida en un sillon, con la cabeza echada hácia atras, y los brazos colgando é inertes.

La fria palidez que bañaba su rostro hizo temer á mi aya por su vida.

Desabrochóle el vestido, y respiró al sentir que latia su corazon.

Un instante despues los grandes ojos de la pobre jó-

ven se abrieron y se fijaron en la persona que le prestaba sus socorros.

—¡Valor, señora Condesa! se atrevió á decir Felicia: sólo Dios puede curar los grandes dolores; pero él, que puede, los cura siempre, si se le implora con fe y confianza, si huimos de la desesperacion.

Magdalena no pudo responder una sola palabra; su valor no llegaba á tanto; reclinó la cabeza en el hombro de mi aya, y prorumpió en sollozos hondos, pero secos y convulsivos.

Felicia la sostuvo entre sus brazos, sin añadir tampoco una sola frase.

Sabía que para los grandes dolores, la palabra humana es ineficaz y carece de sentido.

Magdalena lloró hasta que la fatiga agotó sus lágrimas: al ménos momentáneamente.

Entónces fué cuando los consuelos de mi aya penetraron en su corazon como el rocío en una tierra seca y estéril, para fecundarla.

Nadie entró en aquella habitacion, que se habia convertido en el antro del dolor aquella noche: mi aya salió algunos instantes para hacer que me acostára y luégo volvió al lado de la Condesa, á la que desnudó, acostó é hizo tomar una pocion calmante, rodeándola de los más tiernos cuidados.

La pobre jóven se dejaba manejar como un niño: no quiso que se avisára á su madre, aunque Felicia se lo propuso.

—¿Para qué? dijo tristemente: ¡no comprenderia el inmenso, el atroz dolor que llena mi alma! No, amiga

mia, pues merece y le concedo este sagrado nombre: no quiero que nadie más que Dios y V. vean esta horrible llaga de mi corazon! ¡Oh, cuánto le amaba! ¡Cómo consagré á ese hombre todas las ilusiones de mi adolescencia, todas mis esperanzas para el porvenir! ¡De qué modo me embriagaba yo con sus dulces palabras, y cómo le esperaba dias enteros para decirle, aunque sólo fuera al pasar, que le amaba, y que pensaba en él todos los instantes de mi vida! ¡Amiga mia, esta mujer que V. ve ahora triste, sombría, casi austera, no ha sido siempre así! ¡Yo era una niña de la que todos se prendaban, pero que sólo le veia á él en la extension de la tierra. Ahora ¡ay! está mi semblante cubierto de luto, porque mi corazon ha muerto!

Así se pasó esta triste noche cuyo recuerdo vivió eternamente en el alma de la Condesa, rodeado de la más tierna gratitud.

Felicia le habló de alegría y esperanza, diciéndole que entónces empezaba á vivir, y que las palabras juventud y dicha son sinónimas; pero la Condesa sacudió melancólicamente la cabeza, y alzó los ojos al cielo, como diciendo que toda su esperanza estaba allí.

X.

DESESPERACION.

En tanto que la casa de mi padre estaba habitada por el luto y la consternacion, la de mi abuela resplandecia como la mansion de la dicha.

Hubiérase dicho que la habitaba la hada del placer.

La misma noche del dia en que mi padre trajo la noticia de su enlace, se firmaban los contratos para su boda con Sandoval.

Su primer cuidado fué asegurarme un millon de dote.

Sandoval nada poseia, pero la fortuna de mi abuela era muy grande y abria á sus ojos un porvenir de delicias para lo futuro.

Yo era, sin embargo, la más rica; pues unida á la inmensa fortuna que habia heredado de mi madre la que me aseguraba mi abuela, puede decirse que era una de las herederas más opulentas de España.

Esta fué sin duda la causa de la aversion mortal que desde aquel dia empezó á sentir hácia mí el esposo de mi abuela.

Era evidente que me acusaba de haberle arrebatado un millon, que él, con su insaciable codicia, queria para sí, y que tal vez no contaba perder, fiado en la loca pasion de la que iba á ser su esposa.

Sin embargo, era su talento demasiado fino, y muy grande en él el hábito del disimulo, para dar á conocer su aversion, y ántes bien la disimuló manifestándome un cariño entrañable y lleno de ternura.

Eran mucho más repetidos y más ricos los obsequios que me hacía el Coronel que los que me hacía mi misma abuela.

A pesar de eso yo no podia amarle, y, ségun despues pude ver, mi aya le miraba con un secreto terror.

Llegó, por fin, la época del casamiento, que se verificó con gran pompa y con la mayor ostentacion.

Mi abuela, por su propio gusto y por indicacion de su marido, obró con mi padre y con su esposa del mismo modo que si no hubieran estado en el mundo.

No les dió parte de su casamiento, ni los convidó á él.

La Condesa, el dia de la boda, se levantó temprano, y se sentó en un sillon.

Así que me desayuné yo con mi aya, ésta me dejó y fué al cuarto de mi madrastra, á la que halló poseida de una extraña agitacion.

Paseábase de arriba abajo del aposento con la fisonomía trastornada por un dolor que tocaba en la demencia y en el furor.

Como para librarse de sí misma, quiso dormir y se encerró en su alcoba.

Felicia trató de aprovechar este tiempo para vestirme; pero así que hubo empezado su tarea, se abrió la puerta de nuestra habitacion, y la Condesa, pálida y desencajada, envuelta en su peinador de batista, y con el cabello destrenzado, se presentó á nuestra vista.

—¡No puedo estar allí sola, dijo: me ahogo!

—Aquí estará V. mejor, señora Condesa, observó dulcemente mi aya; venga V. á este sillon.

—¿No es verdad que no se casará, que no puede casarse? exclamó la pobre jóven mirando á Felicia con ojos extraviados. ¡Oh, no, no se casará, porque eso sería infame!

Mi aya calló no sabiendo qué respuesta dar á aquellas preguntas tan tristes, ni qué consuelo á tan amargo dolor.

Entónces la Condesa me asió con mano convulsa y me acercó á ella.

—¡Pobre niña! dijo, ¡de que te servirá ser rica, hermosa, adorada, si vendrá un hombre á destrozar tu corazon! ¡Si es todo mentira en el mundo, y el mundo entero es enemigo de la mujer! ¡Contra mí se ha conjurado hasta mi madre! ¡Ella me separó de ese hombre, que quizá hubiera vuelto á mí, y que hoy se casa con otra!

—¡Señora, exclamó mi aya con ternura y tomando la mano helada de la Condesa, valor! Dios es el supremo consolador de las grandes penas.

—¡Dios se olvida de mí! repuso la Condesa.

—¡No, señora, por el contrario, Dios se acuerda de usted, cuando la prueba con los grandes dolores! ¡Humíllese y adore su santa voluntad! Tras de la tempestad viene siempre la calma.

—¡Sí, cuando no sea otra, la del sepulcro! murmuró amargamente la Condesa. ¡Esa nada más es la que espero, es la sola que ambiciono!

—Yo he sido tambien muy desgraciada, señora Condesa, dijo mi aya, y ahora, gracias á V., soy feliz y lo sería más si pudiera ver á V. dichosa.

—¿Qué tienen que ver sus penas de V. con las mias? exclamó imperiosamente la Condesa: yo he debido los más agudos dolores á mi madre, á mi marido, al hombre á quien amaba. ¡A mi madre que me obligó á casarme cuando yo queria y necesitaba permanecer libre; á mi marido, que hizo de mi pena una ofensa para él en vez de consolarla! ¡A ese hombre, que se vende por un poco de oro! Y bien, todo es sueño y mentira en este mundo; sólo el pesar es la realidad.

Quedó, despues de dicho esto en un absoluto silencio: se recostó en un sillon y pareció como que descansaba entregada á un sueño profundo; mi aya, respetando aquel reposo momentáneo, acabó de vestirme y empezó sus preparativos para vestirse tambien.

El traje que me puso habia sido enviado por la mañana por el futuro esposo de mi abuela, y era una maravilla de gusto sencillo y elegante: componíase de un vestidito de tafetan blanco, y sobre éste una túnica de tul de seda, blanca tambien, recogida con broches de perlas.

El collar y los pendientes eran de perlas, y de perlas tambien la diadema ó cintillo que recogia los abundantes rizos de mi cabellera.

Mi aya empezó á disponer tristemente su propia *toilette;* era un traje de moaré azul, regalo de mi abuela, hecho muy sencillamente, y cuyo único mérito estaba en la riqueza de la tela y la elegancia de la hechura, pues mi abuela, guiada por su hermoso corazon, tenía para todo un tacto exquisito, y comprendió que Felicia sólo aceptaria un traje sencillo.

Ocupada en sus preparativos, olvidó á la Condesa por algunos instantes; pero en un momento que volvió la vista dejó escapar una exclamacion de sorpresa.

Magdalena habia desaparecido de allí.

Corrió á su habitacion, y la camarera, que estaba á la puerta, le dijo que la señora Condesa acababa de encerrarse en ella por dentro.

Mi aya volvió á mi lado.

La ceromonia debia tener lugar á las seis de la tarde

en el oratorio de mi abuela, y para despues estaba preparada la comida, á la que se hallaban invitadas numerosas personas amigas de los contrayentes.

Muchos años han pasado, y áun se me aparece la encantadora figura de Felicia, á la que una vida tranquila y apacible habia devuelto todo el esplendor de la más pura y admirable belleza.

Era una mujer flexible, delicada, poética; pero con la flexibilidad de un dulce carácter, con la delicadeza del corazon, con la poesía de un alma elevada y de una superior inteligencia: es decir, que no poseia la apariencia de estas cualidades, sino la amable realidad de su posesion.

Su traje de rica tela y larga cola era espléndido en su misma sencillez; sus cabellos castaños, de un color claro y armonioso, caian en gruesos y numerosos bucles sobre su frente y sienes, hasta tocar sus hombros: su talle ostentaba una gracia y elasticidad maravillosa; todo en ella era perfecto y seductor.

Cumpliendo los deseos manifestados por mi buena madre, no bien nos hallamos vestidas, salimos en el carruaje de mi padre para ir á casa de mi abuela.

Felicia encargó repetidas veces con todo encarecimiento, que si oian llamar ó quejarse á la Condesa fuesen al instante á avisarla.

A las tres llegamos á casa de mi abuela.

El patio se hallaba lleno de macetas y candelabros, y alfombrada la anchurosa escalera de piedra.

XI.

LA NOVIA.

Mi jóven abuela se hallaba dando la última mano al cuarto de su marido, pues el Coronel iba á vivir á su casa, y allí mismo mandó que nos introdujeran.

Mi abuela dejó una copa de porcelana de Sevres que tenía en la mano, y segun su costumbre me tomó en sus brazos y me llenó de caricias en tanto que yo miraba con curiosidad la habitacion preparada para el que era ya mi más mortal enemigo.

No le acuso, sin embargo; gracias á Dios, que colocó á mi lado á un ángel de virtud y de bondad, todos sus negros proyectos se estrellaron en la más perfecta imposibilidad de herirme.

—¡Cáspita, señorita, exclamó mi abuela alegremente, y cómo va V. pesando ya! ¡Dentro de poco me será imposible la felicidad de tomarla en mis brazos!

Luégo, poniéndome en el suelo, añadió con aquel entusiasmo que formaba la base de su carácter:

—¡Qué encantadora está mi Valeria! ¡Qué hermosa! ¡Ah, me parece ver á su madre cuando tenía su edad! ¡Era tan hermosa mi Margarita!

La alegría de mi abuela terminó vertiendo lágrimas á la memoria de aquella hija, á quien tanto habia amado.

Pero por una consecuencia natural de la gran viveza

de su imaginacion, se consoló en breve ú olvidó el motivo de su pena ante las impresiones del momento.

Volvió á levantarse y se puso á arreglar algunas plantas acuáticas en magníficas macetas de porcelana del Japon.

— Vea V., querida Felicia, dijo á mi aya: vea usted estas deliciosas plantas que dedico á mi marido: no comprendo la vida sin tener á la vista la vegetacion: y como por otra parte las flores no me parecen bien en las habitaciones de los hombres, las he sustituido con esto. ¿Aprueba V. mi pensamiento.

—¿No he de aprobarlo? Me parece excelente, señora.

—Hay, continuó Elena, un modo muy distinto de considerar la belleza entre uno y otro sexo, y creo yo que en eso consiste el maravilloso equilibrio que se admira en la naturaleza: no me gustan ni me son simpáticas las mujeres severas, sino las que aman á los niños y las flores, así como no puedo sufrir á los hombres afeminados: el hombre debe ser hombre; la mujer, mujer, con su belleza, sus caprichos y sus debilidades: y á propósito, ¿es la Condesa, esposa hoy del padre de mi Valeria, lo que se dice?

—Ignoro lo que se dice, señora, respondió Felicia.

— Yo no la he tratado ni lo deseo, dijo Elena; basta y sobra con que haya ocupado el lugar de mi pobre y eternamente adorada Margarita para que la viese con dolor. ¡Pero cuentan de ella cosas tan extrañas!

—Señora, repuso Felicia respetuosamente: puedo asegurar á V. que la señora Condesa es una de las damas más buenas y más hermosas que conozco y he conocido.

—Pero yo he oido decir que es intolerante, severa, santurrona.

—Ninguno de esos defectos le he notado: sólo la veo triste, efecto de algunas penas que ha sufrido.

—Yo creo, dijo mi abuela, que su mérito no debe ser muy grande, por cuanto el Conde, que fué el mejor y más entusiasta de los esposos para mi hija, se distrae ahora, segun dicen, y hace casi la vida de un calavera.

—La vida privada del señor Conde me es absolutamente desconocida, respondió mi aya, pensando con tristeza en lo fácil que le hubiera sido vindicar á la Condesa de los absurdos cargos que le inferia la sociedad, con sólo decir á la desposada que lo que habia muerto el corazon de la esposa de mi padre era la cobarde ingratitud del hombre que iba á ser su esposo, y que lo que lanzaba á mi padre en la vida de los desórdenes era el desamor de su mujer, cuando él la amaba ciegamente.

Empero estas duras, aunque santas verdades, quedaron sepultadas en el corazon de aquella noble mujer, que, colocada como estaba en tan difícil posicion, jamas perdió el tacto exquisito que la guió en ella, por medio de mil dificultades y peligros.

Mi abuela concluyó la dulce y para ella grata tarea de dar la última mano á aquella habitacion, cuyo decorado habia sido dirigido por ella con exquisito tacto y buen gusto.

Tapices de seda carmesí cubrian las paredes: los muebles, de cedro tallado y casi todos de hechura antigua, eran de extraordinario valor: una mesa escritorio, obra maestra de paciencia y trabajo artístico, ocupaba uno

de los ángulos, y el otro ostentaba un buró de no menos mérito y riqueza.

Hermosos cuadros representando cacerías y batallas, y una coleccion de armas, adornaban las paredes.

Por todas partes bronces magníficos, esculturas, objetos de arte; por todas partes detalles llenos de delicadeza y gracia; un mueble para fumar se hallaba colocado á la puerta de la alcoba, y aquel mueble representaba una crecida suma, pues habia costado muy caro.

Mi abuela pasó á su tocador y llamó á sus doncellas, que empezaron á vestirla el más admirable traje que una novia pudiera soñar, que una hada pudiera tejer entre sus vaporosos dedos.

Era de encaje blanco, de una finura maravillosa, y todas las flores eran de perlas, bordadas sobre el dibujo del mismo encaje.

Este magnífico traje, de gran cola, estaba completado por un soberbio aderezo de brillantes.

En vez de la corona de azahar que habia llevado el dia de su primer matrimonio, ostentaba Elena el dia de su segundo una corona de brillantes, que era el complemento de su aderezo de novia.

No me es posible dar una idea, siquiera sea muy leve, de la belleza de mi abuela en aquel dia; baste decir que á mí misma me asombró, á pesar de lo muy acostumbrada que me hallaba á verla.

Despedian sus ojos la dulce luz de la dicha y de la alegría; habia en su tez un brillo y una frescura parecidos á los que ostenta una rosa blanca; en una palabra, aparentaba su hermosura, en aquel dia, algo tan juve-

nil y tan lozano, que se la hubiera tomado por la alegoría de la juventud y de la felicidad.

No tardó mucho en llegar Sandoval: al ver á mi abuela tan bella y tan ricamente prendida, no le fué posible reprimir un ademan de sorpresa y de alegría.

Me tomó en sus brazos, me sentó sobre sus rodillas y empezó á acariciarme, hallándome yo por cierto muy violenta, pues por ese instinto que rara vez se engaña en los niños, comprendia que aquel hombre, léjos de amarme, me detestaba.

Habia en sus caricias algo de meloso, como en las del gato.

Una vez ví que miró á mi aya de un modo sostenido y profundo. Felicia separó sus ojos, y se puso encarnada, no sé si de rubor, de indignacion, ó de ambas cosas á la vez.

Aquella misma mirada se clavó en ella, con más insistencia todavia, en una ocasion en que tuvo que salir mi abuela de la habitacion.

Llegó la hora de la ceremonia; el oratorio se llenó de los convidados invitados para asistir al casamiento.

Yo me arrodillé con Felicia á los piés de la capilla, y me puse á mirar con infantil curiosidad aquella ceremonia que me conquistaba un enemigo, y que los lazos del parentesco acercaban á mí para que me hiriese con mayor seguridad.

De repente pasó rozando con nosotros una figura negra.

Su traje, de luto, era rico: se componia de un vestido de seda de gran precio, y de una mantilla de terciopelo

y blondas con un velo tupido que le caia delante de la cara; sin embargo, yo reconocí su elegante estatura, su aire noble y triste á la vez; me acerqué á mi aya, y le dije quedito al oido:

— Esa es Magdalena.

Felicia me miró con terror: luégo miró á la enlutada, y el terror escrito en sus ojos se hizo mucho mayor.

Ya se hallaban los contrayentes arrodillados en almohadones de raso blanco, bordados de oro, delante del altar.

La Condesa se abrió camino entre la concurrencia, que creyéndola una de las amigas de la novia que se habia retardado, la dejó pasar sin dificultad alguna.

Arrodillóse detras de los contrayentes, y esperó.

Alguna palabra, algun suspiro debió, sin embargo, dejar escapar, porque el novio volvió la cabeza, ella fijó en él sus negros ojos, y yo le vi estremecerse.

— Aya mia, dije yo á Felicia, ¿qué tendrá papá Enrique? así me habian ordenado que llamase á Sandoval.

— ¡Cómo qué tendrá, hija mia! ¿Por qué dice usted eso?

— ¡Parece que tiembla!

— Aprension de V. sin duda, yo le veo atento á la ceremonia.

— ¡No, no, se ha vuelto á mirar á Magdalena y luégo ha temblado.

— Esa señora no es la señora Condesa, querida mia.

— ¿Qué no?

— Seguramente.

— ¡Si le he visto yo la cara!

—Se habrá V. equivocado.

—¿Y quién puede ser?

—Alguna amiga de la casa parecida á la señora Condesa.

—¿Amiga de mi mamá? Ninguna tiene así.

Felicia no contestó: miraba con secreta angustia la actitud amenazadora de Magdalena, y su espantosa inmovilidad.

Acabada la ceremonia, mi abuela se levantó; dejó caer su velo blanco sobre el rostro, por un instinto de pudor muy natural, y se apoyó en el brazo que le presentaba su marido, dirigiéndose los dos á la puerta de la capilla y siguiéndoles los convidados.

Todos nos habiamos puesto en pié para abrir calle á los esposos y seguirlos despues: lo mismo habia hecho Magdalena, que inmóvil esperó á que pasase por su lado Sandoval, que era el que iba más cerca de ella.

Al verle, descubrió ella su rostro y le miró con amargura y rencor.

Él sostuvo la mirada, y léjos de turbarse como en la capilla, contempló impávido á la Condesa y siguió su camino.

Mi abuela no se habia apercibido de nada de esto.

La comida fué espléndida, y despues tuvo lugar un pequeño baile, que estuvo lleno de animacion.

Durante la noche, yo, que ocupaba en el salon con mi aya uno de los sitios más retirados, vi fijarse sobre ella en más de una ocasion la terrible mirada de Sandoval, que cada vez iba adquiriendo una expresion más significativa y más extraña.

—¡Aya mia, cómo te mira papá Enrique! le dije una vez.

Mi aya no contestó.

A las once, mi abuela, que no bailaba, pero que veia bailar á los jóvenes con esa bondad placentera que le era propia, se acercó á mi aya y le dijo á media voz:

—Querida Felicia, Valeria tiene sueño y puede V. retirarse si quiere y llevársela; mañana, añadió, escribiré al Conde rogándole de nuevo que me deje á mi niña, y entónces ni ella ni V. se separarán ya nunca de mi compañía; esto es lo único que le falta á mi dicha.

Mi aya meció tristemente su bella cabeza rubia.

—¡Y qué! ¿Piensa V. que se negará? Preguntó mi abuela.

—Pienso que sí, señora.

—¿Y por qué?

—Sólo por contrariar á V., y tal vez tambien porque, como padre, desee la compañía de su hija.

Luégo recordando sin duda las terribles miradas del Coronel, añadió:

—Por otra parte, señora, V. se tenía que tomar por la educacion de la señorita Valeria cuidados muy graves, y cuya responsabilidad sólo puede aceptar su padre.

—No comprendo á V., querida Felicia.

—Quiero decir, señora, que siendo la señorita Valeria tan rica, será forzoso mucho tino para elegir un esposo entre el gran número de pretendientes que han de rodearla, y que el señor Conde será muy escrupuloso en esta parte.

—No será más que yo, seguramente, respondió Ele-

na; pero en fin, Dios hará lo que sea de su agrado; yo pediré la tutela de mi niña; si me la dan, tanto mejor; si no, me conformaré con que no es esa la voluntad del cielo.

Este hecho da idea, mejor que nada, del carácter apacible de mi abuela y de su mansedumbre verdaderamente angelical.

Era su índole blanda como la cera, y su alma aromada, fresca y hermosa como un ramo de primorosas flores en las que el áspid de los vicios jamas habia depositado su veneno; dulce, amorosa, benéfica, caritativa, hacía el bien, y complacia á todos casi sin saber que lo hacía y por natural inclinacion.

Al llegar á casa mi aya corrió al cuarto de la Condesa.

Estaba aún con su traje de luto; áun cubria la mantilla su cabeza; se hallaba reclinada en un sillon, con los brazos caidos, los ojos cerrados y las manos frias.

Mi aya desprendió su velo y le aflojó el traje, aplicando despues á su fina nariz un frasquito de éter, para disipar aquel espasmo nervioso.

Entónces abrió los ojos exclamando:

—¡Todo acabó para mí..... todo, todo, todo!

—¡Señora Condesa, yo quisiera ver á V. llorar! Exclamó angustiada Felicia; aunque lo que pierde no merece sus lágrimas, derrámelas, porque el llanto es uno de los muchos beneficios que debemos á Dios.

—¡No puedo! exclamó Magdalena: siento que mi corazon se anega en un mar de hiel..... y ni una sola lágrima acude á mis ojos..... ¡Me ahogo! ¡Me muero!

Felicia le hizo beber una taza de agua de azahar, y por fin, á fuerza de cuidados y de ternura, las lágrimas acudieron á los ojos secos de la Condesa, que se sintió más aliviada con su influjo bienhechor.

LIBRO SEGUNDO.

I.

UN HÉROE.

Desde aquel dia viví sometida á dos influencias muy diversas.

Viví entre mi madrastra, que todo lo veia por el lado negro, y mi abuela, que todo lo miraba por el lado de color de rosa.

Entre un corazon envejecido y un corazon perfumado, hasta una edad avanzada, con las flores de esa eterna juventud que se llama dicha.

Entre un alma herida de una manera incurable, y un alma infantil llena de ilusiones y de amor.

Porque el esposo de mi abuela, á pesar de su cinismo y de sus vicios secretos, tan secretos que todos los ignoraban, supo hacerla la más feliz de las mujeres.

Las atenciones más tiernas rodeaban á la señora de Sandoval; vivia en una atmósfera de lujo embriagador, y de los labios de su marido sólo escuchaba el lenguaje más apasionado.

La opinion de Elena era acatada siempre; Sandoval

parecia mirarse en su belleza, y cuando ésta empezó á decaer por los años, áun redobló su adoracion y su ternura.

¡Cuánto cieno ocultaba aquella apariencia seductora! Sólo Dios y el Coronel lo hubieran podido decir.

Ni áun sus mismas queridas lo sabian, pues ya dije ántes que con su arte infernal conseguia cubrir lo más abyecto del vicio con las formas más decorosas y más seductoras.

Tenía la habilidad exquisita de enamorar á las mujeres hasta la locura, y de acceder á todos los desórdenes que ellas le proponian, sin provocarlos nunca por su parte.

Así era que, léjos de ser él el que conducia al precipicio, parecia caminar á éste por una especie de tierna conmiseracion hácia la enamorada mujer que de él se apasionaba.

Entre la gran cohorte de incautas que perdió, ninguna más que la esposa de mi padre podia quejarse de la falta de su hidalguía, de su respeto y hasta de su ternura.

Y áun analizando bien los motivos que aquélla tenía, ¿no era él quien debia de estar quejoso?

¿No era Magdalena la que se habia casado la primera, para dar gusto á su madre?

¿No era esto confesar que amaba más á su madre que á él?

¿No se habia casado con un hombre rico, jóven, de seductora figura, de una brillante posicion social?

Y él, ¿no habia elegido una mujer de más edad que la que él contaba, es decir, una amiga más bien que una esposa?

Todas estas razones le dió aquel seductor, ante el cual, los don Juanes y los Lovelaces quedaban en mantillas, en una carta que dirigió á mi madrastra, dos ó tres dias despues de su boda; continuaba diciéndole *que la perdonaba* su ingratitud; que la amaba siempre y más desde que se habia hecho imposible para él; que dispusiera de su sangre, de su vida, de su fortuna, de todo, porque su corazon áun le estaba adherido con fibras frescas y sensibles.

Otra mujer de ménos talento que Magdalena, ó ménos pura y altiva, hubiera caido á las plantas del héroe, le hubiera pedido el perdon que se adelantaba á ofrecerle, hubiera acusado á su madre, á su destino, á la Providencia quizá, que es la última y más ciega acusacion de los que desesperan por cosas que valen poco; pero la esposa de mi padre era una mujer superior y no hizo nada de esto; llamó á Felicia, que habia llegado á ser su confidente y su única amiga, y le enseñó aquella carta, obra maestra del Coronel.

Cuando se la devolvió, la quemó á la llama del quinqué, á cuya luz bordaba, y las cenizas, negras como la intencion que habia dictado aquel escrito, cayeron sobre los brillantes colores de la tapicería, empañándola un momento.

Magdalena la sacudió, y luégo dijo con una sonrisa triste mostrando las flores limpias:

—Tan poca huella como aquí ha dejado ese indigno escrito en mi corazon, que toda la habilidad de ese hombre no alcanzará á alterar.

Felicia tomó la mano de la Condesa y la estrechó

tiernamente entre las suyas; luégo, arrepentida de la llaneza de este movimiento de afecto que no fué dueña de contener, bajó los ojos ruborizada y murmuró:

—¡Perdon, señora!

—¿Y de qué, amiga mia? repuso Magdalena; ¿de que me tenga V. afecto la he de perdonar? ¡Ah! ¡Yo soy la que le debe la más tierna gratitud! ¡En este aislamiento moral á que mi desgracia me ha traido, sólo cuento con su amistad! Mi madre, contenta con una pension crecida que ha arrancado á mi marido, vive en su casa con la ostentacion que siempre ha deseado y á la cual me sacrificó, y ya no piensa en mí; mi marido busca en otras partes la distraccion que mi melancolía no puede ofrecerle, y que sin duda necesita imperiosamente. ¡Ah, Felicia! ¡A no ser por su cariño, por su nobleza, por su fiel amistad, sería yo la más infeliz de todas las criaturas!

II.

MI EDUCACION.

Hé aquí el método de vida que yo empecé á seguir desde los seis años de mi edad.

Me levantaba temprano, pues mi aya, que tenía todas las cualidades mejores de las inglesas, de las francesas y de las españolas, me hacía observar y observaba ella misma esta saludable costumbre.

Pasaba al comedor y me desayunaba con Felicia.

Mi madrastra lo hacía más tarde en su cuarto; mi padre no tomaba nada hasta la hora del almuerzo.

Pasaba luégo á saludar á mi padre, que escribia un rato por la mañana, despachando su correspondencia, que era muy numerosa.

Aquella visita duraba poco, porque ya he dicho que me miró siempre con una especie de prevencion dolorosa, y que me acusaba de la muerte de su primera esposa, única mujer á quien habia amado con todo su corazon.

Me hacía algunas preguntas acerca de mis estudios y luégo me daba un beso en la frente. Esto era una señal de despedida. Como la Condesa se hallaba en misa á aquella hora, volviamos á nuestra habitacion, en la que mi aya me vestia muy sencillamente y se vestia despues del mismo modo con el buen gusto que le era habitual.

Ibamos en seguida á la habitacion de Magdalena, á la que regularmente hallábamos desayunándose, de vuelta de la iglesia, y vestida de negro.

La Condesa era naturalmente muy triste, y lo estaba siempre; pero tenía un carácter tan dulce y lleno de atractivos, que yo la adoraba.

No abrigo tampoco la menor duda acerca de la afeccion sincera que me profesaba; me hacía sentar á su lado despues de abrazarme y me daba algun dulce ó fruta de los que más me agradaban, pues tenía la bondad de informarse y de acordarse de mis gustos, hablándome con cariño é interés.

—¿Cómo vamos de estudios, mi querida niña? Me preguntaba con su voz dulce y un poco lánguida; ya me

ha dicho nuestra buena Felicia que sabes leer muy bien, que empiezas á escribir y á aprender Historia; aplícate, mi querida Valeria; en esta triste vida, en que es mentira todo, el placer que el estudio nos proporciona es una de las poquísimas verdades que encontramos.

Animada con estas palabras, iba á mi habitacion y daba mis lecciones con Felicia, que era entónces mi sola preceptora, á causa de mi poca edad.

Ella me enseñaba á escribir y la Historia de España, haciéndome despues leer sobre sus rodillas.

Así se pasaba el tiempo hasta la hora del almuerzo, que haciamos en compañía de la Condesa; mi padre almorzaba siempre sólo ó con sus amigos.

Acabado el almuerzo, nos dedicábamos un rato á nuestras labores de aguja, en las que mi aya era primorosa; yo trabajaba muy poco, pero la miraba trabajar con la mayor atencion.

Magdalena estaba con nosotros en la sala de labor.

Aquella figura profundamente triste y siempre vestida de negro, cual si llevase luto por su felicidad, era, como despues me ha asegurado mi aya, el lado oscuro del cuadro, del cual era la luz la admirable belleza de que el cielo me habia dotado en la infancia, y que no cesaban de alabar todos.

La Condesa hablaba muy poco; casi siempre la veia yo con las manos cruzadas y la mirada fija.

Otras veces rezaba, segun se podia colegir por el movimiento de sus labios.

Otras veces, en fin, hablaba con nosotras de labores y de asuntos diferentes; ya de lo que habia leido, ya diser-

tando sobre los sentimientos del corazon humano; pero todo de una manera tan triste, que se conocia que habia dejado de iluminar su alma la radiosa luz de la esperanza.

Yo gustaba, desde mi edad más tierna, de su grata, variada y armoniosa conversacion; pero las tristes doctrinas que en ella dominaban se iban grabando en mi alma.

Magdalena, escéptica á fuerza de padecer, todo lo del mundo lo sometia á un análisis riguroso, y en todo, ménos en la esperanza de otra vida, hallaba la nada y el vacío.

Aquella sombra hermosa y apacible, aquella especie de suave aparicion, era precisa para mí y me conceptuaba feliz si la veia presidiendo nuestras tareas, y triste el dia en que, más agobiada por la melancolía que de ordinario, permanecia retirada en su habitacion.

Al verla rezar y leer libros devotos, conocí que algo de muy bello y grande habia en una religion que llenaba tan por completo el alma pura y noble de Magdalena.

A la una dejábamos la labor é íbamos á vestirnos para visitar á mi abuela.

Desde aquel punto todo cambiaba por completo: desaparecia la sencillez para ser reemplazada por la ostentacion y la magnificencia.

Nuestros trajes eran esmerados y elegantes, si bien mi aya, dotada de exquisito buen gusto, procuraba que tuviesen toda la modestia posible, y que pudiese no chocar con los gustos espléndidos de mi abuela.

Esta, desde que se habia convertido en la señora de

Sandoval, vivia en una especie de nido de seda y flores.

Si ella habia hecho á su esposo dueño absoluto de su albedrío, de su voluntad y de sus bienes, éste, en cambio, la rodeaba de tales refinamientos de cariño y de cuidados, que pudiera asegurarse que la habia embriagado completamente y que la hacía mecerse en regiones ideales.

Su cuarto de dormir, cargado de perfumes, tenía por la parte interior algodonada la tapicería para que no molestase su sueño el más leve ruido de la calle.

Ardia en el centro del dormitorio de mi abuela una lámpara cuya mecha se hallaba empapada en un fuerte perfume.

Cortinas de seda rosa, cubiertas con otras de encaje blanco y sostenidas con abrazaderas de perlas; sillones cómodos y mullidos como pequeños lechos; un lecho de plata y de marfil velado por pabellones de gasa con guirnaldas de rosas; mesitas de pórfido en forma de lira, sostenidas por amorcillos; jarrones magníficos cargados de flores; obras maestras de arte, en pintura y escultura, de pequeñas dimensiones, y por todas partes fuertes aromas, penetrantes perfumes que se exhalaban de diminutos braserillos de oro, en un humo ligero y blanquecino; hé aquí lo que constituia el mueblaje de la habitacion de mi abuela, en la que parecian haberse agotado todas las mil voluptuosidades del lujo y de la riqueza.

Sus gabinetes de tocador y de baño eran aún más encantadores, y estaban más llenos de primores, de alhajas y de todos los refinamientos de la elegancia.

Mi abuela, al cabo de seis meses de casada por segunda vez, no era ya la esbelta y hermosa Elena, admiracion de todos, envidia de todas; era una matrona gruesa, majestuosa y dotada de la belleza que puede conservar la casi obesidad que le habia traido su vida muelle y perezosa; constantemente servida y mimada por su negra María de Jesus, que no se habia separado de ella, vivia soñando en un mundo de rosas y delicias, creyendo á ciegas en la idolatría de su marido, y viéndolo todo á traves del prisma mágico de su amor y de su gratitud, pues aquella pobre mujer, á la que se habia enervado por el abuso de la mesa, de los perfumes y de la molicie, estaba mecida siempre como en un mundo ideal, lleno de luces, de ángeles y de flores, en medio de cuyo encanto flotaba su marido, como el hechicero encantador que habia labrado su ventura.

Cuando yo iba, se hallaba recostada invariablemente en un divan de raso azul, envuelta en un peinador de batista—pues no podia sufrir sujecion alguna—y medio adormecida, despues de un largo y suculento almuerzo.

Era lo más extraño, que habiendo comido siempre muy poco, desde su casamiento estaba dominada entónces por una asombrosa voracidad.

Aquel sér infernal, al que se habia unido, se habia complacido en ir enervando poco á poco su inteligencia, al paso que despertaba todos sus instintos animales.

¡Horrible empresa, pero fácil de conseguir y de llevar á cabo, tratándose de una americana tan propensa á la molicie, á la ociosidad, y dotada de una gran riqueza!

Mi abuela hacía que me acercase á ella, y me abrazaba

apasionadamente; despues de lo cual, caia de nuevo en el divan tan rendida como si hubiera hecho los mayores esfuerzos.

Algunas veces rogaba á Felicia que se pusiese al piano y que le cantase, acompañándose, alguna de sus melodías favoritas.

Yo la veia, en tanto que la música duraba, sumergirse poco á poco en un sueño profundo, y cerrar los párpados, agobiados con la pesadez de aquella atmósfera cargada de perfumes.

Cuando la cancion terminaba, la señora de Sandoval dormia de la manera más apacible y sosegada.

Algunas tardes saliamos á paseo, pero eran las ménos, porque á mi abuela le eran igualmente insoportables el frio, el calor, el sol y el viento, y se moria de fatiga fuera de su nebuloso gabinete.

Cuando las instancias de mi aya la sacaban de casa, se dormia en el carruaje, bajo el velo de blonda blanca de su sombrero.

Entre tanto, su marido derrochaba sumas enórmes en toda clase de desórdenes, que cubria cuidadosamente con el perfumado cendal de la decencia y del decoro.

Mi abuela nada veia, nada podia ver, subyugada, alelada, por decirlo así, bajo el influjo infernal de su marido, que se separaba muy poco de su lado, y que le abrumaba á fuerza de caricias y de protestas de amor.

III.

MI ESPEJO.

Entre la figura triste de mi madrastra y la figura soñolienta de mi abuela, se deslizaron seis años.

Llegué á los doce de mi edad y á la época de mi primera comunion.

Ademas de las lecturas que tenía con mi aya, fué el señor cura de San Luis el encargado de prepararme.

Yo estaba dominada aquel dia por tal aturdimiento, que se acercaba al idiotismo, y voy á decir por qué.

Mi madrastra me habia persuadido de que el acto que iba á tener lugar era uno de los más importantes de la vida.

Mi abuela, cuya parte religiosa habia sufrido notables alteraciones con el contacto del cinismo de su marido, cinismo que no se mostraba, pero que se notaba y se respiraba junto á él, hablaba con mucha indiferencia y se lamentaba de que se me hubiese hecho madrugar tanto.

Lo mismo que en aquella ocasion me sucedia en todas las demas de la vida.

Yo no tenía ideas fijas acerca de nada, sino todas exageradas, ya por lo que toca al bien, ya por lo que respecta al mal; en una edad tan tierna, vivir entre dos carácteres extremos, era lo peor que pudiera haberme acontecido.

Así es que mi carácter, aunque naturalmente pláci-

do y bueno, presentaba las más extrañas alternativas.

Ora me asaltaba una melancolía profunda y lloraba, sin saber la causa, durante horas enteras.

Ora tenía raptos de loca alegría, reia y cantaba, como si me embriagase mi propia vida y el exceso de mis aspiraciones y de mi felicidad.

Yo conocia todos los extremos: lo que me era absolutamente desconocido era la templanza, la moderacion y la humildad.

Empecé á amar el lujo locamente, y esta aficion, no era sólo mi abuela quien la fomentaba, sino aún más su esposo, que me manifestaba el más tierno cariño.

Siempre que me hallaba sola con él—que era las más veces que él podia conseguirlo—me hablaba de la brillante suerte que me estaba reservada en el mundo, por mi belleza, mi opulencia, mi talento y mi esmerada educacion; pues debo decir que desde que cumplí ocho años, época en que se juzgó que yo los podria aprovechar, se me buscaron toda clase de maestros.

Aprendí la Música, la Pintura, el Francés, el Inglés, el Italiano, la Historia y la Geografía.

Dotada de un espíritu analítico y de un carácter observador, á pesar de que no se perdonaba ningun medio por mi abuela y su marido para hacerme frívola; animada y ayudada por mi aya, cuya clara comprension era como la antorcha que me alumbraba en mis estudios, pensaba y razonaba con ella, meditaba y comparaba los idiomas y los principios de los diferentes autores, y sacaba mucho más partido del que es comun en las jóvenes de mi edad.

Conociendo Felicia que en mi alma empezaba á levantarse la ambicion y la vanidad, apresuró, con la anuencia de la Condesa, la época de mi primera comunion, pensando—y no sin razon—que aquel pan del alma aplacaria todas las dudas y todas las tempestades.

En efecto, despues de la comunion quedé mucho más tranquila, y los humos de mi vanidad se disiparon algun tanto.

Llegaba yo á los quince años, cuando un dia fuí á ponerme el sombrero delante del espejo para ir á casa de mi abuela, y me hallé tan bella, que no pude detener un grito de admiracion.

—¿Qué es eso? preguntó mi aya asustada, creyendo que me ponia mala.

—¡Ay, aya mia! exclamé sencillamente: ¡yo no creia ser tan bonita!

—Pues qué, mi querida Valeria, no se ha mirado usted nunca al espejo? dijo Felicia; todos los dias la peina á V. la doncella delante de él.

—¡Creo que hasta hoy me he mirado sin verme!

—¿Y hoy se halla V. bonita?

—¡Sí, aya mia! á tí te lo confieso, respondí llena de gozo.

Y volví á echar otra mirada á la complaciente luna, que me enseñaba mi figura.

Allí me vi, bajo la forma de una jovencita delicada y esbelta, llena de gracia y de distincion: mi estatura era algo más que baja, pero no pasaba mucho de mediana: era delgada, segun convenia á mi tierna edad; tenía los cabellos sedosos, dorados y muy abundantes, y los

ojos muy grandes y de un negro afelpado; negras tambien eran mis cejas y mis pestañas, lo que daba á mi belleza un carácter particular y casi deslumbrador.

Mi boquita, guarnecida de menudos dientes; mi nariz, pequeña y delicada; mi barba, pequeña tambien y adornada de un gracioso hoyuelo, tenian una suavidad encantadora y una gracia admirable.

En cuanto á mi talle, á mi cuello, á mis brazos, á mis manos, no se podia suponer ni pedir mayor perfeccion en una jóven de mi edad, cuyo aspecto era enteramente infantil.

Aun me estaba mirando absorta, cuando oí entrar al esposo de mi abuela, porque siempre llegaba cantando, á pesar de su exquisita educacion.

El señor de Sandoval no habia tenido reparo alguno de entrar en la casa donde habitaba la mujer que tanto le habia amado.

Es verdad que jamas pudo ver ni aún su sombra; porque las habitaciones de la Condesa, muy separadas del resto de la casa, hasta tenian otra puerta para entrar y salir, y el Coronel entraba por la puerta principal, y subia derecho á la habitacion que yo ocupaba con mi aya.

Se inclinó ceremoniosamente ante Felicia, con la cual estaba muy resentido, pues á pesar de una persecucion indirecta, durante dos ó tres años, no habia podido conseguir de ella otra cosa que desdenes y severidad.

Luégo se acercó á mí, me tomó la cabeza y me besó en la frente, segun su costumbre.

Yo habia acabado por amar á aquel hombre brillante,

seductor, afectuoso, que reunia todos los encantos y todas las gracias.

Era para mí tan tierno, cariñoso é indulgente, cuanto mi padre indiferente y frio.

Se prestaba á todos mis caprichos, se doblegaba á cuanto ya queria y era mi consejero y mi amigo.

Para que yo le amase y tuviese en él confianza, no influia poco el entusiasmo con que mi inocente y bondadosa abuela me hablaba de él: para la señora de Sandoval su marido era el *non plus ultra* de todo lo bueno que Dios concede á la humanidad.

—Hija mia, me decia algunas veces; para cuando te cases, sólo pido á Dios que te conceda un esposo como el mio: no comprendo el matrimonio sin un amor exaltado y lleno de ilusiones; no comprendo en el esposo al marido, si no al amante; es decir, al hombre que, léjos de abusar de su autoridad, se convierte en el primer adorador de su mujer y en el más galante de todos los que la rodean; un esposo así para tí es lo que deseo, continuaba mi abuela, y un esposo así tienes el derecho de encontrar, como lo han sido los dos que me ha concedido el cielo.

La señora de Sandoval, fatigada con este largo razonamiento, se recostaba en su sillon, como abrumada de cansancio, y yo, sentada á sus piés, me ponia á meditar sobre el bello tema de la pasion conyugal que aquellas teorías desarrollaban ante mis ojos.

—Querida Valeria, dijo el Coronel despues de haberme abrazado; tu madre me ha encargado que venga á decirte que esta noche ha de tener lugar una cosa así

como el programa de tu aparicion en el mundo, y que al efecto te llevamos al teatro.

Yo habia vivido hasta entónces tan retirada y tan sin pensar en que hubiera diversiones, que esta noticia me asombró.

—Caballero, observó Felicia, yo creo que la señorita Valeria es aún muy jóven para que se piense en presentarla en la sociedad.

—Señora, repuso el Coronel, Valeria tiene ya quince años y medio; de esa edad se casó su madre; ademas el sábado próximo da un baile el embajador de Inglaterra, y se la va á llevar á él.

—¡Ah, exclamé yo, voy á ir á un baile! ¡Qué placer!

—Sí, hija mia, dijo Sandoval, ya tienes encargado á París el traje.

—Pero señor, volvió á observar Felicia con entereza, creo que para todo eso se deberia consultar al señor Conde, padre de la señorita.

—¿Acaso se cuida para nada su padre de ella? preguntó Sandoval con su insolente risa. ¡Sus verdaderos padres somos mi mujer... y yo!

Mi aya me confesó, algun tiempo despues, que el modo con que pronunció Sandoval esta última palabra la hizo estremecer.

—Mandarémos á buscar á Valeria con María de Jesus, dijo el Coronel; V., señora, no tiene que molestarse por esta noche; vístala V. elegante pero sencilla; la sencillez es de buen gusto en una jóven.

Volvió á besarme y salió.

Yo me volvi á mirar á Felicia, para hacerla partícipe de mi alegría, y la vi pálida y triste.

Esto me irritó.

Creí que sentia que me llevasen á una diversion, y hasta achaqué su pena á miserable envidia porque no habian contado con ella.

¡Cómo me engañaba, y cuán injusta era con aquella noble mujer!

Ella me miró tristemente; cualquiera hubiera dicho que leia en mi corazon.

Ocupóse en buscar, entre mi numeroso guardaropa un traje bonito y sencillo; creyó que uno blanco era el que mejor reunia estas dos circunstancias, y me propuso uno de gasa, adornado de lazos celestes, que sólo me habia puesto una vez.

Acepté, porque me parecia muy lindo.

Quise que se llamára á un peluquero, quien lució toda su habilidad en mi cabeza, asegurando que era la más bonita que habia visto en toda su vida; la cubrió de espesos rizos rubios, que ordenó artísticamente alrededor de mi frente, como una espléndida corona de oro.

Mi doncella y Felicia me vistieron despues, y, cuando estuve ataviada volví delante de mi espejo.

Esta vez no pude lanzar grito alguno, porque quedé petrificada de admiracion.

Era el traje de manga corta y dejaba ver mis brazos, de una frescura y pureza de dibujo maravillosas.

Aunque el escote era modesto, dejaba ver tambien mi

garganta y mis hombros torneados y redondos, blancos aquélla y éstos como el mármol.

Mi espejo me representaba encantadora, bella como una de esas jóvenes que ha creado el aristocrático buril de Lawrence, el poeta del acero.

Apénas terminaba mi tocador abrochando mis guantes blancos, que llegaban hasta medio brazo, cuando apareció en la puerta María de Jesus.

—¡Dios bueno, niña mia! ¡Qué hermosa estás! exclamó uniendo sus manos con el entusiasmo propio de las mujeres de color. ¡Si me pareces una Vírgen bajada del cielo! ¡Niña Elena al verte va á volverse loca! Niña Felicia, añadió volviéndose á mi aya, no ponga V. á niña Valeria ninguna alhaja, porque la está esperando un collar que vale ochenta mil duros y que tiene el retrato de su madre.

—¡Un collar de tal valor para una niña! murmuró mi aya.

—Y qué, ¿no se merece más este ramito de azucenas y de claveles? exclamó la negra. Señor, ¡si es más hermosa que su madre, y se arrodillaban los negros delante de ella, cuando iba por la calle!

Yo dí á mi espejo la última mirada.

—¡Cómo amaba á mi espejo, y qué dulces cosas me decia éste!

Salí casi sin despedirme de mi aya, tal era mi preocupacion.

Ella me abrazó tiernamente, y murmuró á mi oido, con la voz alterada por las lágrimas:

—Es la primera vez que la separan á V. de mí, hija mia: quizá tratan de romper los dulces lazos que nos unen. ¡Quiera Dios que no le cueste á V. esta noche muchas y amargas lágrimas!

IV.

EL TEATRO.

Subí al coche con María de Jesus: durante el camino la negra se entregó á todas las exageraciones imaginables, con respecto á mi persona, y debo confesarlo para vergüenza mia, me agradaban mucho más sus visibles adulaciones que el lenguaje digno y grave de mi aya.

Cuando llegamos á casa de mi abuela, terminaba ésta su tocador.

Contaba cerca de cuarenta y siete años, y aunque áun estaba fresca y bella, su obesidad alejaba ya toda idea de pretensiones.

Sin embargo, vestia ricamente y con un gusto exquisito, pues confeccionaba sus trajes una aristocrática é inteligente modista francesa.

Llevaba un traje de raso lila con exquisitos encajes blancos, que adornando tambien el cuerpo, se recogian en el pecho y en los hombros con lazos de brillantes.

Sobre su cabellera, negra y luciente, brillaban tambien algunos diamantes, de un tamaño extraordinario, entre una guirnalda de follaje verde, adorno sencillo

que decia de una manera admirable con el carácter de aquella bella cabeza, tan espléndida y majestuosa.

Si á mí me pareció bella mi abuela, el entusiasmo de ésta no conoció límites al verme á mí.

Me tomó de la mano y me acercó á las bujías, dándome vueltas con un pasmo mezclado de alegría, y dejando escapar exclamaciones de admiracion.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué hermosa es! decia: ¡Toda se parece á su madre, tan dulce, tan angelical, tan buena! ¡Hija mia, tú mereces todos los tesoros de la tierra por tu hermosura y tu riqueza, porque tú eres muy opulenta, hija mia, y precisamente serás dichosa!

—Valeria no debe contentarse con un hombre cualquiera, observó Sandoval; es la estrella que va á brillar radiosa y deslumbradora en el gran mundo; debe exigir belleza, distincion, unos modales exquisitos y sobre todo mucho amor!

—¡Sí, sí, exclamó su esposa entusiasmada: una adoracion sin límites! Pero vamos, hija mia, prosiguió, que ya es tarde; vén á que te ponga el collar que te tengo preparado, es el que llevó tu madre el dia que la presenté en el mundo; despues le guardé religiosamente como un recuerdo de las dulces emociones que experimenté aquel dia.

Hablando así, mi abuela sacó de un estuche de terciopelo un soberbio collar de perlas, de un tamaño y de una pureza extraordinaria, del que pendia un pequeño medallon de oro guarnecido igualmente de perlas.

Yo le abrí y hallé dentro un rizo de cabellos rubios.

—Son de tu madre, me dijo la señora de Sandoval.

tenía los cabellos del mismo color y tan hermosos como tú; esa joya es tuya, guárdala hija mia, ya que no te permiten entrar en el cuarto que ella ocupaba.

Estas palabras me chocaron mucho.

—¡Qué! exclamé; ¿ha vivido mi madre en la misma casa que habitamos?

—Sí, hija mia, su habitacion se conserva del mismo modo; pero tu padre guarda la llave de ella: es un respeto el que profesa á su memoria, que me admira sobre manera haya conservado; pero dejemos esto y vamos al teatro, que ya es hora.

V.

EN LA ÓPERA.

Llegamos al régio coliseo, donde mi abuela estaba abonada á un palco entresuelo, al cual no iba nunca, ocupándole sólo su marido con algun amigo, las noches que le parecia.

En cuanto á mi abuela, preferia dormitar en su lecho de raso azul y tomar tazas y más tazas de café, ántes que vestirse y molestarse, á pesar de que amaba la música con pasion.

Al entrar, la vista del coliseo me deslumbró.

Las joyas y la profusion de luces formaban ante mis ojos una nube de cambiantes deslumbradores.

Bien pronto vi asestados á mí todos los gemelos de

los espectadores y sorprendí muchos ademanes de admiracion.

Mi abuela se sentó en el sitio preferente, y yo al otro lado del palco; Sandoval se colocó detras de mí.

—¡Dios mio, que hermoso es esto, mamá, exclamé: qué lástima que no haya venido mi aya!

—Amor mio, repuso mi abuela: tu aya haria aquí mal efecto, y más estando yo; tu papá Ernesto, que ya sabes es un modelo de gusto exquisito y de elegancia, dice que ya es preciso que salgas alguna vez sin ella.

Yo no supe qué contestar á estas palabras; pero, sin saber por qué, me pusieron muy triste.

Una voz interior me decia que se me queria separar de aquella noble mujer, que me amaba tan tiernamente y que me tenía dadas tan eficaces pruebas de interés.

Algunas frases que oí en un palco inmediato y en las butacas inmediatas á la orquesta me distrajeron.

—Esa señora gruesa y que áun conserva señales de hermosura, es la que llaman *la bella americana*, dijo un caballero de edad madura que se hallaba con otros en un palco situado á mi espalda: esa hermosísima niña es nieta suya.

—Verdaderamente es un prodigio de belleza y de gracia. Pero ¿cómo, teniendo una nieta de esa edad, es tan jóven esa dama?

—Ya sabe V. que en Cuba las jóvenes se casan á los trece y catorce años; de esa edad debió casarse tambien su hija, y no de mucha más se casará la nieta, porque la va á rodear desde hoy una nube de pretendientes.

—Lo creo, repuso el otro caballero, porque he oido decir que tiene todas las ventajas.

—Absolutamente todas, amigo mio; su familia es muy ilustre; es preciosa y tan rica que se la cree una de las herederas más opulentas de España.

Poco despues oí estas palabras en las butacas:

—¡Qué preciosa criatura!

—¡Es una sílfide!

—¡Qué gracia, qué candor!

—Ella oscurece á todas las demas mujeres que hay esta noche en la ópera.

—¡Mire V. con qué rencor le asestan todas los gemelos!

Me volví á mirar: en efecto, todos los gemelos estaban dirigidos á mí.

Empezó la ópera; y yo, que adoraba la música, lo olvidé todo para extasiarme escuchándola.

Era una de las más bellas obras de Donizetti.

No bien cayó el telon, se abrió la puerta de nuestro palco, y vi entrar á un jóven.

—¡Ah, querido Conde! exclamó mi abuela presentándole la mano. ¡Al fin ha cumplido su palabra! No me extraña esta exactitud, pero sí aseguro á V. que no la esperaba.

Volviéndose luégo á mí, me lo presentó y me dijo:

—Hija mia, el señor conde de Rio-Claro, que ha llegado de París hace quince dias, y que cuento ya con placer en el número de nuestros mejores amigos.

Y presentándome á él, añadió:

—Esta es mi nieta, la señorita Valeria de los Valles.

Rio-Claro se inclinó profunda y respetuosamente.

Sandoval fué á saludar á algunas señoras conocidas, y nosotras quedamos solas con el Conde.

Mi abuela, que era bastante frívola, se puso á mirar á todas las señoras de los palcos, inspeccionando sus trajes, que miraba con curiosidad; y el Conde y yo quedamos en completa libertad.

Era un jóven que apénas llegaba á los veinte y cinco años, más alto que bajo, ligeramente pálido, flexible, elegante; sus rasgados ojos pardos, llenos de luz, estaban tambien llenos de dulzura; su boca, que sonreia con frecuencia, enseñaba por debajo de su fino y rizado bigote dos sartas de dientes blancos é iguales como perlas; su nariz era recta, noble, delicada; vestia con exquisito buen gusto y elegancia, si bien con gran naturalidad.

Una sedosa y abundante cabellera se rizaba con una gracia sencilla y fácil, por decirlo así, alrededor de su frente.

A pesar de esta apariencia de dulzura, habia en aquel bello semblante una altivez soberana, aunque templada por una gracia indescriptible.

Su voz era tan dulce que su eco cautivaba de una manera irresistible.

Se inclinó hácia mí y me preguntó con una timidez del mejor gusto, por lo que distaba del atrevimiento vulgar, tan comun á los jóvenes:

—¿Le agrada á V. la música, señorita?

—Mucho, le respondí, y sobre todo la de Donizetti.

—¿De modo que podemos esperar ver á V. con alguna frecuencia?

—Yo no lo sé, caballero, respondí: mi querida mamá sale poco de casa, y...

—¡Oh, pero V. tendrá muchas amigas!

—Hasta hoy sólo una tengo.

—Con ésa vendrá V., pues, al teatro.

—Creo que no: es mi aya.

—¡Ah, señorita, esa amiga debe ser muy severa!

—Todo lo contrario, caballero: es buena y dulce como un ángel.

Yo, ignorante del trato del mundo, guardé silencio: el Conde, algo embarazado, tampoco sabía qué decir.

El acto empezó, y el Conde se quedó en vez de volver al palco que ocupaba con otros amigos suyos.

Al terminarse un magnífico duo de tiple y tenor, se volvió hácia mí con los ojos húmedos de emocion y me dijo con voz algo conmovida:

—¡Qué bella es la música! ¿No es cierto, señorita?

—¡Muy bella! respondí yo participando de su emocion.

—¡Cuán bien expresa el idioma del amor! prosiguió Rio-Claro. ¡Y cuánto más no dice que la pobre y mísera palabra humana! ¡Estar aquí al lado de V. y oir esta deliciosa melodía, es cosa sin igual en la tierra!

Yo me puse muy encarnada y nada respondí.

¿Qué podia responderle? la emocion que yo misma experimentaba no me dejaba ni la facultad de pensar.

Entraron en nuestro palco algunos otros caballeros, y la conversacion se hizo general.

Un poco ántes de terminarse la representacion, se retiró el Conde, y poco despues nosotros tambien.

Mi abuela y su esposo me llevaron hasta casa de mi

padre: Sandoval me dió el brazo para subir la escalera y me preguntó:

—¿Te has divertido, hija mia?

—¡Oh, mucho! respondí yo.

—¿Te ha gustado la ópera?

—¡Muchísimo!

—¿Y el Conde?

Yo quedé cortada y trémula.

—¿Te pregunto, insistió Sandoval, si te ha agradado el Conde?

—Sí, respondí ruborizándome, es muy simpático.

Llegamos, al decir esto, á la puerta de la habitacion que tenía abierta un criado.

Entramos en la de mi aya, que aún se hallaba levantada, y Sandoval dijo con frialdad:

—Señora, aquí está Valeria.

Me besó en la frente y añadió:

—Buenas noches, querida.

Mi aya y yo quedamos solas.

VI.

LA VUELTA Á CASA.

Felicia me habia esperado, leyendo á la luz de la modesta lámpara de cristal blanco que hasta entónces habia alumbrado nuestros bordados y labores nocturnas.

Aquella linda habitacion parecia la mansion del reposo.

—Y bien, mi querida niña, dijo Felicia, ¿se ha divertido usted?

—¡Oh, mucho, mucho! exclamé con entusiasmo.

—¿Le ha agradado la ópera?

—¡Extraordinariamente, y luégo he tenido una ovacion!...

—¿Quién, usted?

—¡Yo, yo misma; doquiera oia alabanzas de mi belleza, de mi gracia: todos me miraban, y en sus semblantes se pintaba la admiracion!

Felicia se sonrió tristemente, y luégo dijo:

—¿De modo que ha obtenido V. un triunfo completo?

—¡Completísimo!

—Sin embargo, querida niña, no debe V. creer más que una mitad de lo que ha oido allí.

Yo miré atónita á mi aya.

—¡Qué dices, aya mia! exclamé. ¿No soy bonita?

—¡Como un ángel!

—¿No estaba elegante?

—Maravillosamente; pero sin embargo, más que bonita y elegante—por mucho que lo sea—es V. otra cosa.

—¡Otra cosa!

—¡Sí, otra cosa!

—¿Y qué es ello?

—¡Rica!

—¿Y qué tiene que ver?...

—Que el ser rica es el mérito mayor del mundo.

—Pero á las señoras, ¿qué les importa que yo sea ri-

ca ó pobre? Eso puede hablar con los hombres, que verán quizá en mí un buen partido; pero con las mujeres....

—Las mujeres, como los hombres, halagan más á la que es más rica.

Aquellas palabras me entristecieron profundamente.

Felicia lo conoció así, y me dijo:

—La señora Condesa está levantada todavía: ¿quiere usted venir á darle las buenas noches?

Yo hice una señal de asentimiento, y pasamos á la habitacion de mi madrastra.

Hallábase ésta arrodillada delante de su reclinatorio, y rezando, ya desnuda, las oraciones de la noche.

En vez de su habitual traje negro, llevaba una bata blanca de muselina, lisa y sin encajes.

Sus cabellos caian por la espalda en largas y gruesas trenzas negras, sin sujecion alguna: tenía la cabeza oculta entre las manos, y estaba, al parecer, sumergida en una dolorosa meditacion.

El aposento estaba sólo alumbrado por una lamparilla de porcelana blanca que ardía ya durante toda la noche.

Aquella habitacion formaba tal contraste con el brillante espectáculo de donde yo venía, que mi corazon se oprimió de un modo muy doloroso.

Allí la luz, las flores, los brillantes, las sonrisas, la música, todas las seducciones, en fin, de la vida.

Aquí la oracion, la soledad, la sombra, la tristeza.

Al ruido que hicimos al entrar, la Condesa alzó la frente y nos mostró su rostro pálido y triste.

Luégo se levantó, me tomó por la mano, y me dijo:

— Y bien, querida niña, ya sé que has estado en la ópera. ¿Te has divertido?

—¡Oh, mucho, mucho! exclamé llena de entusiasmo.

— Yo tambien era ántes feliz en la ópera, dijo ella con tristeza.

—Y ahora, ¿por qué no vas ya, querida Magdalena? le pregunté.

—Porque ya no soy jóven: ya á mi edad conviene más el retiro y el descanso.

—Sí, eres aún jóven y bella, á lo ménos á mis ojos.

Ella sacudió melancólicamente la cabeza.

— Mira dijo despues: cuando me casé con tu padre, tenías tu dos años y yo veinte y dos. ¿Cuántos tienes tú ahora?

—Cerca de diez y seis.

— ¡Y yo debo contar cerca de treinta y seis! ¿No tengo razon en decir que á mi edad sólo se debe pensar en el reposo?

— Sin embargo, observé yo, mi mamá...

—¡Tu mamá, hija mia, ha sido siempre dichosa y esto conserva en el alma una alegría eterna!

—Y tú, querida Magdalena, ¿has sido siempre desgraciada?

—Casi siempre; pero no me quejo, porque ése es el destino de la humanidad.

—¿Pues no dicen que Dios es tan bueno y tan misericordioso?

— Y lo es, hija mia. Dios es la fuente inagotable de la piedad y de la misericordia.

—¿Por qué se complace entónces en hacernos sufrir á todos?

—Porque quiere que ganemos el cielo con nuestra paciencia y con nuestras virtudes: ademas, la felicidad consiste gran parte en nosotros mismos.

—¿De esa suerte todo el que quiere serlo, es feliz?

—Casi, casi; pero muchas veces eso depende del temperamento de las personas, de su imaginacion.

—No obstante, repuse yo, creyendo que iba á dar un golpe concluyente: la belleza es una felicidad, porque con la belleza somos admirados y amados!

—¡Ay, exclamó Magdalena, la belleza es una desventura!

—Pero, exclamé yo exasperada, en todo piensas al contrario que mi abuela! Ella dice que el ser bella es la felicidad suprema: tú, que es una desgracia el tener hermosura. ¿A quién he de creer?

—Por mi parte, te diria que á mí; pero cree, hija mia, á quien te diga tu experiencia: tu abuela ha sido feliz por su belleza; yo he sido desgraciada: no sé si te dará á tí la dicha ó la desventura; pero es más fácil y casi más seguro que le debas esta última.

—Buenas noches, dije enojada y dando algunos pasos para salir.

—¡Ah, exclamó Magdalena, he aquí á la juventud! siempre guiándose por sus ilusiones. ¡Qué triste es despues el desencanto! Vé á dormir, hija mia, prosiguió, y perdona el que te haya entristecido. ¡Ojalá que me acuses de visionaria ántes de que toques la triste y desconsoladora realidad!

VII.

IMPRESIONES.

Salí casi irritada contra la Condesa. En mi interior, la acusaba de santurrona, de estrafalaria, y aclamaba como las mejores y las más bellas las doctrinas de mi abuela, que eran las que más me halagaban.

Porque decia yo: «¿Acaso mi buena mamá me aconseja nada malo? ¿Acaso no ha sido ella toda su vida un modelo de virtud, de pureza, de caridad? Ella lo ve todo rosado y es más feliz que Magdalena, viéndolo todo negro y sombrío. ¡Oh, sí! ¡Segun mi abuela, todo lo bueno es verdad; segun Magdalena, todo es mentira! ¡Quiero creer á mi abuela y ser, como ella, feliz y amada!»

Este fin tuvieron aquel dia mis dudas y vacilaciones: me incliné al lado de lo más bello y de lo más alegre, por esa tendencia irresistible de la juventud.

Sin embargo, yo amaba y respetaba á aquella doliente mujer, tan buena, tan dulce, tan pura, tan irreprensible y tan bella: tenía fe en sus palabras, y sabía que siempre habia sido desgraciada; y estas ideas, que entónces se borraron con otras más risueñas, debian algun dia dar un amargo fruto, brotando en mi alma con la hiel del dolor, las semillas que entónces quedaban allí olvidadas é infructíferas.

Al dia siguiente salí con mi abuela sola, y tampoco

participó Felicia de nuestro paseo; pero sin duda que esto fué una medida adoptada por Sandoval, porque oí decir á mi buena y cariñosa madre:

—Pero ¿por qué no quieres que venga Felicia?

—¡Yo, amada mia, no me opongo á ello, repuso el astuto marido haciendo uso de su lenguaje apasionado. ¡Que venga, si tú quieres, porque ante todo lo que anhelo es tu placer!

—¡Pero, en fin, algun motivo tendrás para haberme dicho que opinabas porque no viniese!

—¡Ciertamente!

—¿Y cuál es?

—El que siendo Valeria una señorita ya, y saliendo contigo y conmigo, no es de buen gusto el que la acompañe tambien su aya: á pesar de eso, te repito que tu voluntad es ántes que todo lo demas.

—No, no, repuso mi abuela; en eso de conocer las reglas del buen tono nadie te gana á tí, y no quiero que por eso nos critiquen.

—¡Angel mio! lo esencial para mí, es que tú estés contenta.

—Lo estoy con que no venga.

—¿De véras?

—Sí: quiero que nos citen, ménos por nosotros que por Valeria, por los modelos de la elegancia y del buen tono.

—Eso ya lo conseguirás.

—Sí, gracias á la direccion de la casa, confiada á tí. ¡Ah, querido Ernesto, cuánto te debemos Valeria y yo!

—¡Vosotras! ¿Pues no erais ya las estrellas del cielo del gran tono, cuando yo os conocí?

—Sin embargo, ¡qué diferencia de ahora, amigo mio! ¡Cuánto más lujo desplegamos hoy!

La crédula señora se creia obligada en todo á aquel hombre que dilapidaba su caudal de la manera más escandalosa y más visible.

Mi abuela era un ángel, y su marido un demonio.

Desde la primera vuelta que dió nuestro carruaje en el paseo, fuímos el blanco de todas las miradas.

A la segunda, se reunió el conde de Rio-Claro, que iba á caballo luciendo un magnífico alazan.

Se puso al lado del carruaje en que iba yo, y advertí que muchas damas de los otros coches me miraban de un modo particular.

Sándoval, que iba sentado enfrente de nosotros, se inclinó á mí y me dijo:

—Mucho te envidian la compañía, mi querida niña; repara como te miran todas las damas, y sobre todo las jóvenes: eso no me extraña, porque el Conde es el hombre más de moda hoy y con más elementos para serlo: reune á una gran riqueza una figura encantadora y una perfecta educacion.

Yo no supe qué contestar, pero, en el fondo de mi alma dije que Sandoval tenía mucha razon.

Volvimos á casa, y á la salida de la Fuente Castellana el Conde se despidió hasta más tarde.

Yo comí con mi abuela y su marido, y por la noche fueron las personas que acostumbraban á recibir de confianza dos veces á la semana.

El Conde no habia asistido nunca á aquellas recepciones; pero aquella noche fué y se sentó á mi lado.

Me puse al piano, á ruego de dos señoras amigas de mi abuela, y él se sentó cerca de mí para volverme las hojas.

No se necesitaba tanto para que se hablase de un proyecto de boda entre el Conde y yo; y en efecto, al despedirse la tertulia de mi abuela, se hablaba ya de la época en que podria tener lugar el casamiento.

Me volví á casa de mi padre hondamente preocupada: la imágen del Conde de Rio-Claro no se separaba de mi pensamiento.

Me dormí pensando en él, y pensando en él me desperté.

Pero ¿qué tenía de extraño que así sucediese?

Jamas hombre alguno ha reunido más ventajas para deslumbrar á una niña de mi edad.

Juventud, belleza, talento, elegancia, fortuna, todo lo que se necesita, en fin, para inspirar una pasion violenta, todo lo tenia él.

Pensaba en él con delicia, y todo lo que me aproximaba á él era amado hasta la adoracion: así como todo lo que le era extraño me era á mí aborrecible.

Quizá por esta causa empezó á disgustarme la compañía de mi aya y á enojarme cuanto hacía ó decia.

Felicia habia dejado de ser jóven sin dejar de ser bella, si bien su hermosura habia cambiado de carácter y se habia convertido en una belleza grave y casi triste.

Cada dia pasaba más tiempo al lado de la Condesa, mi madrastra, con quien la unia una verdadera y tierna amistad: eran dos nobles criaturas que se amaban y que eran dignas de entenderse.

Al dia siguiente del en que pasé la velada en el salon de mi abuela, vino á buscarme Sandoval para ir á la ópera.

Me vistió Felicia tan elegantemente como la primera vez, y fuimos á buscar á mi abuela, abrazando yo á mi pobre aya con bastante frialdad.

Acostumbrada al resplandor que rodeaba á mi abuela; al tren magnífico que ostentaba el Conde, al método de vida deslumbrador de Sandoval, Felicia me parecia una criatura insignificante y ridícula con sus máximas de moral y de humildad.

La vida era para mí el placer, el lujo, la adulacion.

Aquella noche, en vez de ir en busca de mi abuela, fuimos en derechura á la ópera Sandoval y yo.

Mi traje era sencillo, pero precioso: se componia de un vestido de seda celeste y sobre éste llevaba otro de crespon de la China del mismo color.

Una corona de florecillas azules, imitando las de los campos, ceñia mi rubia cabeza.

—¡Nunca te he visto tan encantadora, mi amada Valeria! me dijo Sandonal: esta noche vas á acabar de volver loco á Rio-Claro.

Al oir este nombre me ruboricé y me estremecí, porque se conmovieron todas las fibras de mi alma.

—¿Cómo se llama de nombre? le pregunté por decir algo.

—Se llama Eduardo. ¿No te gusta ese nombre?

—No me parece muy bonito, pero tampoco me parece feo.

—Veamos; háblame con la mayor franqueza, hija

mia, me dijo Sandoval tomando tiernamente mis manos entre las suyas: ¿te gusta el Conde?

—¡No me disgusta...! dije ruborizándome: ¿pero á qué viene?...

—Viene á que él me ha dicho que te lo preguntára; se desea saber tu opinion acerca de este particular.

—¿Con qué objeto?

—No lo puedo decir, y ademas esta noche lo sabrás.

—¿Y por qué no lo puedo saber ahora?

—Porque ahora es un secreto.

Llegamos al teatro, nos apeamos, y Sandoval me dió el brazo.

En nuestro palco se hallaban ya mi abuela y Rio-Claro.

—¿Qué le parece á V. mi ángel? le preguntó aquélla despues de haberme abrazado.

—¡Lo que V. ha dicho, señora, un ángel! respondió el Conde con entusiasmo y mirándome de un modo apasionado y profundo.

—¡Sí, cada dia trae una nueva gracia á esta adorada niña! añadió Sandoval.

Creí que todo esto era tan cierto como el Evangelio al ver todos los anteojos del teatro dirigidos á mí, y las señales de entusiasmo que todos se hacian.

Empezó la ópera, que me dispuse á escuchar con el mismo placer que la primera vez.

Se cantaba la *Sonámbula*, ese delicioso idilio de Bellini, y todo el acto primero pasó para mí en un mágico arrobamiento.

¡Qué mucho! Veia fijas en mí las apasionadas miradas

del hombre, cuya imágen estaba grabada en mi alma! ¡Estaba rodeada de adoraciones y envuelta en una nube de perfumes y de luz!

¡Oh, la más deliciosa de las noches de mi vida! ¡Con cuánto dolor te he comparado despues á otras de soledad y de abandono, y cómo vive aún tu recuerdo en mi corazon!

Un poco ántes de dar principio al acto segundo, vi abrirse la puerta de un palco platea, situado enfrente del nuestro, y entrar en él á una hermosa mujer, muy jóven y muy elegante.

Como si supiese que estábamos allí, alzó la vista, y su primera mirada se fijó en mí con una curiosidad insolente: en seguida miró á Rio-Claro y le hizo con la cabeza una pequeña señal.

Me volví á él y le ví muy turbado: se levantó, salió del palco, y pocos instantes despues le ví en el de la hermosa dama.

Antes de responder ésta á su saludo, alzó los ojos y me envió una mirada de triunfo, que al pronto me hizo palidecer y temblar.

Pero luégo sentí arder en mi corazon el despecho, y un subido carmin se extendió como un fuego por mis mejillas.

Miraba yo á aquella mujer con aire de desafío; pero ¡ay! ella ya no me veia, absorta en contemplar al Conde, con el cual sostenia una animada conversacion.

Ella parecia irritada dolorosamente.

Él se manifestaba confuso y deseoso de apaciguarla.

No logrando mi intento de que me mirase, tomé el partido de contemplarla.

Era una mujer admirablemente hermosa y muy jóven, si bien no tanto como yo.

Su edad podia ser de veinte á veinte y dos años.

Su tez, blanca y pálida, estaba animada por dos hermosos ojos negros, llenos de fuego, de ternura y de expresion: largos cabellos castaños, hechos rizos, caian sobre su espalda y hombros.

Yo la veia de perfil, y éste no podia ser más suave y á la vez más perfecto.

Una nariz delicada y noble, una frente graciosa y elevada, una boca húmeda y coralina, unas mejillas de contornos llenos de dulzura y de gracia; tales eran los rasgos característicos de aquella mujer, á la que los celos me hacian ver dotada de todas las imaginables perfecciones.

Tanto como su rostro llamaban la atencion la gracia y la perfecta armonía de su talle y de toda su persona: era una de esas pocas mujeres que no se pueden llamar altas, y que pasan de la estatura regular; que no se pueden llamar delgadas, y cuyos brazos, garganta y hombros tienen una esbeltez casi infantil, y que es como la patente de una eterna y poética juventud.

Vestia con una elegancia suprema, un traje de crespon blanco, con bullonados de crespon rosa muy bajo, matiz que decia maravillosamente con el color delicado y la suavidad de azucena de su tez, y con el armonioso y dorado castaño de su hermosa cabellera.

En el intervalo de algunos segundos vi pasar aquella

mujer dos ó tres veces de la expresion más tierna á la actitud más apasionada; sabía sonreir con una dulzura infinita y mirar con un desden supremo, y á la vez sonreir del modo más amargo y mirar con una expresion arrobadora.

Momentos hubo en que me pareció, al verla, que se descorria de ante mi vista un tupido velo, el velo que me ocultaba todos los misterios de la coquetería.

Admirada mi abuela al observar la insistencia con que yo dirigia mi vista hácia aquel lado, buscó la causa de mi distraccion y la encontró muy pronto.

— Mira, Ernesto, dijo á su marido, con qué atencion contempla Valeria á Gracia.

— ¿Cómo se llama esa señora? pregunté yo vivamente.

— Gracia, hija mia.

— Casada con el Vizconde de Torrefiel, añadió Sandoval, que veia en mi rostro lo que pasaba en mi alma.

— ¡Ah, es casada! repetí yo. ¿Y está ahí su marido?

— ¡Su marido! Si está separada de él, dijo mi abuela echándose á reir.

— Su marido está allí, dijo Sandoval señalando á la segunda fila de butacas.

Yo miré con cuidado al sitio indicado, porque, sin saber la causa, deseaba conocer al marido de aquella mujer.

Pude lograrlo sin dificultad, porque él tenía vuelta la cara hácia ella y miraba con afan al palco que ocupaba.

Vi á un hombre de treinta y dos á treinta y cuatro años de edad, de fisonomía noble y leal tanto como franca y sencilla, que tenía los ojos clavados en la llamada Gracia.

El dolor pintado en aquel rostro varonil me llamó la atencion y dije á mi abuela.

—¿Por qué la mirará así, mamá?

—Porque la quiere mucho, hija mia, repuso aquélla: pero, á pesar de eso, no pueden vivir juntos á causa de la mala cabeza de esa jóven, que sólo vive á su gusto entre los galanteos y las fiestas.

—¿Luego la culpa de la desunion del matrimonio es de ella?

—Sin duda.

—Querida Elena, dijo Sandoval reprimiendo con esfuerzo una violenta contrariedad; eres tan demasiado buena y cándida, que crees cuanto oyes, y lo siento, porque esto te lleva algunas veces á la injusticia, siendo como eres un ángel.

—¿Qué quieres decir, amigo mio? preguntó mi abuela.

—Que te han engañado al decirte que la culpa de la separacion de ese matrimonio es sólo de Gracia; el Vizconde tiene tambien no poca.

—¡Cómo!

—El jugaba y dilapidaba todos los caudales de la casa.

—¡Pero si era todo suyo! ¡Gracia era una pobre muchacha sin un real de dote!

—Esto no era una razon para que el Vizconde lo perdiese todo.

—Es cierto; pero ahora ella vive con un lujo más que regular.

—No; ya sabes que viste con mucha sencillez; jamas la verás un solo brillante.

En aquel momento la Vizcondesa alzó los ojos á nuestro palco, y cruzó con Sandoval una mirada rápida y profunda.

Mi abuela no vió esta mirada, pero yo la ví perfectamente y me estremecí.

Otra cosa me llamó en aquel instante la atencion.

Entraban en el palco de Gracia algunos jóvenes, y Eduardo se levantó para salir.

Le dió la mano con una política afectuosa, y desapareció.

Cuando volvió á entrar en nuestro palco, llevaba en la mano dos primorosas bolsas de dulces; dos bolsas de raso de á veinticinco duros cada una.

La de mi abuela era carmesí, la mia blanca.

Yo la tomé y la coloqué distraida en el antepecho del palco, dándole gracias tristemente.

Mi abuela, con aquella bondad entusiasta que formaba la base de su carácter, le protestó mil veces de su gratitud, y elogió su exquisita galantería.

Yo miré á Gracia, para hacer ostentacion de mis dulces, con la inocente vanidad de mi edad y de mi naciente amor, pero ella no miraba y parecia del todo embebecida en oir las galanterías de los jóvenes que la rodeaban y que le habian llevado tambien dulces, flores y fotografías de los artistas que cantaban. Su marido seguia mirándola con el alma en los ojos.

Vi á muchos espectadores de los que ocupaban las localidades principales, y que conocian á mi abuela y á su marido, mirar á nuestro palco y hacer señales de inteligencia.

Aquella inocente bolsa de dulces de raso blanco con cintas verdes, colocada en el antepecho del palco, á la cual miraban todos, era una prueba elocuente de que mi boda con Rio-Claro era cosa decidida.

El ofrecer dulces, cosa que yo creia muy usual, sólo puede permitírselo un prometido esposo, ó un amigo de la mayor intimidad.

Eduardo se sentó detras de mí, me miró un instante, sin que yo volviese la cabeza, y fué á hablar, pero se detuvo, sin duda por no saber por dónde empezar.

Yo sentia en mi espalda su respiracion tibia, y ese dulce y penetrante perfume que se exhala de las personas del gran mundo y de una perfecta elegancia.

Olvidé mis celos, mi dolor al verle al lado de la Vizcondesa, todo lo que habia sufrido; aquel hombre trastornaba mi cerebro y disponia de toda mi razon.

De repente oí su voz que, con bajo y reprimido acento, me decia casi al oido:

—Valeria... yo la amo á usted.

Me estremecí violentamente, y en vez de volver la cabeza, la doblé sobre mi pecho.

—¡Yo la amo á usted! repitió.

Entónces, sin poder darme cuenta yo misma de lo que pensaba, me volví á medias y le pregunté:

—¿Y la Vizcondesa?

Me miró con una expresion de tierno reproche, y me pareció que se humedecian sus ojos; pero no dijo una palabra para disculparse.

Luégo cambió la expresion de su mirada, que se volvió brillante y tierna, y me dijo:

— Dentro de dos dias, si V. me da permiso para ello, pediré su mano de usted.

Yo no supe qué contestar, pero mi corazon latió presuroso de orgullo y de alegría.

—¿No merezco una respuesta, Valeria? me preguntó con tristeza: ¿acaso no siente V. nada por mí? ¿No me da V. permiso para que la pida á su padre.

—¡Sí! respondí débilmente.

—¡Oh, gracias, gracias! exclamó.

En aquel instante miré yo casualmente hácia el palco de la Vizcondesa, y vi entrar en él á una persona, á quien ella dió la mano con amable familiaridad.

En su alta y elegante estatura, en sus maneras de una distincion perfecta, en sus nobles facciones reconocí á mi padre.

Se inclinó hácia fuera y levantó la vista, buscando el sitio donde estaba yo; me vió y me hizo una señal con la mano, pero evidentemente á mí sola.

—Allí está mi padre, dije al Conde.

—Le conozco, respondió él.

—¡Cómo! ¿le conoce usted?

—Sí, de verle en casa de la Vizcondesa, me respondió con mucha sencillez.

Aquéllas palabras me tranquilizaron como por encanto.

Creí que nada malo podia pasar entre Gracia y Eduardo hallándose mi padre de por medio, y que aquella mujer debia ser buena é irreprensible, supuesto que mi padre la trataba con intimidad y aprecio.

Acabó la ópera y nos retiramos; el Conde me dió el

brazo, y al pasar por una de las galerías de los palcos, muchas señoras salian de los suyos.

El de la Vizcondesa se abrió y nos hallamos de frente.

Ella salia apoyada en el brazo de mi padre y seguida de la córte de sus amigos, que era siempre muy numerosa.

Mi abuela se detuvo, le dió la mano y la besó con la bondad que le era natural.

Yo sentí temblar un tanto el brazo del Conde.

—Hé aquí mi Valeria, querida Gracia, dijo mi abuela presentándome á la Vizcondesa.

Esta se adelantó un poco para verme, y su belleza me pareció entónces mucho más seductora de lo que me habia parecido desde léjos.

—Yo iba á presentar á V. mi hija, querida Vizcondesa, dijo mi padre; pero la señora de Sandoval no me ha dado tiempo...

—¡Es una niña muy linda! dijo Gracia con un poco de amargura; yo felicito á su padre y á su abuela por poseer tan preciosa joya.

—Luégo, como si quisiera cambiar de ideas, dijo á mi abuela:

—¿Vá V. mañana al baile de la Embajada de Austria, querida amiga?

—Sí, contestó aquélla; iré para llevar á Valeria.

—¡Qué! ¿la presenta V. ya en el mundo tan pronto?

—Va á cumplir diez y seis años.

—Sin embargo es muy poca edad, y tal prisa me prueba que tiene V. intenciones de casarla en breve.

—Aún no he pensado en eso, querida Vizcondesa; pero á su edad ya tenía yo á su madre.

—Esto no es América, señora, observó la Vizcondesa.

—Ya lo sé, querida mia, dijo mi abuela; si lo fuera, ya estaria casada.

—Adios, amiga mia, dijo la Vizcondesa; adios señorita: hasta mañana en la Embajada.

—Adios Valeria, dijo mi padre; hasta luégo.

Saludó á los demás con la cabeza y con mucha frialdad, y subió al carruaje con la Vizcondesa.

—Esa coqueta de Gracia creo que ha cogido al Conde en sus redes, observó Sandoval con una carcajada.

—Creo lo mismo, dijo mi abuela.

—En aquel instante se adelantaron algunas señoras y se quedaron mirándome con una especie de lástima al pasar por mi lado.

—¡Pobre jóven! dijo una de ellas.

—Sí, ¡pobre jóven! añadió otra: ¡van á sacrificarla!

—¿Porqué dirán eso? pregunté yo á Sandoval, que bajaba la escalera delante de mí, y dando el brazo á mi abuela.

—Lo dicen, repuso él, por la señorita D... que viene detras de nosotros, y á la que, siendo muy bella, la van á casar con el Duque de W..., que tiene ya mucha edad.

—Pues cuando decian: ¡pobre jóven! me miraban á mí, insistí yo con esa candidez que es á veces tan dolorosa, para el que no sabe de qué modo contrarestarla.

—Debe haber sido aprension tuya, hija mia, dijo mi abuela: ¿por qué te han de compadecer á tí, cuando la dicha se ha declarado tu compañera?

Estas palabras me tranquilizaron completamente, y cuando me despedí del Conde en casa de mi abuela, creo que respondí débilmente á la ternura con que él estrechó mi mano.

Sandoval me condujo á mi casa hablándome durante el camino de la belleza de Eduardo, de su elegancia y del extraordinario partido que tenía con las mujeres.

VIII.

UN TRAJE Y UNA CARTA.

Cuando llegué, Felicia, que estaba bordando á la luz de su pequeña lámpara, se levantó y vino á abrazarme.

—¡Dios mio! exclamé al verla: ¿qué tienes, aya? ¡Qué pálida estás!

—No estoy buena, hija mia, respondió

—¿Por qué no has hecho avisar á un médico?

—¡Oh, no, no es para tanto! me dijo sonriendo: sólo es un ligero dolor de cabeza; pero vamos, y se recogerá usted; á su edad se necesita dormir bien, y mañana, segun he oido, se acostará V. muy tarde, como hoy, porque va al baile de la Embajada; decididamente el mundo la ha cogido entre sus garras, añadió con su triste sonrisa, y ya no la soltará.

—¿Y que mal hay en eso?

—Ninguno, porque en él será feliz ahora; cuando empiece á herirla la hiel de los desengaños, V. misma se retirará.

Este lenguaje me indignó; me parecia Felicia un sér insoportable, atento sólo á decirme todo lo que pudiera hacerme sufrir, en venganza de que mi nuevo método de vida la separaba de mi lado.

Sin responderle, pasé á mi tocador para desnudarme: ella me siguió.

—¿Dónde está Justina? le pregunté.

Como iba adelantando mucho la noche, y la pobre muchacha madruga, la hice acostar.

—Otra vez, dije con enojo, te suplico, aya mia, que cuides ménos de la comodidad de mi camarera, y un poco más de la mia.

—Yo ayudaré á V. á desnudarse, querida Valeria.

—Mil gracias, respondí secamente.

—¿No sabré hacerlo tan bien como Justina?

—Sin duda; pero no quiero que te molestes, y te suplico que te vayas á acostar; me desnudaré sola.

Mi aya me miró dolorosamente, y luégo me dijo con voz ahogada por las lágrimas:

—Buenas noches, señorita.

Conocí que lloraba y tuve impulsos de correr á sus brazos; pero me dije que con un poco de firmeza me libraria de sus predicciones, y hasta de sus cuidados, que ya se me iban haciendo insoportables, y la dejé salir.

No hallé en mi lecho tranquilidad ni reposo; como mi padre me habia dicho «hasta luégo» al oirle entrar tuve intencion de levantarme y de salir á su encuentro.

Pero luégo me dije que quizá desearia recogerse, y no me atreví á incomodarle.

Por más que hice, no me fué posible conciliar el sueño

hasta cerca de la aurora; veia el baile de la Embajada, y me veia bailar con el Conde al compás de uno de esos deliciosos valses de Strauss, tan cadenciosos y tan dulces; y luégo, por una extraña repercusion del pensamiento, retrocedia éste, y veia á mi aya bañada en lágrimas, echándome en cara mi ingratitud.

Cerca del amanecer pude conciliar el sueño, y me desperté á las diez; tiré del cordon de la campanilla, y entró mi doncella Justina.

—Señorita, me dijo: el señor Conde desea ver á V. y la espera en su habitacion, así que se desayune.

Sorbí apresuradamente una taza de té y corrí al cuarto de mi padre.

—Hija mia, me dijo: contaba haber podido hablarte anoche; pero volví á casa más tarde de lo que creia; así es que hoy he esperado, sin salir, á que te levantáras; escúchame con atencion: el Conde de Rio-Claro me va á pedir tu mano.

Yo bajé los ojos ruborizada y confusa.

—¿No te agrada para esposo tuyo? dijo mi padre, que perdió el color: ¿no le amas? Yo no quiero ocultarte que es el esposo que te elegiria entre todos los jóvenes que conozco, y que seré feliz si te casas con él.

—Entónces, padre mio, dije yo con un acento que rebosaba alegría, yo me casaré contenta con él.

—¿Pero contenta? Porque, hija mia, no quiero que hagas por mí el sacrificio de tu corazon; y sólo se tratará de este casamiento, cuando me asegures que tu gusto está de acuerdo con el mio.

—Lo está, mi querido papá.

—¿De véras? ¿No me engañas?

—¡No, papá mio!

—¡Valeria, exclamó mi padre con un arranque que me sorprendió, hoy te debo más que la vida!

Habia visto siempre tan frio á mi padre, que su vehemencia en aquella ocasion me dejó asombrada.

Él lo conoció así; procuró dominarse y añadió:

—Te digo esto porque accedes á ser dichosa al casarte con el Conde; habia temido que rehusáras este excelente partido, porque por la primera vez estoy de acuerdo con los deseos de tu abuela en este particular; ahora, hija mia, retírate, para que prepares tu traje y tu tocado; esta noche es tu aparicion oficial en el mundo, en el que es preciso que te presentes deslumbradora.

Mi padre me besó en la frente, y yo me retiré aturdida con la felicidad que se me presentaba.

Así que llegué á mi cuarto y me senté, entró Justina trayendo una gran caja de carton y sobre ella una bandejita de plata con una carta.

Dejó la primera sobre una silla y me presentó la otra.

—Esto es, dijo señalando á la caja, el traje que envia á la señorita su mamá para que se lo ponga esta noche. ¡Oh, qué lindo debe ser!

—¿Y esta carta, de dónde viene? pregunté á mi doncella.

—Yo no lo sé, señorita; la ha traido un criado sin librea.

—¿Y no ha dicho quién le envia?

—No, señora. Pedro le abrió y se la entregó diciendo: «Para la señorita Valeria»; en seguida se marchó.

—Luégo la leeré, dije guardando la carta en el bolsillo de mi bata: ahora veamos el traje.

Justina, trémula de curiosidad, descubrió la caja, y yo tomé con la punta de los dedos un traje blanco que parecia fabricado de la espuma del mar.

Era de gasa, tan fina y trasparente, que se hubiera dicho que iba á desvanecerse con el aliento, y estaba salpicado de pequeños lunares de plata abrillantada; la falda estaba recogida á los lados sobre otra de seda blanca, por medio de plantas acuáticas de largas hojas arrasadas, semejantes á cintas de un verdor lustroso.

Habia flores iguales para el pecho, los hombros y los cabellos.

Veíase en aquel traje algo de fantástico y á la par de sencillo y de brillante, de modesto y de rico, de deslumbrador y de virginal; tenía, en una palabra, algo de fascinador, como elegido por Sandoval.

El blanco deslumbrante de la gasa bordada de plata, con el blanco pálido de las flores del nenúfar, rodeadas de largas hojas verdes, hacía un contraste tan nuevo y tan delicioso, que, á pesar de mi inexperiencia, comprendí que si habia vestidos más ricos, no habria ninguno que tanto llamase la atencion general.

El collar se componia de innumerables sartas de perlas finas, muy pequeñas, que rodeaban el cuello y llenaban el escote con un rico y delicioso adorno.

Al ver aquel traje, Justina y yo nos miramos sin acertar á decir una palabra.

—¡Dios mio, exclamó, qué cosa tan divina, señorita!

¡Qué bella va V. á estar con él! ¡Para V. van á ser las miradas de todos!

Justina tenía que hacer, y me dejó sumergida en mi admiracion.

Despues de haber mirado hasta tres ó cuatro veces mi traje de baile, recordé la carta que tenía en el bolsillo, la saqué y la abrí; decia lo que sigue:

«Señorita: va V. á ser la víctima de la más inicua de las tramas: el Conde de Rio-Claro se casa con V. arruinado por sus desórdenes, y él y Sandoval disiparán sin duda la inmensa fortuna de V. en el sibaritismo de todos los placeres, porque el esposo de su abuela es el rey de los libertinos, á pesar de tenerle ésta en el más alto concepto.

»Hay además otro móvil para llevar á cabo esta boda; su padre de V. se halla apasionado hasta la locura de la Vizcondesa de Torrefiel, y quiere separar de ella al Conde, que durante algun tiempo ha estado en relaciones con la hermosa Gracia; y V., pobre niña, es la víctima de todos esos intereses mezquinos, y la que se verá envuelta en la más horrible desgracia, cuando ya no lo pueda evitar.

»Una amiga es quien avisa á V. compadecida de su juventud é inocencia; una amiga que amó por su desgracia á Rio-Claro, y que sabe por experiencia lo que vale y hasta qué punto es egoista, ambicioso, inconstante y duro ese hombre que se envuelve bajo las más seductoras apariencias.

»Valor ahora, Valeria, para que no tenga que llorar despues.

»Sea V. fuerte para sí misma, y mande callar á su corazon, que sin duda se hallará ya interesado por el Conde; no es digno de V., y lloraria amargamente su horrible esclavitud algun dia.»

La carta no tenía firma.

Yo quedé, al leerla, muda, pálida, inmóvil: pero poco tardé en reirme á carcajadas; todo lo que se me decia en ella me parecia absurdo y necio.

¡Mi padre interesado en quitar su amante á Gracia!

¡Eduardo amante de aquélla!

¡Sandoval ambicionando mi fortuna!

¡Rio-Claro arruinado!

Hice la carta una bola, arrugándola maquinalmente entre mis dedos, y la arrojé en uno de los cajones de mi escritorio.

Despues empecé á hacer mis preparativos para el baile de la Embajada.

IX.

LA BODA.

Hubiérase dicho que, al penetrar yo en el salon, entraba en él un rayo de luz.

Le atravesé del brazo del Embajador, que se hallaba á la puerta, y que me llevó á su esposa, la que me acogió con la más tierna benevolencia, presentándome oficialmente á algunos de sus amigos que la rodeaban.

Detrás de la Embajadora se hallaba una bella jóven,

que contaria un año más que yo, á la que me presentó tambien, diciéndome:

—Mi hija Federica, que se honrará mucho con ser amiga de usted.

Al otro lado de la Embajadora se hallaba Rio-Claro.

Jamas olvidaré la mirada de orgullo y de amor que me dirigió.

A mi espalda se oia un murmullo de mil voces que exclamaban con acento contenido:

—¡Qué encantadora criatura!

—¡Qué elegancia, qué distincion, qué maneras!

—¡Qué cabellos, qué talle!

—¡Y tan rica!

En tanto que mi abuela era saludada y colocada por la Embajadora, yo me atreví á alzar los ojos, y vi al frente la bella cabeza de Gracia, deslumbradora de pedrería.

Ella me miró con ternura, y me saludó con una amable sonrisa.

La orquesta tocó un wals, y Eduardo vino á invitarme.

Muchas parejas nos siguieron, pero todos se detenian para vernos pasar arrastrados por el torbellino del baile, elogiando mi figura, mi traje y mi belleza, que verdaderamente sorprendian á todos.

Gracia tambien bailaba, y ella era de las pocas que no se detenian á mirarnos al Conde y á mí.

—Mañana, me dijo Eduardo en voz baja, pediré su mano de V., querida Valeria. ¡Oh, si me la negasen!.....

—¿Qué es lo que sucederia? pregunté yo sonriendo.

—Sería el más desgraciado de los hombres, y tal vez.....

—¿Qué!

—¡Me mataria!

Creo que aquello estaba dicho sinceramente: si no hubiera podido casarse conmigo el Conde, se hubiera dado la muerte, porque se hallaba arruinado.

Cuando la Vizcondesa acabó de bailar, se sentó y nos envió á Eduardo y á mí, no una mirada dulce como la que me habia dedicado al entrar, sino una mirada empapada de ódio y de despecho; una mirada tal, que al verla, me sentí sobrecogida de terror.

—¡Dios mio, exclamé como hablando conmigo misma, la Vizcondesa debe ser quien me ha escrito!

—¿Han escrito á V.? me preguntó el Conde con inquietud.

—Sí, le respondí, una carta llena de acusaciones contra V.; un anónimo que me dirige *una amiga*.

—¿Se me acusa en ella? Entónces la ha escrito la Vizcondesa; amiga mia, prosiguió Eduardo, durante algunos meses me he dedicado algun tanto á Gracia: ella tomó mis galanterías por lo serio, y concibió hácia mí una pasion que en vano he procurado apagar; ahora ya sabe V. lo que ha dictado esa carta: el deseo de romper nuestro enlace; pero si éste no se verifica, lo repito, me mataré.

—No tema V., le dije: yo le amo, y mi padre está dispuesto á concederle mi mano.

Un mes despues se verificó nuestro enlace en el ora-

torio de mi abuela, y mi vida, durante aquel mes, fué una contínua embriaguez de felicidad.

Yo amaba con pasion y era amada del mismo modo; cuanto un amante galan, elegante y tierno puede inventar, otro tanto hacía el Conde para probarme la verdad de su pasion.

Cada mañana, al despertarme, hallaba al lado de la almohada un ramo de mis flores predilectas, que mi doncella Justina recibia temprano y colocaba en aquel sitio.

Cada dia entregaba á mi abuela un nuevo regalo para mí.

Parecia, al verme, caer en éxtasis, y sólo empleaba al hablarme las frases más dulces y los dictados más tiernos.

—¡Ah, Dios mio, decia mi abuela con la sinceridad y candidez de su modo de ver las cosas; me habeis concedido lo que os he pedido con tanto fervor: un marido para Valeria como yo comprendo que deben ser los maridos! ¡Gracias, Dios mio, gracias!

Durante aquel mes que tardaron en hacerse las diligencias, se nos dispuso el más rico, espléndido y gracioso nido conyugal que puede imaginarse; mi padre compró para mí un lindo palacio, que alhajaron con cosas bonitas á porfía, aquél, mi abuela, su marido y el Conde.

En tanto que nuestro nido se estuvo disponiendo, cada dia íbamos á pasar una hora en él mi abuela, Eduardo y yo, formando los proyectos más dulces para el porvenir, ó más bien, *soñando* los tres como tres niños.

Cerníame en un lago de ventura tan trasparente y azul, que á veces temia despertar de aquella dulce y perenne embriaguez.

Mi habitacion se adornó del modo más encantador: constaba de una sala con dos gabinetes, uno de los cuales servia de dormitorio, y el otro de habitacion de confianza y de trabajo: sobre las horas que debiamos pasar en aquel gabinete, hacía Eduardo los más risueños proyectos.

Me prometia allí veladas deliciosas, dibujando, leyendo, cantando conmigo al piano y tomando té.

—Y no habrá nadie de fuera, dije yo un dia que hablábamos del asunto: estarémos solos con Felicia.

—¡Con Felicia! repitió él admirado.

—¡Sin duda! ¿No vendrá con nosotros?

—Querida Valeria, me dijo el Conde, la jóven que se casa ya no necesita aya, y el tenerla al lado viviendo con su esposo es ridículo.

—¿Pero qué hará mi pobre aya?

—Lo que hacen todas. Buscar otra colocacion.

—¿Y si no la encontrára?

—La encontrará.

—Dí más bien, hija mia, que no tendrá que buscarla, observó mi abuela: le propondré vivir á mi lado para ser mi dama de compañía: y si lo rehusa, le daré una pension que le permita vivir en su casa.

—¡Ah, mamá mia! exclamé abrazándola: ¡tú siempre la misma, buena y benéfica!

—¿Para qué nos da Dios la riqueza, hija mia, sino para hacer bien á los que son pobres? Si no pudiera ali-

viar las penas de nuestros semejantes sería para mí lo más despreciable del mundo el dinero.

Aquella misma noche, es decir, dos dias ántes de mi casamiento, al volver yo de casa de mi abuela, me dijo Úrsula, la doncella de mi madrastra, que pasára al cuarto de ésta, pues me estaba esperando.

Magdalena se hallaba recostada en su sillon, y cerca de ella estaba sentada en otro mi aya.

La Condesa me alargó la mano, é hizo lo que acostumbraba desde que era niña; me atrajo á sí, y me besó cariñosamente.

—¿Es verdad que te casas pasado mañana, Valeria? me preguntó.

—Sí, respondí: y no te lo habia dicho ántes, Magdalena, porque hasta ahora no se habia fijado el dia.

—Pues bien: supongo que no contarás con que tu aya vaya contigo, ¿es verdad?

—Yo bien contaba con eso, dije poniéndome muy colorada: pero dice el Conde que es de mal tono tener el aya estando ya casada.

—Tiene razon, respondió la Condesa, no es el uso admitido: y así Felicia se quedará á vivir á mi lado.

—Mi mamá Elena quiere tambien que vaya á vivir á su lado como dama de compañía, dije yo: y si no accede, dice que le dará una pension para que viva sola y á su gusto: á esa pension, concluí, no sin ponerme de nuevo muy colorada, añadiré yo otra, querida Felicia.

—Hija mia, dijo la Condesa: da las gracias á tu mamá en nombre de Felicia: ésta se quedará conmigo; porque, ya lo sabes, estoy enferma y triste, y la nece-

sito : en cuanto á la pension que tratas de señalarle.....

—Yo doy gracias por ella á la señorita Valeria, dijo mi aya con voz alterada, pero no la necesito : confieso con orgullo que todo quiero deberlo á la amistad y al afecto de la señora Condesa, á la que amo tambien tiernamente.

—¿Y á mí no me quieres ya? exclamé yo llorando.

—¡Sí, hija mia! dijo Felicia abrazándome, y mezclando sus lágrimas con las que yo derramaba: yo la amo á V. y la amaré toda mi vida. Ahora es V. muy feliz, y la dicha no necesita de consejos: pero si algun dia sufre, acuérdese de mí y no dude en consultarme.

—Vamos, basta de llorar, dijo Magdalena: ¿á qué regar las blancas flores de su corona de desposada con el llanto del dolor? No la entristezca V., amiga mia, que demasiadas penas hay en la vida: vé, Valeria; levanta aquel paño de seda azul que hay en aquella mesa, y mira lo que he preparado para tí; es mi regalo de boda, y en él he empleado todos los ahorros de mi pension de alfileres.

Fuí á donde me indicaba, que era á uno de los ángulos de la estancia, donde estaba colocada una mesa de caoba; alcé el tapete y vi cuatro trajes del más delicado gusto, cuatro estuches con otros tantos ricos aderezos, y algunas cajas llenas de encajes de gran precio.

—¡Dios mio, cuánta cosa bonita! exclamé: pero, Magdalena, ¡has debido gastar mucho en todo esto!

—Sí, me respondió con su voz dulce, lenta y triste; he gastado todo lo que tenía : pero ¿qué mejor empleo puede tener que el de adornar la juventud, las ilusiones, la belleza y la dicha? ¡Desgraciadamente, mi querida

niña, conservarás durante poco tiempo tan preciosos é inestimables bienes!

—¿Y tú no te compras nada nuevo para mi boda? le pregunté.

—Yo nada necesito, dijo la Condesa: he ofrecido para toda la vida hábito de los Dolores; en cuanto á tu casamiento, no asistiré tampoco á él, y te ruego, querida Valeria, que no te ofendas por eso; ya ves que es una medida general, y que á ninguna parte voy tampoco; sólo á la iglesia cada dia, y así seguiré, aunque espero que tu vendrás á verme á mí.

—¡Dios mio, tan jóven y sepultarse así en vida!

—Ya te he dicho muchas veces que yo no soy jóven, dijo la Condesa: y luégo, hija mia, así soy dichosa, porque estoy sola con Dios; únicamente él es la verdad eterna; ¡lo demas todo es sueño y mentira!

—¿Hasta el amor?

—El amor sobre todo, querida mia: pero vamos, ya veo que pones la cara triste, y no quiero quitarte lo más precioso que hay en la tierra, ¡las ilusiones! Confia en Dios, y él te dará la dicha que mereces por tu inocencia y tu buen corazon: ahora llama á tu doncella y haz que lleven eso á tu cuarto.

Yo salí con mis regalos, conducidos por mi doncella y otra muchacha, y desnuda ya de mi precioso traje y envuelta en mi bata de noche, me dispuse á examinarlos á mi gusto y á arreglarlos en un gran cofre de sándalo, donde iba poniendo todos mis presentes de boda, que debian ser expuestos en casa de mi abuela el dia en que se verificára.

Este llegó, y yo desde por la mañana dejé mi habitacion de soltera, en la que ya no debia volver á entrar por entónces.

Me levanté temprano y en seguida fuí á ver á mi padre, que ya se hallaba tambien levantado.

—Padre mio, le dije, ¿es cierto que existe la habitacion de mi madre cerrada y tal como ella la dejó?

—Sí, me contestó; tal como quedó al sacar de ella su cadáver.

—Yo quisiera la llave: quisiera entrar en ella, para rezar y pedir á mi madre que ruegue á Dios por mí en el nuevo camino que voy á emprender.

Mi padre se levantó, abrió el cajon de su buró y me dió una llave.

—Toma, me dijo: está á la izquierda entrando en el primer salon.

Tomé la llave, y me encaminé con paso trémulo á la habitacion de mi madre, en la que jamas habia entrado.

Era una sala grande y vestida de un delicioso color rosado: dentro estaba el dormitorio, que era donde habia muerto mi madre.

Aquel gabinete, tapizado de seda lila con cuadritos blancos, era mucho más lindo aún que la estancia anterior: pero no puedo dar muchos detalles de él porque embargó completamente mi atencion un gran retrato de mi madre, ante el cual caí de rodillas, trémula de emocion.

Representaba la más hermosa jóven que mis ojos han visto jamas, vestida con un peinador de gasa blanca cerrado por lazos color de rosa.

Apénas contaria mi edad cuando se hizo aquel retra-

to; la alegría, la dicha, resplandecian en sus facciones y en sus ojos negros muy grandes y muy rasgados.

Un bosque de cabellos rubios se ensortijaba sobre su frente, blanca como el marfil, y sus labios sonreian con la confianza de un alegre destino.

Tenía una mano apoyada en la cabeza de un gran lebrel que se sentaba á su lado en la actitud del reposo, y se reia gozosa enseñando una doble fila de pequeños y abrillantados dientes, que hacian resaltar el coral rosa de sus labios.

Quedé estática al ver la belleza de mi madre: luégo que me resolví á separar mis ojos de la pintura, cayeron sobre otros objetos mucho más tristes.

Aquí y allá se veian los signos de la muerte: algunos ramos de flores marchitos ocupaban los floreros. Sobre un velador estaba aún el bordado que habia empezado mi madre y el libro que leia; tomé el volúmen por el sitio donde estaba la señal, y vi que era un ejemplar del *Dante*, escrito en el idioma en que aquel gran poeta hablaba y pensaba.

—¡Oh, Dios! me dije; ¿conque tanta hermosura, tanta riqueza, tanto talento, tanta inteligencia, tanta felicidad, en fin, se han helado bajo el soplo de la muerte! ¡Madre mia! todos los que te amaban, tu madre, tu esposo, te han olvidado para pensar en otros amores, en otros intereses! Sólo tu hija se acuerda de tí, hoy que es el dia más dichoso de su vida, y viene á pedirte que le alcances de Dios le conserve la paz y la felicidad!

. . . . . .

. . . . . .

Recé durante algun tiempo, y salí despues, devolviendo á mi padre la llave.

A poco me dirigí á casa de mi abuela, y por la tarde un sacerdote nos dió la bendicion nupcial, casi sin testigos.

A las nueve de la noche mi abuela y Sandoval nos condujeron á nuestra casa, en la que se hallaban desde por la mañana instalados Justina y algunos criados más.

—¡Conde! dijo mi abuela á mi esposo al salir: no se olvide V. de que ha jurado hacerla dichosa!

LIBRO TERCERO.

I.

LA PRIMERA DECEPCION.

El primer mes que se siguió á mi enlace me parece un sueño: con tal rapidez pasó.

Eduardo me tenía envuelta en una atmósfera de perfumes y de adoracion.

Todavía no se habia arraigado tanto como lo ha estado despues, y lo está hoy, la costumbre de ir á pasar al extranjero la luna de miel, y nosotros permanecimos en Madrid, pues nuestro palacio, situado al fin de la calle de Atocha, tenía un fresco y delicioso jardin.

Ademas, mi esposo tenía, al parecer, tal afan de *lucirme*, por decirlo así, que me llevaba á todas partes y me presentaba á todos sus amigos.

Nos abonamos á la Ópera y á otro teatro de los de verso, y determinamos asistir á algun salon otro dia de la semana.

Quedaban tres para ir á los demas teatros, para estar en casa y recibir á nuestros amigos de más confianza, para ir á casa de mi abuela, y en fin, para amarnos,

para estar solos, como yo decia, que era mi mayor afan.

Eduardo se dedicó á mí por completo: sólo conmigo salia; á mi lado se le veia siempre en los teatros y en el carruaje, cuando íbamos á paseo, y á mi lado tambien cuando me acompañaba á los salones.

Las mujeres envidiosas y malignas criticaban esta asiduidad de mi marido y se reian de ella; porque es sabido que, para ciertas mujeres á la moda, lo más puro, santo y respetable es lo más risible y ridículo.

Naturalezas viciadas, sólo hallan su elemento en el impuro foco de la disipacion y del escándalo, y sufren al ver que se goza con los placeres legítimos y con la vida tranquila.

A esta clase de mujeres pertenecia Gracia, la bella, amable, coqueta y despreocupada Vizcondesa de Torrefiel.

Algunas pullas amargas, si bien encubiertas con el velo de la amistad y de la más exquisita cultura, fueron lanzadas por sus delicados y coralinos labios cerca de mi esposo, que, al oirlas, palideció de ira y de vergüenza; porque, fuerza es decirlo, los hombres se avergüenzan algunas veces de obrar bien.

Gracia vino á visitarme, y pareció ser mi mejor y más afectuosa amiga; pero un secreto instinto de mi corazon me aconsejaba no fiarme de sus protestas, y mantenía en mi alma una desconfianza que no me era posible vencer.

Sin embargo, mi vida se deslizaba mecida por las más dulces ilusiones, pues veia constante é inalterable el amor de mi marido.

Era imposible ser más galante, más complaciente, más rendido, más apasionado que él lo era para mí.

Acostumbrada yo al excesivo mimo y condescendencia de mi abuela, hallaba aquello tan natural, que apénas se lo agradecia, y ántes bien le exigia cada vez mayores sacrificios y más completa sumision, á lo que él se avenia sin esfuerzo alguno y áun con el mayor placer.

Una mañana, en que me habia levantado un poco tarde, me avisaron que estaba servido el desayuno.

Pasé al comedor, y vi que áun no estaba allí Eduardo, quien generalmente me esperaba siempre.

—¿Se ha avisado al señor? pregunté á uno de los criados.

—Ya hace rato, señora Condesa, me respondió; pero está ocupado.

—Vuelva V. á avisarle, y diga que le espero.

—Es que se halla con gente.

—¡Cómo! ¿A estas horas?

—Son las once.

—¿Y qué gente es ésa que se permite venir á una hora tan inconveniente?

—Dos amigos del señor Conde: el Marqués de Prado Hermoso y el Vizconde de Torrefiel.

Al oir este nombre me quedé algo suspensa: no sabía que mi marido conociese al esposo de Gracia.

—Vaya V., á pesar de todo, ordené al criado, y dígale que le espero para almorzar.

El criado salió, y yo me senté á la mesa, segura de que Eduardo iba á seguirle.

Pero no fué así: el criado volvió solo y me dijo:

— El señor Conde me ha encargado que suplique á la señora que almuerce sola por hoy.

—¡Sola! repetí.

— Así me lo ha dicho.

Quedé como asustada: era una cosa tan nueva que Eduardo no me antepusiese á todas las consideraciones, que no podia creer lo que oia.

—¿Está V. bien seguro de eso? le pregunté al criado.

—Segurísimo, señora Condesa.

Me levanté y me dirigí al cuarto de mi marido, envuelta, como estaba, en mi peinador blanco.

Eduardo se hallaba, en efecto, con dos amigos suyos: hablaban alto, fumaban y reian, y él más que nadie y con mayor alegría.

Yo me quedé absorta á la puerta de la estancia. ¡Reir mi marido sin estar yo á su lado! ¡Qué espantosa decepcion!

Llena de ira, empujé la puerta y entré.

Eduardo me miró con asombro; luégo se levantó, y, soltando otra nueva y franca carcajada, se dirigió á mí.

—¿Me creias solo, Valeria? me preguntó; pero no importa que te vean así... acércate... Amigos mios, Valeria, mi esposa.

Los dos caballeros se levantaron y me saludaron con respeto.

Yo les dirigí, por toda contestacion, una mirada de enojo.

—No quiero sentarme, dije separando el sillon que mi marido me ofrecia: sólo quiero decirte que hace media

hora te espero para almorzar, y que, viendo que no vienes he venido yo á buscarte.

Eduardo se puso colorado y me miró lleno de asombro.

—Almuerza tú sola, querida mia, me respondió con alguna frialdad; yo creí que ya lo habias hecho y que venías...

—¿Almorzar sin tí, Eduardo?

—¿Por qué no? de la misma manera que lo haré yo solo cuando tú estés ocupada.

—¡Pero eso es imposible!

—¿Por qué?

—Porque yo lo dejaria todo por acompañarte.

—¡Y bien, los hombres no somos tan libres como vosotras: yo estoy ocupado, ya lo ves!

Lágrimas de ira acudieron á mis ojos; no supe qué responder, y dí dos pasos para salir, llena de confusion y ahogada por la cólera.

Eduardo no me detuvo, no me dijo una sola palabra, y yo desaparecí con el corazon traspasado de dolor.

En vez de volver al comedor, me encerré en mi cuarto y eché á llorar amargamente.

De pronto oí la voz de mi marido que salia de su habitacion, riendo y charlando.

¡Estaba alegre, podia reir cuando yo sufria tanto! Apénas podia creerlo!

No obstante, preciso me fué rendirme á la evidencia. Le oí decir á los criados:

—Digan ustedes á la señora Condesa que hoy almuerzo fuera con mis amigos; que no me espere hasta las cuatro.

Dicho esto, empezó á cantar una arieta, y bajó la escalera alegremente.

II.

MUCHO Y NADA.

Hirióme lo que acabo de referir, como la más cruel de las decepciones.

Me creí la mujer más desgraciada de la tierra, lloré mucho y me quejé amargamente de lo que llamaba la barbarie de mi marido.

Cuando ya me cansé de llorar, me levanté, sequé mis ojos, y vistiéndome de cualquier modo y precipitadamente, salí sola y á pié, y me dirigí á casa de mi abuela.

Ésta se hallaba recostada en una rica otomana de seda; su marido, sentado á sus piés en un cojin, la miraba con amor.

Formaba tal contraste lo que á mí me habia sucedido con lo que estaba viendo, que me eché á llorar de nuevo con amargura.

—¿Qué es eso? exclamó mi abuela corriendo hácia mí con cuanta ligereza le permitia su obesidad. ¿Qué tienes, hija mia? ¿Por qué lloras? ¡Habla!

—¡Ay, mamá! exclamé redoblando mis sollozos.

—¿Qué tienes?

—Eduardo...

—¿Qué ha hecho?

—¡Me ha abandonado...!

—¡Á tí!

—Niña mia, exclamó Sandoval, habla con calma... sosiégate... vamos, vén aquí... ¿Qué ha hecho tu marido?

—¡No ha querido almorzar conmigo!

—Y, ¿dónde está?

—¡Se ha ido!

—¿A dónde?

—¡A almorzar con sus amigos!

—¡Eso es indigno! exclamó mi abuela. ¿Cómo se entiende? ¡Dejar que esta criatura almuerce sola! ¡Digo almorzar! ¡De fijo que está sin desayunarse!

—Desde luégo, exclamé yo: ¡almorzar sin Eduardo! no hubiera podido.

—¿Quieres almorzar aquí?

—Ahora no, mamá, más tarde... acaso tomaré algo.

Sandoval no pudo contener una carcajada, y salió del aposento dejándonos solas.

Mi abuela, despues de haber apostrofado á mi ausente marido, llamándole infame, ingrato y hasta verdugo, y fatigada de aquel esfuerzo, se recostó en su asiento y se durmió, segun acostumbraba á hacerlo todo el dia; yo quedé sola allí, y empecé á aburrirme.

No queriendo volver á mi casa, y no queriendo tampoco permanecer sola, salí y me fuí á casa de mi padre.

El gran palacio que habitaba estaba triste, como de costumbre, pero silencioso y apacible.

Todo se hallaba allí en el órden más perfecto, y mucho más desde que lo vigilaba Felicia.

Hacía calor y todo estaba cerrado, fresco y perfumado con flores.

Mi padre no se hallaba en casa.

En la habitacion de la Condesa se hallaban ésta y Felicia.

Me admiró ver lo desmejorada que estaba Magdalena: parecia una sombra y no un cuerpo.

Me abrazó con ternura, y me preguntó por mi marido.

A esta pregunta prorumpí en llanto, reanimándose todos mis dolores.

—¡Hé aquí la verdad, exclamó la Condesa: la verdad es el dolor, las lágrimas, las penas! ¡Hace poco más de un mes que te has casado, pobre niña, y ya lloras!

—Pero, querida Valeria, ¿hay razon para ese llanto? preguntó mi antigua aya. ¿Qué sucede? ¿Qué ha hecho su esposo?

Yo conté lo que habia sucedido, y Felicia respondió sonriéndose.

—Eso no es nada.

—Tras de eso vendrá otra cosa mayor, repuso Magdalena: hija mia, espera siempre lo peor.

—Siento no ser de la opinion de V., querida Condesa, dijo Felicia; lo que ha hecho hoy el Conde no prueba nada; y, á mi modo de ver, es Valeria la única culpable de lo que ha sucedido.

—¡Yo! exclamé. ¿Por qué razon? ¿No he sido la víctima de su despego delante de gente?

—No hay hombre que no sea despegado, querida mia, —sobre todo delante de gente—si presume que se le quiere rebajar.

—Pero yo, ¿de qué modo le queria rebajar?

—Obligándole á dejar por V. á sus amigos, querida mia.

—¿Y no era justo?

—¡Él creerá que no!

—¡Pues yo queria convencerle de que sí!

—Y ya ve V. como no lo ha conseguido; para convencer al hombre de lo contrario de aquello que desea, hay que andar con mucho tiento; hay que engañarle.

—¡Hay que engañarle!

—Precisamente: hay que aparentar que se cede, y hacerle ceder á él.

—Jamas descenderé hasta la ficcion, aya mia.

—Y, sin embargo, es preciso: el hombre es un niño grande y nada más: la mujer, por el contrario, debe ser niña unas veces, y otras debe estar llena de fortaleza y de experiencia; debe ser á la vez condescendiente y justa, suave y digna; créame V., hija mia, hay que estudiar la vida conyugal, que á primera vista parece tan fácil y tan dulce.

Este modo de razonar me enojó, porque mi amor propio y mi viciada educacion se resistian á toda clase de sumision y de suavidad.

Me encerré en un silencio desdeñoso, y al poco rato me sentí tan violenta que conocí que donde mejor me habia de encontrar era en mi casa.

Con efecto, ¿qué habia adelantado con ir á hablar de mis penas á casa de mi abuela y de mi padre?

Mi abuela las habia lamentado, pero se habia dormido con su paz acostumbrada.

Mi madrastra las habia agravado con sus funestos augurios.

Mi aya me daba consejos que no queria de ningun modo seguir, y que me irritaban sobremanera.

—En mi casa, al ménos, me dije, hago y digo lo que quiero y soy la soberana absoluta.

Llegué á ella y me volví á retirar á mi habitacion: ya eran las dos y media, y faltaba poco para que diese la vuelta Eduardo, puesto que se habia despedido hasta las cuatro.

Pero en aquel breve espacio me cansé de llorar, de cavilar, de hacer reflexiones á cual más tristes, y concluí por ir á la biblioteca y tomar un libro que me entretuviese.

La biblioteca daba al jardin, sobre el cual empezaba á bajar un poco de sombra: las flores, abatidas por el calor del dia, iban levantando sus tallos, y exhalaban sus perfumes; el jardinero habia destapado el cauce de la fuente, que se derramaba en un azulado arroyuelo por los campos de rosales y azucenas.

No hay nada que alivie tanto las penas del ánimo como la vista de una plácida y risueña naturaleza: á la parte de mi habitacion que caia sobre la calle, el ruido de los carruajes, los gritos de los vendedores, y ese rumor incesante de la gran poblacion, me fatigaba é irritaba los nervios: allí, el plácido aroma de las flores, el murmullo del agua, la brisa templada, el silencio, la tranquilidad no alterada más que por el canto de los grillos entre la hierba, eran para mi espíritu como un bálsamo consolador y refrigerante.

Acerqué un sillon á la ventana, y descorriendo un poco la persiana, á la cual llegaban las ramas trepadoras

de un jazmin, me puse á leer una de las églogas de Garcilaso.

A pesar de lo embebecida que me hallaba en aquella ocupacion, oí perfectamente dar las cuatro en el reloj del comedor que estaba inmediato.

Tres minutos despues la campanilla del portero anunció la llegada de mi marido.

III.

LECCIONES.

Pronto oí sus pasos acercarse á mí y mi corazon empezó á latir apresuradamente.

Pero procuré adquirir la más desdeñosa expresion posible y extenderla sobre mis facciones.

—Buenas tardes, querida Valeria, dijo con dulzura, pero tambien con alguna gravedad, viniendo á apoyarse en el respaldo de mi sillon.

—Buenas tardes, le respondí friamente.

—Veo, dijo, que estás enfadada y lo siento mucho.

—Me parece que te cuidas muy poco de mis enfados, repusé yo, con mayor sequedad todavía.

—Pues te equivocas, dijo mi marido: me importa mucho de ellos, y ahora mismo estoy sintiendo que voy á acrecentar el que te domina: escucha, esta mañana has estado ridícula é imprudente, y se habrán reido de tí.

—Poco me importa, respondí con cólera.

—Pero me importa á mí, porque mañana nos verán en el teatro ó en un baile, y dirán señalándote:

«Allí está la Condesa de Rio-Claro, que llora y se encoleriza porque su marido no va á almorzar con ella por hallarse ocupado.»

—¿Y qué importa que lo digan? exclamé exasperada, ¡si no dicen otras cosas peores!...

—No hay nada peor que el ridículo, querida mia.

—Peor es lo que se dice de otras, cuya fama va en boca de todos.

—Tu fama, Valeria, no irá así jamás: en primer lugar, porque tú eres buena, y despues, porque al primero que osára tomarla en boca, le cortaria yo la lengua.

El Conde dijo estas palabras con el acento más sencillo y más natural.

—Sí, prosiguió: nadie atacará jamás á lo que es inatacable, Valeria; de la que hablan, es porque ella da lugar á la crítica; pero ya que tú eres un ángel, no quieras dar que reir por genialidades que á nada conducen; yo quiero ser, más que tu marido, tu amante; pero habrá muchas ocasiones en que tenga que ser marido, porque hasta el amor puede caer en el ridículo.

—¡Oh, qué blasfemia! exclamé. ¡Eso será para los que no lo conozcan, para los que no lo hayan conocido jamás! ¡Ridículo el amor! ¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé, Valeria, pero lo es.

—¿No ves á mi abuela y á su marido, cuántos años hace que se aman y qué rendido está él? ¡Pues así creí yo que serías tú!

Mi marido tomó mi mano, la estrechó tiernamente entre las suyas, y me dijo sonriendo casi con tristeza:

—¡Pobre niña! ¿Cres tú que eso es amor?

—¡Sí, le respondí, eso es amor!

—¡Te engañas!

—¿Pues qué es?

—¡Cálculo, ambicion, nada más!

—¿No ves cómo Sandoval rodea á mi abuela de todo lo que le agrada? ¿Cómo está atento á sus menores deseos? ¿Qué enamorado parece, aunque ya haya perdido con la edad toda su belleza?

—Eso te probará que es cálculo tan ponderado amor.

—¡Dios mio, esto me indigna! exclamé: ya que no comprendas el amor, no calumnies á los demas.

—Dejemos esto por ahora, me dijo del mismo modo que se procura separar el pensamiento de un niño de una cosa que no se quiere que penetre: dejemos esto, y hablemos de lo que á nosotros nos interesa. Valeria, escucha, prosiguió con una emocion creciente... es forzoso que procures dejar de ser niña para ser mujer... domínate... sé amable é indulgente para todos y para mí... ¡Va en ello nuestra dicha!

—¡Dios mio! ¿Qué te sucede? exclamé. ¡Parece que sufres...!

—¡No, no! no es nada, repuso dominándose: yo te amo, pobre niña; tu dicha es sagrada para mí; procura que dure y que nos la envidien todos... ¡En tu mano está!

Se levantó y dió dos ó tres vueltas por la biblioteca, procurando serenarse, lo que logró con poca dificultad, volviendo á sentarse á mi lado.

—Mañana, al amanecer, dijo, voy de caza con algunos amigos.

—¡Cómo! repuse. ¿De caza?

—Sí, ¿qué te extraña esto?

—¿Y te vas por todo el dia?

—Por cuatro dias.

—¡Dios mio, pero esto es demasiado! exclamé rompiendo en un llanto colérico. ¡De caza! ¡De caza! ¡Qué enmienda!

—¿De qué me he de enmendar, señora?

—¡De lo que ha hecho V. hoy!

—¿Y qué he hecho?

—¡Irse á almorzar con sus amigos! ¡Oh! pues lo que es de caza no irá V., añadí con una decision que hizo sonreir á mi marido.

—Valeria, exclamó él, ¿estás loca? ¿Quién me lo impedirá?

—Yo, le contesté.

—¿Y de qué modo?

—No lo sé, dije; pero desde luégo le participo que no quiero vivir ya á su lado, que me marcho á casa de mi padre.

—¿Y eso impedirá que yo vaya á cazar?

—Veo que es V. lo que yo no creia, y que todo debo esperarlo ya de usted. Se irá V. á cazar, pero yo no volveré aquí.

—Mira, niña mia, dijo mi marido: tienes diez y seis años; te han educado con demasiado mimo, y no te han dado ninguna nocion de lo que es el mundo. Yo tengo que educarte... lo veo y lo siento.

—¡Ah, caballero, tras de la ingratitud el insulto! ¡Eso es muy noble!

—No tomes así las cosas, Valeria, porque con ese sistema, de lo que es nada, harás un monte. Tú estás perfectamente educada, segun se entiende en el mundo; sabes dibujar, tocar el piano, hablar frances é inglés; pero no sabes sufrir, ni ser prudente; aprende esto, que es lo principal.

—¿Es decir que tú piensas hacerme sufrir incesantemente?

—¡No lo sé! si tú te empeñas en sufrir por todo...

—Yo sufro por lo que debo sufrir. ¡Dios mio, irse ahora de caza, y por cuatro dias!

—Si no hubiera dado palabra á mis amigos; si no estuviera ya todo dispuesto, no iria... pero ya no hay remedio; no quiero que digan de tí que me dominas y que no me dejas dueño de mi voluntad.

—¿Y qué importa que lo digan?

—Importa más de lo que tú crees: no quieras nunca, querida Valeria, la fama de dominante y de intransigente; vamos, valor, esta noche, en compensacion, quiero llevarte al baile de la Duquesa de A... que estará brillantísimo; te pondrás el más lindo de tus trajes, y si no hay ninguno que te agrade en tu guardaropa, encarga á tu modista que te disponga uno nuevo.

—No, respondí con voz sorda: duerme para que puedas madrugar y que no te esperen tus amigos.

—¡Valeria! exclamó el Conde con tono suplicante.

No le respondí, y saliendo de la biblioteca, me encerré de nuevo en mi cuarto.

IV.

UN NUEVO PESAR.

Pasé una noche cruel.

Nada es más duro, más angustioso que la soledad cuando el ánimo está afligido, y se está dotado, como yo lo estaba, de una imaginacion casi voraz.

—¡Si, me decia, Magdalena tenía razon! ¡La felicidad es un sueño, la realidad es el dolor, la desgracia la ingratitud! ¡Dios mio! si esto es Eduardo, ¿qué serán todos los demas? ¡Él, que parecia tan dulce, tan amable, tan complaciente, tan bueno, tratarme ahora así! ¡Ah, esto es odioso!

Las aflicciones pueriles no tienen ni áun el consuelo de la oracion: en las grandes penas acude una á Dios, seguro de que nos concederá su amparo, ó de que á lo ménos nos dará resignacion para sobrellevarlas; pero hay penas triviales, *necias*, por decirlo así, en que no espera uno ni áun el socorro de la Providencia, porque tampoco se acuerda de implorarlo.

Desesperada ya porque no podia dormir, me levanté y abrí la ventana de mi cuarto: á traves de los cristales vi luz en el de mi marido, que sin duda se preparaba para la caza.

Fuí á llamar á su puerta por un movimiento irreflexivo, cansada ya de llorar, abrumada por la soledad y por el insomnio.

—¿Quién es? preguntó la voz de Eduardo.

—¡Soy yo! repuse con acento trémulo..... ¡Valeria: abre!

Descorrióse el cerrojo, y el Conde me abrió sus brazos.

—¡Pobre ángel mio! exclamó besándome tiernamente; y conduciéndome á un sillon: ¡tú aquí, á estas horas! ¡yo te creia dormida!

—¡No he podido conciliar el sueño!

—¿Por qué? ¿Estás mala?

—¡Estoy tan afligida, Eduardo! ¡Ah, dejarte de ver durante cuatro dias!

Y prorumpí en llanto.

El me miró indeciso, y luégo, asiéndome las manos, exclamó como guiado por un movimiento interior irresistible:

—¡No quiero que llores más: no iré!

—¡Ah! ¿De véras? exclamé; ¿no irás?

—¡No! Bastantes penas hay en la vida sin que yo te dé más: vamos, alégrate: mira, está amaneciendo: ve á vestirte en tanto que yo escribo una carta de excusa, y te llevaré al Retiro en nuestro cochecito abierto.

Yo salí saltando de alegría: me vestí sola, y ¡con qué gusto! Jamas he hecho una *toilette* más deliciosa.

Procuré ponerme todo lo bonita posible: elegí un traje blanco, un sombrerito de paja y una ligera manteleta de seda negra.

Vi enganchar el caballo al coche, palpitando de júbilo mi corazon.

Acababa de vestirme cuando Eduardo llegó en busca mia.

—Vamos, dijo; ya nos espera el coche.

Me dió el brazo y bajamos; yo iba loca de contento con mi victoria; él parecia dichoso de complacerme.

Subimos al coche, y pronto llegamos al Retiro, internándonos en sus frondosas calles.

Habia algunas gentes paseándose, aprovechando la frescura de la mañana y gozando del aroma de las flores.

—¿Quieres tomar un vaso de leche? me dijo mi esposo.

Yo acepté y entramos en la lechería. A pesar de todos sus esfuerzos y de toda su voluntad, me pareció Eduardo distraido y triste.

—¡Aun piensa en su caza! me dije con un poco de amargura.

Estábamos acabando de tomar la leche, cuando entraron dos caballeros y se sentaron en una mesa inmediata; yo los reconocí con terror; eran los dos que habian estado en casa el dia anterior, y que se habian llevado á mi marido á almorzar; los mismos que habian dispuesto la malhadada partida de caza.

—¿Vosotros aquí? exclamó al verles mi marido con gran admiracion.

—Aquí, repuso el Vizconde secamente.

—¿Pero no habeis ido de caza?

—Ya ves que no.

—¿Por qué razon?

—Eso te preguntamos nosotros, aunque la adivinamos.

—Estas palabras fueron acompañadas de una mirada á mí llena de rencor.

—¿De modo que no habeis ido?...

—Porque tú has renunciado á acompañarnos; se descomponia la mitad de nuestro plan y lo dejamos.

—Veo que mi marido es muy preciso para sus amigos, dije yo con una imprudencia de que ahora me admiro, y volviendo otra mirada rencorosa á los dos caballeros, á los que ya profesaba una aversion mortal.

—Y nosotros, dijo el Vizconde de Torrefiel, que era muy insolente, vemos al mismo tiempo que su mujer le ama tambien de un modo que no le deja voluntad propia.

—Caballero, repuse yo con las mejillas rojas: el hombre que vive al lado de su esposa no puede obrar tan libremente como el que está separado de ella.

—Siento, señora, que no pertenezca V. al sexo fuerte, repuso el Vizconde con una frialdad en la que habia mucho de insultante; de lo contrario.....

—¿Qué, caballero?

—Le enseñaria mi espada á no meterse en vidas ajenas.

—Cuando V. se mete en alterar la paz de la mia...

—No sabiamos que V. al casarse exigió á su marido que no se separase de su falda; pero no lo debemos extrañar ahora que lo sabemos: ¡es V. tan rica!...

—¡Cárlos, exclamó mi esposo, esta disputa es innoble, y estás faltando á mi mujer, lo que no consentiré!

—¿Qué mal hay en que diga á esta señora que ha comprado un título de Condesa? Esa es la verdad.

—Es que hay verdades que se pagan con la muerte, y ademas esa es una infame calumnia, exclamó Eduardo exasperado.

—Si así lo toma V., enhorabuena, dijo el Vizconde.

—Vamos, observó el amigo de Torrefiel y de mi marido interviniendo; ¿hay motivo para esto? ¿Sois acaso dos niños? Tú, Vizconde, estás irritado con Eduardo, porque ha faltado á la partida; ¿pero esto qué prueba? Que le amas. ¿Es verdad ó no?

—Es verdad, repuso el Vizconde de mala gana.

—Estás ademas irritado con esta señora, porque piensas que ella le ha impedido ir á buscarnos; pero ¿no estaba en su derecho, reteniendo á su marido con esas admirables armas de las mujeres, con el llanto y el ruego, si le queria guardar á su lado? ¿Y hay nunca derecho para reconvenir á una dama? Vamos, loco Vizconde, ruégale que perdone tus inconveniencias, y V., señora Condesa, no se muestre con él tan severa como merece.

Miré al Marqués de Prado Hermoso con profunda gratitud; veia, con angustia mortal, que mi osadía con el Vizconde, osadía vergonzosa y que me habia rebajado tanto sin saberlo yo misma, iba á provocar un duelo; el Marqués, que venía á evitarlo con su tacto de hombre de mundo, me pareció un ángel salvador.

Era, en efecto, un bello y simpático jóven de cabellos y ojos negros, estatura elegante y modales llenos de distincion y de dulzura.

A la mirada que yo le dirigí me contestó con otra muy expresiva, y como dándome seguridad de que aquello no pasaria adelante, ni tendria desagradables consecuencias.

Con gran sorpresa mia, su mirada tan tierna, tan llena de atractivos para mí, cambió súbitamente de expresion al volverse sobre el Vizconde, y se hizo dura é imperiosa.

—Vamos, añadió, ¿á qué esperas, Cárlos? ¿Por qué no pides perdon á la Condesa?

Una segunda mirada, más imperiosa que la anterior, acabó de subyugar á Torrefiel, que se acercó á mí confuso y avergonzado.

—Yo pido perdon á la señora Condesa, dijo, de todo lo que le he dicho que la haya podido ofender. ¿Será tan buena que me lo conceda?

—Sí, respondí yo; yo tambien le he faltado á V., caballero, y á mi vez le pido indulgencia.

—¡Oh, señora! exclamó Torrefiel con un rendimiento dulce, pero que me pareció tan meloso y falso como las caricias del gato: V. es mil veces demasiado buena y amable; deseo que seamos muy amigos.

—Lo serémos, caballero.

—¿De véras, señora? ¿Será V. tan generosa?...

—Se lo aseguro á usted.

—Ahora, dijo Torrefiel con una sonrisa que me espantó, me toca hacer las paces con el marido: tambien te ruego que me perdones, querido Eduardo.

Mi esposo le alargó la mano sin responder, pero con visible repugnancia.

—Gracias por ese generoso perdon, mi querido Eduardo, y para sellarlo, hazme una concesion.

—¿Cuál? preguntó mi marido.

—Que vengas mañana á cazar con nosotros; realizarémos lo mismo que habiamos pensado hacer hoy: ¿no aceptas?

—Sí, respondió mi marido, iré.

En la situacion á que habiamos llegado, aquella con-

clusion me pareció la más dichosa que podia tener tan desagradable asunto; y, sin embargo, ¡ay! iba á efectuarse la cacería, cuyo proyecto habia dado lugar á tantas escenas desagradables; entónces vi con dolor que la imprudencia de las mujeres da algunas veces frutos muy amargos, sobre todo para ellas mismas, y que muchos pesares podrian evitarse con un poco de prudencia y de sufrimiento.

Si yo hubiera dejado llevar á cabo la cacería en aquella mañana, hubiera llevado á aquella hora pasado uno de los cuatro dias de ausencia tan temidos y tan llorados; así, áun me quedaban que pasarlos, y ademas habia sufrido otro disgusto mortal.

¿Cómo quedaria, por otra parte, con respecto á mí, el ánimo de mi marido? Apénas me atrevia á mirarle; tal era el temor que tenía á su enojo.

Si estas memorias mias llegan á tus manos, querida hija, yo te aconsejo con toda la eficacia de la experiencia, que no te dejes llevar de los arranques de un carácter violento y dominante, y que medites ántes de pronunciar frases que pueden comprometer fácilmente la tranquilidad de toda tu vida.

Es cosa muy sabida que se pierde poco ó nada con sufrir y con callar, y que se puede perder mucho con la intolerancia y la imprudencia.

La posicion nuestra habia llegado á ser embarazosa, y Eduardo me hizo una severa señal para que me levantase, á la que obedecí temblando ante la idea de hallarme sola con él.

Yo me despedí de sus amigos con una inclinacion de

cabeza llena de cortedad, advirtiendo al mismo tiempo que el marqués de Prado Hermoso me miraba con una insistencia extraordinaria.

Subimos al carruaje, sin siquiera entrar en el Retiro.

Mi marido no me dijo nada; yo tampoco me atreví al principio á dirigirle la palabra; pero al cabo me determiné y le dije no sin mucha timidez.

—¿Estás enojado conmigo, Eduardo?

—Valeria, me respondió, no estoy enojado, sino desesperado.

—¿Qué dices?

—Me has puesto en ridículo; en el más terrible ridículo.

—¡Yo!

—Has insultado á ese hombre, y has dado lugar á que nos insulte él á los dos. ¡Esto es espantoso!

—¡Pero Dios mio!

—¿No has oido lo que ha dicho? Que tú has comprado tu título de Condesa; luégo quiere decir que yo lo he vendido. ¡Oh! yo mataré á ese hombre, le mataré! Dia llegará en que con cualquier pretexto le envie una bala al corazon.

—Sosiégate, por Dios, mi querido Eduardo, exclamé; ya ves que él ha confesado la inconveniencia de su lenguaje y que nos ha pedido perdon.

—¿Y eso basta?

—¡Yo creo que sí!

—Pues tú te equivocas; y yo le haré ver que se equivoca tambien.

No pude responderle, porque llegábamos á la puerta

de casa: nos apeamos, pero eran tales mi disgusto, mi terror y mi angustia, que apénas podia andar.

Eduardo me dió el brazo, y yo hice un esfuerzo supremo para no dar que sospechar á los criados que habia habido algun disgusto entre nosotros.

Entré en mi cuarto y me dejé caer en un sillon desfallecida.

Debia estar tan pálida y tan demudada, que mi marido, que realmente me amaba mucho, se movió á compasion.

Me quitó el sombrero él mismo, y se lo dió á Justina.

—¿Viene mala la señora Condesa? preguntó ésta.

—Sí, respondió mi marido; es preciso que se acueste un poco; prepare V. el lecho.

En tanto que Justina preparaba mi dormitorio, Eduardo se inclinó á mi oido y me dijo dulcemente:

—Valor, querida Valeria; tranquilízate y no temas; nada hay en el mundo que me sea más caro que tu felicidad; procura dormir, y hasta luégo.

V.

AGONÍA.

Ya no me levanté aquel dia; al amanecer del dia siguiente entró mi marido y me besó en la frente.

—¿No has dormido? me dijo al verme sentada en el lecho y envuelta en un peinador, pálida é inmóvil.

—Ni un instante, le respondí.

—Cálmate; he reflexionado, me he tranquilizado; ya no pienso provocar al Vizconde, considero que se ha excusado, y por consiguiente, que se ha humillado á mí; descansa, pues, y espera mi regreso con sosiego.

Salió despues que le hube abrazado llorando, y me puse á rezar, pidiendo á Dios que no ocurriese lance alguno.

Ya bastante tarde me levanté y fuí á oir misa; anhelaba yo la iglesia como el puerto de paz y de bonanza.

Habia cerca de mi casa una pequeña, limpia y primorosa capilla, sostenida por el culto de los fieles.

Los altares estaban cubiertos de mantelillos blancos como la nieve, cosidos y guarnecidos de encajes, hechos á la aguja por las señoras de la vecindad.

Lucian en el altar algunos ramos de flores frescas y ricas de aroma que embalsamaban el sagrado recinto; las ventanas se hallaban cubiertas con cortinas y quedaba la modesta capilla en una semi-oscuridad.

¡Qué bella es la religion cuando la rodea la sencillez y cuando se nos presenta con solo el prestigio de su pompa natural!

Allí, en aquella pobre iglesia tan pequeña, pero tan fresca, tan oscura, tan silenciosa, sentí que el rayo de la esperanza penetraba en mi alma y que la oracion caia en ella como un rocío celestial.

—¡Gracias, Dios mio! exclamé. ¡Vos me enseñais vuestra santa Casa, como diciéndome: «Cuando sufras vén aquí!» Enseñadme, Señor, á tener paciencia en las duras pruebas de la vida! ¡Dejadme el resplandor de la

esperanza entre las negras sombras que empiezan á rodearme! Y sobre todo, ¡haced que jamas flaquee la fe que me inspirais!

Tan bien me hallaba allí, tal serenidad descendió á mi alma, tan plácida calma la inundaba, que las horas se me pasaron como instantes rezando ó meditando.

Un sacerdote anciano y con la frente coronada por una cabellera blanca dijo una misa; sólo la oimos seis ú ocho personas, y entre ellas no habia otra jóven que yo. Justina tuvo que venir á buscarme.

Yo me hallaba sentada en una silla y arrobada en una dulce meditacion de la que no salí hasta que ella me tocó ligeramente en el hombro.

—¿Qué hay? le pregunté.

—Esperan en casa á la señora Condesa.

—¿Quién?

—Un criado de su señor padre.

Me levanté y seguí á mi camarera, que iba delante con aire azorado.

—¿Qué sucede? le pregunté.

—Se ha puesto muy enferma la señora Condesa de los Valles.

—¿Magdalena?

—Sí, señora; el médico ha declarado que el aneurisma que padecia desde hace tanto tiempo se ha vuelto agudo y se halla en peligro de muerte.

—¡Dios mio, exclamé, adelántate y dí que pongan mi coche! Quiero ir al instante.

—El señor Conde ha enviado uno de sus carruajes para que conduzca á la señora.

Llegábamos al decir esto á la puerta de casa, en la que vi, en efecto, parado el carruaje de mi padre; subí á él y partió rápidamente.

Llegamos allí y hallé á mi mismo padre al fin de la escalera.

—Vén, me dijo, vén Valeria; ¡Magdalena quiere verte; se muere!

Mi padre, al decir esto, dejó resbalar dos gruesas lágrimas por sus mejillas, pálidas por el dolor.

—¿Quién sabe, padre mio? le dije; ¡tal vez sea sólo una dolencia pasajera; ten valor!

Mi padre sacudió melancólicamente la cabeza, y ambos entramos en el cuarto de Magdalena.

Esta se hallaba acostada en el lecho, pálida é inmóvil: áun presentaba su rostro el modelo de todas las gracias; y ¡cosa extraña! toda la tristeza que ántes se aposentára en él, habia dejado lugar á una radiante expresion de dicha.

—Ya está aquí Valeria, querida Magdalena, dijo mi padre en tanto que yo, habiendo descubierto á Felicia, me acercaba á ella llena de tristeza.

La Condesa abrió los ojos, y buscó mi mano, diciendo con voz débil:

—¡Gracias, querida mia; voy á morir y deseaba verte.

—¡A morir! repetí yo; ¿por qué esos tristes pensamientos, querida Magdalena? ¡Sólo Dios sabe cuándo dejarémos este mundo!

—¡Dios lo sabe y me lo ha dicho! repuso la Condesa; quisiera hablar á solas contigo algunos instantes; dí á todos que se retiren.

Felicia fué la que cumplió este deseo, saliendo ella con mi padre y quedando yo sola con Magdalena, á cuya cabecera me senté.

—Hija mia, me dijo la Condesa, dándome este dulce nombre por la primera vez; es preciso que te hable pronto, porque conforme puedo vivir aún cuatro ó seis dias, puedo morir dentro de dos horas, y ademas me fatigo mucho; escúchame con atencion..... yo no he sido para tí lo que debia ser..... no te he educado por mí misma; verdad es que tampoco he descuidado tu educacion..... ¡Perdóname pues!

—¡Dios mio! ¿No me has dado á mi buena aya, Magdalena? exclamé yo; ¿qué más podias hacer? Tú estabas enferma y triste.

—¡Triste, mucho! repuso la moribunda; ¡oh, sí! Yo he podido decir con más verdad que nadie: «Mi alma está triste hasta la muerte.» Porque sólo detrás de las sombras de la muerte es cuando empiezo á ver los resplandores de la eterna luz.

El cansancio hizo detener á la Condesa, quien, previendo que sus fuerzas iban á agotarse, prosigió:

—He de acabar en breve, por temor de que despues no pueda hablarte; mira, lo que te quiero decir es solamente que separes tu vista de este mundo y la levantes al cielo. ¡Aquí no hay nada..... nada..... más que engaño y mentira! ¡Los hombres juegan con la felicidad de la mujer y la rompen como un juguete de barro; no esperes, pues, aquí dicha ni alegría; éstas sólo residen en el cielo!

Aquellas palabras, articuladas por unos labios sobre

los que ya pasaba el soplo de la muerte, me impresionaron de un manera profunda y triste, y mi corazon se oprimió, sin tener valor para contestar nada.

—No acuso á nadie, prosiguió la Condesa; ¡pero cuán desgraciada he sido! Hace doce años que anhelaba este dia como la suprema dicha que acá abajo podia esperar! ¡Y sin embargo, á los ojos del mundo era una de las más dichosas criaturas que moraban en él, y muchas mujeres me envidiaban! ¡Desgraciadas! ¡No sabian lo que se ocultaba detras de mi vida! ¡Cuánta pena, cuánta amargura, cuánto desaliento!

Hay otra cosa aún de lo que quiero hablarte, querida Valeria, prosiguió mi madrastra tras una pausa; de tu aya. Hasta ahora ha sido mi amiga y nada le ha faltado; hoy, que le falto yo, no la desampares tú. ¡Te quiere como á una hija! Quiérela tú como á una madre, aunque sin seguir demasiado esas suaves doctrinas que son las suyas y que nacen de la perfecta tranquilidad de su alma, en la cual jamas se ha albergado la tempestad..... ¡Ah! es que sin duda no ha sido jamas verdaderamente desgraciada. Ella te dirá que la felicidad existe..... pero no lo creas, porque la buscarás en vano; ya has empezado á sufrir con tu marido, pobre niña, y áun no cuentas dos meses de casada..... Calcula lo que te espera en el porvenir.....

—¡Dios mio! exclamé; ¿qué quieres decir, Magdalena? ¿Sabes algo que?.....

—Sí, mucho, dijo la Condesa, y no sé si me atreva..... ¿Por qué no? Solo diré la verdad, y Dios me pediria cuenta si no te advirtiese.....

—¡Habla, habla!

—Pues bien, escucha, pobre niña: yo amaba mucho á un hombre ántes de casarme con tu padre; le amaba como tú amas á tu marido..... Ese hombre se casó con tu abuela porque era rica,

—¡Como! ¿Era Sandoval?

—Sí, era él..... Verdad que ya estaba yo casada con el Conde, y que todo lazo se habia roto entre los dos por la voluntad de mi madre..... Pero él debia haber sido constante y fiel á su amor y no haberlo vendido..... poco á poco he conocido lo que ese hombre valia, y he temblado por tí, al saber que él habia hecho tu casamiento.

—¡Si yo me he casado á mi gusto! ¡Yo amo á Eduardo!

—Lo sé..... Tu corazon ha respondido á sus deseos..... El Conde debe serle enteramente adicto..... Debe ser del todo suyo..... Teme por tu marido..... Teme por él y vela por él, Valeria..... Sandoval está dominado completamente por la codicia, y ha engañado á tu abuela de un modo infame..... Bajo la capa de una adoracion profunda, la roba, la despoja de todo, y él vive en el seno de los desórdenes..... ¡Cuida de tu abuela y de tu marido!.....

La voz de la Condesa espiró aquí, su cabeza se dobló sobre las almohadas, lívida, inerte, con el esfuerzo que habia hecho para hablar; y yo, poseida de terror, empecé á pedir socorro á grandes gritos, acudiendo al instante Felicia y mi padre.

A beneficio de un cordial, abrió los ojos de nuevo, y pidió que volviese el sacerdote y que la dejasen sola con él.

Todos salimos de la habitacion, y á mí me llevó Felicia á su cuarto.

Yo estaba anonadada, pero era tal el respeto que me infundian las revelaciones hechas por aquella mujer que se moria, que nada dije á mi aya, y permanecí meditabunda y sombría.

El dia acabó de pasarse entre la ansiedad consiguiente al estado de la Condesa, que podia espirar de un momento á otro, y á la que apénas parecia quedar ya un resto de vida.

Sin embargo, pasó la noche con bastante sosiego.

Mi padre se retiró á su habitacion, y salió á las diez de casa con gran sorpresa mia; yo no concebia cómo podia alejarse de su mujer, hallándose ésta cerca de la muerte.

Volvió á las doce, y despues de preguntar por el estado de la enferma entró en su habitacion, en la que le oí pasearse toda la noche.

Magdalena descansó algunos ratos, y el médico, que vino al amanecer, nos dijo que el período mortal subsistia, pero que tal vez viviria algunas horas más de lo que él habia creido, porque parecia más tranquila de lo que era de esperar.

—Querida Valeria, me dijo mi aya; vaya V á descansar un rato en el gabinete que hay dentro de mi alcoba; no ha dormido un instante en toda la noche y debe estar rendida; allí he hecho disponer un lecho para que repose un poco, y despues tomará algun alimento.

Seguí á Felicia, que me llevó en efecto al gabinete que me habia dicho, y en el que habia dispuesto mi blanco lecho de soltera.

Me desnudó y me hizo acostar con la solicitud de una verdadera madre, dándome despues una bebida caliente para disipar, en lo posible, el estado nervioso de una noche de insomnio y de fatiga.

Luégo me besó tiernamente en la frente, y salió asegurándome que á la más pequeña novedad me llamaria.

Así que me vi sola, me puse á examinar la habitacion, y la calma volvió á mi ánimo sólo con su vista.

Era donde Felicia acostumbraba á hacer sus oraciones de mañana, y todo respiraba allí el dulce perfume que aquella mujer angelical derramaba en derredor suyo.

Enfrente de mi lecho habia un altar coronado por una imágen de la Vírgen de los Dolores, de talla; el paño blanco del altar, bordado primorosamente por la mano de Felicia; dos ramos de flores frescas, colocados en jarritos de cristal; dos candeleros que sostenian bujías blancas con arandelas de flores, todo esto daba á aquel cuartito un aspecto de inocencia, de candidez, de decoro, de alegría, que, preciso es decirlo, se adaptaba mucho mejor á mi carácter que la suntuosidad y la magnificencia.

Renovóse allí la dulce impresion de la capilla; descendió á mi alma, dolorida al contacto de las tristes ideas de la Condesa, el bálsamo de la esperanza, y de mis labios volvió á brotar fervorosa y pura la oracion.

Ya he dicho que mi carácter era tan débil é indefinido, como lo es casi siempre el de una niña de mi edad; en cambio, mis impresiones eran demasiado fuertes, y me dejaba llevar de ellas con una facilidad extrema, pasando casi de repente de un agudo dolor, á una alegría extraordinaria.

Veia las cosas de la vida, ó de color de rosa, ó negras completamente.

Así mi pobre y debilitada inteligencia iba desde la credulidad absoluta de mi abuela al amargo escepticismo de mi madrastra, que sólo creia en un supremo bien: en el cielo.

Aquellas dos mujeres, la una sibarita de todos los placeres de la vida, la otra mártir de todos los dolores, habian dispuesto de mi inteligencia y de mi pensamiento, y héchome fluctuar en un mar de ideas exageradas y confusas, contradictorias las unas á las otras, y que hubieran tal vez alterado mi juicio á no hallar en mi camino la inteligencia recta y el exacto raciocinio de mi aya.

Venció en aquella ocasion la impresion dulce y consoladora, y empecé á preguntarme por qué temía, y por qué creia lo que habia dicho Magdalena, cuya razon se hallaba ya alterada tal vez por la agonía.

Aquel gabinete estaba lindando con una sala intermedia entre la habitacion de mi padre y una antecámara, y en la que nadie entraba por estar de sobra como otras muchas de la casa: se llamaba la sala verde, y servia como de habitacion de recibo para Felicia cuando alguna de las escasas personas de su conocimiento llegaba á visitarla.

Una ventanita abierta cerca del techo y cubierta con una celosía comunicaba tambien del gabinete, donde yo estaba, á aquella salita.

De repente, y cuando yo me hallaba entregada á los dulces pensamientos de que ántes hablé, oí abrir la puer-

ta de la sala verde, y el roce de un largo traje de seda que se arrastraba por el suelo.

VI.

GRACIA.

Al pronto creí que sería Felicia, que se entraria allí para reposar, leer ó escribir algunas cartas; pero bien pronto conocí que me equivocaba: la persona que habia entrado, y que era evidentemente una mujer, empezó á pasearse con agitacion y á dejar escapar sordas exclamaciones con voz ahogada, pero en la que reconocí un acento extraño y nada parecido al de mi aya.

Por fin se abrió una puerta y la voz de mi padre exclamó con el acento de la sorpresa.

—¡Gracia!

—Yo soy, repuso la voz de ántes, ahora clara é imperiosa. ¡Yo soy! ¿Se extraña V. de verme, Conde?

—Aquí, sí; repuso mi padre, y tanto más cuanto que llevo cinco despedidas de sus criados de V. sin conseguir verla.

—Anoche fué la última, ¿verdad? preguntó la Vizcondesa.

—Justamente, anoche.

—Pues bien, Conde: en la seguridad de que V., irritado, y con razon, no volveria, vengo yo á verle; porque me he convencido de que lo mejor es que hablemos claro.

—¿Pero sabe V. el estado de mi mujer?

—Lo ignoro: verdad es que sólo sé que es V. casado, porque lo dice: su esposa de V. no se deja ver nunca.

—¡Mi esposa está agonizando! dijo mi padre con una emocion que no pudo reprimir.

—Lo siento, y seré breve, caballero, repuso Gracia; pero es forzoso que le hable á V., y que V. me escuche: las visitas de V. me comprometen y vengo á rogarle que las suprima, por la razon ya dicha, y por otra ademas.

—¿Cuál es esa otra, señora?

—¡Que sepa que le detesto! ¡Usted me ha vencido, es verdad, pero sólo ha conseguido con eso conquistarse todo mi ódio!

—¡Y bien, señora!

—¡Y bien, caballero! ¿Eso no es nada para usted? ¿Nada le importa? Tanto mejor.

Mi padre sólo contestó con un profundo suspiro.

—Caballero, dijo la Vizcondesa, V. por apartar de mi lado al Conde de Rio-Claro, á quien amaba, ha sacrificado á su hija, haciéndola casar con él, que la hará desdichada.

—Señora, respondió mi padre: es verdad que estaba celoso del Conde; ¿á qué negarlo? ¡Pero es verdad tambien que jamás hubiera permitido que mi hija se casára con él, á no saber que ésta necesitaba de ese enlace para ser dichosa, porque le amaba y era amada de él!

—¡Amada de él! exclamó Gracia con una carcajada: V. delira, señor Conde.

—El Conde ama á mi hija.

—Y yo le digo á V. que no hay tal; que se ha casado

con ella porque estaba arruinado y porque Valeria es muy rica.

—¿Y no es tambien buena y bonita y está bien educada?

—Ninguna de estas ventajas seducen al Conde, se lo aseguro á usted.

—¡Veo, señora, que le conoce V. demasiado! observó mi padre con amargura.

—¡Oh, sí, demasiado! exclamó la Vizcondesa con un suspiro. ¡Como á V., como á Sandoval, como á todos aquellos á quienes he amado, y que han fingido amarme á mí!

—Observo que cuenta V. un largo catálogo de amantes.

—¡Ya lo sabía usted! ¡Pero ¡ay! todos me han parecido lo que son! ¡Todos! ¡Cieno, egoismo, mentira! ¡Por fortuna he sabido retroceder á tiempo, y puedo pasar á su lado con la frente muy alta!

—¿Y sólo el Conde de Rio-Claro es, en el concepto de V., más digno de su amor?

—¡Sólo el Conde! porque de él á todos los otros—sin exceptuar á V.—hay una gran diferencia.

—¿Cual es?

—¡Que él jamás me ha exigido nada; que se ha arruinado franca y sencillamente, sin ruido ni ostentacion; que aún hay en él nobleza y generosidad!

—¡Luégo no debe V. extrañar que ame á mi hija!

—Lo extraño, ó por mejor decir, estoy segura de que no la ama.

—¿Por qué?

—¡Porque aunque posee muchos atractivos, le faltan

justamente todos los que á él le podrian fijar; y será muy desgraciada con él, y al fin se separará de ella como yo de mi marido!

—Es que creo, señora, dijo mi padre exasperado, que la separacion de V. y de su marido ha tenido otras causas ademas de las ligerezas del Vizconde.

—Sí, las ligerezas mias. ¿Cree V. que Valeria casada con un hombre que no la ama, y siendo bastante bella para ser ligera tambien, no hará lo que yo?

—Creo que no, señora.

—¡Y yo estoy segura de que sí!

Un generoso rubor coloreó mis mejillas á juzgar por el calor que en ellas sentí al escuchar estas palabras, y dirigí á Dios en el fondo de mi alma la promesa de ser buena é irreprensible toda mi vida, sólo para desmentir á aquella mujer que tenía la osadía de quererse igualar á mí; ella, manchada con toda clase de coqueterías, conmigo, niña inocente que habia llevado al matrimonio toda la fe, todas las ilusiones, toda la pureza de mi primer amor.

Todavía no habia pasado por mi cabeza ningun mal pensamiento; pero creo que, aunque así hubiera sido, lo hubiera desterrado al oir á la Vizcondesa.

—Y bien, señora, dijo mi padre; ¿cuál ha sido el objeto de V. al venir aqui?

—¿No se lo he dicho? repuso ella: como soy toda caprichos, he venido á decirle, despues de haberme negado á recibirle en mi casa, que su ruin venganza se ha vuelto contra V. mismo, porque al quitarme al Conde y al dárselo por marido á su hija, ha labrado la desgracia

de ésta y no ha hecho su felicidad; porque yo no quiero volver á ver á usted.

—¿Cree V. acaso que el Conde, ya casado, y casado con Valeria, intentará volver á las redes de V.?

—Creo que sí.

—Y yo creo que no.

—No sabe V. aún quién es Eduardo, exclamó la Vizcondesa, ni sabe V. de qué modo le tiene asido Sandoval y lo que Sandoval puede: agotada toda la fortuna de ese niño loco desde hace largo tiempo, Sandoval le ha prestado gruesas sumas que ha dilapidado igualmente: por eso se casó con Valeria; porque para esos hombres seducidos por el demonio del lujo, es más fácil morir que renunciar á los caballos, al casino, al abono de los teatros, á las conquistas amorosas: para seguir así sacará Eduardo dinero del dote de su mujer, pero no lo sacará para pagar á Sandoval que le tiene sujeto, segun creo, muy á gusto de los dos.

—Yo pagaré á Sandoval las deudas de mi yerno, dijo mi padre.

—¿Usted? ¡Pobre Conde! exclamó Gracia. ¡Si entre mis caprichos y el dote de su hija, cuya entrega ha tenido que hacer, se ha quedado V. por puertas!

—¿Qué sabe V.?

—Lo sé: yo siempre sé todo lo que necesito saber.

Debia ser verdad lo que aquella mujer decia, porque mi padre no contestó una sola palabra.

Me imaginaba ver su ademan confuso y humillado, y al paso que me compadecia de él, aborrecia aquella mujer, causa de todas sus penas.

—A otra cosa venía aquí tambien, dijo Gracia tras un rato de silencio. ¿No tenía Valeria una aya?

—Sí, señora.

—¿Está aquí aún?

—Sí... pero...

—Tengo una amiga que busca una aya para su hija y he pensado en ella; suplico á V. que le diga se vea conmigo: adios, señor Conde, y si no quiere hacerme este último favor, no se moleste, que ya se hallarán ayas de sobra.

Dicho esto, oí el crujido de su traje de seda, lo que me probó que se alejaba.

Corrí en busca de Felicia, y, arrojándome en sus brazos llorando, le conté todo lo que pasaba.

—Tranquilícese V., hija mia, me dijo: áun cuando sea verdad todo lo que ha dicho esa mujer, hay un medio para conjurar el mal.

—¡Ay, dónde encontrarlo! exclamé desalentada.

—En la paciencia, en la resignacion cristiana, que es la primera virtud y el mayor de los bienes que puede poseer una mujer: todo lo alcanzan del esposo más malo, más ingrato y más indiferente, la paciencia y la dignidad unidas; no lo dude usted.

—¡Dios mio! ¿dónde está la dicha que yo me prometia? exclamé dolorosamente.

—Así terminan generalmente todos los sueños de dicha que nos forjamos en la tierra: casi siempre la realidad es el dolor.

—Luego ¿tiene razon Magdalena?

—No del todo, mi amada Valeria: es un sueño la di-

cha perfecta: es tambien un sueño doloroso la completa desventura: lo que hay que buscar es el justo medio y la compensacion en los dolores, ó la resignacion para ellos: Dios no la niega al que se la pide de corazon.

A pesar de que la palabra sencilla y á la par llena de calor de mi aya me convencia siempre, esta vez quedó frio mi corazon, como sucedia cada vez que se trataba de las funestas y exageradas ideas que se me habian inculcado: mis pensamientos se volvieron á otra parte, y pregunté á Felicia.

—¿Va V. á acceder á los deseos de esa mujer yendo á su casa para educar á la hija de su amiga?

—De ningun modo, querida niña: no porque yo quiera rehusar á esa jóven lo poco que sé y valgo, sino porque si dejo esta casa porque Dios llame á sí á la señora Condesa, viviré con mis escasos ahorros en una posicion muy modesta, pero del todo libre.

—¿En Madrid? exclamé llena de alegría.

—Sí, en Madrid, para estar cerca de V.; hija mia. Quiero consolarla si sufre, y quiero participar de sus penas si las tiene: no es todo en este mundo el dinero, y yo me lisonjeo de que una buena amiga como yo vale algo tambien.

Yo estreché llena de reconocimiento la mano de mi aya. ¡Cuál hubiera sido mi dolor si se hubiera separado de mi lado para ir á la casa que le designaba la Vizcondesa!

¡Parecíame que así áun era mia y que tenía áun un corazon que me amase y me comprendiese!

VII.

REVELACIONES.

Aquella noche el estado de la Condesa se hizo tan alarmante, que todos nos reunimos alrededor de su lecho.

Ella apénas habló ya: se habia despedido individualmente de todos los que amaba.

Por la tarde estuvo largo rato con mi padre. ¿Qué le diria en aquella hora suprema?

Yo no lo sé; pero sospecho que le refirió toda la historia de su vida; que le habló de sus penas y de su amor burlado, de cuanto habia sufrido y de lo desdichada que habia sido.

Mi padre debió sufrir mucho tambien en aquella última conferencia, porque su método de vida, su carácter, y hasta la expresion de su fisonomía, todo cambió radical y completamente.

Ya no se le vió dirigirse á mujer alguna, y jóven aún se dedicó á la política, á los estudios serios y á los viajes, cuidando ademas de sus bienes para reparar los locos gastos que le habian ocasionado sus dispendios por Gracia.

La Condesa tuvo una agonía larga, pero tranquila: al alba recibió la Extremauncion, y espiró con los ojos fijos en el cielo, á donde sin duda entró su alma, siempre triste, en tanto que moró acá abajo.

Mi padre se retiró á su habitacion y Felicia y yo cumplimos con los tristes deberes que el caso impone á la familia de los finados.

Las exequias de mi madrastra fueron magníficas.

Nada dejó á nadie, porque nada poseia más que la pension de alfileres que le daba su esposo.

Aun hoy, despues de muchos años, me acuerdo con enternecimiento y melancolía de aquella dulce y vaga sombra que atravesó por mi vida como el ángel del dolor, y que fué para todos tan buena y tan benéfica.

Su vida se deslizó sin ruido, y se acabó del mismo modo, triste, pero ignorada de todos.

—¡Pobre Magdalena!

Pocos supimos lo que valias; pero los que lo hemos sabido, te lloramos eternamente.

El dia prefijado para la vuelta de caza de mi marido volví á mi casa vestida de luto.

Al verme Eduardo se sobresaltó.

—¿Qué ha sucedido? preguntó corriendo ansioso hácia mí.

—Magdalena ha muerto, le respondí.

—¡Ah, que susto me has dado! Pensé que tu padre..... Si yo hubiera sabido la desgracia que amenazaba á tu familia, no me hubiera separado de tu lado, querida Valeria: perdóname.

—Te perdono dije: cuéntame tú, añadí recordando de súbito y con terror: ¿qué ha sucedido en tu cacería? Has disputado con el Vizconde?

—¿Yo? no por cierto, me respondió; nos hemos separado, al parecer, los mejores amigos del mundo, y no

hay deferencia que él no haya empleado para hacerme olvidar lo que llama su *ligereza;* pero estas ligerezas son ya tan repetidas, que estoy decidido á separarme de su amistad.

—¡Oh, cuánto me alegro de eso, exclamé: y has de saber que esa amistad me parecia muy extraña!

—¿Por qué? preguntó mi marido con una mirada profunda y cambiando de color.

—No sé... ¡he oido decir que habias amado á su mujer!

Pronuncié estas palabras trémula, confusa y arrepentida de haber provocado aquella explicacion.

Pero Eduardo no se irritó, segun yo temia; asió mi mano, la estrechó con ternura, y me dijo:

—Veo, pobre niña, que ya han llegado hasta tí las hablillas del mundo, y lo siento muchísimo; pero has hecho bien en ser franca conmigo. ¿Quién te ha enterado de eso? Dime la verdad; ¿ha estado aquí Gracia durante mi ausencia?

—No, le contesté: se lo he oido á ella, pero no aquí.

—¿Pues en dónde?

—En casa de mi padre.

—¿Ha ido allí?

—Sí.

—¿A ver á la Condesa? ¿Y en semejante trance ha tenido la osadía de decirte?....

—No me lo ha dicho á mí, ni fué tampoco á visitar á la Condesa, á la que no trataba.

—Yo no comprendo pues.....

—¡Casi me da vergüenza decírtelo; Eduardo..... ha ido á casa de mi padre á verle á él!

—¿A él?

—Sí : y yo oí lo que hablaba por casualidad, pues el gabinete á donde yo estaba comunicaba con la habitacion donde se hallaban ellos ; dijo á mi padre que se habia querido vengar de su inconstancia casándome contigo, pero que esta venganza se volveria contra él, porque yo sería á tu lado muy infeliz.

—¡Oh, esa mujer es una furia! exclamó mi marido. ¡Y tú que has oido sus infernales palabras! Pero no importa, sabrás la verdad..... toda la verdad, de mis labios. Valeria, escúchame.

Y mi marido acercó su sillon al mio, tomó de nuevo mis manos, y empezó así, con aquel eco de voz que él solo poseia:

—Yo amé á esa mujer, ¿por qué negarlo? A ello me llevaron, ademas de su belleza y de su gracia, sus contínuas provocaciones, pues desea todo aquello que se la resiste, y yo me resistí durante largo tiempo.

Poco despues de haberla yo conocido se separó de ella su marido, aunque ya hacía tiempo que en el interior de su casa vivian en una division completa; sin embargo, no era posible hallar dos personas más semejantes en serenidad y astucia.

Yo me cansé pronto del yugo con que Gracia queria tenerme aprisionado, porque realmente, creo que he sido el solo hombre que le ha inspirado amor en el mundo.

Me fuí á Inglaterra, y á mi vuelta creí hallarla entretenida con otro; pero aunque lo estaba, le despidió de su casa así que yo llegué, y me dió á entender, lo mismo

que á todo el mundo, que yo era el único dueño dè su voluntad.

Lo confieso, Valeria; yo venía arruinado. Sandoval, al que yo conocia desde hace largo tiempo, me habló de tí, de tu hermosura, de tu fortuna casi colosal; de lo que nada me dijo fué de tu bondad, de la belleza de tu alma; me ofreció que te veria en el teatro, y al verte, al oirte, quedé enamorado ciegamente de tí. Desde nuestro casamiento no he vuelto á ver á la Vizcondesa, la que, por desgracia, parece que áun se acuerda de mí..... Es capaz de todo..... Vendrá á verte, te hará sufrir con sus narraciones; pero nada temas, ni creas nada más que en la verdad de mi amor. Te pido, Valeria, que seas un poco tolerante y reflexiva para ser feliz, y para que ni la más leve contienda altere nuestra dicha doméstica. De esta suerte todos los planes de esa mujer quedarán burlados.

Eduardo me hablaba con tal acento de verdad, que no podia ménos de quedar yo convencida.

No me atreví á decirle nada acerca de sus deudas con Sandoval; ha habido siempre en mí una delicadeza, acaso exagerada, de la que no he podido desposeerme ni áun con mi propia familia.

Aquella noche la pasó conmigo Eduardo. ¡Qué deliciosa velada fué! Hablamos de mil cosas; yo era una pobre niña ignorante; él habia viajado y visto mucho; era instruido, y poseia además un talento natural brillantísimo; así es que su conversacion tenía para mí irresistibles atractivos.

¡Con qué placer le escuchaba cuando me referia la

vida sencilla y severa de las jóvenes inglesas, su pureza de costumbres, y su incesante actividad!

—Allí, me decia, la mujer se educa para ser la alegría de la familia; allí la vida doméstica tiene encantos que nosotros desconocemos y que nuestros vecinos los franceses, esclavos de la farsa, desconocen tambien; allí lo brillante cede el paso á lo útil; el salon no está cerrado y reservado para las visitas, sino que, bien acondicionado y caliente en invierno, ventilado y perfumado con flores en el verano, sirve de punto de reunion para la familia. A las diez de la noche se sirve el té, y hasta esa hora trabajan las jóvenes en labores de aguja y de primor; despues del té se habla, se toca el piano, se discuten los libros que se han leido, se repasan en voz alta los periódicos, y á las doce, lo más tarde, la familia queda entregada al reposo.

Demostróme esta pintura que Eduardo gustaba de los encantos de la vida doméstica, y esto fué para mí una alegría inmensa, puesto que, aunque educada por mi abuela en medio del fausto y de la ociosidad, las máximas y el ejemplo de mi aya quedaron grabados de un modo indeleble en mi alma, en la que habia una natural propension á todo lo bueno, útil y modesto.

Despues de hablar, en tanto que tomábamos el té, durante más de una hora, yo tomé mi bordado, y mi marido se puso á leerme una novela de Balzac, en el mismo idioma y lenguaje elegante y correcto en que habia sido escrita: pronunciaba él el frances de una manera tan armoniosa y tan admirable, que era para mí el oirle leer en este idioma uno de los mayores placeres.

Aunque á causa de lo reciente de mi luto no podiamos acudir á la música para distraernos, aquella apacible velada se nos hizo un instante, y cuando el reloj dió las doce nos miramos asombrados.

—¡Oh, qué agradable noche! exclamé yo. ¿Por qué no habiamos de pasarlas todas del mismo modo?

—Todas es imposible, querida Valeria, me dijo mi esposo; no hemos de desaparecer del mundo, donde tenemos nuestro sitio, por hacer los tortolitos en la soledad.

Aquella chanza me hizo un daño horrible, y contesté con alguna amargura.

—No hace mucho, sin embargo, que, hablando de Inglaterra, me ponderabas la dulzura y encanto de la vida de familia.

—Ciertamente, cuando hay familia; cuando ésta se compone de dos señores de edad madura, padres de algunos jóvenes. Aquí toda la familia la componemos nosotros dos. ¡Dos niños que entre ambos no componen cuarenta y seis años. ¡Vaya una familia! Deja esos goces para cuando seamos viejos y estemos rodeados de nietecillos! Ahora quiero que brilles en el mundo por tu belleza, por tu elegancia. Mira, ya que por el luto no podemos ir á la sociedad, darémos en casa algunos conciertos.

—Pero las demás noches..... ¿Porque eso será una vez á la semana?

—Sin duda; y en pasando los primeros meses de luto, irás otra noche al teatro.

—Pero áun quedan cinco veladas. ¿Qué harás en ellas?

—Te acompañaré cuanto me sea posible; no lo dudes.

—¿De véras?

—¿He faltado alguna vez á lo que te he prometido? No dudes de que lo haré; pero ahora vamos á acostarnos.

Despues han pasado por mi alma muchos dolores, muchas alegrías; pero jamas he podido olvidar aquellas deliciosas horas que se deslizaron en mi saloncito perfumado con las emanaciones del jardin, al lado de mi marido, sentados uno enfrente del otro, junto á un velador que sostenia una pequeña lámpara de luz apacible que resbalaba por los hermosos cabellos de Eduardo, dando á su belleza un atractivo y una dulzura deslumbradores.

¡Oh! amor. ¿Cómo hay quien te profane cubriéndote con el manto del desórden? Tú eres más grande cuanto eres más puro y más legítimo; los goces reprobados por la sociedad, sólo son un recuerdo tuyo. Feliz quien, como yo, no ha conocido en toda su vida más que un solo y santo amor!

VIII.

NUEVAS REVELACIONES.

Mi padre, así que arregló algun tanto sus negocios, salió á viajar, dejando en su casa á un antiguo criado para que cuidase de ella.

Felicia se retiró á una casita muy modesta, en la que ocupaba un cuarto tercero, y buscó una criadita jóven para que la sirviese.

Habia hecho algunos ahorros en los doce años que dirigió mi educacion, pues bastaban para su equipo los regalos de mi abuela. Además ésta seguia dándola la pension de 320 rs. mensuales que le habia señalado. Por mi parte, despues de haberlo consultado con mi esposo, le asigné igual cantidad, desde que la muerte de la Condesa la dejó sin ningun recurso, más que lo que podiamos facilitarla mi abuela y yo.

Creo yo haber dicho que era Felicia una de esas mujeres que embellecen cuanto las rodea; que saben hacer encantadoras las posiciones modestas, y no puedo ménos de repetirlo ahora que recuerdo su casita, tan limpia, tan bonita, tan risueña, ni sé resistir al deseo que siento de describirla aquí, como un modelo para las jóvenes que entren en el camino del matrimonio.

La escalera de la casa, en todo lo que correspondia al piso de Felicia, resplandecia de limpieza; la puerta tenía, para llamar, un elegante cordon de seda carmesí, que remataba en una borla.

Al entrar, se hallaba una antesalita cuadrada con una ventana que daba á un patio; esta ventana tenía persiana por la parte exterior, y por la interior una cortina de persa de flores.

El pequeño recibo de que voy hablando se cubria en verano con estera de paja y en invierno con estera pintada de colores vivos; al frente de la puerta habia una jardinera de hierro con tierra, que tenía plantas natura-

les, como sándalo y hierba-buena, esos dos modestos hijos de la naturaleza de tan suaves y humildes perfumes.

Una banqueta forrada de damasco de lanaverde rodeaba el recibo, y sobre ella habia algunos colgadores dorados para colocar los abrigos de las visitas ; por último suspendida del techo habia una pequeña lámpara de globo, de cristal blanco, que por la noche daba una luz dulce y suave.

Desde aquella primorosa y fresca antesalita se pasaba á una sala poco mayor que tenía á cada lado un gabinete bastante pequeño ; el uno servia á Felicia de tocador ; el otro de salita de trabajo.

La sala se hallaba adornada con un gusto sencillo y casi severo; á cada lado del balcon, dos mesas de hechura artística, con tableros de mármol, sostenian dos espejos grandes, cuyos marcos figuraban guirnaldas de flores; bajo uno de aquellos espejos habia una gran copa de bronce, en cuya adquisicion habia empleado Felicia la suma, enorme para ella, de 30 duros ; es verdad que la habia comprado en la almoneda de una gran señora, que habia muerto, y que valia 60 pesos.

Aquella copa era una rica joya artística, que á los ojos de todos los que pensaban y sentian, brillaba allí como una rosa en un jardin lleno de flores, y se destacaba, entre aquel modesto mueblaje, destella un resplandor suave y radioso á la vez, como todos los productos del talento.

La sillería era de caoba, con tapicería carmesí de damasco ; en la otra mesa habia un vaso del Japon, de mérito tan raro como el de la copa de bronce, y que

habia sido un regalo de Magdalena á mi aya en un dia de su santo; en el centro, una mesa redonda cubierta con un tapete, sostenia varios libros y albums llenos de grabados y dibujos.

El gabinete de tocador estaba adornado con una mesa rodeada de cortinas que sostenia un espejo, cuyo marco ovalado era de madera tallada; las cortinas estaban sujetas con lazos de color de rosa.

Algunas sillas con asientos de flores, un armario de limonero, y un mueblecito para guardar guantes y cintas componian el mueblaje del tocador.

En la salita de trabajo la gutapercha verde era la que hacía el gasto; de este género estaban forrados algunos silloncitos que guarnecian los ángulos; una mesa redonda en medio, cubierta con otro tapete muy lindo, sostenia un bordado, algunos libros, y una lámpara con pié de bronce que se encendia por la noche.

En un caballete habia extendido un lienzo, y en él diseñado un cuadro de frutas y flores propio para comedor.

Por último, un piano colocado en el testero principal, y sobre él un pequeño estante de caoba, cargado de música, indicaban que Felicia tenía en sí misma recursos para embellecer su solitaria y modesta vida, y para hacerla más agradable que otras existencias fastuosas y opulentas.

En el interior habia un comedorcito amueblado con seis sillas de rejilla, con una mesa pequeña y redonda, y con un armario lleno de la loza que se empleaba para el servicio, y que era modesta, pero buena.

La ventana del comedor estaba entoldada de campanillas y enredaderas, que metian en el aposento sus hojitas y sus flores, de color azul y rosado.

Un canario gorjeaba en una jaula colgada del techo, y movia su cuerpecito dorado con alegre vivacidad.

La pequeña cocina resplandecia de aseo, y lo mismo el cuarto de la criada, que era una muchacha de pocos años, pero activa y juiciosa.

—Hé aquí el abrigo donde pienso pasar el resto de mi vida, hija mia, me dijo mi aya al enseñarme su casita: acaba de morir en Inglaterra una prima de mi madre, á la que no conocia, y me ha dejado unos seis mil reales de renta anual; esto, unido á lo que he economizado de los sueldos que he debido á su padre de V., basta, mi querida Valeria, para darme una vejez tranquila. Así, pues, retire V. la pension que me ha concedido, segura de mi gratitud por su generoso donativo; tengo bastante para mí, y no quiero ser á V. gravosa, ni tampoco á su buena madre.

— Amiga mia, le dije abrazándola; mi buena amiga, ó más bien mi segunda madre, pues así la miraré toda mi vida; yo soy bastante rica para darme el gusto de proporcionar á V. algunas comodidades más. ¿Qué importa ese poco dinero para mí? ¿Ni en qué podia yo emplearle que me fuera más agradable? Yo la amo con todo mi corazon, y en más de una ocasion buscaré en V. mi consuelo.

En efecto, muchas veces fuí á aquella humilde casita llorosa y desconsolada, y salí calmada y contenta al ver su paz y su tranquilidad.

Mi marido pasó conmigo las tres ó cuatro primeras noches de mi luto, y yo me imaginaba que así seguiriamos siempre, cuando á fin de semana y un dia despues de comer, en vez de bajar al jardin conmigo, como acostumbraba, se marchó de casa diciendo que iba á dar un paseo.

Hirióme semejante determinacion como una ofensa; pasé la noche muy triste, y durante largo rato lloré como si hubiera pesado sobre mí una gran desgracia.

Cuando volvió, estaba yo de muy mala cara: me saludó al entrar y quiso besarmé en la frente, segun era su costumbre; pero yo me retiré volviendo el rostro.

—¿Qué te pasa? me preguntó.

—Nada, le respondí con sequedad.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¡No!

—Lo estás y sé por qué.

—Excusabas preguntarlo entónces.

—Tienes razon, Valeria; yo debia saber que desgraciadamente tú serás siempre niña.

—¿Esto más? ¿No te contentas con la ofensa, que añades el insulto?

—¿Yo insultarte? Pero vamos, ¿qué te he hecho? Es porque me he ido? ¿Te has empeñado en que esté siempre á tu lado?

—Creo que sería un empeño muy natural.

—Sería un empeño necio, y que no podria complacer.

—¿Luégo te has propuesto vivir como soltero?

—¡No! Sino como hombre, y no como chiquillo siempre pegado á las faldas de su mamá.

Mi marido se levantó al decir esto, y empezó á pasearse con muestras de enfado.

Al verle así, mi enojo se deshizo como la niebla á los rayos del sol, y me acerqué á él.

Él no me rechazó; me tomó la mano y me hizo sentar á su lado: luégo me dijo con suave gravedad:

—Mira, Valeria, el marido no es el amante; convéncete de esto para que vivas tranquila y dichosa. El amante desea y nada le parece bastante para lograr; pero sería tonto que un marido estuviera haciendo siempre el Amadis de Gaula. ¿No lo comprendes?

—No, le respondí; creo que el amante puede existir lo mismo en un hombre casado, en tanto que su mujer no se vuelva fea ó mala.

—Pues estás en un error, querida mia.

—¿No ves mi abuela y su marido? Más amable, más rendido está hoy Sandoval que el dia que se casó.

—¡Pobre niña! exclamó mi marido con esa tristeza expresiva que le hacía parecer tan encantador. ¡Pobre niña! ¡No quieras conocer jamas esos tristes misterios de la vida que te vela el cendal de tu inocencia! ¡Tu abuela vive engañada! ¡Nada más quieras saber!

—¿Engañada?

—Sí, su marido... ¿Pero á qué darte penas inútiles?

—¡Oh, habla, habla!

—Pues bien, prométeme el secreto.

—Te lo prometo.

—Su marido no la ama.

—¡Es imposible!

—Créeme: su marido vive en los desórdenes, y destru-

ye su caudal: lo sé, me consta. Hace lo que todos los maridos que se fingen enamorados hasta la locura de su mujer; lo fingen y no puede ser otra cosa; la pasion pasa con el estado; queda amor, pero es de cierto modo.

—¡Ah! ¿Luégo no puede haber ningun marido apasionado de su mujer?

—Sí, pero sólo hasta cierto punto los hay apasionados. Yo lo estoy de tí, pero gravemente, sin exterioridades que á nada conducen; sin alardes, sin ridículo, por decirlo así. ¿No has advertido algo de extraordinario en las expresiones que le dice? ¿Algo de impropio?

—Yo no...

—Es porque estás acostumbrado á ellas desde toda tu vida. Pero decir *ángel mio, mi tesoro*, y otras cosas así á una señora de su edad, es ridículo, y lo sería tambien, créelo Valeria, si yo te las dijese delante de todos. Hay frases que sólo deben emplearse en la intimidad, y cuyo sentido se profana delante de los extraños.

Yo quedé pensativa y triste, pero no á causa de lo que mi marido me decia; tan segura estaba yo entónces de la felicidad de mi abuela, que sus palabras no podian hacerme ninguna impresion.

Desde que habia oido hablar á la Vizcondesa de las deudas que mi marido tenía con Sandoval, anhelaba hablarle de ellas, y jamas me habia atrevido.

Meditando sobre esto en aquella ocasion como en tantas otras, mi pensamiento se volvió naturalmente hácia otro punto oscuro de mi vida, ó más bien de la suya.

—¿Cómo habiendo amado á la Vizcondesa era amigo íntimo de su marido?

Era aquello un enigma para mi candidez, que debia llevar muchos y rudos golpes ántes de abrir los ojos.

Procuré hacer un esfuerzo para aclarar mis dudas aquella vez, y pregunté á Eduardo, no sin mucha turbacion:

—¿Me podrás responder á dos preguntas que deseo hacerte?

— Sí, me contestó él un poco sorprendido; ya las espero.

—Pues bien; ¿cómo es que conociendo lo poco que vale Sandoval eres amigo suyo?

—Querida mia, repuso él, si no tomáramos á los amigos como son, jamas tendriamos ninguno.

—Es que para mí sería imposible manifestar afecto á una persona indigna.

— Sandoval no lo es.

—¿No dices que engaña á su esposa?

—Sí; pero hay muchos hombres que engañan á sus esposas, y que, sin embargo, son muy apreciables; además, tu abuela es feliz en el mundo de ilusiones en que vive. ¿Qué más se puede desear para ella?

—Es feliz, porque no hay nadie que se tome el cuidado de desengañarla, y esto es cruel.

—No por cierto; es más bien piadoso dejarla en su error: acaso no querria creer á quien tratase sacarla de él. Siempre ha sido dichosa, y la verdadera crueldad sería hacerla ver ahora que está cerca de ella la desgracia: déjala así: ¡La vida es soñar! ¿Pero no me habias anunciado dos preguntas?

—Sí...

—¿Por qué te turbas? Sólo me has hecho una... ¿Cuál es la otra?

—La otra...

—Vamos, habla sin temor.

—Es que es muy extraña.

—No importa; por extraña que sea, podré satisfacerla. ¿Con quién has de tener más confianza que conmigo?

—Es verdad, y voy á hacértela.

—Veamos.

—Pues bien. ¿Cómo es que habiendo amado á la Vizcondesa eres el amigo de su esposo?

—¡Ah! ¿Es esa la gran pregunta? exclamó riendo mi marido.

—Sí, esa es.

—¡Qué inocente eres Valeria! Y bien; lo que te extraña en mí sucede con frecuencia en el mundo.

—¿De véras?

—Positivamente: tu observarás que comunmente el mejor amigo del esposo es el amante de la esposa.

—¡Pero eso es indigno!

—No es muy digno que digamos; pero está sancionado por la costumbre. Procura, Valeria, no admirarte de nada de lo que veas, y acepta la sociedad tal como se halla establecida, si no quieres caer en el ridículo, porque lo sentiria mucho.

Despues de esta conversacion, mi corazon quedó aún más herido y lastimado de lo que lo estaba.

Una capa de hielo se extendia sobre todas mis creencias, sobre todas mis ilusiones.

Replegábame en mí misma como la sensitiva, y ad-

quiria un hastío tal para con el mundo, que podia degenerar en misantropía ó en una melancolía mortal.

¿Dónde buscar la verdad si cuanto me rodeaba era polvo y mentira?

El amor conyugal, la amistad, la dicha doméstica., todo esto eran sombras vanas que pasaban ante mis ojos, y se desvanecian cuando iba á tocarlas.

—Vamos á dormir, me dijo mi marido; es tarde; mañana he de madrugar para ir á una comida de campo, de hombres solos. Montarémos á caballo temprano, é irémos á comer á la quinta de uno de mis amigos. Tú, Valeria, puedes hacer lo que gustes. Mira, es preciso que tengas amigas, que no vivas así aislada, no saliendo más que conmigo ó estando metida en casa. Si no te haces más amable, vas á cobrar mala fama en los salones.

—¿Y qué me importa? exclamé con amargura, pues aquella verbosidad extraña, ó más bien las ideas en ella emitidas, me habian herido profundamente. ¿Qué importa lo que se diga de mí?

—A mí me importa, y mucho.

—Si te importára el qué dirán, no darias lugar á que dijesen: porque creo que más se criticará el que me dejes siempre sola, que el que yo esté sola porque tú te separas de mí.

—Estás en un error, querida mia: lo criticable es que te empeñes tú en que juguemos á los tortolitos.

Esta burla á lo que yo consideraba como lo más sagrado de la tierra, me hizo un daño atroz: me levanté y salí con aire irritado, retirándome á mi cuarto, porque la cólera y el dolor me ahogaban.

Pasé otra noche de insomnio. ¡Cuántas llevaba ya en el corto tiempo que habia trascurrido desde mi enlace!

Lloré y formé los más tristes presagios para el porvenir. Al amanecer tenía fiebre.

Oí salir á mi marido, y entónces volví á llorar amargamente lo que llamaba su dureza y su crueldad.

IX.

CONSEJOS.

Al dia siguiente vino Felicia á verme.

—¡Dios mio! exclamó. ¡Qué pálida está usted! ¿Qué ocurre? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

Yo me arrojé á sus brazos llorando, y le conté lo que sucedia.

—Veo, hija mia, que es V. desgraciada, y esto me causa mucha pena, dijo Felicia. ¿Por qué no procura hacerse fuerte contra su propia sensibilidad? No hay otro medio.

—Sí, lo hay, repuse yo, y lo pondré.

—¿Y cuál es?

—¡Una separacion! ¡No quiero vivir así! ¡No quiero seguir de este modo!

—¡Pobre niña! exclamó mi aya. ¡Una separacion á los tres meses de casada! ¡Eso es imposible!

—¡Imposible! ¿Por qué?

—Primero, porque no hay motivo para eso; y luégo, porque aunque lo hubiera, todos la acusarian por haber

tomado esa fuerte medida. ¿Sabe V., querida niña, lo que es una separacion para una mujer? Es la caida completa y terrible del pedestal en que debe estar colocada; es. la renuncia á todos sus derechos, á todos sus goces, á todas sus alegrías: la esposa fiel y honrada es la que va á la sociedad del brazo de su marido; jamás se tiene por buena á la que se separa de él. Así, pues, sólo motivos gravísimos pueden obligarla á separarse.

—¡Motivos graves! ¿No lo son los mios por desgracia?

—No, hija mia, gracias á Dios. ¡Ojalá no tenga usted jamas otros!

—¿Puedo tener más todavia? exclamé exasperada.

—¡Desgraciadamente sí!

—Pues yo te aseguro, aya mia, que no estoy dispuesta á sufrirlos.

—Y yo aconsejaré á V. siempre que los sufra, por grandes que sean.

—¡Dios mio, exclamé llorando, esta mujer no tiene corazon!

—Sí, lo tengo, y por eso me intereso en la felicidad de usted. Hasta ahora no se puede V. llamar desdichada, querida mia; cierto es que su marido no es lo que V. tenía derecho á esperar guiándose por los delirios en que la ha imbuido su inocente abuela; porque yo digo lo mismo que su esposo: un marido no es un amante; el de usted ha empezado por ser ántes lo que son todos; ¿qué más da? Paciencia y resignacion es lo que principalmente necesita la mujer; sufra V. lo peor, Valeria, y haga V. lo mejor. Esta es la regla que debe seguir toda mujer buena y digna.

Las palabras de Felicia me convencian siempre; pero ¡ay, que duro era para mí, pobre niña, que nada sabía de la vida, hasta el creer aquellas palabras! ¡Y cuánto sufria al ver caer delante de mí mis ilusiones como las hojas del árbol de la vida, como las flores marchitas de un jóven arbusto!

Despues de haber suavizado con tiernas caricias la amarga lógica de sus razonamientos, Felicia se disponia á retirarse, cuando un criado entró en mi habitacion anunciándome que se hallaba en el salon la señora Vizcondesa de Torrefiel.

A este nombre palidecí y quise rehusar verla.

—¿Por qué? dijo Felicia: querida Valeria, podría tomarlo á desaire, y con razon.

—¿Y qué me importa? exclamé.

—Siempre importa adquirirse enemigos, hija mia. Reciba V. á la Vizcondesa, y aparente para ella, por cortesía al ménos, simpatía y agrado.

—Yo no sé lo que me inspira esa mujer. ¡Es terror! ¡Es aversion!

—Es celos por el pasado. No puede V. olvidar que su marido la ha amado, y que ella ama aún á su marido... Pero, hija mia, es preciso ser generosa y perdonar; y áun es preciso más: es preciso atraer, si se puede, al buen camino á los que van léjos de él.

—Consiento en recibirla, dije tras algunos instantes de reflexion, si tú estás conmigo, querida aya.

—Hija mia, esto podrá parecer mal á la Vizcondesa: mi clase no es la suya ni la de usted.

—Eres mi amiga.

—Eso es en la intimidad, de V á mí: ella no me admitirá tal vez por amiga suya. Créame V.; por hoy recíbala V. sola; es la visita de boda, ó como si dijéramos, de ceremonia, la que viene á hacer á V., y no es justo imponerle mi presencia. En sociedad el guardar ó no ciertas fórmulas nos conquista ó nos enajena las simpatías. Adios, querida mia; yo no tardaré en volver á ver á usted. Hasta entónces dos cosas le encargo: prudencia y resignacion; esté V. segura de que es el camino más facil para la mujer.

Felicia, para sustraerse á los ruegos que áun esperaba de mí, me abrazó con ternura y salió.

X.

UNA BELLA ENEMIGA.

Al quedar sola fué cuando verdaderamente me decidí á tener valor.

A pesar de mi oposicion á ver á la Vizcondesa, sentia como una ánsia amarga y profunda por verla, por estudiar su traje y sus maneras.

Gracia habia pasado por delante de mí como una luminosa aparicion. Atribuyendo á desamor la falta de rendimiento de mi marido y exagerándome al mismo tiempo la pasion que habia dedicado á la Vizcondesa, me habia dicho, en las horas de mi soledad, que si yo no era amada, era porque carecia de mérito para ello, y

que sólo era una niña simple, más que inocente; torpe y ruda más que sencilla.

Anhelaba, pues, el fatal aprendizaje del coquetismo, como si hubiera sido la mayor de las virtudes ó el camino de la felicidad suprema: anhelaba ver á Gracia, imitarla, y quizá entre los sueños de mi imaginacion calenturienta, pasó tambien el deseo de hacerme mi córte de galanteadores sólo para dar celos á mi marido.

Pero todas aquellas ideas, que fermentaban en mi cabeza cuando en la triste soledad de mi estancia dejaba errar el pensamiento, y la imaginacion enfermiza y hambrienta se alimentaba de quimeras, cayeron al suelo como el castillo de naipes que forma un niño, al decirme que aquella Gracia tan envidiada, y á la que habia dedicado tantos pensamientos, se hallaba allí.

La aversion, el temor, y como una especie de terror pueril se disputaron mi razon, y en tanto que allí estuvo Felicia, quise, á pesar de sus razones, dar órden muchas veces para que le dijese Justina que no recibia. Sin embargo, al verme sola me decidí á arrostrar el peligro, y me acerqué al espejo para ver si estaba en lo posible el que no se burlase de mí.

Me hallé pálida, delgada, casi marchita: mi marido habia tenido la crueldad de hacer con su indiferencia el mismo estrago que podian haberme hecho grandes pesares.

Arreglé mis cabellos lo mejor posible, atendida la premura del tiempo, y cambié mi bata, que hacía algunos dias no dejaba, por un traje de seda sencillo y elegante.

Hecho esto, me dirigí al salon, no sin que mis piernas temblasen y sin que mi corazon palpitase aceleradamente.

El salon, arreglado con inteligente celo por Justina, que era una muchacha de talento poco comun, estaba á una media luz, que hacía resaltar los ricos dorados y el tallado de los muebles; algunos ramilletes de frescas rosas y azucenas le cargaban de perfumes.

Las paredes estaban vestidas de seda oscura: en el fondo se destacaba la seductora figura de la Vizcondesa.

Vestia un precioso traje claro, y esta circunstancia, y la de alumbrarla un rayo de sol que penetraba por una persiana entreabierta, hacian que apareciese resplandeciente de luz y de belleza.

Al verme se levantó y dió dos pasos para encontrarme, estrechándome la mano.

Al verla yo de cerca quedé estática y muda de pasmo y admiracion.

Me pareció allí áun mucho más bella que en el teatro, y era que su belleza ganaba mucho con ser contemplada de cerca.

Ya he dicho que llevaba un traje de seda de color claro; cuyo adorno, compuesto de ricos encajes negros, era de un buen gusto y de una delicadeza extremada.

Una ligera manteleta y un sombrerito blanco muy sencillo y que dejaba escapar gruesos rizos que descendian por sus hombros, completaba la *toilette* de Gracia, que era la más elegante y seductora que se puede imaginar.

Un delicado perfume se exhalaba de su traje; sus ma-

nos mostraban su pequeñez, á traves del delicado guante que las cubria; la cola de su traje era extraordinariamente espléndida por su amplitud, lo que daba á su estatura, que no pasaba de mediana, una graciosa majestad.

Yo era más pequeña que la Vizcondesa, más delgada —despues he crecido aún bastante—estaba pálida, triste, ajada por el llanto y por el acerbo dolor á que me habia entregado. Ella estaba fresca, hermosa, risueña, coqueta, elegante, dueña de sí misma, y segura de su mérito en una palabra.

Me examinó con una atenta mirada, y luégo creí percibir en sus ojos como una expresion de triunfo.

—Mi querida Condesa, me dijo, con una viveza cordial y amable; veo que está V. desmejorada, triste, y confieso que esto me extraña en su luna de miel. ¿Qué le sucede? ¡Apostaria cualquier cosa á que se deja abatir por la ausencia de su padre!

—En efecto, señora, le respondí: siento la ausencia de mi padre, del que jamas me he separado; por lo demas, soy muy feliz.

—¿De véras? preguntó mirándome con cierta sonrisita maliciosa.

—¿Qué motivo tiene V. para dudarlo?

—¿Ha perdido ya el Conde aquella independencia de carácter que, como le decia yo, debia de hacer de él tan detestable marido? Temo que no, por cuanto á V. jamás se la ve.

—Eso, señora, es efecto de mi carácter más bien que del suyo.

—No hallo ninguna dificultad en creerlo, dijo la Vizcondesa; hubo un tiempo en que yo gustaba tambien de estar en mi casa... de la música... del dibujo... eso era cuando yo era dichosa... porque de esas cosas, sólo gustan las mujeres felices.

Al hablar así, una nube de tristeza fué invadiendo rápidamente las facciones de Gracia, tan alegres y animadas poco ántes.

—¡Cómo! exclamé yo, dejándome llevar de mi sorpresa: ¿No es V. ahora dichosa?

—¿Quién? ¿Yo? Sí... sí... ¿quién lo duda? exclamó Gracia como si despertase de un sueño: ¡Sí, soy feliz, soy libre... soy del todo dichosa...! ¡Sólo queria decir que lo he sido más!

—¿Cuándo, señora? ¿No está V. ahora halagada y admirada por todos? ¿No es V., como dice, perfectamente libre?

—¡Sí! y sin embargo, era más feliz en los primeros tiempos de mi enlace.

—¿Amaba V. al Vizconde?

—Le amaba y era digno de ello... despues... Despues hizo lo que todos los maridos... ¡Ay, amiga mia, usted no sabe aún lo que es un marido! ¡Ya lo sabrá V. más adelante!

—¡Ya lo sé hoy! repuse levantando la cabeza con orgullo, y gozosa de poder humillar á aquella mujer. Ya sé que un marido es el más firme apoyo que se puede hallar en el mundo, el compañero más fiel, el sosten más decoroso; todo eso lo sé, señora.

—¡Habla V. lo mismo, ní más ni ménos, que yo ha-

blaba hace seis años! repuso Gracia con acerada sonrisa. Hoy no pienso así con respecto á los esposos!

—¡Tendrá V. quejas del suyo!

—¡Muchas, no lo niego!

—¡Yo no tengo ninguna del mio; espero no tenerlas nunca, y, aunque las tenga, nadie lo sabrá jamas!

Era tan hiriente esta contestacion, que otra mujer de ménos mundo que la Vizcondesa no hubiera sabido qué responder; pero ésta era tan serena, y estaba dotada de tal experiencia y de tanto talento, que aunque se desconcertó y mucho al principio, se recobró al instante; dejó aparecer de nuevo sobre sus labios una tierna sonrisa, y dijo tomándome la mano con afecto:

—¡Querida Condesa, es V. una niña, y tiene todo el orgullo de la inocencia y de la virtud! ¡Usted lleva aún ceñida la frente con las blancas rosas de la inexperiencia; yo llevo ya el corazon herido con las espinas del desengaño! Pero dejemos esto, que el mal, si ha de venir, ya llegará demasiado pronto. ¿Por qué no sale V. de su casa? El gran mundo extraña que no asista á los salones, á los teatros... Bueno es consagrar algun tiempo á las dulzuras del amor, pero no la vida entera. ¿Por qué no se muestra V. como un astro radiante y encantador?

—Mi abuela ya no sale, observé yo, y tengo tan pocas relaciones todavía...

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando me habia arrepentido de ellas; podian provocar una invitacion de parte de la Vizcondesa, y en efecto la provocaron.

—No es extraño, dijo ella, que V. cuente aún muy

pocas señoras conocidas. Se casó así que apareció en el mundo, y no ha frecuentado la sociedad. ¿Quiere usted venir esta noche conmigo á la Ópera?

Quedé aterrada á la idea de presentarme en público, y casi por la primera vez despues de mi enlace, con una mujer de reputacion tan equívoca como la Vizcondesa de Torrefiel; recordé que habia visto su palco lleno de hombres, y que éstos la trataban, si bien con mucha galantería, sin aquel respeto que siempre he creido debe rodear á la mujer.

Sin duda se debió pintar en mi rostro una expresion así como de terror, porque Gracia exclamó:

—¡Dios mio! ¡Cualquiera creeria que he propuesto á usted una cosa inaudita! ¡Se ha quedado V. pálida! Vamos, añadió con cierta amargura concentrada; no hay nada de lo dicho... y sin embargo, crea V. que nada se gana en rehusarme por amiga!

—Señora, repuse, yo no la rehuso á V. por amiga, sino que no sé si me será posible ir y...

Mi turbacion crecia al ver la mirada de la Vizcondesa fija en mi, con insistencia y con una especie de impaciencia amarga.

—Vamos, está dicho, repuso ella al ver que yo me detenia confusa. No me quiere V. por amiga. ¿Qué tiene esto de extraño? No se mandan las simpatías, y yo no me quejo de que V. me niegue las suyas para la intimidad. Es decir, que no podré ser para V. lo que deseaba... ¡Paciencia! ¡Tanto peor para mí... y para V. tambien!

El modo con que dijo estas palabras me llenó de pavor; yo comprendí en ellas estas otras:

«¿Me rehusas? ¿Me desprecias? ¿Tanto peor para tí! Voy á ser desde ahora tu más irreconciliable enemiga; tu contrária más encarnizada.»

Permanecí, pues, sombría y meditabunda, á pesar de ver recobrar á la Vizcondesa su jovialidad natural, y hablar de mil cosas, como si hubiera ya olvidado el desaire que yo acababa de hacerle.

Sus modales elegantes escogidos, y á la vez llenos de dulzura y amabilidad, me encantaban. Hablaba de todo con esa gracia y ligereza que es la verdadera amenidad de la conversacion, y que seduce tanto más cuanto ménos se sabe imitar.

Aun hablaba conmigo, cuando entró mi marido; la saludó con política y frialdad, y luégo, dirigiéndose á mí me dijo:

—Querida Valeria, la señora Embajadora de Austria y la señorita Federica me han dado el encargo de invitarte para que asistas con ellas al teatro esta noche.

—Veo, querida mia, que es V. la favorita de la suerte, dijo la Vizcondesa levantándose. Hé aquí que cuando acaba V. de rehusar mi invitacion llega otra que creo no dejará de admitir.

—Señora, dije cobrando un poco de valor con la presencia de mi marido, y orgullosa tal vez de poder humillar á aquella mujer delante de él. La Embajadora es la primera señora á quien fuí presentada por mi abuela al aparecer en el mundo, y no puedo negarme á complacerla.

—Eso está muy en el órden, querida Condesa. La Embajadora es vieja y fea; su hija no es bonita: así, pues,

su reputacion es excelente, en tanto que yo estoy tachada de algo loca... No lo niego, ni me admiro de estas preferencias. ¡Qué remedio! De algun modo hemos de pagar el delito de no espantar y el título de amables que los hombres nos conceden. Voy á dejar á V., querida Condesa, porque necesitará prepararse para sobresalir al lado de esos vestiglos, aunque poco necesita para eso. Sin embargo, permítame V. que le aconseje el dejar ese aire afligido y tímido que la hace aparecer una aldeanita y que oscurece sus naturales atractivos.

Gracia dijo esto haciendo un gesto encantador de coquetería, y enviando á mi marido una mirada de burla por entre sus largas pestañas. Luégo me abrazó, le saludó con la cabeza, y salió ligera como una sílfide, y recogiendo su largo traje para dejar ver una enagua de batista primorosamente orlada de encaje, y un pié enano, calzado, con increible coquetería, con una botina de raso turco.

XI.

UNA GRAN SEÑORA.

Conocí que tenía en aquella mujer una enemiga formidable, tanto porque la habia ofendido negándome á toda intimidad con ella, cuanto porque estaba dotada de tantas seducciones, coquetería y descaro, que cerca de ella quedaba yo, no sólo oscurecida completamente, sino tambien completamente en ridículo.

Tal debí parecer á los ojos de mi marido, y así lo comprendí en la expresion airada de su fisonomía.

Dominábale á él la ira.

A mí el desaliento: adivinaba lo que pasaba en su alma.

Se acercó á mí, despues de haber acompañado á la Vizcondesa hasta su coche y de haber dado dos ó tres paseos por el salon.

—Dime, preguntó: ¿te ha invitado la Vizcondesa para que la acompañes al teatro?

—Sí, le respondí débilmente.

—¿Y qué has contestado?

—Te confieso, le respondí animándome, porque sólo deseaba rebajar á aquella mujer á los ojos de mi marido, que me asusté á la idea de presentarme con ella en público.

—¿Y ella habia conocido ese susto?

—Lo ignoro: yo no me cuidé de disimularlo.

—Pues has hecho muy mal; exclamó colérico volviendo á pasearse.

—¿Y qué querias que hiciese?

—Disimular; contemporizar con ella: decir si no querias acompañarla, que te hallabas enferma. ¿Sabes tú quién es esa mujer?

—¡No, ni lo deseo.

—Hay muchas cosas que no se desean saber y que es preciso saber sin embargo. Esa mujer es muy mala para enemiga. Es dura, helada, vengativa, casi feroz, cuando se la ofende. Se burlará de tí, te pondrá en ridículo con todos.

—¡En ridículo! exclamé yo. ¿De suerte que es la maldad, es el vicio, es el desenfreno el que todo lo puede? ¿De modo que la inocencia, la virtud, la pureza de costumbres, no valen nada?

—En el mundo es generalmente la desvergüenza la que impera, si va acompañada de talento. ¡Dios mio! ¡Qué dirá esa mujer de tí á esa córte de adoradores que la rodea!

—¿Y qué nos importa?

—¡A mí me importa mucho!

—A mí nada: obre yo bien, y digan los malos lo que les agrade.

—Valeria, dijo mi marido, ese es un sistema estúpido, y delque te pesará!

—¡Jamas!

—¡Yo te digo que sí! Con él no se puede más que vivir solo.

—Viviré sola ántes que condenarme á fingir aprecio á los miserables y consideracion á los malvados.

—Sea, dijo mi marido saliendo colérico: vivirás sola, y no seré yo quien se apesadumbre por ello.

Yo quedé por algunos instantes inmóvil; el llanto acudió á mis ojos segun costumbre, y llorando estaba cuando entró Justina.

—¡Dios mio! ¡Señora! ¡Siempre triste! exclamó ésta. ¿Cuándo dejará V. pasar las cosas sin alterarse más que por aquello que lo merezca?

Yo no quise decirle que demasiado motivo tenía para afligirme, y callé.

Me hallaba en una cruel perplejidad. Despues de lo

ocurrido entre mi marido y yo, y de su violenta salida, no sabía si disponerme para el teatro, ignorando si era él quien debia acompañarme, y si querria verificarlo. Iba ya perdiendo la seguridad en mí misma, é invadia mi carácter una timidez dolorosa y amarga.

Temia á las iras de Eduardo, y al propio tiempo le acusaba de violencia y de afligirme sin miramiento alguno.

Por fin, y como áun me hallaba en esa feliz edad en que una fiesta es la dicha, me dije que lo mejor era prepararme para el teatro, porque siendo la Embajadora persona muy amable, tal vez se tomará la molestia de venir á buscarme.

Justina arregló mis cabellos con la habilidad de que ya tenía dadas pruebas otras muchas veces: los batió, y formó con ellos rizos finos y vaporosos que rodeaban mi frente y caian por mis hombros y espaldas.

La pobre muchacha me animaba en tanto que disponia mi tocado, y me entretenia con su conversacion.

Elegí un traje elegante y rico de los que mi marido me habia enviado en la canastilla de novia; y luégo me adorné con alguna de las alhajas que poseia de mi madre, ya regalos de mi abuela, ya compradas para mí por mi marido.

Me miré al espejo, y preciso me será confesar que me hallé muy bonita.

Mis ojos brillaban; mis mejillas estaban cubiertas de un ligero sonrosado.

No me habia engañado; la Embajadora y su hija vinieron á buscarme, y mi marido las recibió en el salon

con mil consideraciones, haciéndome avisar al instante.

—¡Verdaderamente está la Condesa encantadora! dijo aquella noble dama á la que la Vizcondesa habia tachado de vieja y fea, y que, sin ser jóven ni bonita, poseia un atractivo irresistible, que yo creo era nacido de su bondad y de su tolerancia. Vamos, querida Valeria, añadió, que yo he sido algo tardía en venir á buscar la dicha de ver á V.

Bajamos, y mi marido nos acompañó, llegando en breve al regio coliseo.

Mi aparicion hizo efecto como se suele decir, porque mi semblante no presentaba ninguno de los signos característicos de la dicha.

Aun no habia empezado la representacion, y pude examinar con mis gemelos la concurrencia.

Habia muchas bellezas, pero la más encantadora, la más obsequiada, la más coquetamente prendida era la Vizcondesa de Torrefiel.

Me admiró mucho que estando su palco situado casi enfrente del de la Embajadora, ésta la saludase con mucha deferencia y cordialidad.

Luégo se volvió á mí, y me dijo :

—Querida Condesa, no le parece á V. encantadora la señora de Torrefiel?

—Sí, respondí yo, la encuentro bastante linda.

—¡Oh, pero es temible por lo cáustica! exclamó Federica. La mayor parte de las señoras que la tratan lo hacen por temor á su lengua, que es terrible; y luégo, como tiene partido con el sexo fuerte, le cuesta muy poco poner á una en ridículo.

—Mi hija es aún una niña, dijo la Embajadora mirando severamente á la ingenua Federica. La verdad es que se trata á la Vizcondesa porque es tan bella como simpática; porque es una mujer distinguida y de talento; tiene un trato encantador. ¿No es V. amiga suya, querida Valeria?

—No, señora, le respondí.

—Debe V. sentirlo, pues hay muchas personas que ambicionan su amistad.

—¡La amistad de la Vizcondesa! exclamé yo llena de asombro.

—Sí, por cierto, querida mia. Vea V. cómo todas las señoras más distinguidas la saludan.

—¡Por temor á su maldita crítica! añadió á mi oido Federica. Eso es indigno, ¿no es verdad, Condesa?

Yo hice un signo afirmativo y casi maquinal. Estaba observando cómo, en efecto, la Vizcondesa era objeto de mil muestras de distincion.

Mi marido, que hasta entónces habia permanecido como extraño á la conversacion, salió despues de haber dicho á la Embajadora que iba á saludar á algunas señoras amigas.

Mi corazon latió con angustia. Un presentimiento muy triste me decia que iba á ver á Gracia.

Me engañé por el pronto. Mi marido entró en dos ó tres palcos, y al alzarse el telon, volvió al nuestro y ocupó su sitio.

—Veo, querido Conde, que tiene V. muy bellas amigas, dijo la Embajadora á mi esposo. Las damas que usted ha saludado son de las más elegantes y distingui-

das. Es verdad que no debia extrañarme que tuviese partido con las damas, cuando mi hija y yo somos las primeras en admirarle.

Mi marido se inclinó aparentando una confusion del mejor gusto y guardando silencio.

Aun veo allí á otra bella que desea su saludo y su visita de V., prosiguió la Embajadora, que no sospechaba sin duda lo que yo sufria.

—¿Y quién es? preguntó risueño mi marido.

—La señora de Torrefiel.

—No sabía yo que fuese objeto de su benevolencia; pero, sin embargo, contaba con ir á saludarla en el primer entreacto. Ahora iré con mucho más gusto, pues que V. se ha servido insinuármelo.

Yo miré á mi marido con una cólera dolorosa.

Él me devolvió una mirada severa y como amenazadora.

Esperé con sobresalto que el telon cayese, y, así que se bajó, mi marido salió y viósele aparecer, al cabo de cinco minutos, al lado de la Vizcondesa, que le dió la mano con afecto y con un movimiento lleno de coquetería.

Como la noche que fué tambien á verla poco ántes de nuestro casamiento, Gracia volvió la cabeza y me dirigió una mirada triunfante.

Yo bajé los ojos llena de afliccion, pero bien pronto los celos, el ódio, la cólera, me los hicieron volver á levantar con una especie de fiereza.

La Vizcondesa, desde aquel instante, parecia olvidarse de todos los que la rodeaban: su numerosa córte

no era nada para ella; dedicóse por completo á mi marido, cuyo pálido semblante se coloreó con una expresion radiosa y feliz que yo no le habia conocido jamas.

¡Ay! aquella noche comprendí hasta qué extremo amaba él á la Vizcondesa; y adquirí la desconsoladora conviccion de que su enlace conmigo sólo habia sido un medio de reponer su arruinada fortuna.

Padecí en un instante los tormentos de un siglo, y sentí quebrantarse mi corazon de un modo horroroso.

Fascinada y como embriagándome de mi propio dolor, no podia separar los ojos del grupo que formaban la Vizcondesa y mi marido, que hablaban en voz baja, que se miraban, y cuyas cabezas casi se confundian, olvidados del mundo entero.

Dos ó tres veces vi á la Vizcondesa acercar su ramillete á mi marido para que aspirase su aroma; y en tanto yo, avergonzada de mi propio miserable papel, con el corazon atravesado por el dardo de los celos, colérica y encendida, me preguntaba si no debia la sociedad arrojar de su seno á la mujer que jugaba tan infamemente con la dicha, las ilusiones y la paz del alma de una esposa honrada y fiel.

Nadie reparaba, sin embargo, en mi dolor: la Embajadora, mujer criada y envejecida en el bullicio del mundo, tenía el corazon helado y estaba acostumbrada de sobra á las ruines infamias de los salones; tal vez le hubiera parecido ridículo mi dolor si en él hubiera reparado. Su hija, criatura débil é inofensiva, sólo atendia á los encantos de la música. Los caballeros que nos rodeaban pasaban revista con sus anteojos á las damas de los

palcos, y, sin fijarse en la representacion, contaban historias del dia y daban pábulo á la crónica escandalosa de los salones. Sola yo estaba allí agobiada de dolor y aislada en medio de tan numerosa y espléndida concurrencia, como en un desierto.

De repente se abrió la puerta del palco, y un nuevo personaje se acercó á saludarnos.

XII.

MISTERIOS DEL CORAZON.

Dirigí yo maquinalmente hácia él la atencion y le reconocí.

Era el Marqués de Prado Hermoso, al que yo habia visto una vez en mi casa en compañía del Vizconde de Torrefiel, y cuya bella presencia me habia llamado la atencion.

Él se acercó á mí, despues de saludar atentamente á la Embajadora y á su hija, y me dirigió la palabra, asegurándome el gusto que tenía al verme, y lo encantadora que me hallaba.

Sin duda que mi aire sombrío y casi desesperado debió sorprenderle; pero tenía demásiado mundo para darse por entendido por él.

Más bien con su fino talento procuró alcanzar la causa de mi pena, y exclamó despues de haber mirado con naturalidad al palco de la Vizcondesa.

— Verdaderamente compadezco á mi amigo el Conde.

—¡Ah, caballero! exclamé con amargura más que con prudencia; V. es por cierto demasiado generoso, pues mi marido no es, segun parece, nada digno de compasion.

Sonrióse el Marqués como lastimado de mi candidez y poca experiencia, y repuso, ansiando sin duda profundizar la llaga de mi corazon:

—Yo, señora, le compadezco sin embargo.

—¿Por qué? exclamé. ¿No ve V. lo dichoso que parece ser?

—Justamente por eso le compadezco.

—¿Porque es feliz?

—No, señora; porque huye de la verdadera dicha y va á buscar una cosa que vale poco.

—¿Quién sabe, señor Marqués, si él la tendrá en mucho?

—Creo, señora, que, aunque la tenga, muy pronto se desengañará de su escaso valor: esa mujer sólo puede alucinar á niños sin experiencia ó á corazones gastados ó pervertidos, y no creo en Eduardo ninguna de las dos cosas.

Estremecíme violentamente: no creia yo en mi marido un corazon inesperto; pero temia que tuviese un corazon pervertido.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, prosiguió el Marqués:

—No, el Conde no es ni uno ni otro, y debe conocer bien á la Vizcondesa: es una jóven encantadora, pero que ha devorado á fuerza de locuras todo el prestigio

que dan la juventud y la hermosura á las mujeres; así me lo ha dicho muchas veces su marido, á quien quiero y compadezco.

—¿Le conoce V. mucho? pregunté interesada á mi pesar por el marido de aquella mujer peligrosa.

—Desde niños hemos estado unidos por los lazos de la más tierna amistad, me respondió el Marqués, cuyo rostro noble y expresivo apareció profundamente conmovido: juntos nos hemos criado, porque su padre fué mi tutor, ó más bien un padre para mí: así lo presentia el mio al dejarle encargado de mi suerte. Yo crecí con Enrique, y aunque él es algo mayor que yo, nos llevamos poco de edad; sin cesar he recibido testimonios de la más tierna amistad de su parte. Cuando tuve edad de casarme, áun se hallaba libre el corazon del Vizconde; se buscó para mí la mano de Gracia, y nuestro casamiento se trató; pero aunque admiraba su belleza, entónces encantadora, no la amaba con ese amor serio y profundo que es preciso para el matrimonio; por el contrario, mi amigo se enamoró de ella ciegamente desde la primera vez que la vió, y yo se la cedí sin esfuerzo. ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho y le hubiera evitado amargos sinsabores, sinsabores que llevaron á su padre al sepulcro!

Calló el Marqués, profundamente afectado, y yo miré asombrada aquel noble rostro que retrataba la angustia del verdadero dolor; pero acordándome luégo de mi conversacion con la Vizcondesa en la visita que me habia hecho aquel mismo dia, dije:

—Tengo entendido, sin embargo, que no fué la Vizcondesa la primera que faltó á los deberes de la fidelidad.

—¿Y quién fué pues? exclamó el Marqués con calor. Si él tuvo algunas distracciones que el mundo tolera, ella fué la que se entregó despues á todos los placeres de la coquetería, de esa coquetería que pone en el ridículo á un honrado marido. Y luégo, aunque él hubiera cometido faltas, ¿correspondia á ella sancionarlas imitándolas? Creo que no, y el mundo, por corrompido que se le crea piensa del mismo modo que yo. ¡Ah, si supiera V., Condesa, de qué modo introdujo esa mujer la desolacion y el llanto en la casa, ántes tan pacífica, de su esposo! La madre de éste, señora severa y piadosa, que nos habia criado con el más acendrado cariño á su hijo y á mí, fué la primera que advirtió sus desórdenes y las relaciones que sostenia con uno de esos hombres libertinos de profesion. Comunicó sus temores y sus sospechas á su esposo, y el padre y la madre, ancianos honrados y severos, trataron de abrir los ojos de su hijo á fin de que velase por su honor, honor que ellos le habian trasmitido tan ileso y tan puro; pero esa mujer tenía alucinado, deslumbrado, loco á su marido y éste trató de visionarios á su padre y á su madre, les reconvino duramente y les faltó al respeto para defender á su mujer.

¡Oh, Condesa, qué horrible dia fué el de la separacion de Enrique del lado de sus padres! ¡Aún recuerdo á los dos ancianos llorando y maldiciendo á aquella mujer, que, sonriendo con todo el prestigio de la belleza y de la gracia, se les llevaba á su hijo...! ¡A su hijo, por el que hubieran dado mil veces su vida!

Detúvose de nuevo el Marqués, y yo, subyugada, palpitante ante el calor de aquella narracion que se exhalaba

casi en sollozos, olvidé hasta á mi marido para no pensar más que en el de aquella mujer.

El Marqués se enjugó dos lágrimas que brillaban en sus ojos, y prosiguió así:

—Enrique no podia vacilar: de un lado veia la decrepitud, la austeridad, el silencio; del otro, la alegría, la hermosura, las gracias más arrebatadoras. Ademas, aquella mujer era la suya, y ántes hubiera muerto cien veces que dejarla al mundo que la brindaba tantas seducciones.

Salió con ella de la casa de sus padres, y éstos empezaron á languidecer como viejos árboles, heridos en el tronco de una enfermedad mortal. ¡Qué mucho si les faltaba la savia del filial cariño! En vano yo quedé á su lado; en vano con mis cuidados y caricias procuraba consolar su soledad. Murieron los dos en el término de un año, sin el consuelo de ver á su hijo que viajaba por Italia con su mujer, pues ésta, temiendo que el amor filial reviviese en el corazon de su marido, se lo habia llevado léjos de aquellos míseros ancianos.

Pero cuando volvió Enrique, ¡qué terrible mudanza advertí en él! El velo habia caido de sus ojos; ya no venia en compañia suya su mujer. Ésta, creyéndole alucinado para siempre por la triste victoria que de él habia conseguido, se habia dejado resbalar por esa pendiente que empieza en el coquetismo y acaba en la depravacion más completa. Jóven, bella, astuta, sin amor, ó á lo ménos, añadió el Marqués ruborizándose ligeramente como una jóven, sin tenérselo á su marido, sus aventuras novelescas trajeron sus ecos desde la pintoresca Italia.

Llegó solo su marido y fué á postrarse ante el sepulcro de sus padres para llorar su felicidad perdida y su amor engañado.

Ella llegó poco despues y vive á su gusto y segun su inclinacion: por una de esas inexplicables complacencias de la sociedad, ésta la tolera en su seno, y áun la aplaude y la anima á seguir en esa vida de escándalo, cubierta bajo el velo perfumado de la elegancia y del bien parecer. Su talento cáustico y epigramático se ha hecho temible á las mujeres, y en punto á modas y buen gusto es una autoridad suprema. Pero ¡ qué poco aprecio ocultan esas ruines y temerosas exterioridades ! ¡ Y qué mal se encubre el ódio bajo la capa de la benevolencia! No hay mujer modesta y honrada que no huya por otra parte del trato de la Vizcondesa, y las mismas que la saludan con afecto se niegan á acompañarla en público, si bien con pretextos plausibles, pues temen á su ódio y á su rencor, del que ha dado pruebas terribles; el mundo, amiga mia, es una mascarada, en la cual cada dia son más numerosas las personas que aceptan la careta de la benevolencia. Esta es la ciencia del vivir; despreciar en el fondo; no hacer nada por nadie; pero aparentar que agrada todo y que todo se perdona, áun lo más indigno y abyecto.

—¡ Pero eso es infame, exclamé, eso es vivir en una constante hipocresía!

—Justamente. ¿ Pero sabe V. lo que le diria una dama del gran mundo al oirla hablar así con su noble ingenuidad? le diria, tomándole cariñosamente la mano: «¡ Valeria, V. es una niña, y como niña habla;

aprenda V. á vivir, á disimular y áun aplaudir los defectos ajenos!»

Iba á responder, que jamás lo haria, pero volví casualmente los ojos al palco de la Vizcondesa, y me olvidé de la frase que iba á pronunciar.

Inclinada ella hácia adelante, clavaba una mirada ávida, celosa, casi desesperada en el Marqués, que á la sazon me contemplaba á mí con una mirada dulce y compasiva.

Mi marido, sentado aún al lado de Gracia, espiaba la mirada que ella dirigia hácia el sitio donde me hallaba yo, con una expresion amarga y celosa.

Una rápida intuicion me iluminó de repente.

Conocí que la Vizcondesa á quien amaba era al Marqués, y no al esposo que la habian dado, ni á mi marido, ni á ninguno de los otros infinitos adoradores que de contínuo la rodeaban.

Comprendí que su amor primero, y quizá el último de su vida, era aquel hombre, primer esposo tambien que se la habia elegido y que la habia cedido sin trabajo á su amigo, á quien ella quizá detestaba.

Herida de esta idea, casi compadecida de la pobre mujer, me volví hácia el Marqués y le pregunté:

—¿Sabe V. si Gracia amaba al Vizconde al casarse con él?

— Lo ignoro, repuso. ¿Quién ha podido leer jamas en esa alma misteriosa, fria y concentrada?

—Pues yo creo que no le amaba.

—¡Sin embargo, le aceptó contenta al parecer!

—Y no obstante amaba á otro.

—¿A otro?

—Sí, á usted.

El Marqués quedó algunos instantes silencioso, y luégo dijo:

—Algunas veces he pensado en eso; pero ha sido por poco rato; no me importa, y puede V. considerar que su amor es cosa para mí de muy poco interes, cuando con tanta facilidad cedí su mano.

Estas palabras fueron dichas con tan perfecta tranquilidad, que no dejaban lugar á la menor duda.

Yo pensaba en lo que aquel hombre tan noble y tan sencillo acababa de decirme. Penosamente afectada por su relacion, y áun más por la mirada que habia visto dirigirle Gracia, caí en una meditacion profunda, de la que me sacó la entrada de mi marido en el palco.

La representacion terminó poco despues, y salimos para tomar los carruajes.

El Marqués me ofreció el brazo, en tanto que mi marido se lo ofreció á la Embajadora.

Federica iba delante con otro caballero.

Al principio de la escalera nos hallamos de frente con la Vizcondesa, que bajaba tambien.

Así nos habiamos hallado tres meses ántes, la noche que conocí al Conde estando con mi abuela en su palco.

Saludó á la Embajadora, y luégo dirigió al Marqués una mirada profunda; pero viendo que éste no se daba por entendido, le dijo con voz dulce é insinuante:

—Veo, señor Marqués, que tiene V. completamente olvidadas á sus amigas, aunque algunas se libren del mal de su abandono.

El Marqués se inclinó sin contestar.

—Mañana por la noche, prosiguió ella, estaré en mi casa para las personas de mi intimidad. Venga V. á disculparse del mucho tiempo que hace que no se deja ver, y á tomar una taza de té en mi compañía.

—Señora, repuso el Marqués friamente. Creo que mañana no me será posible aprovecharme de tan amable invitacion. Sin embargo, iré á reclamar esa taza de té, la primera noche que pueda disponer de mí.

—Todos los miércoles y sábados se la ofrezco á usted, dijo la Vizcondesa. Despues me dirigió una mirada llena de ódio, y pasó sin saludarme.

—Es la jóven más bella y espiritual que conozco, dijo la Embajadora fiel á su sistema de hipócritas alabanzas.

—Y la más falsa, añadió Federica en voz baja, y como contestando á las palabras de su madre.

XIII.

UN BANDIDO CON FRAC.

La fatal influencia de la Vizcondesa empujó á mi marido al abismo del desórden.

No podia permanecer puro nada de lo que se acercase á ella, ni el mal podia estacionarse tampoco en las personas que ella dominaba.

Loco y fascinado, mi marido se sometió por completo á su imperio, y se empeñó en los gastos más extraordi-

narios para conquistar sus preferencias; pues si bien era aún bastante elegante y distinguida para no admitir dinero, no rehusaba ningun regalo por costoso y repetido que éste fuera.

En pocos dias llegó á tanto su intimidad con mi marido, que llamó la atencion de todos, y el Vizconde huyó de Madrid, marchándose al extranjero, por no poder soportar aquella ostentacion de escándalo.

Agobiada yo de pena y hasta de vergüenza, pues me ruborizaba por las faltas de mi marido, no pudiendo convencerme de que en la sociedad era lo más sencillo y natural, me encerré en mi casa, y muy pronto una tristeza mortal envolvió mi espíritu con un fúnebre velo.

Entónces me dije que la pobre Magdalena tenía razon, y que este mundo era una cadena de infamias y de escándalos.

A los diez y siete años no cumplidos vivia en mi casa sola como en un convento, y sin salir más que para ir á una iglesia vecina, á ver á mi abuela algunos ratos, y á visitar la pacífica y alegre morada de Felicia, que vivia sin otras penas que las que le causaba mi triste destino.

Mi abuela habia llegado á una obesidad extraordinaria; y lo que más me admiraba y afligia era que su inteligencia, que jamas habia sido muy despejada, se iba embotando hasta convertirse en una estupidez casi completa.

Un dia me envió á buscar con uno de sus criados, y fuí al instante á verla.

—Yo no sé lo que sucede, señora Condesa, me dijo

el criado que era un antiguo servidor; la señora está furiosa, y desde hace dos horas parece haber recobrado la actividad y viveza de sus veinte y cinco años; esto es una cosa extraña.

—¿Dice V. que está enfadada? le pregunté admirada á mi vez, á pesar de la tristeza que me dominaba.

—¡Está furiosa! ¡Casi loca! Esta mañana al amanecer empezó á dar gritos descompasados; entró María Jesus y la halló en medio de su habitacion pálida, desnuda, desmelenada; estaba allí tambien el señor, asustado. La señora envió al instante á buscar al señor Marqués de Prado-Hermoso, que ya está allí.

Me abismé en profundas reflexiones, recordando que por dos ó tres veces habia oido á mi marido acusar á Sandoval de que obraba infamemente con mi abuela, á pesar de todas sus apariencias de afecto y de pasion.

Llegué á casa de mi abuela y entré en su estancia.

A su vista me sentí sobrecogida de terror, pues la hallé en un estado deplorable.

Hallábase medio echada en un canapé, con el semblante amoratado é hinchado, su negra, de rodillas delante de ella, le aflojaba los vestidos, aunque sólo tenía puesta una bata muy ancha. Sus cabellos negros, que empezaban á encanecer, se hallaban desordenzados y esparcidos: de sus labios violáceos se escapaban gemidos inarticulados.

—Vén... me dijo al verme, con voz ronca y sofocada. Vén aquí, para que sepas las infamias de que soy víctima, y para que ya no te separes más de mi lado.

Adelantando algunos pasos, pude ver al Marqués de

Prado-Hermoso, de pié y confuso con la escena que se preparaba, y á Sandoval, en cuyas facciones se hallaba marcada una cólera concentrada y profunda.

—¡Repara en mi marido! me dijo mi abuela. Mira si se parece ahora al hipócrita y melosò adorador que sólo deseaba alucinarme para apropiarse mi caudal y para robarte el tuyo: observa ese rostro desencajado y horrible, y dí si no se parece más á un bandido que al que yo creí un cumplido caballero.

Aquí la cólera y el dolor ahogaron la voz de mi abuela; María de Jesus le echó aire con un abanico de plumas.

En los labios de Sandoval aparecia una sonrisa burlona.

—Caballero, dijo el Marqués severamente: no sé de qué se trata, ni para qué me necesita esta señora. Pero lo que no olvido es que fué amiga de mi madre, y que, el invocar mi auxilio y proteccion, es porque sabe que hallará uno y otra. El ser su marido no le da á V. el derecho de insultarla.

—El ser su marido, repuso Sandoval, me da el derecho de arrojar á V. de esta casa, señor Marqués, pero no lo hago hasta no saber cuáles son las quejas que mi mujer tiene de mí, aunque sospecho que su razon no se halla muy segura.

—¡Ah, qué infamia! exclamó mi abuela: pero despues de oirme verás, hija mia, que tengo completa mi razon; y tú, Salvador, lo verás tambien, añadió dirigiéndose al Marqués.

—Sentémonos para oir con calma, dijo Sandoval con

su sonrisa, que de expresiva y encantadora, se habia vuelto cínica y desvergonzada.

—Desde que me casé con este hombre, dijo mi abuela incorporándose en el sofá y haciendo esfuerzos para conservar su serenidad, me aislé de todo otro afecto: de tal modo llenaba mi corazon el que le profesaba á él. Tú, Salvador, te hallabas viajando, y sólo hace cinco meses que has vuelto. Mi hija ocupó un lugar muy predilecto en mi corazon; pero desde que la casé, ya descuidé su porvenir, y sólo pensé en Dios y en mis pobres.

Desde hace dos años advertí que el dinero desaparecia de mis gavetas, y que, aunque mis capitales debian producir crecidos intereses, mis arcas estaban casi siempre vacías; pero me hallaba tan segura de mi gran riqueza, que muy pronto olvidaba lo que me causaba tal extrañeza al repararlo.

Hace tres dias despedí á un lacayo insolente, y debo advertir que todos lo son para mí de algun tiempo acá, y que se me trata en mi casa lo mismo que á un trasto viejo ó arrinconado.

Aquel lacayo era tan descomedido, que le despedí.

—Tendrá V. que ir despidiendo á toda su servidumbre, me dijo el pícaro, y el primero al amo; porque todos hacen de V. el mismo caso que yo.

—¿Qué dices? exclamé aturdida al oirle.

—Digo que todos se burlan de V., y que el señor le roba á manos llenas para gastárselo con una bailarina, y con otras muchachas de la vida alegre que dan buena cuenta de la fortuna de V.

Ya ve V., señora, que si V. me despide, yo le hago en

cambio un buen servicio; y ahora ¡agur! De todas maneras tenía yo buscado otro acomodo con un duque que se va á los baños.

Aquella revelacion me dejó petrificada, ménos por lo que tocaba al dinero, que con respecto á la fidelidad de mi marido, al que siempre habia creido el más enamorado y rendido de los esposos.

No quise acusarle sin tener la certidumbre de su crímen, porque crímen es el robar y engañar á quien se ha entregado á él con tanta confianza y abnegacion. Corrí á la gaveta donde debia haber dinero, y la hallé vacía. Corrí al cofre de hierro donde estaban los ahorros de la casa, cuya llave le habia imprudentemente confiado, y estaba igualmente vacío: vacíos hallé tambien los estuches de mis joyas: nada se habia librado de su rapacidad.

—¡Señora!..... exclamó Sandoval rechinando los dientes.

—De su rapacidad de V., sí, repitió mi abuela. Todo cuanto ha podido me ha robado. ¿Qué se llama, si no, lo que ha hecho V.?

Anoche, ya muy tarde, no dormia yo; lloraba, y no sabía de que modo separar de mi lado á este hombre. Eran las once, le vi abrir la puerta de su cuarto contiguo al mio.. Luégo la de la escalera, y salir... Unos celos insensatos me impulsaron á seguirle... Fuí tras él, y llegué á una casa donde, segun yo sé y sabe todo el mundo, sólo se hospedan bailarinas... Llamó en el piso bajo, y á traves de los balcones entornados oí el ruido de voces, risas, y chocar copas y platos con el estrépito de la orgía.

Cerca de la pared y por las maderas entreabiertas de

un balcon, oí que este miserable se jactaba de engañarme, y profanaba mi nombre con aquellas mujeres... Se habló de mi muerte como de un acontecimiento fausto... y él dijo que el dia que tuviera lugar sería el más dichoso de su vida... ¡Oh, qué infamia!

Detúvose mi abuela, ahogada por la cólera y el dolor. Aunque su talento no fuese maravillosamente despejado, era difícil hallar una alma más tierna y confiada, y más nobles sentimientos. Despues de una pausa durante la cual su marido siguió riéndose burlonamente, y el Marqués siguió mirándola con profunda y respetuosa compasion, prosiguió volviéndose hácia mí.

—Otra cosa vi que acabó de penetrar mi alma de dolor. Tu marido, hija mia, estaba allí tambien. ¡Tu marido! ¡El hombre que yo creia el más noble, el más galante, el más digno de tí!... Allí estaba bebiendo, comiendo, horrible de embriaguez lo mismo que el mio.

Yo sacudí la cabeza con melancolía, y al verme mi buena y desgraciada madre me miró llena de asombro.

—¿De modo, me dijo, que no te admira eso?

—No, mamá, le respondí.

—¿Tenías, pues, quejas de él? ¿No se portaba contigo como tenías derecho de esperar?

Un triste silencio fué toda mi respuesta.

—¡Pobre mártir! exclamó. ¡Cuánto habrás sufrido! ¡Y sin quejarte! Pero acabemos esta triste narracion, y despues te diré lo que pienso hacer. Dormí muy poco esta noche, y María de Jesus me dió várias tazas de agua de azahar. No quise ver á este hombre y me acosté; pero apénas amanecia oí ruido, y abrí las cortinas de la cama.

Este miserable estaba abriendo ese *secretaire*, donde yo guardaba una gruesa suma de dinero. Mi negra, que dormitada en un sillon al pié de mi lecho, lo vió lo mismo que yo, y arrojó gritos que le obligaron á guardar su llave falsa y á huir... ¿No es verdad, María Jesus?

La negra hizo un signo afirmativo.

—¡Ah! prosiguió mi abuela, tu pobre madrastra, Valeria, tenía razon al decirte que en los hombres todo es falsedad y mentira, y ¡áun debia haber añadido que todo es infamia!

—Y hubiera tenido razon para decirlo, observó burlonamente Sandoval, como que la dejé á ella para casarme contigo.

—¡Justamente! Porque como yo era rica y ella era pobre... ¿no es verdad? Pero acabemos, caballero. Estoy cansada de ver á V., y quiero librarme lo ántes posible del tormento de su presencia. Me voy con mi nieta, conténtese V. con lo que me ha robado, y viva donde le agrade. Por mi parte, temo que atente contra mi vida ahora que le conozco, y me separo de V. Hoy mi nieta y yo entablarémos cada una su demanda de divorcio. Y usted y el indigno esposo que supo buscarle, y que es tan semejante á V., se gobernarán segun puedan ó sepan. María Jesus, mi coche.

La negra salió.

Mi pobre abuela se puso en pié ayudándola yo, y volviéndose al Marqués le dijo:

—Querido Salvador, te encargo de todo lo mio: de todo lo que entra en la calificacion de *negocio*. Para los pequeños pormenores vendrá Felicia. Esta casa no es

mia. Se avisará á su dueño que queda desalquilada. Se venderán los muebles y vajillas, y se me remitirán las alhajas y fondos que el señor haya tenido el descuido de dejar, á casa de mi nieta.

Mi abuela, dichas estas palabras, tendió la mano al Marqués, que la estrechó con respeto, hondamente conmovido ante aquella gran desgracia, y salió sin mirar á su marido.

Yo no me cuidé ni áun de hacer al Marqués una inclinacion de cabeza; y tales eran la emocion y el aturdimiento que me dominaban, que presté á mi abuela el auxilio de mi brazo de una manera maquinal.

XIV.

VENGANZA.

Al saber mi marido, cuando volvió á casa por la tarde, la determinacion de mi abuela, la censuró con acritud: quiso verla; pero yo, sabiendo la indignacion que abrigaba hácia él, me opuse á que entrase en su habitacion.

—¿Por qué es eso? me preguntó airado. Tu madre, querida Valeria, no tiene el juicio cabal, y debias agradecerme que procurase hacerla entrar en razon.

Conocí que le enviaba Sandoval, como emisario suyo, para procurar una reconciliacion, en la que ademas de ganar mucho sus intereses, evitaba el escándalo: pero

acostumbrada ya, por una amarga necesidad del aislamiento en que vivia, á disimular mis impresiones, me contenté con responderle:

Mi deber es evitar á mi pobre madre todo disgusto.

—¿Lo tendrá acaso con verme? preguntó mi marido.

—Sin duda: se halla muy irritada contra tí.

—¿Por qué razon?

A esta pregunta el rubor enrojeció mis mejillas. Era evidente, para mí, que Sandoval habia enterado á Eduardo de todo lo ocurrido, y tal audacia de disimulo me indignaba.

—Creo que ya debes saberla, le dije haciendo esfuerzos para guardar mi serenidad.

—Yo nada sé.

—Pues bien; ya que quieres que sea yo la que te lo repita, sábelo: mi madre te ha sorprendido en la misma casa donde halló cenando á su marido; ¿estás contento?

Sin duda que el Conde queria cerciorarse del efecto que habia producido en mí semejante noticia. Como su natural era aún bueno y noble, se puso pálido, y á seguida se cubrieron sus facciones de púrpura. No halló palabras que decir, y salió de la estancia lleno de tal vergüenza, que le compadecí.

Por la tarde vino Felicia y puso en manos de mi abuela un cofrecito que contenia los estuches de sus joyas. Eran las de ménos valor, pues las que suponian mayores cantidades las habia sustraido su esposo desde mucho tiempo ántes, ya para regalarlas á sus favoritas, ya para convertirlas en dinero.

—Sea lo que quiera lo que venga ahí, guárdalo para

tí, hija mia, dijo la noble señora. Nada quiero, ni ya he de gastar en mi vida galas ni joyas. Tú que eres una niña aún, podrás ser dichosa despues que se haya desatado por la ley el lazo odioso que hoy te sujeta.

Al oir á mi abuela, temblé. Mi corazon, profundamente herido, habia perdido la ilusion del amor: más aún; creia que jamas podria amarme mi marido; pero la idea de perderle me hizo estremecer.

¡Yo le amaba!

Para no responder tomé el cofrecito y salí con él, á fin de depositarle en un cajon de mi cómoda.

Lo puse sobre un velador, lo abrí, y empecé á sacar estuches que encerraban los brazaletes, collares y broches de mi abuela.

Entre las cajas, y con gran sorpresa mia, hallé una carta.

Era el papel fino y perfumado: la letra de mujer, correcta y clara; la firma decia *Gracia*.

Era una carta dirigida á una amiga suya, segun pude conocer por su contenido, que devoré con ánsia, y que decia así:

«Jamas, mi querida Amelia, jamas he estado tan de moda. Si la dicha del orgullo satisfecho pudiera curar esta llaga sangrienta de mi corazon, ya hace largo tiempo que estaria cicatrizada. Pero ¡ah! no es posible, y ántes creo que se encona más cada dia.

» Si Salvador hubiera querido amarme, ¡qué venturosa! y áun más, ¡qué buena hubiera yo sido!

»¡Ah! ¿Por qué me cedió á su amigo en el exceso de su generosidad! ¡Pero ya lo sé! ¡Por qué no me amaba!

» Desde el dia en que me uní con eternos lazos al Vizconde de Torrefiel, ya sabes que he sido la más aburrida y la más infeliz de todas las mujeres. ¿Por qué? ¡Porque no le amaba! Consentí en casarme con él, porque el orgullo me ordenó el silencio; nada más.

» ¡Cómo me he vengado en el sexo fuerte por excelencia del desaire recibido! ¡Cuántas víctimas ha hecho mi coquetismo! Hoy mismo tengo en mi poder, como el gato al ratoncillo, á este imbécil Conde de Rio-Claro, que áun no hace cuatro meses que se ha casado con la jóven más adorable que conozco. Y sin embargo, deja á su inocente y enamorada esposa, y corre á postrarse á mis piés y á ofrecer ante ellos toda la fortuna de esa niña infeliz! ¡Cómo desprecio á los hombres! ¡Ni uno solo hay que valga una hora de dolor, excepto... excepto él!

» ¡Crearás acaso, al oirme elogiar á la esposa de Eduardo, que la admiro ó que la compadezco siquiera! ¡No, Amelia, la detesto! Es quizá decreto de mi destino que la especie de fanática adoracion que inspiro á los hombres me la hagan expiar las mujeres con la hostilidad y el desprecio. La condesa de Rio-Claro no es una de las que ménos me han herido.

» Sí, esta jóven Valeria, tan elogiada por todos, y que es verdaderamente un ángel de belleza, habia llegado á interesarme.

» Se hablaba de ella como de una niña educada entre dos locas. Su madrastra, especie de fantasma llorando de contínuo desengaños, y su abuela, meciéndose en todas las ilusiones de la adolescencia. Tanto habia oido elogiarla, que quise acercarme á ella y presentarla en el gran

teatro del mundo: pero ella no hizo como las demas que me adulan y me hieren : no, ella fué más noble y más cruel: me repelió francamente, y se negó á ir conmigo á la ópera.

»No sé por qué su desaire me llegó al alma: pienso que áun tengo corazon, cuando lo creia dormido ó muerto para siempre.

»Sin embargo, por esó solo no la hubiera odiado; sino que despues he sabido, y lo he visto con mis propios ojos, que Salvador está ciegamente enamorado de ella.

»Su corazon, cerrado hasta hoy al amor, se ha prendado de la belleza de Valeria con una afeccion invencible.

» Hé aquí por qué he vuelto á coger entre mis redes al esposo de Valeria. ¡Para vengarme de que el Conde la ame! Ella adora á su marido, y su marido no escapará á mi poder.

» ¡Pero qué ruin cosa es la venganza! ¡Cómo amargan sus frutos en la boca del que los prueba!

»¡Amelia; tú, que siendo mujer buena y honrada, te dignas conservar tu afecto y tu compasion á esta infeliz, extraviada por los desiertos de la vida; tú que has resistido á todas las amarguras de la pobreza para educar honradamente á tus hijos, tú eres, entre todas las mujeres, la sola digna de mi respeto y de mi gratitud.

»Algunas veces me pregunto: ¿A dónde iré? ¿Qué hará de mí el huracan de mi destino? Y...»

Aquí estaba rota la carta: la hoja ú hojas que la terminaban habian desaparecido.

Sandoval, pues, era quien indudablemente la habia

puesto en el cofrecito de las alhajas para que yo la viese; habia roto sin duda alguna el resto para que yo no me enterára de las angustias de aquella pobre alma.

Sólo me habia dejado, en aquellas tristes páginas, la venganza y el ódio.

El dolor y llanto habian sido borrados con el cuidado más minucioso.

Sin embargo, yo veia, á traves de los estragos de las pasiones, algo de doloroso y triste.

Una profunda compasion hácia aquella desgraciada mujer se apoderó de mí.

Sandoval que toda mi vida me habia aborrecido, se vengaba de mí porque habia dado abrigo en mi casa á su mujer, cuando huyó de él.

A pesar de todo, segun sucede en muchas ocasiones, sus malvados planes se volvieron contra él.

Compadecí á Gracia, y culpé á mi marido, que, con sus imprudentes exterioridades la comprometia más y más de lo que estaba.

A nadie hablé de aquella carta, que guardé en mi secreter, no determinándome tampoco á romperla ó á arrojarla.

—He aquí, me dije, los seres á los que el mundo llama felices. ¡Pobre mujer! ¡Envidiada de todos, y más infeliz que nadie! ¡Pobre mujer, amando hace ya tantos años sin esperanza! ¡Qué triste es tu suerte, y cuánto más dichosa es la mia en medio de mis amarguras y desengaños! ¡No! ¡No es la pérdida de las ilusiones el más cruel de los males! ¡Es mucho mayor la pérdida de la paz en la conciencia!

XV.

DESALIENTO.

Mi vida empezó retirada, silenciosa, triste, y ademas de todo esto, consagrada completamente al sacrificio.

El corazon tierno y generoso de mi abuela quedó mortalmente herido con la ingratitud de su esposo, con el golpe cruel que habia sufrido.

¡Pobre árbol! Herido en la vejez por el hacha del leñador, cuando toda su vida habia estado cubierto de verdes hojas y fragantes flores, empezó á languidecer y á inclinar su orgullosa cimera, seca por el viento de la desgracia.

Ella, tan alegre, tan expansiva, tan agasajadora, se encerró en un silencio sombrío y profundo. Ella, tan elegante, tan acostumbrada al lujo, á la magnificencia, á los saraos, rehusó del todo salir, y me pidió encarecidamente que se dispusiera para oratorio uno de los departamentos de la casa.

—Pero, mamá mia, exclamé con terror; de esa suerte no saldrás ni áun para ir á la iglesia.

—No saldré, hija mia, me respondió; tal es mi deseo.

—Eso será muy perjudicial para tu salud.

—¡Qué importa! Desde el dia que descubrí el vil engaño de que era víctima, sólo una cosa pido al cielo; ¡que me reuna pronto con tu madre!

—¿Y yo? exclamé arrojándome en sus brazos.

—¡Ah, tienes razon! respondió cubriéndome de besos y de lágrimas. ¡Pobre hija mia! A tí tambien te ha herido la mano de hierro de la desgracia. Pero yo habia ya disfrutado largos años de dicha, en tanto que tú... ¡Ah! ya sabía aquel hombre vil á quién entregaba tu destino!

—Madre mia, repuse, si me quejo de Sandoval, es sólo por no haber sabido hacerte feliz. Lo que ha hecho respecto á mí no se lo culpo; yo amo á mi marido. ¿Qué más podia apetecer que casarme con el hombre á quien amaba?

—Podrás haberle amado, pero ahora...

—¡Le amo aún!

—¿A pesar de sus infamias?

—Madre mia, Eduardo es un hombre extraviado, pero no infame: es uno de tantos jóvenes que nacen con el mal de una gran fortuna, sin la costumbre del trabajo, sin el amor á la ocupacion; pobres naturalezas viciadas, en las que el lujo es una pasion, y en las que la religion no ha derramado su sacrosanta luz.

—¿Quién te ha enseñado á discurrir así, hija mia? exclamó mi abuela: ¿Cómo vas á buscar las causas á traves de la amargura de los efectos?

—¿Y qué otro consuelo me queda, madre mia? exclamé yo. Cuando el espíritu sufre mucho y el corazon se empeña en excusar al que nos hiere, no hay otro remedio que buscar la disculpa mejor y más positiva que se puede hallar.

—¿Y qué harás tú, pobre ángel mio, casi niña, y

unida para siempre á ese hombre sin corazon y sin delicadeza? ¿A un ambicioso que se ha casado contigo sólo porque eres rica?

—Haré lo posible para traerle al buen camino; y cuando no, sufriré en silencio.

—No, no; tu demanda de divorcio se entablará al mismo tiempo que la mia.

—¡Jamas! exclamé con entereza.

—¡Cómo! ¿Te opones?

—Con todas mis fuerzas, madre mia.

—¡Por aquí ha pasado Felicia! exclamó mi abuela con despecho.

—¡Sí, por aquí ha pasado la religion cristiana, madre! exclamé yo llevando la mano al corazon. ¡La religion que espera, y perdona cuando ya no hay nada que esperar!

Mi madre era sinceramente piadosa; pero era tambien muy altiva: ademas, su talento, creo que en esta ocasion no es orgullo confesarlo, no era tan claro como la luz que alumbraba mi entendimiento: y ya se sabe que los entendimientos más elevados, son los más accesibles á comprender el perdon.

Arreglado el oratorio, nos ocupamos Felicia y yo de buscar un capellan para el servicio religioso y para que mi abuela le tuviese como lector: hallamos á un venerable religioso exclaustrado, de edad avanzada, y cuya esmerada educacion y notable inteligencia, le hacian muy á propósito para el cargo que queriamos confiarle.

Se llamaba el padre Juan, y desde los primeros

dias de su estancia entre nosotros nos mostró á mi abuela y á mí la más profunda gratitud.

Mi marido, despues de venir durante muchos dias á acostarse casi á la aurora, acabó por faltar tambien á dormir en casa: y por último, una mañana me mandó con su ayuda de cámara el siguiente billete:

«Mi querida Valeria: Perdóname si te dejo para ir á un corto viaje.

»Soy más desgraciado que culpable.

»¡Yo volveré... y creo que seré entónces digno de tí! Ahora sufro mucho... Si me vieras despues de los diez dias que he permanecido léjos de tí, tal vez no me conocieras!... ¡Pero no! No quiero hacerte padecer, poniéndome ante tus ojos... Tienes derecho á todo; á quejarte de mí, á llamarme el más vil de todos los hombres.

»¡Pobre ángel! Te has unido á mí cuando la borrasca de mis pasiones llegaba á ser más desecha que nunca.

»¡Adios, Valeria! O volveré curado de la locura que me agobia, ó no volveré jamas.

EDUARDO.»

Al terminar la lectura de este billete, corrí llena de terror al cuarto de mi marido, que se hallaba en el mayor desórden.

Un criado, arrodillado en medio del cuarto, arreglaba una maleta: mi marido se paseaba por su gabinete, sombrío y meditabundo: sobre su mesa de escritorio habia una caja que contenia un par de pistolas.

Al ruido que hice al entrar, pues no quise que el criado de la antecámara me anunciase, volvió mi marido la

cabeza y se quedó mirándome, primero como estupefacto, y luégo como aterrado: despues el disgusto sucedió á aquellas dos expresiones, y me preguntó con tono violentamente contrariado:

—¿Qué buscas aquí, Valeria?

—A tí, le respondí.

—¿A mí? ¿Qué me quieres?

—Quiero consolarte, porque eres muy desgraciado.

—¡Ah! ¡Tanto como lo soy! exclamó dejándose caer en una silla y cubriéndose el rostro con las manos.

—Todas las desgracias tienen remedio, le dije sentándome á su lado. ¡Valor!

—¡Valor! ¡Tú eres quien lo necesitas! exclamó dolorosamente.

—¡No! repuse yo, ¡eres tú! Tú eres el más desgraciado, el que vive más agobiado bajo el peso de los remordimientos y del desórden: el que desecha la felicidad de la familia por correr tras un fantasma que nunca alcanzará!

Miróme mi marido con extraviados ojos.

—¡Y qué! exclamó, ¿sabrias?...

Detúvose, no atreviéndose á continuar, y como aniquilado de vergüenza y desaliento.

—Todo lo sé, le dije tomándole una mano: sé tu desventurado amor hácia una mujer que no te amará nunca! Ama á otro.

—¿Á otro?

—Sí.

—¿Y quién es ese otro?

—No, es un secreto mio y no te lo puedo decir.

—¡Ah, ya me lo figuraba yo! exclamó mi marido. ¡La traidora!

—¿Por qué ese furor? ¿Se puede mandar al corazon? ¿Puedes tú mandar al tuyo? ¿Puedo yo imponer leyes al mio, que te ama?

Estas palabras echaron un nudo á los labios de mi marido. Ya no se atrevió á quejarse, y volvió á doblar la cabeza con abatimiento.

—No te vayas, le dije; temo que halles léjos de mí el suicidio; quédate á mi lado y procura curarte. Acude al trabajo, bálsamo de todas las penas.

—¡Al trabajo!

—¿Por qué no? Puedes sentarte en la Cámara y defender á tu país; puedes desempeñar altas misiones diplomáticas; puedes, en fin, alcanzar un nombre como escritor, en política y en ciencias. ¿No debes á Dios un claro y distinguido talento? ¿Por qué no lo aprovechas en bien tuyo y de los demas?

Callé, porque me parecia advertir en las pupilas abatidas de mi esposo como un rayo de vida y de esperanza.

—¡Ah! exclamó, ¡tienes razon, Valeria, la ociosidad es el cáncer que nos consume á los que hemos nacido dotados ya de fortuna! ¡Sólo sabemos disipar nuestras riquezas, pero no aumentarlas, ni hacerlas prosperar, ni darles un uso conveniente! ¡Sí, voy á seguir tu consejo... lo seguiré!

—¿No te vas ya?

—¡No! que se vaya ella.

—¿Ella se va?

—Sale para su quinta de Granada.

—La señora Vizcondesa de Torrefiel espera en el salon, dijo un criado.

—Vén, dije á mi marido, sin duda quiere despedirse de mí. Acompáñame, y está tan sereno como puedas.

—¡Ah, Valeria, no exijas aún lo que es superior á mis fuerzas! Te respeto demasiado para comprometerte con mi agitacion ó para exponerte á hacer un mal papel.

—Como quieras, le dije tristemente y pensando que, aunque rehusaba asistir á aquella entrevista de un modo ostensible, no dejaria de asistir á ella ocultamente. Adios, voy á recibir á la Vizcondesa y volveré aquí.

—¡Cuánto debes aborrecerla!

—Nada de eso, lo que sí hago es tenerla mucha lástima.

—¿Tú?

—¡Yo! Digo ahora lo que te dije hace poco; soy más dichosa que ella porque tengo la conciencia tranquila y el corazon lleno de amor y de perdon.

Salí, dicho esto, y mi marido me siguió con una ojeada de admiracion y casi de asombro.

XVI.

DIPLOMACIA.

Gracia no era ya la encantadora jóven que tan elegante y alegre habia aparecido á mis ojos pocos dias ántes.

Algun pesar muy hondo habia apagado el color de sus mejillas y el brillo de sus ojos, rodeados de un círculo oscuro que les daban una gran expresion de tristeza.

Vestia un traje de seda oscura y un sombrero, oscuro tambien, como si hubiera renunciado á sus pretensiones de belleza y de elegancia.

— Querida Condesa, me dijo procurando sonreir, aunque su sonrisa era contraida y violenta; á pesar del desaire que hace tiempo me hizo, no he querido marcharme sin decir á V. adios.

Yo habia recibido á Gracia en mi saloncito particular, y no pude ménos de sonreirme á mi vez tristemente, al ver agitarse la cortina del gabinete.

No me habia equivocado, mi marido se hallaba allí escuchando.

Al rogarle que viniese conmigo para asistir á mi entrevista con la Vizcondesa, sólo habia tenido la idea de mostrarme muy superior á mi rival; pero al verle oculto quise mostrarle que conocia y sabía compadecer todas las penas de la que él juzgaba coqueta y feliz.

No podia dudarlo, mi marido estaba loco por aquella mujer; pero al propio tiempo la despreciaba y la creia culpable.

¿Qué más mérito, me dije cediendo á un sentimiento de caridad, que perdonar á esta desgraciada y demostrarle mi compasion y mi simpatía?

Puesto que ella se queja del desvío de esas mujeres que la halagan con la mirada y con la sonrisa, porque la temen, pero que despedazan su reputacion cuando están léjos de ella, le haré ver que hay tambien mujeres bue-

nas, que desafian su venganza, pero que saben compadecer y perdonar sus extravíos.

—Mi querida amiga, le dije estrechándole la mano con afecto; yo hubiera querido ir á ver á V. para excusarme de mi negativa en acompañarla al teatro. Aquel dia no me sentia buena; y sin embargo, tuve que ceder á la invitacion de otra persona, sin duda ménos amable, pues la juventud y la belleza son las únicas que hallan indulgencia para todo, y V. debe ser muy indulgente. Si no he ido ha sido por la enfermedad de mi pobre madre, que no me deja tiempo para pensar en la amistad.

Gracia me miró estupefacta: habia venido creyendo hallar en mí la hiel de la venganza y la acritud del sarcasmo, pues suponia que yo estaba enterada de cuanto se decia respecto de sus amores con mi marido. Me odiaba ademas porque me suponia poseedora del afecto del Marqués de Prado Hermoso, y venía á decirme que se llevaba á Eduardo. No obstante, al oir mi acento cariñoso y cordial, su plan se desconcertó del todo, y quedó muda y confusa.

Viendo que no decia nada, añadí:

—Veo, amiga mia, que se halla V. desmejorada... ¿Ha tenido alguna desgracia desde que no nos vemos? Usted, tan admirada, tan obsequiada, tan feliz, ¿tiene pesares?

Gracia iba á decir sí; pero un sentimiento de orgullo la contuvo y respondió:

—No por cierto; soy tan dichosa como puede serlo una mujer.

— Yo la envidio, le dije; porque yo sufro por más de una razon.

— ¿Es acaso por ver enferma á su madre de V.? preguntó la Vizcondesa con más curiosidad que interes.

— ¡Ah, sí! exclamé yo. Es por eso, y ademas porque veo á mi marido preocupado y triste... querida mia. Aunque seamos de diferente opinion con respecto al matrimonio, bien podemos ser amigas, y así quiero confesarle una debilidad de muy mal gusto, si quiere, pero que no está en mi mano remediar; amo á mi marido.

— ¡Qué! ¡Usted querria ser mi amiga! exclamó atónita Gracia respondiendo primero á las palabras que le habian hecho más impresion.

— Sin duda, y para dar á V. una prueba de confianza, empiezo confesándole esta debilidad... ¡Sí, repito que estoy enamorada hasta la locura de mi marido!

— ¡Ah! exclamó Gracia, ¡es V. dichosa!

— ¿No ha amado V. algun dia al suyo? Me atrevo á preguntarle esto, porque es público el estado de sus relaciones con él!

— No es cosa que yo trate de ocultar, repuso la Vizcondesa; jamás he amado al Vizconde; amaba á otro y con él debí casarme, pues el cielo mismo parecia querer unir nuestros destinos... Pero ¡ay! la voluntad del que yo amaba los desunió; me cedió á su amigo y hube de casarme con él!

Sabía yo que Gracia no mentia, y esta prueba de su sinceridad me enterneció; iba á decirle algunas palabras dulces, pero ella no me dió tiempo prosiguiendo de esta suerte:

—¿Es verdad, Condesa, que V. ama á su marido? Yo no sé que se dice por el mundo de la vida retirada que V. hace, y de que recibe frecuentes visitas del Marqués de Prado Hermoso; sin embargo, nadie la culpa á V., sino á su marido, quien, segun se asegura, se casó con V. sólo por interes, y disipa su fortuna en locos devaneos.

Bajé los ojos ruborizada. Aquella mujer era la que arruinaba mi fortuna, y yo me avergoncé por ella de sus palabras; no obstante, procuré serenarme y respondí, á lo que creo, con calma y dignidad.

—Mi marido me es muy caro para que yo pueda culparle. Yo no sé lo que hace de *nuestra* fortuna, pues suya es, desde el dia que obtuvo mi mano; pero le estimo demasiado para creer de él ninguna accion indigna. En cuanto al Marqués de Prado Hermoso, es el encargado de arreglar el penoso asunto del divorcio de mi pobre madre.

—¡Ah! ¿Es eso cierto? exclamó Gracia. ¿No me engaña V., querida Condesa?

—¿Por qué habia de engañarla? ¿Duda V. acerca de lo que le he dicho de las relaciones que nos unen con Salvador? Amiga mia, le estimo como á un amigo, y nada más.

—¡Gracias, Valeria! exclamó la pobre mujer asiendo mi mano, que besó con pasion. ¡Ya salgo de aquí ménos desgraciada! No soy tan culpable como he podido parecerle, y quiero contar á V. toda la verdad. ¡Salvador ha sido mi solo y único amor en la tierra! Pensando en él, viendo de contínuo su imágen, se me hizo odiosa la de

mi marido, acusé los pequeños desórdenes de su vida y me enfurecí por todo. Para olvidarle me dejé llevar de ligerezas que nada suponian al principio, pero que despues fueron minando mi fama poco á poco. ¡Yo tuve la culpa de la separacion entre mi esposo y yo! ¡Todo esto es la verdad! Cuando hace un mes vi á V. en el teatro, la misma noche que se negó á venir conmigo, conversando toda la noche con él; cuando vi que él la miraba con tierno interes; cuando he oido decir que venía á verla todos los dias y que pasaba al lado de V. las veladas en una soledad casi completa, el demonio de los celos se apoderó de mí... quise vengarme llevándome á su marido, y provocando una separacion que la perdiese como á mí; que la hiciera caer del alto pedestal de su virtud y de la estimacion del mundo; pero ántes quise venir y decir á V. que yo era la causa de sus males pasados, y que yo divulgaria con escándalo sus relaciones. Ahora puedo decirle: ¡gracias, Valeria, gracias, por haber apartado de mi alma el negro fantasma de los celos!

Al hablar así, aquella pobre mujer parecia trasfigurada. El color habia vuelto á sus mejillas; sus ojos brillaban de nuevo como en sus dias más hermosos.

—Mi pobre Gracia, le dije, veo en efecto que ha sido V. más infeliz que culpable; pero ¿por qué consintió usted en unirse á un hombre que no amaba? ¡Ah, eso no se debe hacer jamas! ¿Por qué, puesto que estaba concertado su enlace con el Marqués, no confesó á éste el estado de su corazon?

—¡Ah, exclamó Gracia, era yo demasiado orgullosa para eso! ¡Me rehusaba... yo callé! Luégo, áun esperaba

poder amar á mi marido... ¡Inútil esperanza! ¡Él se encargó de desvanecerla! ¡Oh, los maridos! ¡Oh, el matrimonio! ¡Maldita sea tan odiosa institucion!

—¡¿Por qué maldecir ese sagrado lazo que une los destinos de dos seres que se aman, que sanciona el entusiasmo y todos los goces del corazon? La proteccion legítima, el amparo, la dulce ayuda en las miserias de la vida, ¿dónde puede hallarlas mejor la mujer que en su marido? Si éste se extravía, siempre le quedan á la mujer el dulce asilo de su hogar, la paz de su conciencia, la oracion y la esperanza. ¡Pero, Gracia, yo soy cruel al hablar á V. de lo que para siempre ha perdido! en lo que digo me refiero á mí, y le suplico con lágrimas que no me robe el cariño de mi marido, ya que por experiencia sabe lo que cuesta el primer amor perdido!

—No, dijo la Vizcondesa levantándose; no, Valeria; no seré yo la que contribuya á la infelicidad de V. Desde que la vi me arrastró hácia V. una indefinible simpatía. Mis malas pasiones apoyaron por algun tiempo aquel afecto naciente. ¿Qué quiere V.? prosiguió con una triste sonrisa, estaba celosa, pues aunque mi amor sea desgraciado, no es por eso ménos exigente, y acaso lo es más que si fuera feliz! Pero ahora me voy consolada con sus dulces y benévolas palabras. ¡La admiro, he vuelto á amarla y quiero conquistar su afecto! ¡Adios, y él quiera que pueda probarle que soy su amiga!

La Vizcondesa salió, dichas estas palabras, y yo volví la vista al sitio donde se hallaba oculto mi marido; pero éste no salia.

Admirada, entré yo en el gabinete, y le hallé echado en un sillon y derramando un mar de lágrimas.

Su actitud era la del más amargo abatimiento.

Apénas alzó los ojos para mirarme; pero en sus facciones vi escrito un dolor desgarrador y profundo.

—¡Oh, exclamó, la ingrata, la infame, ama á otro! ¡Le amaba ántes! ¡Le ha amado siempre! ¡Y conmigo fingia con una serenidad admirable! ¿Por qué se llama desgraciada? Lo que debia llamarse es la mujer más infame, más hipócrita del mundo!

No supe qué responder á esta explosion de desgarradoras quejas, porque quedé aterrada.

La herida era incurable, y estaba tan enconada, que no podia ménos de ser mortal.

Alcé al cielo los ojos y exclamé con el pensamiento, pues mi boca se negaba á pronunciar las palabras:

—¡Dios mio! ¿De qué me han servido mi valor, mi abnegacion, mi propósito de ser buena é irreprensible? ¿Y qué guardas para los culpables, si descargas sobre mi cabeza inocente, todo el rigor de tus iras? Este hombre ama á esa mujer que le desprecia, y no piensa en mí, víctima desdichada atada á su fatal destino! ¡Oh, Dios mio, dadme fuerzas y valor!

Salí para no dejar conocer mi dolor, y me encerré en el oratorio, que ya no abandoné en todo el resto del dia.

LIBRO CUARTO.

I.

SEPARACION.

Estuve dos dias sin ver á mi marido. A pesar de mi decision de perdonar, de mi cariño hácia él, no hice ninguna diligencia para hablarle, porque temia no poder dominar mi desesperacion en su presencia.

Y sin embargo, aquella desesperacion, aquel desaliento profundo, aquella pena mortal, estaban exentos de toda cólera.

Dicen que es un mal el dar á los niños una educacion demasiado blanda y consentida; pero es lo cierto que el cariño y la condescendencia, que la extremada dulzura, en fin, cuando se emplean en una índole noble y generosa, producen mejores frutos que el rigor y las correcciones.

Mi carácter, segun decian todos los que habian conocido á mi madre, muy semejante al suyo, era naturalmente blando, amoroso, ingenuo y apacible. A pesar de

sentir con extremada vehemencia, reflexionaba tambien profundamente. La injuria me heria, pero preferia perdonarla á guardar por ella resentimiento: porque para mí el perdon era un bien, y el rencor una mortificacion superior á mis fuerzas.

En la noche del tercer dia, el ayuda de cámara de mi esposo vino á traerme una carta, en la que me decia que se avergonzaba de sí mismo, y que, para calmar algunos dias su agitado espíritu, salia de Madrid, y pasaria quince en una posesion que tenía en Andalucía.

No se me ocultó que iba en seguimiento de la Vizcondesa.

Empezó entónces para mí una vida triste, recogida, silenciosa: pasaba el dia de un modo uniforme, pero el más á propósito para la disposicion de ánimo en que me hallaba.

Levantábame temprano y bajaba al jardin, en el que la vista del sol naciente, del arroyo que murmuraba, de los pajaritos que cantaban, de los árboles llenos de vida y de verdor, y de las flores cargadas de perfumes, llenaban mi alma de un sosiego suave despues de una noche generalmente pasada en el insomnio.

Subia despues, y me desayunaba con mi abuela ó con el anciano capellan.

Mi pobre madre habia llegado á un estado de completa imposibilidad física.

Tullida del todo, no se movia de su ancho sillon, que más parecia un lecho: su obesidad desaparecia rápidamente: sus cabellos estaban blancos.

La vejez habia llegado conducida por el dolor.

El expediente del divorcio seguia sus lentos trámites; pero Sandoval habia salido de Madrid, segun se decia, para el extranjero.

Mi abuela no le nombraba jamas.

Despues del desayuno, tocaba yo el piano ó bordaba durante dos horas, hasta que era la de vestirme para almorzar, en lo que empleaba otra media hora.

Volvia á ocuparme de mis labores al lado de mi abuela, ó bien le leia en voz alta algun libro que ella preferia.

Muchas veces, al hallar en la lectura alguna analogía con mi propia situacion, me deshacia en llanto, y el libro caia de mis manos; mi abuela alzaba entónces sus ojos al cielo, y dos lágrimas se deslizaban por sus flacas mejillas.

Éramos el arbol robusto y frondoso y el tierno arbusto, heridos por el mismo golpe.

—¡Ah! Me decia atrayendo hácia su pecho mi cabeza. ¡Tú áun eres una niña, Valeria! ¡Aún te queda la sagrada esperanza de ser madre, en tanto que yo sólo espero ya la paz en el cielo!

Por la tarde venía Felicia, que muchos dias comia con nosotras, y salia con ella en mi carruaje á dar un paseo solitario, en tanto que mi abuela rezaba su rosario con María de Jesus.

Despues de la comida, que era siempre espléndida, se trasladaba el sillon con ruedas de mi abuela á su salon particular, y allí tomábamos el café.

Por la noche venía el Marqués de Prado-Hermoso, y algun otro antiguo amigo de mi abuela, de edad madu-

ra y gran posicion oficial; ella jugaba su partida de ajedrez, y los demas jugaban al tresillo.

Un dia me dijo Felicia:

—Al ver al Marqués y á V., querida Valeria, en medio de esta concurrencia de cabezas blancas, me parecen dos floridos rosales, en el centro de un bosque de árboles, deshojados por los furores del invierno.

A las doce se retiraban todos; pero el capellan y yo permaneciamos al lado de mi abuela, entreteniéndola en conversacion hasta las dos, pues nunca habia podido dormirse hasta aquella hora.

Esta vida era apacible, cómoda, y á mi parecer, dichosa en lo posible; pero cada dia me espantaba más la rápida alteracion de facciones que me presentaba mi espejo: yo no tenía aún diez y siete años, y la tristeza, que me consumia salia á mi rostro alarmando á cuantos me amaban.

Pasaron los quince dias que mi marido habia señalado para su vuelta, y pasaron dos meses más sin recibir de él más que dos cartas muy cortas, y que me avisaban hallarse en Granada.

De volver nada decia.

Una noche vino el Marqués algo más tarde de lo que tenía por costumbre.

—Señora, dijo á mi abuela: todos los negocios de usted quedan arreglados. Yo marcho á terminar un asunto importante: me caso, pues ya es hora de fijar mi vida: voy á Barcelona, y dentro de tres meses presentaré á V. á mi esposa: es una jóven buena y amable, y creo que le concederá una parte del cariño que á mí me manifiesta.

Por la tarde bajó conmigo al jardin, y observando que estábamos solos en una plazoleta de árboles, me tomó la mano, la estrechó entre las suyas, y me dijo con voz profundamente conmovida.

—¡Ah, Valeria! ¿Por qué nos hemos conocido tan tarde?

Yo le miré algo sorpredida.

—Adios, prosiguió, su abuela de V. me espera; pero yo no volveré jamas. Me caso sin amor, porque sólo á usted he querido con pasion; pero deseo que mi esposa sea feliz y marcharé á Ultramar.

Quise protestar contra aquella determinacion; pero el Marqués, aprovechándose de mi confusion, volvió á estrecharme la mano y desapareció.

Ya no le volví á ver.

II.

UN RAYO DE LUZ.

Gracia debia tener alguna persona en Madrid que la informase de todo lo que hacía el Marqués.

Pocos dias despues de la conversacion que acabo de referir con éste, y de su despedida, apareció ella de nuevo en Madrid, y vino á verme.

¡Qué cambiada la hallé!

Apénas quedaban ya señales de su delicada y encantadora belleza.

A la edad en que otras mujeres llegan al apogeo de su hermosura, la suya estaba marchita y destruida bajo el soplo fatal de las pasiones.

Quise preguntarle por mi marido, pero no me atreví, porque me parecia que era profanar la excelencia del sentimiento que yo guardaba en mi alma, hablando de él á aquella desgraciada mujer.

Sin embargo, ella se adelantó, y con su generosidad natural, fué lo primero que me dijo:

—No lo he visto más que de léjos, á pesar de que ha vivido en Sevilla: mi casa de campo estaba cerca de la ciudad, y él me ha fatigado con su presencia tanto como ha podido; pero tranquilícese V., querida Valeria, pues esto se acabará muy pronto: pronto estaré donde no pueda abrigar ninguna esperanza de verme.

—¡Cómo! exclamé, ¿qué va V. á hacer?

—¿Yo? nada. Dios lo hará. ¿No ve V. qué estragos hay en mi semblante? ¡Oh! Padezco tanto, que esta situacion no puede prolongarse mucho tiempo.

—Yo tambien estoy muy débil y quebrantada, observé para separar su pensamiento de aquellas fúnebres ideas; pero eso no quiere decir nada más, sino que las penas del ánimo se conocen en el rostro.

—En V., querida Valeria, repuso la Vizcondesa, significan otra cosa más agradable y más feliz. En V. significan que pronto será madre; que pronto atraerá V. á su marido con el lazo más santo y más indisoluble: en mí hablan de la muerte, que ya está muy cerca.

Yo miré atónita á la Vizcondesa. Su revelacion, respecto á mi estado, que ni mi abuela habia conocido, me

sobrecogió como una alegría inesperada; pero pronto comprendí que tenía razon. En un momento se agolparon á mi mente mil circunstancias, mil detalles de mis padecimientos, mil pequeñas causas, que no me dejaron duda acerca de mi estado.

En el arrebato de mi alegría, me arrojé á los brazos de aquella mujer, para darle gracias por aquel rayo de luz que yo no habia sabido adivinar.

Cuando se fué, mi primera intencion fué escribir á mi marido llamándole: pero el orgullo me detuvo, y me dije que él no tardaria en llegar, y que quizá podria arreglarse el importante negocio de la felicidad de toda mi vida, sin que yo tuviese que sacrificar tanto de mi dignidad.

No me engañaba; cuatro dias despues de haber yo visto á Gracia entró en casa mi marido una noche muy tarde.

Yo me hallaba ya acostada, pues aquella noche me sentia muy mal.

Una especie de desaliento profundo embargaba mi espíritu: no podia ménos de sentir amargamente el vacío de afecto que habia en derredor mio.

¡Ay! La felicidad mayor de la mujer, la que forma el encanto y el orgullo de las más culpables, la maternidad, en fin, me habia sido revelada por la mujer que debia mirar con razon como á mi mayor enemiga.

Ni mi madre, ni mi esposo, ni áun la amistad de Felicia, habian sido bastante perspicaces para adivinarla.

Cuando Justina me dijo que mi marido se hallaba en su habitacion, le pedí papel y pluma y escribí estas líneas:

«Sé que acabas de llegar, Eduardo; tengo que hablarte de un asunto importante, y te espero mañana á las diez en el salon.»

Encargué á Justina que diese este billete al ayuda de cámara de mi marido, y me entregué á mil reflexiones tumultuosas, ya tristes, ya llenas de vagas esperanzas.

III.

LA MUERTE.

Me levanté á las nueve y me vestí con un traje oscuro, pero el más lindo que tenía entre los de su clase: arreglé con esmero mis cabellos, que áun vi con placer sedosos y abundantes.

Queria que mi marido me hallase lo más agradable posible.

A las diez bajé al salon principal, donde aquél me esperaba paseándose.

Él tambien estaba flaco y desconocido: corrió hácia mí, y me tomó una mano, que besó con ternura.

—Sentémonos, le dije, y hablemos con calma, Eduardo: esta conferencia es muy importante para mí.

—Habla, Valeria, repuso mi marido, no puedo hacer más que escucharte, y suscribir á cuanto dispongas.

—Soló me reservo un derecho, respondí; un derecho muy dulce. No quiero hablarte de ningun otro. Ya en otra ocasion, no muy lejana, procuré reanimar tu valor, y aunque al parecer lo conseguí, muy poco tardé en ver que no era así. Al soplo de ese amor fatal que te domina cayeron al suelo todas tus buenas resoluciones; y sin embargo, tú me estimas, y áun residen en tu corazon toda la hidalguía y nobleza del caballero.

—Valeria, suspende esa opinion tan favorable, dijo mi marido. Te confieso que de ningun modo la merezco. Todo lo que he gastado en esta vergonzosa peregrinacion te pertenece, es tuyo.

—Y tuyo tambien, repuse yo. ¿Acaso lo que poseemos no son bienes comunes? ¿Acaso no es ésta una de las condiciones del matrimonio? Pero no hablemos de eso; hablemos de otra cosa más dulce que la miserable cuestion de dinero: ¡De nuestro hijo!

—¿Qué dices? exclamó el Conde.

—Pronto serás padre: ahora di si débes conservar tu caudal, tu salud, y hasta tu tranquilidad para tu hijo: á esa pobre mujer, que te ha arrebatado el reposo, la mata un amor sin esperanza: ten cuidado no acabe con tu vida, que ya es de otro sér, el mismo mal. Eduardo, vive, y sé hombre para nuestro hijo.

Salí dichas estas palabras: un instinto secreto me decia que nada más debia añadir á aquella revelacion sagrada.

Mi marido cayó en un sillon cubriéndose el semblante con las manos, como si tuviera rubor de mirarme y hasta de ver la luz.

Encontré en la antesala á la camarera de mi abuela, que llegaba corriendo á buscarme.

—¿Qué ocurre? le pregunté.

—La señora está como desmayada: no vuelve en sí, á pesar de haberla movido muchas veces Justina y yo y de haber procurado que respirase sales. Nos hemos asustado mucho, señora Condesa, y yo he venido á buscar á usted.

Entré en el cuarto de mi abuela, que estaba efectivamente tendida sobre su lecho, é inanimada. Un encarnado violáceo cubria sus mejillas. Su pecho se levantaba con una respiracion cortada, que más parecia un gemido. Tenía los ojos pesadamente cerrados, y las manos crispadas sobre la sábana.

Justina envió á un lacayo á buscar al médico, y yo me arrodillé al lado del lecho, llamando repetidas veces á mi buena madre.

¡Ay, por primera vez la hallé sorda á mi voz!

Cuando entró el doctor corrí hácia él con las manos juntas, y le rogué entre sollozos procurase salvar á mi abuela.

Tranquilizóme acerca de su buena voluntad, con una mirada expresiva, y se aproximó al lecho asiendo presuroso la mano de mi madre.

—¿Hay esperanzas? pregunté ansiosa.

—¡Ninguna! respondió el doctor sacudiendo melancólicamente la cabeza; la ha atacado una apoplegía fulminante, originada por sus padecimientos morales y su total carencia de ejercicio corporal.

En aquel dinstante entró María de Jesus dando gri-

tos penetrantes: pero tampoco el eco de aquella voz querida hizo salir á mi abuela de su mortal letargo.

¡Ay! ¡Cómo habia de despertarla, si no alcanzaba á conseguirlo la mia!

El médico permaneció allí, y tambien el sacerdote. Aquél, atento al menor movimiento de la enferma para darle los remedios necesarios; éste, rezando por la salud de su alma, ya que la del cuerpo parecia haberse huido para siempre.

En vano se abrieron las venas de mi abuela para desahogar su cabeza de aquel fatal cúmulo de sangre. Esta, afluida y encerrada en las cavidades del cerebro, no corrió de las heridas que se abrieron en sus manos y brazos.

A las siete de la tarde, y sin haber recobrado ni por un solo instante el conocimiento, mi pobre madre, mi bienhechora, exhaló el último suspiro, sin que yo pudiese darle el postrer adios.

Cuando sentí que su mano se helaba entre las mias, creí que el mundo desaparecia de mi vista y que caia en un profundo abismo; comprendí que perdia el apoyo más firme y más cariñoso, y sin darme cuenta de mi voluntad, prorumpí en gritos angustiosos y desesperados.

Mi marido los oyó: en mi extravío, y durante las pocas horas de aquella breve agonía, no habia pensado en ordenar que le llamasen y que le avisáran de lo que sucedia.

A mis alaridos llegó presuroso, se inclinó sobre el lecho de mi abuela, y se levantó pálido y temblando.

Luégo se acercó á mí, me tomó en sus brazos y me dijo.

—¡Animo, Valeria! Desde hoy hallarás en mí, ademas del apoyo que has perdido, el que nunca hasta ahora habias encontrado: ya tienes el esposo que te faltaba.

IV.

EL MÉDICO DEL ALMA.

Pasé algun tiempo casi únicamente acompañada de Felicia y del anciano capellan.

Mi marido, á pesar de sus promesas y de su buen deseo, vivia tan solitario y melancólico, que hasta huia de mi compañía y de mi presencia.

La llaga mortal de aquel amor sangraba todavía.

Una tarde me hallaba yo sola en mi cuarto: haria como un mes de la muerte de mi abuela: el otoño llegaba melancólico y triste, con su manto de hojas secas, y sus brisas frias, y sus plomizas nubes.

Ya mi jardin se hallaba despojado de sus galas, y las últimas flores se secaban en sus tallos: los árboles sostenian sólo algun fruto tardío que se balanceaba amarillento en las ramas.

Yo me hallaba sentada junto á la ventana de la biblioteca: al entrar, habia tomado de un estante la *Imitacion de Cristo;* pero aquellas páginas que tantas veces me habian consolado, no alcanzaban á lograrlo entónces.

Mi espíritu vagaba léjos de allí, por regiones muy terrenas, y por lo mismo muy tristes: pensaba en la rápida

huida de todos los amores que debieron haberme rodeado y protegido; en mi soledad; en el abandono en que me veia, y en la poca esperanza de otra vida más feliz.

Hacía muchos dias que sólo veia á mi marido miéntras el desayuno, y que éste no hablaba conmigo más que algunas frias y rutinarias palabras.

Con la frente entre las manos derramaba algunas lágrimas silenciosas y amargas, y preguntaba al cielo con impía insistencia, si no era mejor morir que vegetar en aquella miserable vida.

Mi marido entró sin que le oyese, y se sentó enfrente de mí.

—¡Valeria! dijo con voz dulce.

Yo alcé la cabeza y le miré sin ira; pero debia haber escrito en mis facciones tal desaliento, que él me abrazó con afecto y tristeza.

—Valeria, añadió; ten aún un poco de paciencia: ya que tan heroica has sido hasta hoy, que no te abandone todavía el valor!... Te casaron con un pobre enfermo, y has de esperar á que sane..... Si hubieras seguido el camino de las quejas y de las lágrimas, ó tal vez el de la venganza, jamas lo hubieras logrado; pero el cielo ha tomado á su cargo el recompensar tu virtud, y al propio tiempo el hacerme ver la gran diferencia que hay de tí á esa mujer á quien he amado hasta la locura. Sabe que la Vizcondesa ha desistido ya de encerrarse en las Calatravas; que Sandoval está aquí otra vez, y que, segun se me ha dicho por la camarera de confianza de Gracia, parte con él para Italia.

—Pero ¡Dios mio! Sandoval es ya casi un anciano para ella! exclamé.

—¡No lo creas! Sandoval, acaso por medio de un filtro diabólico, ha hallado el secreto de adquirir una eterna juventud. Voy ya creyendo en que es brujo y hechicero, segun he oido asegurar tantas veces.

No pude ménos de reirme al oir estas palabras.

—¿Cómo se explica, si no, esa eterna belleza, esa eterna frescura, esa eterna elegancia, ese perpétuo é inalterable buen humor, esa igualdad de maneras siempre dulces y perfectas?

—Eduardo, dije á mi marido; ¿tú tenías deudas con ese hombre? Nunca me habia atrevido á hablarte de eso.

—Sí, respondió mi marido algo confuso: sí, Valeria; tenía deudas con él, deudas muy grandes; algunas le he pagado ya, y ese nuevo beneficio lo debo á mi enlace contigo.

—¿Y por qué no acabas de pagarle?

—¡Ascienden á tanto las cantidades que me ha facilitado! ¿Y para qué? ¡Dios mio! Para arrojarme en el camino de los vicios, á los que nuestro culto lenguaje da el nombre de pasiones! ¡Para divertir los desórdenes de una estéril juventud que debia haber consagrado al trabajo y al estudio! ¡Para pervertirme, en una palabra, á fin de vengarse de tí, porque tu abuela te dió un millon de dote que él codiciaba! ¡Ah, pobre Valeria! ¡Entre qué dos seres más despreciables se hallaba tu vida! ¡Como sucede muchas veces, la suerte te arrebató todos los que podian amarte y protegerte, dejándote sólo los que podian hacerte infeliz!

—Pero Valeria, prosiguió mi marido, yo tengo hace ya tiempo la firme intencion de curarme y me curaré. Si áun permanezco léjos de tí, es porque áun me considero indigno de acercarme; es porque al nacimiento de nuestro hijo, quiero tomarlo en mis brazos, purificado de todos mis pasados errores. Sé que al oirme hablar así uno de esos que se llaman hombres de mundo, y de tales blasonan, se reiria de mí y me compararia á la meretriz que, al sentirse madre, se arrepiente y se quiere lavar en las aguas del arrepentimiento para prepararse al gran papel de la maternidad; pero no me avergüenzo de esto, porque esto es la verdad: yo quiero tambien purificarme para ser padre : el ídolo ha caido. Detesto ya el cinismo de esa mujer, que llora por su primer amor perdido, y que para olvidarle se entrega á todos los desórdenes: de esa mujer que pide amor y lo consigue en medio de sus extravíos. Cuando la comparo contigo, Valeria, ¡qué pequeña me parece! Tú has desdeñado la compasion de ese mismo mundo, que ella engaña y que la teme. Has permanecido digna y serena, sin querer ver la adhesion, ó más bien el amor profundo, de un hombre honrado, por respetar los lazos de un enlace indigno de tí, pero sancionado por la Iglesia; has respetado tu maternidad, y has guardado tan puro el techo conyugal, que tu marido, el más culpable y el más ingrato de los maridos, quiere entrar en él con la frente cubierta de ceniza y descalzos los piés como en el templo.

—¿Quién te ha hecho ver la virtud en lo que yo he hecho? exclamé enternecida al oir aquel lenguaje noble y firme, y con el alma inundada por la luz radiosa de la espe-

ranza; siendo fiel y resignada, he cumplido, no sólo con lo que debia á tí, sino tambien con lo que me debia á mí misma: me han sostenido, ademas, los consuelos y consejos de nuestro piadoso capellan, de ese digno sacerdote, que ha vertido en las heridas de mi alma el bálsamo de la religion.

—Él ha sido quien me ha escrito con frecuencia acerca de tu género de vida, del oculto amor de Salvador, que él comprendió ántes que nadie, de tu existencia solitaria, silenciosa y triste, de tu oposicion al divorcio que tu abuela exigia.

—¡Él!

—Sí, Valeria; y sus exhortaciones, sus consejos, sus dulces palabras, eran el eficaz lenitivo para los atroces dolores que me causaban las miserables coqueterías de esa mujer. ¡Cuántas veces, al salir de su casa consumido de celos y devorado de cólera y de ódio, he hallado mi alivio en una carta del padre Juan! ¡Qué dulces y consoladoras verdades encontraba siempre en ellas!

«Vuelva V., me decia, vuelva V., señor Conde. Su nido conyugal permanece todavía casto y puro, ocupado por la tórtola llorosa y viuda, pero inocente. Ahí están la desesperacion, el remordimiento, acaso la locura y el crímen: aquí la paz del alma, el amor legítimo, la esperanza de un hijo, el trabajo, que es la verdadera, casi la única felicidad de las almas grandes.»

—¿Y dónde te enviaba sus cartas?

—Las dejaba en mi cuarto: allí, sobre mi mesa, encontré la primera, y fué tal la impresion que me produjeron la dulzura, la sabiduría que se advertia en ella, la

elocuencia de sus razonamientos, la elevacion de sus conceptos, que me pregunté si ese humilde anciano habia bebido en las dulces doctrinas de San Francisco de Sales, ó en las elevadas de San Agustin, ó en las austeras y fogosas de San Jerónimo. Pero ¿qué digo? Toda la esencia de esos tres grandes doctores y médicos del alma la ha aspirado ese admirable y santo anciano, y cuando un sacerdote sabe derramar de ese modo la luz de la verdad, ésta penetra en las almas más endurecidas: yo he tenido los dos mejores médicos para el cáncer mortal que me estaba consumiendo: una mujer buena y cristiana, y un ejemplar sacerdote.

Calló mi marido entónces, y yo, despues de contemplar admirada y absorta durante algunos instantes su bella fisonomía, llena de animacion y de fuego, elevé al cielo mis ojos para darle mil y mil gracias con todo mi corazon.

Estaba segura de que la cura era entónces radical y completa.

Una voz interior me lo decia: la voz del corazon que no engaña jamas.

V.

NUEVOS CONSEJOS.

Al dia siguiente fuí á buscar al capellan, para darle gracias con toda la efusion de mi alma.

—¿De qué, señora? me preguntó. He procurado apartar una alma del mal camino; ¡ojalá lo consiga! pero si lo logro, será debido, más que á mis pobres esfuerzos, á la bondad infinita de Dios.

Dios, en efecto, habia bendecido los esfuerzos de aquel buen sacerdote. Aquella noche mi marido, despues de mucho tiempo, vino á casa temprano, y pasó la velada al lado mio como en los tiempos felices en que nos acababan de unir la voluntad de mi madre y la bendicion de la Iglesia.

El capellan y Felicia pasaron tambien la velada con nosotros.

Al dia siguiente me dijo Felicia, á cuya casa fuí.

—Mi querida Valeria, aconsejo á V. que haga un viaje con su marido.

—¿Un viaje? le pregunté admirada.

—Sí, un viaje: ha amado tanto á la Vizcondesa, ó mejor dicho, ha alimentado por ella un capricho tan fuerte y tan durable, que su espíritu ha quedado herido de melancolía, y estará abatido durante largo tiempo. Veo el desaliento escrito en sus facciones; desea volver al buen camino, desea amar á V. y refugiarse en la vida de familia. Ayúdele V. noblemente en sus laudables esfuerzos; sea V. generosa hasta el fin.

—Pero él mismo me ha dicho, repuse yo, que esa mujer se va, y si le propongo un viaje, quizá le dé yo misma el medio de seguirla.

—No, dijo Felicia; afortunadamente sabemos á dónde va esa desgraciada jóven.

—¿Por qué la llamas desgraciada? exclamé con aque-

lla amargura que algunas veces se desbordaba de mi corazon á pesar mio. Yo pienso, por el contrario, que esas mujeres son las únicas que conocen la suprema felicidad de inspirar el amor verdadero, el amor apasionado que los hombres niegan á la fria, austera y monótona virtud.

—¡Qué error! exclamó mi aya. ¡Qué lamentable error sería el pensar eso, querida Valeria! Pero no, V. no lo piensa; V. no siente lo que dice; y si lo pensase, bastaria para desengañarla lo que voy á decirle. ¿Sabe usted con quién se va esa mujer?

—No, le respondí.

—Se va con Sandoval.

—¿Con Sandoval?

—Con Sandoval, que es el amante que más le ha durado; con Sandoval, que ha agostado todos sus proyectos de arrepentimiento y de retiro, como el sol agosta las flores tiernas y puras que brotan en una mañana de Mayo.

—Y ¿á dónde se van? pregunté yo.

—Se van á la Habana.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Acaso no es público en Madrid? Toda apariencia de decoro y de honor ha caido ya ante los ojos de esa desdichada. De hoy más se halla en el número de esas infelices mujeres, oprobio de su sexo. De hoy más tiene que renunciar á la esperanza de inspirar respeto y afecciones, lo que tal vez hubiera llegado á conseguir con un sincero arrepentimiento.

Aquella misma mañana y durante el almuerzo que hi-

cimos solos mi marido y yo, expuse á éste mi deseo de viajar.

—Valeria, me respondió, es imposible por ahora atendido tu estado y lo avanzado de tu embarazo: así que nazca nuestro hijo y te halles restablecida, cumplirémos ese deseo si áun persistes en él.

VI.

REGENERACION.

Vi volver poco á poco la paz y la calma al corazon de mi marido, con aquella íntima y santa alegría con que se acoge una dicha legítima y merecida.

Aunque yo estaba bastante delicada, y á pesar de mi luto, empezamos á salir juntos y á asistir á los teatros en el fondo de algun palco. Leiamos la noche que estábamos en casa, ó recibiamos á algunos amigos, y otras veces rogaba yo á mi marido que, atendido mi forzoso retiro, saliese él solo á ver á sus amigos al Casino, ó alguno de aquellos círculos políticos á los que estaban aquellos afiliados.

—¿No te hallas bien estando yo á tu lado? me preguntaba tiernamente.

—¡Oh, sí! ¿Pero por mí te has de imponer una eterna sujecion? Si sales un rato sólo, si tu espíritu se eleva y se explaya en otros objetos que no sean los sencillos cuidados del hogar, luégo volverás más contento á mi

lado para hallar en él tu descanso á más graves impresiones, con las dulces de la familia; ademas, un marido no es un amante.

—¿Por qué no puedo serlo yo? me preguntó Eduardo sonriendo.

—Porque no es lo regular ni lo natural, y te cansarias en breve de serlo. Sueño es buscar sueños; la realidad, si es algunas veces triste, es tambien hermosa muchas veces; y la realidad más bella es un buen marido en el matrimonio, y no un rendido amante.

Mi marido me abrazaba y se iba; pero desde que hubo roto la mano de Dios los lazos que le unian á la Vizcondesa, jamas volvió á abusar de mi confianza y buena fe, y siempre le vi volver á casa con la fisonomía abierta, tranquila y alegre.

La necesidad del trabajo se hizo sentir bien pronto, como sucede siempre en toda alma fuerte y tranquila. Mi marido volvió á aparecer á la cabeza de un partido político, y ocupó en la Cámara y en la Prensa uno de los sitios más distinguidos y más honrosos.

El nacimiento de mi hija vino á poner el sello á todas las esperanzas que yo alimentaba, y á convertirlas en realidades.

¡Honorina! este nombre es para mí como un eco del cielo; y despues de escrito, debo cerrar estas Memorias, que empecé cuando áun la llevaba en mi seno, y que á ella dedico para que la hagan distinguir los sueños de las realidades.

Si hubiera dado á luz un hijo, hubiera guardado éstas y hubiera escrito otras, porque creo que una madre debe

dejar á sus hijos las lecciones de su experiencia; así, este manuscrito es el que dedico á mi hija.

No olvides nunca, mi Honorina, y que estas memorias que te daré el dia de tu casamiento te lo recuerden, que es locura el exigir la perfeccion absoluta, el extremo rendimiento, la contínua adoracion en tu marido; así como es locura tambien el creer que todo en los hombres es falsedad, ambicion y crueldad; no caigas nunca en ninguno de esos dos errores en que yo he sido educada, y que hubieran acabado con mi razon á no haberla sostenido los principios fijos, religiosos é indulgentes que, como una santa semilla, sembró en mi alma mi buena aya, á la que debo toda la felicidad que hoy disfruto.

Sobre todo, hija mia, por nada ni por nadie rompas, en tanto esté en tu mano, el santo lazo del matrimonio, si estás unida á un hombre á quien amas y que sólo ha delinquido por debilidad ó arrastrado por malos consejos. No hay compañía y proteccion más santa y más eficaz, más legítima y más respetada que la del marido.

Un mes despues del nacimiento de mi hija recibí esta carta de la Habana por el correo inglés.

«Tal vez, querida Condesa, ha olvidado ya, en medio de la felicidad que la rodea y que tanto ha merecido, á la pobre Gracia; pero ella se acuerda de V. y, aunque con mucho rubor, se lo dice en estas mal escritas líneas.

»Mis proyectos de retiro y de convento cayeron al suelo, así que reflexioné algun tanto. ¡Ay, á los veinte y tres años, es tan difícil renunciar ya á ser feliz para siempre! En medio de los mayores dolores canta la juventud el himno de la esperanza. Salvador se venía á

Ultramar; Sandoval se venía tambien y le acepté para compañero de viaje: áun amaba á aquel hombre que no me quiso jamas, y que desde hace algunos años me desprecia.

»Ahora ya no le amo: hay aquí jóvenes adorables, que hacen de la mujer una divinidad, un ídolo, al que sirven de rodillas. Al verlos me disgusté profundamente con Sandoval, y le dije que ó queria ser amada de esa suerte ó me dejase en libertad de hacer mi gusto.

»Pronto brillé como un astro en todos los saraos, en todas las fiestas de la capital de Cuba. Tenía razon su abuela de V., Condesa: aquí son todos los hombres ciegos y rendidos adoradores de la mujer; esclavos de sus caprichos. Ademas, aquí corre el oro con mayor abundancia que el cobre en ese viejo mundo: así es que me agrada mucho más este país y en él me quedo.

»Ya no amo al Marqués de Prado Hermoso, que va engordando como sucede á todos los que se casan: ya he despedido tambien á Sandoval, y cuando me canse de ser adorada y festejada y rica, no me faltará aquí algun convento donde llorar.

»Adios, mi querida Condesa: V. que reza, dirija al cielo alguna oracion por esta loca Gracia que la abraza y que la ama y la admira, pero que no puede imitarla.»

VII.

CONCLUSION.

Abro estas Memorias en sus últimas hojas, despues de muchos años.

Mi marido, despues de haberme hecho la más dichosa de las mujeres, murió á los diez años de haber nacido mi hija, habiendo sido modelo de esposos y de padres.

Mi hija, modelo el más acabado de todas las gracias y perfecciones, le ha seguido al sepulcro un año despues de su casamiento con el hombre á quien amaba, y al dar á luz su primer hijo, que la ha sobrevivido pocos instantes.

¡Eduardo! ¡Honorina! ¡Dichosos vosotros que os hallais reunido á los piés de Dios!

¡Rogad al Todopoderoso por la que queda acá abajo, y que os ha dedicado todo su amor!

Dentro de cuatro dias salgo con Felicia para encerrarme en el retiro y la soledad.

Con esta fiel amiga hablaré de vosotros, porque vosotros la conociais y la amabais. Con ella y con vuestro recuerdo, áun espero hallar algun consuelo en los dias que he de vivir sobre la tierra.

¡Bendito sea Dios, que me deja todavía esta felicidad!

Jamas nos desampara del todo su mano providente:

Jamas deja á los que le aman en el abandono y en el dolor.

Cuando mire á la estrellada bóveda, hablaré con vosotros por medio de la oracion; esperaré veros, y creeré escuchar vuestras voces en el murmullo de las hojas y de las flores! Iré con Felicia á visitar vuestros sepulcros, y conservaré hasta que me reuna con vosotros, dos de los más grandes beneficios de la humanidad: La Esperanza y La Fé.

FIN DE LAS MEMORIAS DE UNA MADRE.

PARTE SEGUNDA.

LA VIDA REAL.

EL MATRIMONIO.

ESTUDIO.

«. . . . . .
. . . . . .
¡Lazo dulce, lazo tierno,
cuando lo forma el amor!
Nudo, si no, de dolor,
y un purgatorio, un infierno!
. . . . . .»

(MARIANO ZACARÍAS CAZURRO, *Los dos amigos y el dote*, comedia en un acto.)

CAPÍTULO PRIMERO.

I.

El matrimonio es la base de la familia; y este estudio, dividido en tres capítulos, ha sido escrito, ante todo, para que las madres reflexionen en dos cuestiones importantísimas de la vida, en el ejemplo que deben dar á sus hijas, y en las condiciones que éstas deben llevar al matrimonio para conseguir, no sólo el amor de su esposo y de sus hijos, sino tambien la más alta estimacion de éstos; que *amar* y *estimar* no son sinónimos ni pueden serlo.

Vosotras, como yo, mis queridas lectoras, habréis

oido decir muchas veces que el matrimonio es el verdugo del amor ; que la posesion mata las ilusiones, y que el deber hace aborrecible el yugo matrimonial.

No soy propensa ni á disputar ni áun á contradecir; tampoco soy propensa á la burla, sino al sentimiento; en mi humilde esfera de pobre y aislada mujer, tomo la vida *en sério*, como dice el ilustre Castelar en su admirable biografía de Dumas padre ; sí, creo que la vida es una cosa grave, y que cada uno debe seguir un ideal al que consagre las mejores horas de su existencia, y que le sirva de faro en medio de los más tumultuosos acontecimientos.

Mi ideal ha sido siempre el bien ; lo he dispensado, lo he practicado de todas las maneras posibles ; y cuando muera, detras de mí quedarán numerosos libros que he escrito ¡sábelo Dios! con el solo fin de hacer bien á mi sexo, de distraerle, de enseñarle la verdad, tal como mi razon y mi corazon la comprenden.

Grande y lamentable error encierran las afirmaciones que más arriba he señalado, y que tanto desacreditan y relajan el santo, noble y dulce lazo del matrimonio ; no lo creais, mis queridas señoras, mis jóvenes lectoras, que acaso os asusteis al pensar en que un dia seréis esposas, al temer veros desdeñadas ó miradas como pesada carga para vuestra esposo ; no lo creais, porque si el matrimonio se lleva á efecto con buenas condiciones, no hay estado á la vez más dichoso y más digno.

No, no es la posesion la que acaba con el amor ; ¿acaso el que ambiciona un lienzo, un soberbio cuadro de Murillo, de Rubens ó del Ticiano, y llega á poseerle, le

desdeñará, le aborrecerá en cuanto le vea en su casa? No, eso no es posible, á ménos que salgan en el lienzo manchas é imperfecciones que ántes no tenía; á ménos de que se halle con que lo que creia un magnífico original es una mala copia llena de defectos.

Digámoslo en honor de los maridos: muchas mujeres que ántes de casarse, que en el tiempo feliz de sus amores parecian por lo bellas y amables cuadros de Murillo, se convierten despues de casadas en trasuntos desgraciados de la incuria, de la irascibilidad y de la intolerancia.

¡El marido así engañado no es extraño que se canse de la posesion, es decir, de la posesion de defectos que no sospechaba siquiera!

II.

Si se considerase el matrimonio con la altura que merece; si se cuidase con empeño de conservar las ilusiones y la estimacion del hombre, y si la mujer no abandonase jamas el alto pedestal á que sus virtudes y sus nobles cualidades le dan derecho cuando las posee, el matrimonio se consideraria, y con razon, como un permiso otorgado por la sociedad y por las leyes para ser felices á la vista de todos, dos seres que se aman, que se entienden y se convienen, *ante todo moral é intelectualmente.*

Miéntras no preceda la union del alma á la de los intereses, el amor del espíritu al de los sentidos y la *estimacion* á la *aficion*, el matrimonio será siempre el hierro

duro y frio que obliga á dos condenados á vivir unidos con la misma cruel, pesada é inquebrantable cadena.

Conozco hombres que mejor que con su esposa se hallan con el más vulgar de sus amigos ; al ménos con éste hablan de algo, y la esposa imprudente no le dirige la palabra más que para reconvenirles ; no simpatiza con ninguna de sus ideas ; reprueba cuanto su marido hace y dice, y convierte su presencia en un castigo y su palabra en un suplicio.

El marido necesita la aprobacion, la benevolencia, y muchas veces hasta las lisonjas de su mujer: si pudieran saber cuánto estima todo esto el hombre, las mujeres se envanecerian, y con razon , y serian, por gratitud á lo ménos, más amables en su hogar; los amores culpables, los lazos ilegítimos, que son desgraciadamente los más durables, se sostienen, no por las virtudes de la mujer, si no por sus cualidades agradables : ¿qué no logrará, pues, la esposa que reuna unas y otras?

Para soportar todos los defectos de su esposo la mujer debe amar al hombre á quien se una, no locamente, sino con un afecto profundo, leal y sincero : debe tener fe en su probidad, en su valor y en su corazon ántes que en su talento, porque para la *vida real*, para la vida práctica, no son tan precisas las cualidades brillantes como las sólidas : la elevacion del alma, la dignidad del carácter son prendas seguras de dicha para la mujer, cuando ha sabido elegir un esposo que las posea ; en cambio los grandes talentos, *los genios*, llenan el mundo de resplandores ; pero son insoportables para maridos, por lo mismo que no se avienen ni se doblegan

á las vulgaridades—como ellos las llaman—de la vida.

¡Y hay en la existencia tanta prosa, es tan peligroso para la dicha doméstica el alimentarse de quimeras! La vida, como ya he dicho, es, á mi parecer, una cosa grave, y que es preciso tomar gravemente, bajo la pena de sufrir muchos desengaños.

III.

Una mujer hermosa, de elevada clase y de gran fortuna, se volvió al año de estar casada tan displicente, tan desdeñosa y tan dura para su pobre marido, que todas sus amigas y hasta su propia familia la reconvenian por un proceder tan injusto.

—¿No ves que tienes con tu marido una altanería insoportable? le decia un dia su madre. Mira que la paciencia de los hombres no es muy durable, y que la de tu esposo se puede acabar.

—Yo cumplo el primero de mis deberes, pues le soy fiel, respondió la interpelada.

—¿Por qué gastas tanto y tan inútilmente en las modistas? le preguntaba otro dia una de sus hermanas. Vas á perjudicar al fin los intereses de tu casa.

—Soy fiel á mi marido, y no debe quejarse.

—¿Por qué tienes mal humor casi de contínuo? le pregunté yo, su parienta cercana, en otra ocasion: ¿No temes aburrir á tu marido, mostrándote de contínuo enojada y displicente?

—No he pensado en eso; le soy fiel, y nada más tiene derecho á pedirme.

—¡Oh cruel fidelidad! exclamó el esposo que nos oia, y que, en efecto, se hallaba ya muy al cabo de su paciencia: ¡Oh fidelidad! ¡Cuán cara me cuestas!

Ciertamente, el primer deber de la mujer es la fidelidad conyugal; pero despues, ¡cuántos otros tiene que cumplir!

Toda la ciencia, todo el talento de la mujer deben dirigirse á un solo punto: á *hacerse precisa* á un hombre digno y honrado; ése es el camino que conduce al matrimonio, y despues de llegar á él, debe hacerse más precisa que ántes al hombre á quien ha elegido; debe ser su amiga, su confidente, una parte, en fin, de su compañero en el camino de la vida, pero una parte integrante sin la que no pueda vivir.

Los matrimonios así unidos, han sido un noble ejemplo de los siglos.—La fábula misma ha creado una graciosa y dulce imágen del matrimonio en los viejos consortes Filemon y Baucis, que pedian á los dioses morir juntos, y fueron convertidos á la vez en dos frondosos árboles, á cuya sombra iban los jóvenes á decirse amores y á pensar en su próxima ventura conyugal.

CAPÍTULO II.

I.

No es tan difícil como se cree el hallar la dicha en el matrimonio, siempre que se tenga la firme voluntad de obtenerla.

Diré ante todo mi opinion acerca de lo que puede llamarse la base de este segundo capítulo de mis estudios acerca del matrimonio : y es que la virtud severa, intolerante y ceñuda jamas ha tenido prosélitos, y cada dia ha de contarlos más escasos.

Es una verdad un poco triste; pero es una verdad que el hombre es egoista, y que ama más lo agradable que lo bueno; ante todo, es necesario distraerle y separarle las espinas del sendero de la vida.

Uno de los más errados caminos que puede adoptar la mujer, es la absoluta abnegacion de su persona; el consagrarse por completo á las faenas de la casa y al cuidado minucioso de los quehaceres materiales, le hará parecer á los ojos de su marido —y áun á los de sus hijos— no la *querida* adorada, que siempre debe vivir en la *esposa*, sino el ama de gobierno, que cuida de lo más prosaico de la vida.

El esposo, el padre, el hermano, los hijos, deben disfrutar los resultados del buen gobierno, la alegría y la paz del hogar; pero jamas deben ver los pormenores: la economía doméstica es una máquina que el hombre gusta de ver funcionar; pero cuyas ruedas, cordaje y mecanismo interior, jamas debe ver, cuyo áspero chirrido jamas debe oir.

Mis queridas señoras, no riñais á vuestros maridos porque se levantan tarde; dejadlos dormir y durante las horas de su sueño matinal, trabajad en los mil detalles necesarios al buen gobierno de vuestro interior : corregid, reprended, enseñad, contad con vuestros criados; la mujer casada ha de ser dos: la que dicta órdenes y la que

ejecuta. A ésta última que jamas la vea su marido, si es posible; á la otra que la vea siempre revestida de dignidad y de un carácter dulce y conciliador.

II.

No es la fidelidad conyugal, como ya dije en el capítulo anterior, el único deber de la mujer casada; es el primero, pero despues le quedan infinitos que cumplir.

Se han visto muchas mujeres infieles perdonadas sincera y noblemente por sus esposos, porque éstos conocian bien que no podian vivir sin ellas; tal era lo dulce de su carácter, más dulce por la falta que tenian que redimir; tal era la elegancia de sus maneras; tal era la animacion, la alegría, la vida que su presencia daba al hogar.

Y en cambio, ¡cuántos maridos desgraciados hay que darian algunos años de su vida por poder desatar el lazo fatal que les oprime! ¡Sus mujeres son fieles, virtuosas, irreprensibles; muchas veces devotas y tenidas en olor de santidad; y sin embargo, ellos las miran con horror, con tedio, con invencible aversion!

Hoy, que la idea progresa rápidamente; hoy, que la libertad del pensamiento es, á lo ménos individualmente, una verdad, busquemos en los lazos ilícitos la base del mal, y se hallará que es casi siempre la esposa la causante, aunque sea algunas veces la causante inocente, porque, como he dicho ya, el hombre ama ante todo lo

que es agradable, y la esposa lo es pocas veces, aunque muchas sea buena.

No esperemos nunca del hombre, y ménos del marido, una virtud, una abnegacion que no puede tener: nuestro siglo es esencialmente sensual, y los hijos de este siglo agitado, aman la elegancia, la alegría, la conversacion amena, el lujo y la buena mesa; todo esto le brindan al hombre las amigas que se busca ó *que le buscan*, que ambas cosas suceden. Nada de esto le da su esposa, y cuanto más buena, cuanto más irreprensible, ménos de todo esto le concede; en su casa ve la prosa, la displicencia, quizá las reconvenciones. En la ajena halla el halago, la adulacion, el cariño — por lo ménos aparente — el traje elegante, el peinado provocativo, las incitantes sonrisas, las flores, los perfumes, el piano que espera para sonar á que él pida la música que le agrada; el té graciosamente servido, la media luz entre cortinas de seda, la conversacion agri-dulce de las novedades del dia; todo esto lo paga, es verdad, y lo paga muy caro, porque á veces sacrifica á estos goces hasta el pan de sus hijos; pero ya lo he dicho, el hombre lo sacrifica todo á lo que es agradable; la abnegacion sólo halla ya su asilo en el alma de la mujer, de la esposa, sobre todo en la madre.

Sed, pues, señoras mias, madres y esposas. Defended vuestro bien, vuestro marido, el padre de vuestros hijos, violentaos en ser agradables, en disimular vuestros enojos, aunque tengais razon; violentaos en vestiros, en peinaros, en comprar flores; no olvideis vuestras habilidades; dad, en fin, á vuestros esposos todo lo que les ofrecen las enemigas de vuestra dicha. ¿No les habeis

dado lo mejor, que es el corazon? ¿Qué valen despues de éste todos los donativos? ¿No dariais por ellos vuestra existencia? Pues ¿qué valen todos los demas sacrificios, y por qué no habeis de tener fuerza de voluntad para vestir de flores la prosa de la vida?

—¡La familia se va!—dicen los racionalistas. ¡Ah! ¡No dejeis que se vaya! Levantad las blancas manos y sostened ese sagrado edificio, pronto á derrumbarse, y que es, no sólo nuestro refugio, sino el del hombre tambien, por más que diga; porque cuando las ilusiones se van en las alas de los años, el hogar es preciso, y nada hay sobre la tierra que lo reemplace.

III.

La terrible leccion que encierra la novela del ilustre Balzac, titulada *Una doble familia*, no ha sido de gran provecho para nuestra época. Cada dia vemos más hombres que tienen una *doble familia*, un hogar doble; pero ¡ay! es porque en el verdadero, en el solo hogar que debieran tener, no hallan la dicha, el calor, la simpatía, la amiga del alma, en fin.

Veo algunas veces en el teatro matrimonios, que en toda la velada se dirigen ni la palabra, ni la mirada. Estos seres, unidos por la cadena de la ley, y que viven cada uno por sí, solos moralmente, eternamente solos; estos seres, aislados en una atonía del alma, ó buscando como refugio malos pensamientos, me causan una pena que no puedo explicar. ¡No, no conozco desgracia más

horrible que la de dos esposos que han llegado á ser extraños el uno para el otro!

Con ciertas condiciones solamente es como puede ser el matrimonio santo, noble, dulcísimo é indestructible: si esas condiciones no existen, las bendiciones del sacerdote en nada contribuyen á la union de las almas; sin esas condiciones, el lazo es un dogal, y hasta la familia desmoraliza, pues los hijos aprenden desde temprano á aborrecer una institucion, que parece tener por base la violencia y el dolor.

¡Ah, lectoras mias! no sólo porque muchas me lo pedís, sino porque lo considero en mí un altó y sagrado deber, alzo mi débil voz—creo que de mi sexo la primera en España—para deciros: «¡Salvad la familia! ¡Conservad el hogar, dulce refugio de la edad madura y del invierno de la vida! ¡Reflexionad, amigas mias, en que está en nuestras manos gran parte del remedio del mal!»

Los amores ilegítimos, la *doble familia*, traen al hombre siempre graves sinsabores, disgustos de todo género, y traen á su conciencia—á la moral siquiera, ya que no sea á la religiosa—terribles perturbaciones; es evidente que todo esto lo sufre á cambio de huir la prosa del propio hogar; pero es evidente tambien que el dia en que la esposa sepa hacerle su casa tan agradable como halla la casa ajena, el hombre, por lo mismo que es egoista, se hallará mejor con lo que es suyo, que con lo que tiene que comprar; mejor en paz, que en guerra con su conciencia; mejor respetado, que desdeñado y culpado por su familia.

Aun hay materia para otro capítulo, tratándose de la

importantísima cuestion social, que hoy no hago más que indicar, pero que trataré bajo todas sus fases en un libro que en breve daré á la prensa, con el que creo hacer un gran bien á mi sexo, y alguno tambien, aunque no lo pretenda, al sexo fuerte; que el hombre, contra lo que dicen los pesimistas, tiene en su naturaleza mucho de noble, y con todo lo que sabe y puede, muchas veces anda en tinieblas, y otras cierra los ojos al sol que le deslumbra; pero contempla con melancólica alegría el rayo de blanca luna que, sin ofenderle, le muestra los abismos del camino.

CAPÍTULO III.

I.

Terminaré con este capítulo algo de lo mucho que hay que decir respecto del matrimonio, porque esta importante cuestion social no está más que bosquejada en éste y en los dos anteriores. En un libro de que me estoy ocupando, y que se titula *El Hogar; Escenas de la vida doméstica*, explanaré más mi pensamiento; y creo que resumiendo y coordinando lo que he visto, observado, pensado y sentido, formaré un libro que hará algun bien á la mujer... y acaso tambien al hombre.

¡El hogar! ¿Qué hay en el mundo que le reemplace, cuando el viento de la experiencia barre despiadadamente las ilusiones? El hombre, que es algunas veces más

frívolo que la mujer, le busca y le prefiere á todo, á medianamente arreglado que esté, á poco calor que en él encuentre: al llegar á los cuarenta años, las galanterías y las frivolidades le parecen ridículas — y con razon — y anhela las afecciones profundas y sinceras, la tranquilidad, la vida del hogar, en fin.

¡El hogar! ¡Santo y apacible retiro, respetable para todos y de todos respetado! ¡Oásis de las tormentas de la vida! ¡Santuario de los recuerdos! ¡Dulce asilo del alma! ¡Blando nido de los amores puros! ¿Quién no ama el hogar, recordando el de sus padres, el que cobijó su cuna y sus primeros sueños? ¿Quién no le prefiere á todo lo que el mundo da?

No, el hogar no morirá jamas: ¡es una blasfemia decirlo, es una falta de corazon creerlo! ¿Dónde sería soberana amadísima la mujer? ¿Dónde iria el esposo á descansar de sus fatigas? ¿Dónde aprenderian los hijos el culto del amor y del deber? ¿Dónde tendria su santo asilo la caridad? Porque la caridad no es la filantropía, seca y árida, ni la acompasada beneficencia, no: la caridad, que es el amor á nuestros semejantes, que es dar un poco de nuestro pan y alguno de nuestros vestidos: que es dar, en fin, una parte del corazon, vive en el hogar, y la madre es la que pone en la manita de sus hijos la primera limosna.

No se puede negar que hay personas frívolas y ligeras, niños y niñas toda su vida, lo mismo á los quince que á los sesenta años: esas personas son las únicas que no necesitan el hogar: los hombres pasan toda su vida en los salones, diciendo cosas dulces á las damas, mari-

poseando, y luégo *abejorreando*, permítaseme la frase, porque de mariposas alegres se convierten en tristes abejorros; las mujeres se dedican á devotas cuando ya no les dicen flores en los salones, y se pasan el dia en la iglesia, rezando más con los labios que con el corazon; pero debe decirse, en honor de la humanidad, y en honor tambien de nuestro siglo: hay más personas de corazon que personas que carezcan de él, y más que necesitan el dulce calor del hogar, que las que sólo viven en la vida exterior y frívola.

¡Tú, oh Dios mio, tú, padre de las misericordias, bendices el hogar honrado y digno! ¡Tú derramas en él tus beneficios! ¡Tú alientas al esposo en sus tareas! ¡Tú das á la esposa paciencia y fortaleza para las penas de la maternidad, y tú abres ante los ojos de ambos las verdes y alegres praderas de la esperanza! ¡Tú, Dios mio, no necesitas, no pides rezos numerosos y rutinarios, sino que exiges como primera prueba de amor, el cumplimiento del deber! ¡Un movimiento del corazon, un latido del mismo, una lágrima silenciosa, una mirada de gratitud, un óbolo al pobre, todos los dones, todos los sufrimientos, y hasta todos los goces del hogar, te son gratos, los admites y los apruebas! ¡Tú eres el padre invisible que el hogar preside! ¡Tú el que velas por tus hijos! ¡Tú el que bendices los lazos de la familia! ¡Tú el que hiciste que Jesucristo nos dijera:—*El que me ame, tome su cruz y sígame.*—¡Y la cruz está en el hogar, sobre todo para la mujer!

II.

Dicho está, que hallándose la cruz en el hogar, la mujer no puede hallar en él felicidad completa, á no ser que la busque en el fondo de su conciencia, donde la hallará sin duda alguna.

¿Pero qué importa? En todas partes ha de hallarse peor que en su hogar, que en su casa: en ninguna ha de hallar amigo más verdadero que su marido, y esto aunque le parezca lo contrario.

En los primeros meses del matrimonio es cuando la mujer debe afianzar su imperio, cuidando mucho de ganar terreno en vez de perderlo en el corazon de su marido.

Generalmente, las jóvenes, al casarse, abandonan y olvidan las habilidades que las adornaban de solteras: ¿Y por qué? ¿No anhelaban que el novio admirase su talento en el piano? ¿Por qué, pues, no han de procurar que divierta este mismo talento á su marido? ¿Merece castigo porque les ha dado su nombre, su honor y su fortuna? ¿O eran sus habilidades un cebo que empleaba para hacerle caer en la red del matrimonio?

Esto que digo aquí, mis jóvenes lectoras, si no lo dicen —porque ningun hombre bien educado dice ciertas cosas— lo piensan muchos maridos, y cuando piensan así, creedme, ya el amor se ha enfriado mucho en su corazon.

Lo mismo que de las habilidades, la música, el dibu-

jo, el frances, el leer bien y armoniosamente prosa y verso, sucede con el cuidado y atavío de la persona: la linda jóven que se peinaba y se vestia con elegancia ántes de casarse, se abandona más bien que se descuida, una vez casada: ¡Adios, talle esbelto y elegante! ¡Adios, sueltos y ondulantes cabellos, cuyos rizos acariciaban una frente de nácar! ¡Adios, dulce expresion de la mirada, adorables coqueterías de la sonrisa, cariñosos ruegos, gratos reproches de los celos! ¡Adios, todo lo que es amable! es decir, ¡adios, todo lo que se ama! ¡La esposa se ha vuelto prosaica, displicente, regañona..... á veces hasta desaseada! Y á la vez, el hombre deja de ser amante y se convierte en marido: en marido que se cansa; en marido que se aburre; en marido que manda y exige; en *amo*, en fin, ¡porque la mujer ha dejado de ser amada, y ya la mira como sierva!

¡Ay, señoras mias! ¡Guardad vuestro sitio, guardad el corazon de vuestros esposos! ¡Desde el primer dia, que os admire tanto como os ame, y sobre todo, que os estime altamente! Reflexionad, leed algun libro serio, para que podais ser su amiga, para que os pueda consultar en sus negocios, para que le entendais, en fin: hacedle pasar agradablemente las horas que esté en casa: que en su gabinete de trabajo halle el silencio y la paz, y alguna vez que vea vuestra linda cabeza rizada, entre las cortinas de la puerta, como ve un rayo de sol al traves de una nube; en su salon, que vea algunos buenos amigos durante la velada, el humeante té, la buena música que brote de vuestros lindos dedos: que oiga vuestra dulce voz alabarle, alentarle, enaltecerle: habladle en el tea-

tro, en la mesa, en paseo: la mujer de ménos talento dice mil cosas encantadoras, si la anima el amor. ¿Y á quién puede amar una mujer como á su marido? ¿A quién debe mayores beneficios? La posicion social, la proteccion, la fortuna, el afecto grave y profundo, todo esto se encuentra en el esposo: pero en nadie, absolutamente en nadie más, que en el esposo, y eso áun en el que más devaneos tiene: los sentidos le podrán arrastrar á cometer algunas faltas, pero el alma es sólo de su mujer, de la compañera de su vida, de la madre de sus hijos, si ella da á esta alma un nido de flores en la suya.

La grosería, la desatentada llaneza relajan el santo lazo conyugal: el hombre necesita una mujer buena y agradable que dé vida á su hogar; y no lo olvideis, el hombre que no tiene hogar legítimo, lo busca y lo halla en relaciones culpables: y en ese caso, de todas las faltas, de todos los errores del esposo, de la ruina completa de la familia, es responsable la mujer.

LA INSTRUCCION PREMATURA EN LOS NIÑOS.

I.

Es cosa muy comun el que las madres, encantadas de serlo —y sobre todo cuando lo son por la primera vez— deseen desenvolver lo más pronto posible la inteligencia de sus hijos, enseñándoles á pensar, cuando no deben hacer todavía más que sentir.

Apénas saben balbucear algunas palabras, ya quieren hacerles conocer las letras del alfabeto, á fin de que desde muy pronto sepan leer, lo que lisonjea sobremanera la vanidad maternal ; pero en cambio fatiga extraordinariamente el débil cerebro de los niños, y esta fatiga puede traer consecuencias muy graves para un porvenir, que todas las madres sueñan delicioso.

Siempre sublime en sus operaciones la naturaleza, parece que se ha prescrito á sí misma leyes inmutables que no se pueden allanar impunemente. Siempre segura de alcanzar el fin que se propone, marcha hácia él con tanta más seguridad cuanto más lentamente se aproxima. Querer precipitarla es retardarla en sus planes y en sus medios de ejecucion. El tiempo es el primero de estos

medios y se necesita dejarle la completa disposicion del mismo.

Si trasportásemos de repente de las regiones templadas de Andalucía á las regiones abrasadas de los trópicos, los árboles frutales de los que España se envanece con tanta razon, poco preparados, á pesar de la riqueza de su sávia, á esta temperatura fecundadora, privados del reposo ordinario que la naturaleza les concede al borde de nuestros frescos rios, á fin de reparar sus fuerzas agotadas, éstos árboles se abandonarian rápidamente á una vegetacion demasiado súbita y demasiado grande para que dejase de serles funesta.

Anchas ramas se lanzarian de sus troncos ; las yemas engrosarian en seguida; las hojas se desplegarian con rapidez, se esmaltarian brevemente de flores, y á éstas sucederian los frutos.

¡ Precocidad funesta, que sería seguida de grandes desastres, porque absorbida por esta vegetacion extraordinaria, la sávia se agotaria en el tronco; no estando preparados los órganos destinados á su elaboracion, los árboles languidecerian, sus hojas sin fuerza se marchitarian, sus flores quedarian secas, y los frutos, apénas formados, se agostarian, y caerian al suelo.

Sería preciso que un hábil jardinero hiciera detener todas estas producciones prematuras, porque sin esto el árbol mismo no tardaria en perecer.

II.

Los padres imprudentes, á los que un amor demasiado ciego extravia, deben tener presente este ejemplo, y

se evitarán muchos pesares y remordimientos ; porque así como la bondad, la belleza, en una palabra, la perfeccion de los frutos de un árbol depende esencialmente del vigor del tronco y del ramaje, así en el niño el desenvolvimiento de las facultades intelectuales debe estar subordinado á su edad y á su fuerza física. Sin esto, es muy fácil comprometer su vida, ó á lo menos su salud para siempre.

Jardineros ó cultivadores, así del cuerpo como del alma, los padres que aman á sus hijos con un amor serio y verdadero, deben evitar el apresurar una vegetacion que puede ser demasiado fecunda ; porque si obtienen frutos precoces, esos frutos no tendrán ni aroma ni sabor, y agostarán quizá el árbol que los haya producido.

Es indispensable dejar á cada edad sus trabajos y sus placeres : que en los primeros años piense sólo el niño en sus juguetes : más tarde aprenderá á leer, y entónces lo hará con prontitud y sin fatiga.

Cuando sepa leer, hay que darle algunas páginas muy sencillas, y que le distraigan más bien que fatigarle ; esas tiernas inteligencias se cansan muy pronto cuando quieren comprender lo que está fuera de los alcances de su edad.

Dejemos á los niños que lo sean el mayor tiempo posible, y sus cualidades intelectuales se desenvolverán tanto mejor.

Cuando se les empieza á instruir es preciso tambien hacerlo con órden, y no obligarles á aprender demasiadas cosas á la vez, lo que gastaria su memoria, y quizá se la haria perder.

Los cuentos infantiles, de los cuales, en un estilo completamente adaptado á la tierna comprension de los niños, se cuenta una fábula agradable, relacionada con los accidentes de la vida real, y de la que se desprende una moral pura y sencilla; esos cuentos infantiles son la lectura mejor para los niños, que acaban de aprender á leer.

Esta clase de libros—de la que desgraciadamente hay muy pocos en España—les deleita y les va inculcando dulcemente, y sin que se aperciban de ello, ideas nobles y elevadas, nociones exactas acerca del bien y del mal.

III.

Paréceme que, en cuanto á las niñas, es hacerles un grave daño el sembrar en su cabeza las semillas de la ciencia, que crecen con dificultad y dan siempre malos frutos; á mi juicio se desea hoy que las jóvenes sepan demasiado, y luégo se las acusa de sobrado positivas, de poco ingenuas, de *poco jóvenes*, en una palabra, y acaso no es la culpa suya, si no de sus madres, por el método de educacion á que las sujetan: este método consiste en hacerles estudiar todo el dia una cosa tras otra, sin reservar algunos instantes para desenvolver los sentimientos del corazon, sin pensar en que todo se despierta y se cultiva á un tiempo en los niños.

Es necesario procurar, ante todo, desarrollar en las niñas el sentimiento de lo bello y de lo bueno; en su muñeca aprende de antemano los deberes de la mater-

nidad, y puede decirse que este juguete es su primer amor; con la muñeca se divierte y se instruye á la vez, pues aprende á cortarle, probarle y coserle los vestidos, y á educarla, acostándola, levantándola y llevándola á paseo á horas regulares, y repitiendo, en fin, con la muñeca, todas las instrucciones que ella recibe.

El esparcimiento y una libertad razonable del espíritu y del pensamiento es indispensable en los niños de ambos sexos: la extremada severidad, el deseo de que estudien en demasía, una seriedad exagerada, en fin, coarta las amables expansiones de la infancia, inclinan á las niñas al disimulo y á la melancolía, y quita ingenuidad á sus sentimientos y sensibilidad á sus corazones.

IV.

Por lo que toca á los niños, es tambien una grave equivocacion el creer que se adelanta algo en su educacion, apurándoles para que estudien todo lo posible; hay que estimular algun tanto á los perezosos; pero á los que son laboriosos por inclinacion y carácter, es preciso más bien contenerlos que empujarlos demasiado, porque los estudios se empiezan cuando las facultades intelectuales se desarrollan, es decir, cuando todo exceso es perjudicial.

Triste corroboracion de esta verdad es el caso que voy á referir.

Hace dos años, una familia que vivia en París contaba entre sus individuos un hermoso é inteligente niño

de edad de catorce años, que estaba preparándose para ingresar en la Escuela Politécnica: tenía aún que sufrir los últimos exámeñes en el Instituto, y su afan por el estudio era extremado; sin dedicar ni un instante al reposo ó al esparcimiento del ánimo, pasaba todo su tiempo trabajando, y las noches sin dormir. Sus padres, deseosos de que hiciese unos exámenes brillantes, le animaban en vez de contenerle, y no veian la palidez y las ojeras que iban desfigurando el rostro del pobre adolescente.

La víspera de los exámenes cayó enfermó el escolar con una fiebre cerebral; su pesar, y el de sus padres, imprudentemente expresado, aumentaron la dolencia, y despues de algunos dias de estar suspendido entre la vida y la muerte, ésta separó al fin sus negras alas de aquella juvenil cabeza; las fuerzas y la vida volvieron; pero ¡ay! la hermosa y vívida luz de aquella inteligencia se apagó, para no volver á lucir jamas! El pobre niño quedó idiota para siempre.

Este terrible caso se ha repetido otras várias veces; no se puede abusar de las fuerzas del cerebro, y la tension de éste hay que equilibrarla ocn el ejercicio físico; de no hacerlo así, es de esperar en tiempo más ó ménos largo una catástrofe.

Los padres, y sobre todo las madres, que son los ángeles guardianes de sus hijos, deben pensar siempre en el triste ejemplo que dejo referido, para evitarse el dolor mortal de verlo reproducido.

CORRECCIONES Á LA INFANCIA.

I.

Voy á tratar en estas líneas de un asunto que parece de poca importancia, y que, á mi pobre juicio, la tiene inmensa.

«El mundo marcha», como dice un gran pensador de todos bien conocido, y al marchar lleva por guía la sagrada antorcha del progreso: no es posible retroceder: la idea adelanta, y por más que se diga que nuestra época es descreida, la luz de la razon envia su destello al alma y robustece todas sus nobles facultades.

La progresiva cultura ha traido las buenas formas para todo: la insolencia, la grosería son ya miradas, y con razon, como repugnantes y despreciables: los hombres discuten, y no disputan, en nuestros dias: una frase seca ó irónica hiere más que un bastonazo.

A la mujer se la exige cada dia más cultura, y por consiguiente, más gracia y más suavidad: la mujer hoy rei-

na más por el ingenio que por la hermosura; más por el alma que por los sentidos; más la anhela el hombre como compañera y amiga, que como amante.

El hombre, por medio de la razon, debe realizar todos los hechos de la vida exterior. La mujer, por medio de su bondad inteligente, debe dirigir toda la vida interior de la familia. El hombre está llamado á instruir á sus semejantes por medio de la ciencia: la mujer á educar á sus hijos por medio del arte, que es lo bello. Porque la instruccion es lo externo, es lo que cada uno consigue mediante su íntima reflexion, avivada por el sentimiento fundado en el amor á todo lo verdadero, á todo lo bello, á todo lo bueno, que existe inextinguible en el fondo del alma humana.

La mision de la madre es y debe ser toda de dulzura y de persuasion, y teniendo arraigada esta creencia en el fondo de mi alma, no puedo expresar con palabras el sentimiento de horror y de disgusto que experimento cuando veo golpear á un niño con ceguedad y cólera: todo lo que hay en mi alma de noble y altivo se subleva y condena á esas madres, que no merecen tan sagrado y dulce título.

La madre sólo debe levantar la mano sobre sus hijos para acariciarles, para bendecirles: el castigo riguroso y severo pertenece al padre, cuando es preciso emplearlo: pero ni áun en los casos más extremos comprendo tampoco el castigo material, indigno de quien piensa y siente, y acaso más ultrajante para el que le inflige, que para el que lo sufre.

II.

Una mirada severa de un padre digno y honrado; una advertencia hecha seriamente; una reprension á tiempo cubre de vergüenza la frente de su hijo, y no conseguirán los más crueles y repetidos golpes lo que estos medios no consigan.

Respecto de las niñas, el sentimiento de la dignidad debe ser en la mujer tan puro y virginal, que sólo con pensar en que alguno ha llegado á su persona para maltratarla, padece ya: no podria mi pluma expresar el ódio, el desprecio que me inspira un hombre que maltrata á una mujer, y creo que el que es capaz de semejante villanía, debe ser muy cobarde con los hombres, y tolerará todos los insultos que le dirija el sexo fuerte: porque el que abusa de la debilidad no conoce más que la bajeza y la infamia.

¿Qué diré, pues, de los padres que golpean á sus hijas, de cualquiera edad que sean? Sólo una cosa: que las acostumbran á un trato infamante, y que harán de ellas mujeres sin dignidad y sin decoro.

¿Cómo se quejarán de un esposo que las maltrate, si ya están acostumbradas á la degradacion y al ultraje? ¿Ni qué les importará una dignidad que desde muy temprano se ha debilitado, cuando debe ser el más firme sosten y el apoyo más fuerte de nuestro sexo?

La libertad bien entendida y razonada es precisa en todas las edades, y la criatura debe empezar á disfrutar-

la desde su más tierna infancia, es decir, desde que empieza á desarrollarse en ella la facultad de pensar, y áun otra que es más prematura: la facultad de sentir.

III.

No se puede *torcer la voluntad* de los niños en todo y por todo, segun era el sistema de nuestros abuelos: en vez de *torcerla*, en vez de violentarla, es mejor *dirigirla:* dejad al niño su graciosa iniciativa, su inocente malicia, sus ruidosos juegos; dejadle que desee, que pida y que se mueva, y no encerreis su voluntad, como un pobre pajarito en una jaula de espesos alambres, en los límites de vuestra severidad: á los niños no se les puede reñir por poca cosa, porque su oido se acostumbra á las reconvenciones y se pierde á sus ojos la fuerza moral: dejadles correr, saltar, gritar, cantar y áun romper; ¡ay! ¡los dolores de la vida les han de atar tan pronto con odiosas cadenas! ¡Es tan fugaz su inocente alegría, que el arrebatársela es un crímen tan inútil como cruel!

Basta, para corregir á un niño, demostrarle un semblante serio ó privarle de algunas caricias; porque las criaturas que se educan con amor son sensibles en extremo, y nada pule y labra mejor las índoles duras que el cariño y el lenguaje tierno y persuasivo.

Claro es que las faltas ya de alguna magnitud necesitan correctivos. Pero que éstos sean siempre de aquellos que no relajan la dignidad del alma, más despierta y susceptible en los niños de lo que algunos padres impru-

dentes se imaginan: lo esencial, lo preciso, es apelar al decoro, al pundonor del niño, en vez de rebajarle ante sí mismo: es hacerle entender este principio saludable.

«Te corrijo y castigo, hijo mio, para rehabilitarte á tus propios ojos, y no por abuso de autoridad ó de fuerza: lavado de tu culpa, volverás á estimarte y te estimarán todos: paga la deuda que debes á tí mismo y á la moral.»

Esta es la mision del padre; y al mandar á su hijo que se esté encerrado en su cuarto aunque sea un mes, al disponer que coma solo, privándole así de la sociedad de la familia, este padre digno y justo, que no se degrada hasta imponer un castigo corporal, será mirado por el hijo á quien corrige, con altísima estimacion y profundo respeto.

IV.

La mision de la madre es más fácil y más dulce: la privacion de un beso es ya un cruel castigo para sus hijos, que deben estar adheridos á ella como la hiedra al tronco que la sostiene.

Mas para quitar algo, y para que los niños sientan la privacion de lo que se les quita, es necesario darles mucho: es preciso tratarlos siempre con dulzura, con cariño, con indulgencia: es necesario que la madre sea ademas de su ángel protector, su amiga, la compañera de sus juegos; es preciso que el seno maternal, así como es fuente de vida para el niño, sea tambien su amparo y su refugio.

Por este método, los niños de ambos sexos, al llegar á la juventud, áun son niños dóciles para sus padres; mas cuando han salido de la infancia, la mision de la madre, sin perder nada de su delicadeza, necesita mucha más reserva: jamas debe mandar á su hijo, ya hombre, ni á su hija, ya mujer, nada en que sepa que la obediencia puede vacilar: jamas debe entablar lucha alguna en que pueda quedar vencida y desprestigiada su dulce autoridad: jamas debe chocar con sentimientos del corazon, con pasiones más fuertes que el cariño que la profesen sus hijos: debe provocar dulcemente la confianza de éstos, y aconsejarles con ternura y energía, pero sin dureza, y de esta suerte es seguro su triunfo y jamas puede ser vencida

Dejemos al niño sus gracias inocentes, su ingenuidad su ignorancia encantadora: al tierno arbusto no se le exigen frutos en tanto crece; se le deja cantar respondiendo á las caricias de la brisa; murmurar á la hora en que la luna se asoma al cielo y aparecen las estrellas, para que despues, árbol frondoso, dé sazonados frutos y protectora sombra.

DEL ÓRDEN Y DE LA ECONOMÍA.

I.

Ved aquí, mis buenas y constantes lectoras, dos palabras que encierran el secreto de la paz, de la alegría y de la felicidad de la familia: porque donde hay disgustos no hay contento, ni donde hay un fondo amargo puede haber dulzuras y dicha.

¡La economía! ¡Modesta virtud, que de tan buena gana preside el hogar, cuando se la acoge en él, cuando se la ama y se la consulta! ¿Por qué se le aprecia hoy tan poco, por qué se mira con desden su blanco y limpio ropaje, y se anteponen á su casta y dulce sonrisa los soberbios alardes de la ostentacion y de la vanidad?

¡El órden! ¡Dulce auxiliar, al que conduce de la mano el ángel de nuestra guarda, que duplica las horas, y que alarga el tiempo todo lo que es necesario para los trabajos útiles y los inocentes placeres! ¿Por qué preferimos á él el torbellino de las diversiones y el deseo inmoderado de ruido y de aturdimiento?

Preguntas son éstas á las cuales es muy difícil contestar, puesto que nadie sabria por qué, en esta parte prefiere lo inútil á lo saludable, y lo malo á lo bueno.

Fuerza es confesarlo : nuestra época, tan fecunda en adelantos, se halla acometida del vértigo del lujo y del ánsia de las diversiones: cada uno gasta más de lo que tiene: cada uno quiere aparentar más de lo que es: cada uno anhela hacer alarde de esplendidez y de riqueza, y cada uno lleva en el alma un mal oculto, pero terrible, devastador: el cansancio de una existencia, cada dia más difícil por las exigencias de este siglo de vanidad y de oropel.

—¡Qué trabajo tan grande es vivir!

Estas aterradoras palabras las oí yo hace algunos meses en los rosados labios de una casada de veinte años, que hacía sólo dos que estaba al frente de una casa, y que era madre de un niño que contaba uno.

—¿Que es trabajo vivir? repetí atónita de asombro y mirando á mi amiga.

—¡El más insoportable! me respondió.

—¿Para quién?

—Para todos: para mí la primera.

—¡Para tí! ¿Pues qué te falta?

—Materialmente, nada; pero la vida está llena de dificultades: el sueldo de mi marido es corto.

—Arréglate á él.

—Es imposible: los criados cuestan más cada dia.

—En vez de dos, quédate con una sola sirvienta.

—No podria con el trabajo de casa.

—Ayúdale tú un poco.

—¡Yo no he hecho nunca más que bordar ó tocar el piano!

—Pues que la suerte te lo ordena, cose ahora, arregla tu casa, y ahorra la doncella.

—Mis lindos trajes de seda se han estropeado y no puedo reponerlos.

En vez de uno de raso que tenías, hazte uno de foulard ó de sedalina.

—¡Calla! Jamas descenderé de esa suerte.

—Te has casado con un hombre de modesta fortuna; tu deber es arreglarte á sus haberes.

Mi débil amiga sacudió negativamente la cabeza; á sus solas lloraba, y su marido, que adoraba en ella, la encontró muchas veces con los ojos encendidos.

No es difícil á quien ama saber por qué sufre la persona amada, y el esposo adivinó bien pronto las privaciones y las penas de su mujer.

Pensó durante muchos dias; queria hallar un medio para tener dinero; encontró uno solo; jugó, y su mala suerte quiso que ganase.

Loco de alegría, volvió á su casa con un puñado de oro que arrojó en la falda de su esposa. Al dia siguiente la modista le llevó dos lindos trajes de seda de subido precio; se aumentaron dos platos en la mesa, y se buscó una doncella más cara y de más habilidades.

Hoy, el modesto empleado, el hombre delicado y probo, es un tahur que no va á su casa sino de tarde en tarde; su destino, que él abandonó, ha sido dado á otro, y el infeliz lleva consigo el desprecio de todas las gentes honradas.

¿Es acaso feliz su esposa? ¡No! jamas lo ha sido, jamas puede serlo la esposa de un jugador.

A la verdad, algunos dias ve mucho oro en su gaveta, y puede adquirir, si le place, un rico aderezo ó un costoso mueble; pero otros, el jugador desgraciado y ciego, viene sin juicio y se lleva las joyas que compró con las ganancias de un dia feliz: y muchos ha habido en que la esposa imprudente y desgraciada no ha tenido pan que llevar á la boca.

Y luégo, ¿dónde se ha ido el decoro, la altiva dignidad de que ántes se hallaba revestida? ¡Todos sus goces están envenenados con el desprecio público!

—¿Quién es, preguntan al verla en su magnífico carruaje, quién es esa hermosa jóven vestida de seda y encajes, adornada de tan costosas galas?

—La esposa de un jugador, responden encogiéndose de hombros y con una mirada de compasion y de desprecio los interpelados.

Seguramente que la pobre jóven exclama en la soledad de sus noches:

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Cuánto más amarga es esta fácil vida, que la modesta que ántes llamaba pesada y difícil! ¡Oh, Señor! ¿Qué os responderé el dia en que me preguntéis por la conciencia, por el pundonor, por la honradez de mi marido?

II.

Algunas veces llega hasta mí una voz fatídica que grita:

—Lo principal hoy es tener dinero, ¡mucho dinero!

Este horrendo grito se escapa, no sólo de la boca de los hombres, sino tambien de los labios de los ancianos y de las mujeres.

Momentos hay en que temo oirla tambien en la boca de los niños; lo que, no hay que dudarlo, sucederá á fuerza de oirlo repetir.

No es cierto eso; lo primero es saber ganar algun dinero, y lo segundo es saber gastarlo.

Para hablar de una manera clara y general, dirémos que, segun nuestro pobre parecer, el primero de estos dos cuidados corresponde al hombre, y el segundo, y quizá el más penoso, á la mujer.

Para saberlo gastar son precisos el órden y la economía, auxiliares indispensables y preciosos para la esposa y la madre de familia.

La economía modera los gastos.

El órden hace ver dónde hay que introducir reformas, si los gastos son mayores que los ingresos.

Hay que saber, ante todo, con lo que en una casa se puede contar de un modo fijo, y despues saber lo que cuestan los alimentos, el guarda-ropa, la lavandera, los criados, el fuego para las habitaciones durante el invierno, y el alquiler de la casa, dejando ademas una suma para los gastos imprevistos.

Tal es el primer deber de la jóven que, al salir de la casa de sus padres, va á la de su esposo; en el primer mes sabrá cuáles son los ingresos y á cuánto ascienden los gastos, por cuentas escritas que formará con claridad y exactitud.

Despues de sabidas ambas cosas, todo el talento, como asimismo toda la firmeza de una mujer, deben emplearse en procurar que los gastos no sean mayores que los ingresos; gastar un poco ménos y no un poco más de lo que se tiene: tal es la gran necesidad del siglo; tal es la gran virtud que ha de calmar la angustia general, el amargo *malestar* que corroe todos los ánimos.

Amables niñas que teneis la desgracia de haber perdido á vuestra madre, y que llevais el peso del gobierno doméstico: si quereis mirar por los intereses que vuestro padre os confia; si quereis ser útiles á aquél y á vuestros hermanos, no os dejeis llevar del afan de la imitacion para vuestros trajes; no los cargueis de adornos, de lazos, de encajes; todo esto no los hará más lindos; todo esto sólo sirve para empobrecer á vuestro buen padre que se tiene que fiar de vuestro recto juicio y buen sentido; ciertos adornos, ciertas ostentaciones cuestan mucho, mucho dinero... y á veces tambien muchas lágrimas.

Aun con más cuidado debeis dejaros gobernar por la templanza aquellas que ya llevais los sagrados títulos de esposas y de madres; cuanto gasteis de más, es un daño que haceis á vuestros hijos; ya sé que el espíritu de imitacion arrastra á veces á excesos que jamas se llevarian á cabo; que, *por no ser ménos que las demas* hay mujeres desgraciadas y débiles que se empeñan en ruinosos gastos; pero ¡ay, si un nuevo Asmodeo pudiera levantar los techos de algunas casas, y hacernos ver el interior de esas familias, de las que nosotros no vemos más que el exterior brillante, ostentoso, *dorado*, por de-

cirlo así! ¡Qué dolorosos descubrimientos hariamos!

¡Cuán estricta y parsimoniosa economía veriamos ocasionada por el deseo de hacer *lo que todos hacen!*

¡Cuántos ricos vestidos, cuántos elegantes sombreros pagados al precio, no sólo del bienestar, sino de lo necesario á la vida! ¡Veriamos trajes de seda y manteletas de encaje en los armarios y en la mesa un pobre y mal condimentado alimento! ¡Veriamos ahorrar todo lo posible en la educacion de los hijos, de esos mismos hijos, á los que desde la edad más tierna se les viste de terciopelo y raso!

¡A tanto conduce el deseo del lujo á muchas pobres gentes de modesta fortuna! ¿No ha de ser amarga y penosa una vida sostenida así, ó más bien así arrastrada? ¡Qué eterna violencia! ¡Qué incesantes dolores! ¡Casi siempre qué deudas tan vergonzosas! Porque nada hay tan deshonroso como las deudas que se contraen por el lujo.

Fuerza es hablar con claridad en el arduo asunto que hoy ha acometido nuestra pluma; ese gusano roedor de las pequeñas fortunas destruye tambien las grandes: en éstas se hacen locuras más brillantes; hé aquí la diferencia que existe entre la clase media y la alta clase. Los costosos trajes, los diamantes, los adornos, la renovacion de los muebles, las flores en la estacion del invierno, los abonos en los teatros, los carruajes, los viajes, los objetos de arte y el descuido con los criados, pueden tambien llevar á la miseria á una familia opulenta y millonaria; la mujer debe reflexionar sobre esto, y evitar en cuanto esté de su parte el conducir al abismo á los que ama.

III.

Una de las mayores calamidades de la época es el afan de asistir á reuniones; se cree que el no aceptar un convite es *confesar que no se tiene un traje decente;* así, á lo ménos, lo he oido decir á algunas señoras, que, en efecto, tenian dos ó tres trajes muy decentes para la calle, pero no tenian trajes de seda de color claro ó de gasa para asistir á saraos y bailes.

Para el primer convite es preciso hacer un traje á propósito; mas para el segundo ya no sirve aquél, porque es muy conocido, y es indispensable hacer otro.

Al tercero se va con el primero; pero despues hay que hacer otro traje.

¡Qué agobio para el esposo ó el padre! ¡Qué locos gastos! Si los hace la modista, ¡qué horribles cuentas! Los dedos de la pobre ilusa se crispan al tomar aquel papel que ha de poner á su marido en una mortal congoja; de sus sienes brota un sudor helado... ¿Cómo lo pagará, si el sueldo, aunque crecido, no llega á cubrir las atenciones de la casa, el salario de la nodriza, el de la otra criada, y el gasto de la mesa?

¿Qué hará el desventurado marido? ¡Y ella le ama! ¡Ella es fiel, buena esposa, y por evitarle un pesar es capaz de todos los sacrificios..... ménos del de la vanidad!

¡Si á lo ménos se divirtiese mucho en esas reuniones que tan caras le cuestan! ¿Pero qué hace en ellas? Al

entrar en el salon, ve á muchas mujeres más elegantes que ella, mejor vestidas y cubiertas de ricas joyas; como casada y de endeble salud, no baila; sus castos oidos no quieren percibir las atrevidas galanterías de los calaveras de oficio; el solo hombre á quien ella ama, por quien ella se interesa, es su marido; no es coqueta, sino á la par que linda, modesta y pudorosa. ¿A qué va, pues, al baile? ¿Qué disfruta en él? Bajo su cara de ángel, bajo su poética apariencia, bajo ese cuerpo delicado y esbelto, ¿se ocultará la pasion de la gula? ¿Apetecerá la espléndida cena? ¡Pobre jóven! ¡Si toma una taza de té con un bizcocho, es todo lo que su estómago puede soportar!

Los galantes caballeros se agrupan alrededor de las mujeres de ardientes ojos y de provocadora sonrisa; la fiel y modesta esposa no llama á nadie, no es coqueta ni insolente, y se queda casi aislada en el ángulo donde se sentó.

¡Oh santas dulzuras del hogar! ¡Y hay quien os deje por estas diversiones! El grato fuego, la modesta lámpara, la sabrosa lectura, la útil labor de aguja y de crochet, las gratas risas del niño que duerme en la cuna, la plácida compañía de dos ó tres buenos amigos del esposo, que juegan con él un tresillo; á las once el chocolate tomado con pan dorado al fuego de la cocina, y luégo el sueño reparador, ¿no es esto preferible á una noche de baile fatigosa y vacía?

No, no son los saraos para la esposa de modestos haberes, cuidadosa de su casa, y madre solícita y tierna. Para atender á la economía y al órden de ese pequeño

reino que se llama *la casa*, tiene que levantarse temprano, inspeccionar los primeros trabajos, distribuir los restantes del dia, tomar las cuentas de lo que se ha comprado y atender á esos mil *nadas*, fatigantes sí, pero precisos para el buen gobierno interior.

Este constituye la cruz, áun para la mujer más feliz: tomémosla con valor, y no le añadamos otra más pesada, buscando el placer donde sólo existen el cansancio y la ruina.

LAS FIESTAS DE FAMILIA.

Nada conozco más bello, más agradable, que esas reuniones íntimas compuestas de la familia y de algunos buenos amigos que se unen á ella para pasar la velada de una manera agradable y modesta á la vez.

Un alegre fuego en la chimenea; una mesa bastante grande para la labor, cubierta con un tapete de buen gusto; sobre esta mesa una lámpara con una linda pantalla y varios libros; algunos muebles cómodos y sencillos; tapices espesos en las puertas, y un ligero perfume quemado en una estufilla ántes de entrar las personas que componen la tertulia; hé aquí cuanto se necesita para que una habitacion sea más agradable que el más espléndido salon.

Si no hay chimenea, basta el modesto y antiguo brasero, colocado bajo la gran mesa de labor.

Al rededor de aquella mesa se sientan con sus labores las jóvenes de la familia; una hace un encaje de crochet, otra cose una pieza de ropa blanca, ésta arregla un vestidito para su niño, aquélla borda un cuello, y en

tanto las señoras de edad avanzada hablan con la intimidad de la verdadera confianza.

En torno de la mesa de labor, que ocupa el sitio principal en esas tertulias familiares, no hay sólo personas del sexo bello ; al lado de una está su marido ; inmediato á la otra, su novio ; detrás de aquélla su hermano ; en esas tertulias se habla de mil cosas agradables... y ¡cosa extraña! por lo regular no tiene entrada en esas conversaciones la murmuracion.

Mas para disfrutar de esos gratos y dulces placeres, es ante todo preciso que la familia esté unida por los vínculos del cariño y de la verdadera amistad ; que se amen y se disimulen unos á otros los individuos de ella; ved en la Santa Escritura cuán respetados eran los lazos que unian el hermano al hermano, el pariente al pariente ; estos lazos encadenaban entre ellos los miembros de una sola tribu, es decir, una multitud de personas procedentes de un solo padre, jefe ó patriarca ; las leyes de Moises consagran esta afeccion que hizo tan fuerte á la pobre y pequeña nacion judía. David exclamó un dia con santo entusiasmo :

—¡Qué hermoso, qué dulce es para dos hermanos el habitar juntos! ¡Su union me parece un perfume delicioso!

No reservemos para nuestra familia el *deshabillé*, por decirlo así, de nuestro humor y de nuestras maneras: seamos afables y atentos para todo el mundo, y más para los primeros amigos que nos ha dado el cielo; todos los pequeños deberes sociales deben observarse con cuidado entre los más próximos parientes ; la Noche-Buena,

el dia de año nuevo, los dias del santo del jefe de familia, deben ser orígen de felicitaciones, de cariñosos regalos, de plácemes cordiales que estrechen los lazos de la familia: esos dulces lazos ¡ay! que los negocios y los placeres del mundo procuran romper.

Guillermo, *el Conquistador*, dejó tres hijos: Enrique, el menor, se sublevó contra sus hermanos, Roberto y Guillermo, *el Rojo*, y éstos salieron contra él á la cabeza de un numeroso ejército: Enrique, derrotado, huyó y se encerró en el monte de San Miguel, donde sus hermanos le pusieron sitio: bien pronto el príncipe sitiado se halló sin agua, y la hizo pedir á sus hermanos. El generoso Roberto le envió al instante algunos toneles de vino.

Guillermo, más feroz, se puso furioso y reconvino duramente á su hermano, por lo que llamaba su debilidad.

—¡Pues qué! exclamó Roberto: por grandes que sean las ofensas que nuestro hermano nos ha hecho, ¿hemos de dejarle morir de sed? y si se obstinase en morir ántes de rendirse, donde hallarémos otro hermano cuando hayamos perdido éste?

Aquellas palabras llegaron á oidos de Enrique, que se rindió á su hermano Roberto, con todas sus gentes, no queriendo hacer armas por más tiempo contra aquél amigo generoso.

Nada hay como los regalos para sostener en su agradable pureza las relaciones de familia, y despues la de esas amistades íntimas tan gratas y que hacen de sus individuos casi parientes nuestros.

Un regalo no se estima por su valor, sino porque encierra un recuerdo de cariño.

David amaba á Jonatás: San Gregorio Nacianceno profesaba una tierna amistad á San Basilio. El amable y dulcísimo San Francisco de Sales, tenía un afectuosa predileccion por el presidente Farce y por el arzobispo de Belley: y el Divino modelo de todos los santos, Nuestro Señor Jesucristo, amaba á San Juan, y á Lázaro: todos estos seres escogidos y sublimes daban á sus amigos dulces pruebas de amistad, en presentes, beneficios, consejos y buenas obras: ¿por qué no imitarémos su ejemplo? ¿Por qué no serémos afectuosos para los que nos aman, generosos para nuestros amigos?

No se necesita ser rico para hacer algun pequeño regalo, ya á las personas de nuestra familia, ya á aquellas que tienen derecho á nuestro cariño y amistad: una obrita de aguja, un dibujo, un objeto de tocador, bastarán para atestiguar, en los dias de cumpleaños, nuestro recuerdo, y para despertar un suave sentimiento de gratitud en el alma de los que amamos.

Refugiémonos en las dulces afecciones de la sangre y de la verdadera, probada y leal amistad; las fiestas que el mundo puede ofrecernos, los saraos, los bailes, las grandes tertulias, las magníficas cenas, no son comparables á esas modestas fiestas de familia, en las que el banquete lo componen una taza de té y algunas pastas, ó el español chocolate, y las frescas y saludables frutas que se compran á tan módico precio; en esas amenas reuniones, ni la fortuna sufre ningun daño, porque basta el traje más sencillo, ni el ánimo se fatiga con el espectáculo de una fiesta, en la que sólo toman parte los ojos, y el corazon queda vacío; en las reuniones de

familia todo es alegría, cordialidad, afecto; todo es verdadero; en las grandes fiestas todo es cumplimiento, falsedad y mentira.

No perdamos, pues, ninguna ocasion de reunir en torno nuestro á los que amamos; no dejemos tampoco de acudir á sus invitaciones; asociemos á nuestros placeres á nuestra familia, si queremos que ella se asocie á nuestros dolores; y si hay algun individuo en ella que esté poco favorecido por la fortuna, léjos de desdeñar su trato, tengamos para él más atenciones que para los que se hallan más altos que nosotros, á causa de su elevada posicion ó de sus riquezas.

La desgracia es susceptible; y lo que para una persona dichosa nada significa, puede ser para una infortunada una pena mortal, y ocasionarle una llaga incurable.

¡Cuántas gratas conversaciones, cuántas ideas felices tienen lugar en una tertulia! ¡Cómo haréis acudir á ella al esposo, al hermano, al padre, al primo, al pariente lejano, al amigo, que al veros reunidas pensará en las dulzuras del hogar, y se apartará del juego y de los desórdenes!

Sí; rodeémonos de la familia y de la amistad, que por lo antigua y probada, debe tener gran lugar en nuestro corazon; procuremos atender y complacer á las personas que nos están unidas por los lazos de la sangre y por los del cariño; sólo las personas amables y buenas son queridas; y el ser amado, lo mismo que el amar, es la suprema, y quizá la única dicha de la vida.

EMANCIPACION DE LA MUJER.

La emancipacion de nuestro sexo va adelantando segun van progresando su cultura y su educacion.

I.

Reformas sociales hay que se llevan á efecto sin que los medios materiales tengan en ellas parte alguna; tanto están entrañadas en las leyes de la justicia y de la verdad.

En este caso el criterio de los pueblos es el solo que lleva á cabo y perfeccionamiento la gran obra; por más que la marcha sea lenta, por más que la progresion sea poco perceptible, la reforma llega á ser una verdad, y una verdad tan bella y tan grande, que no sólo da beneficios á su fin, sino que los va rindiendo desde que empieza á iniciarse.

Los espíritus impacientes, y sobre todo, los espíritus poco ilustrados, ven rara vez la ascension lenta, pero segura de la idea, el progreso de la razon y de la verdad: pero las almas elevadas y tiernas, las que viven en regiones más altas que el árido y descarnado materialismo, los que se nutren de la vida del pensamiento, esperan con paciencia el dia del triunfo, y se dicen con

santa y noble resignacion: «Va despacio, yo no veré el fin de esta obra; pero es seguro, y si yo no, la humanidad tendrá los beneficios».

Tal sucede, sobre todo, en las complicadas cuestiones sociales, en que se mezclan y unen estrechamente los beneficios morales y los materiales; y más aún en las que los sentimientos se exaltan, por la efervescencia de pasiones tan poderosas en el alma humana como el egoismo y el amor propio. Tal sucede tambien con la cuestion tan debatida ya, y que conocemos bajo el nombre de *Emancipacion de la mujer*, todos los hijos desventurados del presente turbulento siglo XIX.

II.

Mis queridas señoras, no suspireis por un bien imaginario, cuando teneis en vuestro poder una dicha cierta, y creed lo que os voy á decir, aunque lo leais con sorpresa y duda: la mujer está emancipada *de hecho*, cuando tiene condiciones para estarlo; *de derecho* no lo está hoy, no lo estará, y quizás no debe estarlo jamas.

La mujer tiene un sitio en la familia, tanto más elevado cuanto más nobles cualidades de corazon, de inteligencia y de carácter se reunen en ella, ya por aquellas con que Dios le haya dotado, ya por aquellas que haya adquirido con la educacion y con la propia reflexion; si sus cualidades son modestas, si se reducen sólo á saber gobernar su casa, á amar á su marido y á sus hijos, á cuidarles, á dirigir bien á sus criados, entónces su influencia es ya grande, porque el precio de un cora-

zon fiel y de un amor á toda prueba es inmenso para la familia, que tanto necesita de ternura y de abnegacion.

Pero cuando la mujer á estas dotes reune una inteligencia elevada, un instinto delicado, y el amor á lo bueno y á lo bello, entónces su influencia es ilimitada, su sitio elevadísimo; es la amiga y la amada de su esposo, y éste no encuentra más grata compañía que la de su esposa, hallándose, segun la sencilla, pero elocuente expresion de un marido, que es amigo mio, *á medias*, cuando no se está con su mujer.

¿Ni qué ha de hallar en otra compañía, que no pueda encontrar en la noble y fiel compañera de su vida? ¿La inteligencia? No hay ninguna tan luminosa, tan bella como la inteligencia de la mujer. ¿El afecto? En nadie lo hallaria más profundo y más tierno. ¿Lo poético y agradable de la conversacion? No hay amigo que compense las gracias de la intimidad femenina. ¿La discusion, que hace brotar la luz? Nada hay más dulce para un hombre que el discutir y dejarse convencer por la mujer que ama y que estima altamente.

Las mujeres dotadas á la vez de cualidades superiores y de gracias amables—y hay algunas, pues yo conozco várias—no han pensado jamas en emanciparse: ¿para qué? Ya saben que su opinion tiene gran valor para su marido; que su consejo es solicitado con interes, escuchado con deferencia, y muchas veces seguido con una docilidad que honra al hombre, y que le honra tanto más, cuanto es más esforzado y grave.

No, ninguna de esas mujeres, soberanas en su hogar y dignas de serlo, ha pensado jamas en la emancipacion

de su sexo; la emancipacion de la mujer está, no sólo mal definida, sino mal comprendida por todas las que aspiran á ella. A mi modo de ver tiene dos fases, que voy á exponer, pues es cuestion demasiado importante en el fondo, aunque no lo sea en la apariencia, para tratarla ligeramente.

III.

Una de las fases á que me refiero es la material; en ésta la mujer entiende por estar emancipada el renunciar al matrimonio, y por consiguiente el manejarse sus negocios, el ir á sentarse á las cátedras y el cambiar de amor á cada paso, ó el vivir sin ninguno y en la soledad más árida y más helada.

¿Hay alguna de mis lectoras á quien ilusione este programa? Estoy segura de que no.

La segunda fase, ó sea la moral, es el deseo de ser considerada como *alma*, y no como *cosa;* como compañera, y no como esclava; aspiracion naturalísima en la mujer; deseo tan legítimo, que cuando no le abriga, es indigna de toda estimacion.

Pues bajo esta segunda fase, la noble, la ideal, la mujer está emancipada; tiene libertad de obrar dentro de su pura y elevada esfera; tiene libertad de pensar, libertad de consejo, libertad de accion, libertad completa bajo todas las formas que la necesita; y no sintiéndose esclava, sino perfecta y noblemente libre, sólo queda sujeta por los lazos de flores del amor y de la gratitud, hácia su esposo, de quien es compañera y amiga.

Mis queridas señoras, nuestro destino está en nuestras manos cuando el cielo ha puesto á nuestro lado un padre, un hermano ó un esposo, que tenga corazon y sepa estimar lo que valemos; y si la suerte nos ha negado esta dicha, áun nos queda otra, serena, eterna, inefable; la paz de la conciencia y la estimacion y el respeto que involuntariamente nos dan los que son indignos de nosotras.

IV.

Educaos, jovencitas, que ahora empezais el camino de la vida; aprended á ser buenas, y sed á la vez bellas y agradables, pero sin entregaros demasiado á la frivolidad; cultivad vuestras habilidades para embellecer el hogar, y vuestros esposos se hallarán bien en él; aprended á discurrir y á reflexionar; leed algun libro serio, para que podais ser sus amigas, partir sus pesares y sus alegrías, y dar vuestro dictámen en la educacion y establecimiento de vuestro hijos; es preciso que sepais ser las amigas, las compañeras de vuestros esposos, porque si no, seréis ó sus jugetes ó sus amas de gobierno, destino triste de las mujeres que desean ser emancipadas.

Si quereis siempre complacer á vuestro marido, si le considerais sobre todas las cosas, si le evitais todo disgusto, toda amargura, le dominaréis dulcísima y seguramente; el hombre tiene cierta cantidad de amor y de ternura que gastar; si no la emplea en su casa, la *mal emplea* fuera, es decir, en otra casa; es un caudal que

por nada en el mundo quiere guardar; ayudadle, pues, con buena voluntad á que lo gaste, para evitar que lo disipe. No es la mujer áspera, dominante, voluntariosa, descuidada de su persona, la que cautiva y retiene al hombre, y mucho ménos al marido; un corazon bueno y sano bajo esa apariencia ruda, es una rosa en el fondo de un zarzal, nadie la coge ni la mira; y es triste decirlo, al sexo fuerte le cautiva tanto..... ó más lo agradable que lo bueno.

Estais emancipadas y sois libres desde el momento en que seais verdaderamente *compañeras* del hombre; porque si no teneis voto en los consejos, lo tendréis en su corazon; si no curais como los médicos del cuerpo curaréis como los doctores del alma; si no defendeis vuestros pleitos, evitaréis que vuestros maridos los tengan; si no sabeis tirar al florete, sabréis encantar las veladas tocando el piano y sabréis hacer ramilletes que embalsamen la atmósfera de vuestro salon; y en vez de soñar con el *amor libre*, utopia horrible y desvergonzada, comprenderéis el amor en toda su grandeza, en toda su alegría, en toda su santa y noble constancia, por el que tengais á vuestros esposos.

LA FELICIDAD.

I.

Enfermedad endémica de la humanidad es el descontento de la propia suerte.

El pobre desea una holgada medianía.

El que disfruta una posicion desahogada, anhela las riquezas y el fausto.

El rico se queja de los cuidados que su misma opulencia le proporciona; de pesares, que suelen ser imaginarios, y muchas veces de la falta de afectos, que es el más grande de los males.

Es propio de la pobre condicion humana el anhelar siempre un *más allá*, que pocas veces puede conseguir; porque así que ve realizada su esperanza, otra nueva ocupa el sitio de aquélla, y los deseos, como la hidra de la fábula, renacen incesantemente.

¿De dónde procede tanta queja y ese malestar general? Yo creo en mi humilde juicio que de várias, pero todas remediables, causas. De la ambicion.—De la vanidad.—De la ociosidad.—De la envidia.

Para vosotras escribo, mis queridas señoras: al sexo

fuerte no me atrevo yo á decir mis opiniones, y ménos me atrevo aún á juzgar las suyas; pero el sexo débil, el mio, me inspira confianza, porque me entiende muy bien, me quiere y me concede la razon cuando le expongo lo que pienso.

¡Da tanto valor á todos, y más á la mujer, el verse comprendida y aprobada!

Hablemos pues, señoras mias, hablemos de la felicidad, tan escasa en la tierra, y tan anhelada, por la misma razon de que la conocemos poco.

II.

Una jóven á quien quiero mucho, deseaba un lindo traje, cuya posesion logró despues de repetidos ruegos á su madre; algunos dias despues, indicándole yo que se lo pusiera para acompañarme al teatro, me contestó:

—Ese no; me pondré otro cualquiera.

—¿Y por qué no ése?

—¡Porque no le puedo sufrir! Cuando no lo tenía le deseaba mucho; es que veia uno igual á la señorita C..... ¡Ahora de cerca me parece tan feo, como lindo me parecia entónces!

Este sencillo ejemplo pinta perfectamente la inconstancia de nuestros deseos, y cuán poco valen por lo regular los bienes que tanto apetecemos.

El alma busca á su patria, que es el cielo, y no vive contenta en la cárcel del mundo: atorméntala á veces una ansiedad vaga y dolorosa; pero de esta tristeza—propia solamente de las almas priviligiadas— á la ambi-

cion vulgar, á la díscola displicencia del mal carácter, creo que hay una inmensa distancia.

Nada conozco de más triste que el estar al lado de una de esas personas quejumbrosas, indiferentes á toda ocupacion, exasperadas con su propio destino; las personas descontentas de su suerte son horriblemente desgraciadas, y labran la desdicha de todos los que las rodean; ¡al derredor suyo no hay amor, ni alegría, ni esperanza!—¡Gimen sin cesar, y á veces por costumbre; todo lo hallan malo y depreciable, desde su alimento hasta sus muebles y vestidos; y al mismo tiempo que deploran sus privaciones, desean todo lo que poseen los demas!

III.

Muy fria, muy poco propensa al amor debe ser el alma de esos pobres seres que se fastidian de todo; naturalezas secas, faltas de savia nativa, deben por su propio interes procurársela artificial, bajo la pena, si no lo hacen, de convertir su vida en un desierto horrible, en un erial espantoso.

—Yo no tengo la culpa de ser así, dicen algunos de esos infelices tísicos del alma; si nada amo, si nada espero, y si casi en nada creo, culpa es de quien de esta manera me ha creado; el libre albedrío no existe, y nadie es más que aquello que puede ser.

Este argumento me pareco hijo de una cobardía moral á toda prueba, y, como ya he dicho ántes, nacido de una alma seca y egoista; porque dado caso que haya

propension al desaliento, el trabajo, el noble y santo trabajo está al alcance de todos, y el trabajo es á la vez manantial de riqueza, amigo fiel, salvador esforzado, y dulce consuelo de todos los dolores.

La imaginacion ociosa empieza por desarreglos leves, y acaba por enfermar gravemente; que enfermedad y muy dolorosa es el soñar con imposibles y desdeñar la realidad por hermosa y santa que sea; y efecto terrible de esa cruel dolencia es el cansarse, lo mismo que de los objetos, de las personas, y lo mismo de lo material, que de lo moral y elevado.

¡Horrible tedio! Tú eres el más cruel azote de la humanidad, y más os deseo, mis amadas lectoras, el dolor que el aburrimiento; al ménos, sufrir es vivir, y sobre todo, sufrir por los que amamos, nos eleva á nuestros propios ojos, que es ya una dicha muy grande; la propia estimacion es el primero, es el más inmenso de los bienes.

Despues de una conciencia pura—que es manantial inagotable de alegría para el alma—la felicidad reside en nosotros mismos; y, sobre todo, la mujer debe crearse su mundo especial, independiente de todos los acontecimientos de su vida, independiente hasta de las ajenas voluntades.

IV.

No os puedo decir, mis queridas señoras, cuán grande es mi simpatía por las mujeres sentimentales, y cuán profundo es mi horror por las fuertes y despreocupadas;

me parecen éstas una anomalía en mi sexo, y aquellas su más dulce y hermosa representacion. Admito, sí, admito y creo, que nunca se puede elogiar bastante la firmeza de voluntad para llevar á cabo toda obra buena; para la direccion de la familia; para defender los intereses ó la propia dignidad; pero esta fuerza de voluntad ha de estar atemperada con la suavidad de la forma, con la sensibilidad del corazon, con la tolerancia y benevolencia del carácter: porque el lenguaje que hace ostentacion de fuerza y de violencia, me parece en la mujer cosa opuesta á su condicion y á todo aquello que agrada y seduce en ella.

Es muy natural en nosotras el tomar cariño á los trajes, los libros, las flores, los muebles, la casa, á todo aquello en fin, que nos rodea, nos alegra ó nos presta sus servicios. Conozco mujeres que no cambiarian su modesta vivienda por el más espléndido palacio; todo lo suyo les agrada; las santas imágenes de su dormitorio, las hacen compañía; los perfumes de su tocador las llevan á la bella region de sus recuerdos; guardan en un armario de cristales los juguetes, los libros, los dibujos de sus hijos cuando éstos eran niños; guardan las flores secas que su esposo les dió frescas y hermosas en el tiempo feliz de sus amores; guardan la primera carta que sus hijas les escribieron; en su hogar han formado un pequeño mundo, y han cuidado de embellecerlo, de adornarlo, de ponerlo alegre, y en su hogar son dichosas.

Es en vano esperar la felicidad, ni de la amistad ni del amor, ni áun de los lazos de la familia; todo lo que

depende de otras voluntades y de acontecimientos imprevistos puede faltar, ó variar á lo ménos; es en vano tambien buscar felicidad perfecta; ésta no existe, como no hay jardin, por muy poblado que esté de hermosas flores, donde no asomen todos los dias hierbas venenosas ó punzantes zarzales; pero llevando con resignacion las contrariedades, y áun las penas de la vida, el dolor es menor que rebelándose contra ellas.

V.

—«Lo preciso, lo indispensable es amar—dice Alejandro Dumas—no importa qué, no importa á quién; ¡amad y estais salvados!»

Y una española, gloria de nuestra patria, Santa Teresa de Jesus, la ilustre doctora y fundadora, dice tambien:

—«El infierno se encierra en dos palabras: no amar.»

Pues bien, lectoras mias, amemos y ocupémonos constantemente, para tener contentos el corazon y la cabeza, y ésa es la dicha; dejemos á un lado el YO, y pensemos en los demas; el amor tiene diversas formas, pero la más sublime de todas es la caridad; la caridad, que da pan al hambriento y consuelo al desgraciado; la caridad, que puede ser moral y material, y que puede llenar una gran parte de la vida.

Amemos con abnegacion, con indulgencia, con ternura á nuestra familia, aunque sea sin esperar de su parte una perfecta correspondencia, porque nos basta amar para ser dichosos.

Pensando en los que son más desgraciados que nosotros, siempre nos considerarémos felices; dejemos de mirar á los que viven más altos en la escala social, y cuando lo hagamos, pensemos que acaso en aquellos corazones cubiertos de terciopelo y oro habrá muchas lágrimas contenidas, muchas amargas penas de la que no tenemos ni áun idea; no hay en el mundo ley más ineludible que la de las compensaciones, y cada uno trae al nacer su parte de penas y de dicha; conservemos ésta todo lo posible y no aumentemos aquéllas.

La ocupacion constante es el mejor elemento de dicha para las imaginaciones activas; es agradable y hasta necesario dar al mundo una parte de nuestro tiempo: pero sólo en nuestro hogar—y eso aunque esté solitario—sólo en nuestro interior, reside la verdadera felicidad, y sólo debe envidiarse á los que pueden grabar con el cincel de la verdad, en el umbral de su morada, estas palabras:

AMOR Á DIOS Y Á LA HUMANIDAD, Y PAZ EN LA CONCIENCIA.

DE LA EDUCACION Y DE LA INSTRUCCION.

I.

Algunas veces he oido decir:

—La señorita T... ha recibido una brillante educacion: sabe tres idiomas, la música perfectamente, pinta de un modo admirable, y monta á caballo á la alta escuela.

Tambien vosotras lo habeis oido alguna vez; ¿no es cierto, lectoras mias? Pues bien, si volveis á escucharlo decid:

—La jóven de que se habla será muy instruida: en cuanto á estar bien educada, sólo tratándola se puede asegurar que lo esté.

En París y en Lóndres empieza á enseñarse á las jóvenes el griego y el latin: cosas que, á mi juicio, ninguna mujer tiene necesidad de saber.

Proudhon, ese gran socialista, al que seguramente nadie podrá acusar de falta de talento, ha dicho que no se abren en la vida más que dos caminos para las mujeres: buena ama de su casa ó disipadora de su hacienda. Y yo pregunto lo que Virgilio y Homero, con todo su genio, podránr enseña á la mujer para la buena admi-

nistracion de una casa ó para *educar*, propiamente dicho, á los niños, que son el fruto bendito del matrimonio.

Oigamos lo que Mme. de Maintenon, la ilustre fundadora del colegio de Saint-Cyr, decia á la jóven Duquesa de Borgoña, nieta de Luis XIV, en una de sus cartas llena de dulce moral y de las más sábias reglas de conducta:

«¡Amad á vuestros hijos,—le escribia,—vivid con ellos, para ellos y cerca de ellos: ésta es la mejor ocupacion que una princesa, lo mismo que una aldeana, pueden tener, á fin de prepararles, por una educacion sana y buena, á todas las eventualidades de la vida!»

Ciertamente Mme. de Maintenon no queria hablar en esta carta de la instruccion, porque sabía muy bien que, acerca de este punto, nada podria faltar á una princesa de la casa real de Francia. Referíase en el párrafo citado á esa educacion primera que hace no solamente los hombres fuertes y las mujeres amables, sino tambien á unos y á otros agradables en todas las relaciones creadas por la sociedad y por la familia.

Mme. de Maintenon tiene un lugar distinguido en la *Galería de mujeres célebres*, que para vosotras escribí, lectoras mias; sus *cartas* dirigidas á los hijos de Luis XIV fueron las que le conquistaron el amor de aquel monarca, que se casó al fin con ella, y profesó siempre la más alta estimacion á sus virtudes y á las nobles prendas de su carácter y de su corazon.

Preciso es, pues, distinguir entre estas dos palabras: EDUCACION É INSTRUCCION: hablando de una jóven que ha hecho extensos y brillantes estudios, debe decirse que ha

recibido una gran instruccion y no una buena educacion, porque una persona muy ignorante puede ser muy bien educada; y otra muy instruida, muy desatenta, muy brusca, muy intolerante, muy grosera, y, en una palabra, muy mal educada.

II.

Hablemos de la *educacion*, base esencial del bienestar, llave de oro que abre todos los corazones sin más que porque presta formas agradables á nuestras maneras y palabras.

La base principal de una buena educacion es no decir nada que pueda ser desagradable á las personas que nos escuchan, ya sea en sociedad, ya en nuestra propia casa, y áun ménos en este último caso, porque sería tan desatento como maligno el mortificar al que viene á favorecernos con su visita y con su compañía.

El hacer alardes de riqueza, de bienestar, de talento, de belleza, de cualquiera otra ventaja, en fin, delante de otras personas, es una falta insigne de educacion, y demuestra ademas que la persona que se entrega á esos alardes no ha tenido trato alguno, pues de haberlo tenido hubiera aprendido con el ejemplo á refrenar su necia vanidad.

Las personas superiores se rien de los que se alaban á sí mismos, y les niegan (con mucha razon) todas las ventajas que se atribuyen. Las personas de capacidad mediana quedan mortificadas y aborrecen á los que han pretendido rebajarlas, con el elogio de sí propios; de

modo que los vanos consiguen sólo por fruto el desprecio de los unos y el ódio de los demas.

La buena educacion no consiente que hablemos de nosotros mismos; la perfecta política exige que nos ocupemos constantemente de los que nos rodean; que se hable á cada uno de lo que le lisonjea ó entiende; que se diga siempre algo agradable, y que no se dedique ni una sola palabra á la murmuracion.

Se cree que las buenas maneras, que la gracia que atrae y la amabilidad que cautiva, son el patrimonio exclusivo de la alta clase. Nada de eso; en la clase media se puede hallar la educacion más perfecta, la urbanidad, la gracia de la forma, los modales más distinguidos, los hábitos más decorosos, el delicado gusto en el vestir; lo que tal vez no se hallará en la clase media es la instruccion vasta y brillante de la clase alta, porque aquélla no cuenta con tantos medios de fortuna como ésta, y la instruccion es cara.

La educacion es la mujer principalmente quien la da, y la da en todas las edades y de todos modos.

Es una necedad digna de risa el afirmar que sólo una madre sabe educar, pues de esa suerte todas las institutrices tendrian que ser madres. Quien esto afirma no ha ido á Inglaterra, donde la carrera de casi todas las jóvenes instruidas y sin fortuna es la de institutriz, ni á Francia, que da las ayas más perfectas, más bellas, más dulces, más religiosas y más interesantes del mundo.

Yo que he estudiado la educacion en ambos países, y ademas en los muchos y buenos libros que cada año nos dan, digo que, sin ser madre, puede una mujer educar

perfecta, tierna y dignamente, si tiene dotes para ello: al paso que una que no las tenga, aunque sea madre de diez ó doce hijos, no hará sino malear sus buenas disposiciones y enseñarles rutinarias vulgaridades.

Mme. de Maintenon no fué madre jamas, y sin embargo, los príncipes y princesas, hijos naturales de Luis XIV, hijos de madres que conocian todo ménos la virtud, que llegaron á su poder adulados, mimados, y en tal estado que el Rey no sabía á quién encomendarlos, á causa de sus perversas índoles, pues ningun ayo queria sufrirles, fueron educados por la viuda de Scarron de la manera más pura, más piadosa, más sólida, más amorosa y más completa.

La instruccion de los príncipes estaba encomendada á sus maestros: la educacion, sólo al aya; y á la verdad, aquella bella cohorte de príncipes y princesas salió mejor educada que instruida, porque *amaba* á su noble aya y sólo *obedecia* á sus maestros.

Para educar, es necesario ante todo mucho talento; despues paciencia, firmeza, gran dulzura y gran dignidad: una distincion natural, unas maneras nobles y escogidas, y ese perfume de buen gusto que se trasmite como un pomo de rica esencia trasmite aquel aroma á todo lo que le rodea; porque la distincion se pega al que vive al lado de una persona distinguida, como un perfume exquisito á las paredes del aposento en que se halla.

La que no tenga las dotes anteriormente enumeradas, que no se meta á *educar*, porque nada conseguirá: la que las tenga, puede emprender la ardua tarea de pulir la

naturaleza más grosera, y aun la más depravada: sea madre ó no, la victoria será suya.

Madame de Beaumont, francesa, pero residente en Inglaterra, donde ejerció con gran brillantez y decoro el difícil cargo de institutriz, ha dejado escritas muchas obras más de *educacion* que de *instruccion*, que la que esto escribe ha estudiado atentamente, y que formaron modelos de madres y de esposas, aunque su autora no tenía hijos.

III.

La buena educacion se compone de diferentes matices, del mismo modo que un hermoso ramo se compone de diferentes flores.

Para demostrar otra vez aún lo distinto que es la *educacion* de la *instruccion*, dirémos que la educacion es necesaria, es indispensable en la casa y en el seno de la familia, á la vez que la instruccion no hace falta alguna en el interior del hogar doméstico: para el gobierno interior repetirémos lo que dice Proudhon: «No hay más que *buena ama de su casa ó disipadora de su hacienda.*»

Pero la educacion en el hogar y entre la familia es la ramita de dulce y balsámico sándalo que todo lo perfuma, que todo lo envuelve en la impalpable, pero deliciosa nube de un invisible aroma: la educacion es precisa con el esposo, con los hijos, con los criados, con todas las personas que nos son, no sólo queridas, sino allegadas: no hablemos de los padres, pues para éstos, á la par de buena educacion, les debemos las atenciones

del más tierno cariño y los cuidados del más profundo respeto.

Demos á la sociedad las bellas rosas del ramo, los vistosos claveles, las soberbias camelias, y separemos para la familia el modesto é inocente jazmin, la humilde violeta, el plácido reseda y el grato y amoroso sándalo; porque la parte mejor, si no la más brillante de la educacion, debe ser para los nuestros.

Se advierte muchas veces, áun en las familias más unidas, una deplorable falta de educacion porque hay una triste máxima que dice: «No hay necesidad de incomodarse hallándose entre los suyos.» No sé quién ha hecho la tal máxima; pero la creo producto del siglo actual, en el que apénas se rinde culto más que á dos deidades: al egoismo y al dinero.

Los que profesan aquel principio—que son muchos, y lo que es aún más triste, son *muchas* tambien—se abandonan entre los suyos á ratos de mal humor, y á sus inclinaciones propias, aunque éstas no sean de las más delicadas: de esta suerte, porque se está *solo*, es decir, con sus padres y hermanos, se usa el acento brusco, se habla con voz hiriente y levantada, se bosteza, se contradice y se hace burla de lo que dicen los demas. Si llega el sueño, el que se cree solo entre los suyos, se duerme. Va á la tertulia familiar mal vestido, sin peinar, renegando del frio, de la distancia, de todo en fin. Si hay alguna comida en familia, se sirve el primero, pide bruscamente y recibe sin dar gracias. En fin, á la vida de familia, que debe ser tan cara para las almas tiernas, hay quien lleva unas maneras que en otra parte no se

atreveria á permitirse, por groseras é inconvenientes.

Pero hagamos justicia á nuestro sexo: los que más se creen *solos* estando en familia son los hombres; el egoismo natural ó su poco blanda naturaleza les impide incomodarse, y se hacen soportar, no tal como deben ser, sino tal como son, aunque el soportarlos cueste inmensa violencia.

Y si tan penosa es la presencia y la compañía de un hombre desatento y mal educado, ¿qué será la compañía de una mujer brusca, sin maneras, sin educacion, en una palabra?

«Si quereis reformar la Sociedad, formad las mujeres» escribia Mme. Campman á Napoleon I, y nunca aquella privilegiada pluma estampó más incontestable verdad.

Madame de Genlis fué llamada por el mismo Emperador para restaurar las dulces y galantes costumbres de la córte de Francia, perdidas con los horrores de la revolucion. Ella hizo una etiqueta nueva para palacio; ella abrió sus salones en los que fueron á agruparse los restos de aquella nobleza que habia diezmado el hacha del verdugo; ella enseñó otra vez á aquel París asustado, cubierto de luto y casi delirante de terror, á hablar, á pensar y á sentir; ella, en fin, cubrió con las flores del ingenio y de la galantería los crespones empapados de sangre y lágrimas, y *educó* de nuevo, por decirlo así, á algunos hombres, á los que el ódio y la venganza habian hecho feroces.

Tal fué el prestigio de una mujer delicada, elegante, distinguida, perfectamente educada, en una palabra; y

yo pienso que pudiendo una mujer *educar* á una nacion, bien puede educar con el ejemplo á su familia.

¿Es acaso que la mujer *mal educada* en su casa tiene mal corazon? ¿Gustará de hacer sufrir á los suyos y de hacerles la vida insoportable?

¡Ah, no! Lo que hace á la mujer desatenta, lo que la hace tener malas maneras, es pereza, es negligencia. Por no violentarse un poco, ¡ella, que podia ser adorable y adorada, se hace aborrecible! No quiere incomodarse en las cosas leves, y hiere las afecciones más santas y más respetables, por no pulir sus maneras, por no dominar su carácter.

Mis amadas lectoras, no espereis á las grandes ocasiones para probar un tierno amor á vuestros padres, á vuestro esposo, á vuestros hijos y á vuestros hermanos: muy raramente se presenta la ocasion de hacer un sacrificio heroico por los que amamos y nos aman: y más de una existencia se pasa sin haber podido dar una sola prueba de abnegacion, de generosidad y de valor á los suyos: aprovechad las pequeñas ocasiones, esas ocasiones que cada dia se presentan, para complacerles, para hacerles dulce la vida; asid esas ocasiones para probarles vuestro amor; haced por pagar las deudas del cariño filial, conyugal, maternal y fraterno, en *moneda menuda*, sin lo cual correis gran riesgo de morir insolventes.

IV.

No podréis jamás saber, hasta que lo practiqueis, cuán dulce tarea es limar una rebelde naturaleza por una buena educacion.

Una jóven de ilustre familia, delicada, graciosa, bella y distinguida, se casó con un hombre bueno, activo, de talento, y que la amaba: hijo de una familia honrada, pero humilde, todo lo debia á su inteligencia: su madre sólo le habia servido para amarle tiernamente y para darle cuantos gustos habia deseado: así es que no habia recibido esa primera educacion que se adquiere desde la cuna: de aquí nacia el tener tan poco dominio sobre sí mismo, que se enfurecia por la cosa más leve: no habiéndole enseñado á dominarse por las leyes del decoro y de la buena educacion, era indominable: de buen corazon y carácter suave, sólo tenía, sin embargo, dos extremos, ó una gran debilidad unida á una ternura pueril, ó ratos de furia, inmotivados casi siempre, y por lo mismo, ridículos.

Su pobre esposa sufria mucho á su lado, pero su ejemplo pudo pulir aquella naturaleza buena, aunque inculta: por no desmerecer junto á su mujer, se dominaba algun tanto, y se doblegaba á delicadezas que ántes no queria soportar: y si bien no pudo ser jamas lo que hubiera sido, recibiendo la primera *educacion*, base de la otra, cambió lo bastante para ser un hombre agradable en sociedad, y soportable en su propia casa.

Otras mujeres han conseguido trasformaciones más rápidas y más verdaderas: la de que me ocupo no pudo hacer más, y ofrecia á Dios sus penas, cuando la índole indómita de su marido arrollaba por todas las consideraciones.

La buena educacion se advierte, sobre todo, cuando se recibe mucha gente : una señora que tenga reuniones

debe, por decirlo así, olvidarse de sí misma; no tener ningun deseo de brillar; poner la benevolencia en el lugar del deseo de agradar; ocuparse de los demas sin afectacion, y hacerles valer sin tener el aire de protegerles; alentar los caractéres tímidos; mantener la conversacion y dirigirla con destreza: es preciso que cada uno de los que asisten á su salon reciba la acogida que puede y debe satisfacerle, porque la dignidad de una señora de su casa consiste particularmente en saber dar, por su manera de acoger, bastante consideracion á los personajes de ménos importancia que reciba en ella.

Esta parte de la buena educacion de que acabo de hablar, se llama *política:* es decir, el arte de ser cortés: pero es el complemento de la educacion escogida y perfecta.

La educacion verdadera es siempre amable; jamas degenera en un frio ceremonial, y lo mismo puede reinar en un espléndido salon que en el seno de una modesta y virtuosa familia.

V.

Los hombres hacen las leyes: las mujeres hacen las costumbres: un célebre escritor frances lo ha dicho en un libro inolvidable, y de los que no mueren jamas, y la experiencia nos hace ver que tiene razon. Examinemos el interior de las familias. Si la mujer encargada de su direccion es amable, piadosa, distinguida, *bien educada*, en una palabra, todos los individuos de aquélla, y hasta los criados, poseen como un reflejo de distincion y de decoro: á la vez que yo conozco á mujeres muy instruidas, acaso

demasiado instruidas, cuya casa y familia están en el más grosero abandono.

Creo, pues, y conmigo muchas personas sensatas, que la instruccion debe poseerla la mujer para saberse ganar honrada y decorosamente su vida; pero que sólo la educacion la hace amable y amada. Buen ejemplo podeis encontrar, lectoras mias, en la preciosa y delicada novelita de Mme. Bourdon, titulada *La Maestra de Escuela:* la noble, dulce y poética heroína tenía *muy poca instruccion*, pero *muy buena educacion;* y ésta la hizo digna del amor y de la estimacion de un gran señor, á la par que le dió fortaleza y modestia bastante para rehusar un brillante enlace.

¿Quién no se imagina á Susana en medio de la honrada familia de Hubert, embelleciendo el interior de la casa, no con su *instruccion*, sino con sus *habilidades?*

Instruccion es aquello que ilustra el entendimiento, son los estudios serios: las habilidades adornan el mismo entendimiento y embellecen la vida.

Así, pues, pintar bien, saber la música regularmente, bordar y hacer flores, son *habilidades*, es decir, es parte de la educacion: esto es lo que sabía Susana, y esto es lo que toda mujer bien educada debe saber.

Casi todas las mujeres instruidas son desaseadas y olvidadizas del bien parecer: viviendo en una region muy distante de lo que ellas llaman *pequeñeces de la vida*, desdeñan el decoro, la limpieza, el primor y coquetería, que es el mejor ornato y el arma más bella de nuestro sexo: la mujer *bien educada* cuida mucho de esas *pequeñeces;* así, lectoras mias, si quereis aparecer á primera

vista como personas distinguidas, estad siempre y desde la cama vestidas con sencillez, pero con perfecto aseo: nada es más ridículo que esa angustia que se apodera de algunas señoras al oir la campanilla de la puerta de su casa, de esa prisa de esconderse, porque llevan un traje inconveniente ó repugnante: la mujer no debe estar aseada sólo por los demas, debe estarlo, sobre todo, por sí misma y por el propio decoro.

Yo conocí á una jóven casada con un hombre que podia ser su padre, enfermo, achacoso, de un carácter insoportable, y que no le permitia salir á la calle más que para ir á misa á una iglesia vecina: todo el consuelo, toda la compañía, toda la distraccion de esa pobre jóven consistia en una niña que tenía de edad de seis años: sin embargo, estaba siempre en su casa bien vestida, elegante, encantadora.

—¿Por qué te vistes tanto? le pregunté yo un dia: nadie te ve; no sales de tu casa, ni tienes visitas.

—Me visto para mí, me respondió: tengo gusto en verme decente: yo creo que si me obligasen á estar con un vestido sucio y feo padeceria mucho.

No hay manifestacion más bella de la dignidad de la mujer que esta inocente coquetería de mi amiga.

Las personas muy instruidas (y me refiero siempre á las de mi sexo) son, por lo regular, petulantes y amigas, no ya sólo de la discusion, sino hasta de la disputa: el afan de lucir sus conocimientos y su ingenio les hace buscar siempre la ardiente controversia.

La educacion perfecta tiene una ley invariable: ceder siempre. He visto y conozco mujeres tan modestas, tan

prudentes, tan dignas, tan bien educadas, en una palabra, que han callado ante los ataques que les dirigian algunas personas groseras, sólo para mortificarlas delante de una numerosa reunion. ¿Y pensais que por callar y ceder perdian algo en el concepto de los presentes? No; siempre quedaban en el mejor lugar, en el elevado pedestal que sostienen la moderacion, la gracia, la bondad y la delicadeza.

Los que las atacaban eran los únicos que aparecian cubiertos con la imborrable mancha del ridículo.

Tambien es contra la buena educacion esa *terquedad* de cumplimientos abrumadora, en la que nada se acepta y todo se quiere conceder: áun en las demostraciones de política, de cortesía y deferencia, una persona distinguida verdaderamente, debe ser parca. Decian un dia á Luis XIV, el hombre más galante del mundo, que Lord Stair, entónces embajador de Inglaterra, en Francia, era el hombre mejor educado y más cortés que se habia conocido, y esto lo afirmaba Ana de Austria, madre del Rey, cuya opinion era muy respetable en aquella materia.

—Yo veré muy pronto si es tan bien educado como asegurais, madre mia, dijo el Rey.

Al dia siguiente iban Luis XIV y su córte á una partida de caza á Fontainebleau: el Rey ordenó que reservasen una carroza para él y para el Embajador inglés, y, al ir ambos á ocuparla, Lord Stair se puso á un lado de la portezuela con el sombrero en la mano, esperando respetuosamente á que subiese el Rey; sin embargo, éste se volvió y le dijo con dulzura:

—Subid, Milord.

El Embajador no se lo hizo decir dos veces: se puso el sombrero y subió ántes que el Rey.

Un murmullo de admiracion, casi pudiera decirse de indignacion, se levantó entre los cortesanos, porque ningun monarca del mundo ha llevado la etiqueta hasta el despotismo como Luis XIV; pero éste, que habia subido detras del Embajador, y que ya ocupaba su sitio, paseó una mirada severa sobre su comitiva, y dijo á Lord Stair:

—Mi madre tiene razon, Milord: sois el hombre mejor educado y más cortés que he conocido.

El Rey tomó como un homenaje más respetuoso la perfecta y pronta obediencia, que una renuncia humilde de aquella distincion.

En sociedad se debe siempre obedecer ó ceder segun la jerarquía de las personas que merezcan nuestros homenajes y deferencia.

La instruccion es de gran mérito, es muy apreciada y conquista la admiracion, y, con frecuencia, los honores y la riqueza: pero la educacion nos hace amables, y es el ramo de oliva que apacigua todos los pequeñas tormentas del hogar doméstico.

He oido decir á algunos hombres que prefieren para esposa, entre una mujer tonta y una demasiado discreta, á una tonta: en el fondo tienen razon, pero la forma no expresa bien su pensamiento: lo que esos hombres temen es á las mujeres demasiadamente instruidas, á las *sabidillas*, dominantes, imperiosas y que saben mejor comentar un libro docto que coser su ropa blanca, hacerse sus vestidos ó gobernar su casa: pero haced co-

nocer á cualquiera de esos hombres á una mujer dotada de un talento regular, de una buena educacion, de un suave y bello carácter, y la amarán y la elegirán para compañera de su vida.

La mujer es la sola capaz de *educar bien*, ya sea madre, ya esposa solamente, pues todos los dias vemos que la esposa puede educar á un esposo grosero, tosco y rudo, aunque sólo sea con el ejemplo, que es la mejor de las lecciones.

Acabaré este artículo con la anécdota histórica siguiente, que tomo de una ilustre escritora francesa contemporánea:

Un hombre de un alma noble y generosa, pero de nacimiento y educacion vulgares, habia hecho eminentes servicios á Jorge II de Inglaterra: instado por el monarca para que escogiese la recompensa que quisiera, le respondió:

—Señor, haced de mí un hombre bien educado y distinguido. ¡Mi rudeza me avergüenza! Haced que yo pueda tener modales delicados, trato agradable: ¡es lo que más deseo!

—¡Ay, amigo mio! respondió el Rey. Esto me es imposible. Yo puedo haceros rico, noble, marqués, duque y hasta príncipe, pero ningun monarca del mundo alcanzaria á daros lo que vos quereis: sólo una mujer puede limaros, puliros y haceros capaz de honrar la alta posicion que os voy á dar en mi córte: busquemos vos y yo una mujer que os ame y que sea capaz de esa grande obra: espero que la hallarémos, y que con su mano y compañía os daré la mayor recompensa.

EL MEJOR AMIGO.

I.

Muchas veces me he preguntado á mí misma por qué nos quejamos de la ley que Dios nos impuso al nacer en justa retribucion del pecado de nuestros primeros padres.

Muchas al ver en torno mio la tristeza, la impaciencia que la inevitable necesidad de trabajar causa á algunas personas, me he dicho:

—Esto no es justo; es rebelarse contra uno de los más sabios preceptos del Criador.

Y sin embargo, yo tambien algunas veces me he sentado en mi camino con el alma fatigada y el espíritu falto de valor para cumplir la inmutable sentencia grabada en las puertas de la vida.

«Ganarás el pan con el sudor de tu frente», le dice al hombre.

«Sufrirás penalidades sin cuento, y participarás de las fatigas de tu compañero», le dice á la mujer.

Pero el desaliento no puede dominar por mucho tiempo á las almas cristianas, y la mia ha salido en breve

de ese marasmo doloroso, hijo de la fragilidad de la humana naturaleza.

He vuelto los fatigados ojos á esa augusta compañera que se llama razon, y ella me ha tendido su poderosa mano para prestarme apoyo, y me ha mostrado el rayo bienhechor de su mirada, que disipa todas las tinieblas.

Entónces he visto que Dios, hasta en sus castigos, se muestra paternal, y que en el fondo mismo del dolor ha puesto la fuente del consuelo, del mismo modo que un amoroso padre deja, como al descuido, en un rincon del encierro de su hijo culpable, un nutritivo y sabroso manjar que haga llevaderas las horas del aparente ayuno.

Una de las pocas dichas verdaderas de la tierra es el poder decir:

«Esto que poseo lo debo á mi trabajo; al santo, noble y honrado trabajo.»

Estas palabras y la conviccion de la idea que encierran compensan todas las fatigas de la laboriosidad más extremada y más dura.

Jóvenes y amadas lectoras mias, no envidieis jamas á los ociosos; las leyes divinas se han de cumplir, á despecho de todos los ardides humanos, y el que no trabaja materialmente, el que se hastia de sus deberes y los rehuye, trabaja de un modo invisible y mucho más doloroso. Se sujeta á la tortura moral del fastidio, y abre en derredor suyo el vacío del sepulcro.

¿Hay algo comparable á esa frialdad que invade á los ociosos, y que es la nada del alma?

El escritor, el pintor, el músico, el artista, en fin, es mucho más dichoso el dia que termina una de sus obras

que juzga buena, que el hombre que hereda de repente una colosal fortuna.

El trabajo es el lenitivo de todos los dolores de la vida: los más crueles pesares se alivian cuando estamos activamente ocupados, y hay veces que los olvidamos del todo.

Más dichosas sois vosotras, bellas y modestas jóvenes, el dia que estrenais un lindo traje cortado y hecho con elegancia por vuestra mano, que la opulenta heredera, á quien cada semana le lleva dos su modista, sin costarle el poseerlos otro trabajo que pagar la crecida cuenta que le presentan.

A vosotras siempre os queda el inocente orgullo de que os admiren en vuestra obra, llevada á cabo con tanta constancia como actividad; os queda el alegre deseo de emprender otra nueva, y la conviccion de vuestra habilidad y primor que cada dia puede aspirar á más complicadas empresas, librándoos del hastío, enemigo mortal de la mujer.

¡Cuánto realza las gracias de una jóven, sea cualquiera su estado, el verla entretenida en un bordado, ó en una labor primorosa!

Si es aún libre, ¡qué buena esposa promete ser!

Si es ya esposa y madre, ¡qué buen ejemplo para sus hijos!

Jamas olvidaré la adorable figura de una jóven costurera que vivia enfrente de una habitacion que yo ocupaba cuando era niña.

Habitaba con su madre, pobre anciana á la que mantenia con el fruto de su trabajo, un cuartito situado bajo

el tejado, como el nido de una alegre y jóven golondrina.

Sólo tenía una ventanita muy estrecha, á la que alegraba, calentándola, un rayo de sol.

Allí la hallaba cosiendo el primer resplandor del dia, en el invierno, á la luz de su pequeño quinquê, pues se levantaba á las cinco en todo tiempo.

Cuando la aurora resbalaba su plácida luz sobre sus cabellos castaños, apagaba ella la artificial y presentaba detras de los tibios cristales su adorable busto, que parecia modelado por la mano de las Gracias.

A traves de sus párpados inclinados se veia reir en sus grandes ojos un rayo de juventud: su tez pura y rosada era fresca y limpia como la flor que se abre en las auroras de Mayo.

Poco despues de apagar su lámpara, es decir, cuando ya penetraba bastante claridad en la habitacion, dejaba su asiento, peinaba, riendo, sus largos cabellos, y gozosa con su belleza volvia á sentarse, para coser al són de su dulce cantar.

Cuando su madre se levantaba, dejaba su labor para dedicar algun tiempo al cuidado y aseo de la anciana, y en seguida arreglaba y limpiaba su alegre nido, dando saltitos, como andan por el campo las palomas torcaces.

Despues, cuando se ponia su traje de muselina en el verano, ó de lana oscura en el invierno, se asemejaba á la diosa de la juventud y del amor.

II.

Sólo contaba yo diez años, y aquella jóven vecina parecia llegar á los diez y siete; mas á pesar de esta gran

diferencia en nuestras edades, me inspiraba ella un dulce sentimiento que yo creia amistad, pero que era ese lazo íntimo y dulce que se llama simpatía.

En efecto, ¿cómo podia ser amistad lo que me atraia hácia ella, si jamas le habia hablado, si su carácter y sus costumbres me eran completamente desconocidos? La amistad nace del trato, del conocimiento de las bellas cualidades del alma, y sobre todo de la igualdad en las edades, en la posicion y en los sentimientos.

Lo que me inclinaba hácia aquella jóven de una manera irresistible era que habia en ella algo de hermoso, de alegre, de tierno y dulce que la infancia presiente y ama.

Era ella un poema de virtud y de hermosura que mi alma comprendia en parte, y en parte adivinaba.

Pregunté á las criadas de mi madre si sabian su nombre, y me contestaron negativamente: ni siquiera habian reparado en ella, lo que no era extraño, porque jamas los caracoles han podido seguir en el cielo el vuelo de la alondra.

Vino un dia á casa una señora anciana, y tuve un pensamiento feliz: recordé haberle oido decir á ella misma que era muy antigua en el barrio, y le señalé el alegre nido de la jóven, iluminado entónces por un dorado y alegre rayo de sol.

—¿Sabe V. quién es? le pregunté: ¿sabe V. cómo se llama?

—Sí, me respondió, sentándome sobre su falda; porque aquella buena señora tenía el encanto de la bondad, que es el mayor atractivo de los ancianos; sí, la conozco, hija mia, y visito á su madre.

—¡Ah, qué dicha! exclamé yo batiendo las palmas. ¿Querrá V. llevarme un dia?

—¿Por qué no? Desde aquí voy á visitar á Consuelo y á su madre, y puedes venir conmigo.

Yo me así de la mano de la anciana, y salimos juntas.

Mi corazon palpitaba de alegría; jamas habia sido tan dichosa.

Subimos al nido ocupado por aquellas dos pobres mujeres, y á pesar de mi deseo de llegar, por dos veces mis débiles piernas se negaron á continuar la ascension; tan penosa era la escalera.

Llegamos, por fin, á la estrecha puerta que conducia al cuartito habitado por la jóven y por su madre, y la misma Consuelo vino á abrirla.

Allí, de pié en el umbral, me pareció más hermosa, más dulce, más encantadora que nunca.

La anciana que me acompañó se sentó al lado de la madre de Consuelo; ésta se sentó junto á la ventana, y volvió á tomar su labor; yo me fuí á su lado.

—¿Por qué cose V. tanto? le pregunté tímidamente.

—Porque me hallo bien trabajando, me respondió sonriendo.

—¿Pero no se cansa V. de estar cosiendo todo el dia?

—No, porque pienso en el descanso de la velada; por la noche sólo coso hasta las nueve, y despues leo un rato.

—¿No desea V. ir á paseo ó al teatro?

—No, querida mia, soy muy dichosa en mi casita al lado de mi madre que tanto me quiere, y á la que debo consolar con mi constante compañía de sus pesares y de su tristeza; ¡es tan desgraciada!

—¿Es desgraciada?

—¡Sí, mucho! Mi padre era médico, y al morir nada pudo dejarnos: mis hermanos murieron tambien... sólo yo le quedo á mi pobre madre, y soy tan dichosa en poderla ser útil, en proveer á sus necesidades con el producto de mis labores, que no cambiaria esta ventura por la más grande de las fortunas!

—En efecto, señorita, siempre está V. cantando y riendo.

—¿Y cómo no he de estar alegre? En el almacen en que me dan bordados alaban mis labores y me las pagan á un precio mayor que el establecido: algunas veces me dice la buena señora que está en el mostrador:

—Señorita, no se imponga V. privaciones, ni permita que las tenga su buena madre; cuanto dinero necesite se lo adelantaré. Porque—añadió Consuelo á modo de paréntesis—no crea V. que los que mandan trabajar son tan crueles como dicen; la laboriosidad y la honradez son atendidas en todas partes; no pueden estimarse la negligencia, la holganza y los malos modales; pero al que cumple con su deber se le tienen atenciones; yo me considero muy dichosa: sin que lo sepa mi madre, y trabajando un poco más cada dia, hace un año que voy poniendo en un bolsillo veinte reales cada semana. ¡Si viera V. cómo me palpita el corazon cuando lo abro! Si supiera V. qué delicioso es el decirse: «Este es el fruto de mi trabajo, de mi economía.» ¡Oh! esto vale más seguramente que el poder decir: «¡Soy rica!»

A este tiempo se levantó para retirarse la amiga de la madre de Consuelo.

—Déjeme V. á la niña todo el dia, dijo la jóven.

—Puede quedarse hasta la noche, dijo la anciana, yo diré á su madre que no podia dejarla en mejor compañía.

Allí pasé, en efecto, algunas horas, de las que conservo la más dulce memoria. Ayudé á Consuelo á cubrir la mesa, cambié el agua á sus pájaros, y despues cosí un dobladillo en un pañuelo de batista cuya marca debia ella bordar.

Cuando me abrazó y me dijo que estaba hecho con primor me creí más dichosa que el héroe á quien coronan de laurel al frente de un numeroso ejército. Eran espectadores de mi inocente triunfo, Dios, Consuelo y su buena madre que me abrazó tambien con ternura.

—¡Ojalá,—me dijo—ojalá, hija mia, veas siempre risueño el rostro de la fortuna! Pero si algun dia tienes que ganar el pan con tu trabajo, no por eso serás desgraciada: él nos da la más grande y pura de las satisfacciones, convenciéndonos de que tenemos algun mérito, y proporcionándonos la tranquilidad de la conciencia.

Dos dias despues vino Consuelo á mi casa; traia en la mano una cajita y un ramillete de violetas, en cuyo centro habia una hermosa rosa blanca. Así que me vió corrió á abrazarme. Se puso de rodillas delante de mí para igualar á la mia su estatura, abrió la cajita y sacó de ella una pequeña cruz de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro, que suspendió de mi cuello, presentándome despues el ramillete.

—María, me dijo con la sencillez candorosa que era en ella tan natural como el perfume en aquellas flores:

por el bordado y cosido de aquel pañuelo, cuyo dobladillo hiciste con tanto primor, me han dado ocho duros, de los cuales he gastado tres para tí: esta crucecita y estas flores son el precio de tu trabajo: guárdalas siempre. Si algun dia te abruma la pobreza, y yo no estoy ya cerca de tí para darte aliento, mira esa cruz y piensa en que la cruz del trabajo, llevada con resignacion y fortaleza, nos guia hácia la felicidad, y en que el Hijo de Dios quiso participar de las miserias de la humanidad, llevando la cruz de su Pasion.

Yo abracé á mi vez á Consuelo, que volvió al lado de su madre para continuar sus tareas.

Aun guardo la cruz y las flores marchitas, y las guardaré miéntras viva; y cuando el desaliento me fatiga, vuelvo los ojos al mundo de los recuerdos, y veo á Consuelo de rodillas delante de mí, suspendiendo la cruz de mi cuello, y como adorando la primera muestra de mi aficion al trabajo.

III.

Consuelo amaba, porque el amor es inseparable de las condiciones blandas, suaves y dulces como la suya.

Amaba desde la infancia á un primo suyo, hijo de una familia bien acomodada y que habia conservado sus riquezas, al mismo tiempo que los padres de la jóven habian perdido todas las suyas por un capricho de la suerte.

Su primo hacía tres años que viajaba, y nada sabía de de las degracias de Consuelo y de su madre.

Llegó el dia señalado para su vuelta, y la tristeza cubrió, como una negra nube, el corazon de la jóven; temia que al ver su mísera posicion el corazon de su primo sufriese mudanza, como ella habia oido decir que sucede muchas veces en la vida.

Pero no sucedió así: el que amaba Consuelo era digno de ella, y sabía apreciar en su justo valor su resignacion á los decretos del Altísimo y su cariño filial.

Dos meses despues de la llegada de su primo, la bordadora ceñia su frente con el velo nupcial que su anciana madre le prendia con mano trémula de alegría, en tanto que sus labios pronunciaban dulces palabras de bendicion, y de sus ojos brotaban lágrimas de felicidad. La anciana murmuraba:

—¡Dios te bendiga, hija mia, como te bendigo yo! ¡Dios dé á tu amor conyugal la ternura, la abnegacion de tu cariño filial! Que la Vírgen soberana, madre comun de nuestro sexo, sea el consuelo de todas tus aflicciones; porque no quiero que sueñes con un porvenir de delicias, mi Consuelo: en todos los estados de la vida hay penas, porque sino no se llamaria este mundo valle de lágrimas; en todos los estados hay deberes que cumplir, hay que rendir culto al trabajo; pero tú no desmayarás en la senda que hoy abre Dios ante tus ojos, pues has seguido con la fe en el alma y los ojos en el cielo otra más difícil.

La buena madre no se engañaba: la que habia sido una hija tan ejemplar, debia ser una ejemplar esposa. Viéndola, aprendí de cuántas maneras se puede cumplir la ley santa del trabajo, y me persuadí de que en todos

los estados es culpable la ociosidad y odiosa la apatía.

La fortuna próspera para Consuelo la alejó de mí; pero su recuerdo permanece indeleble en el fondo de mi alma, como permanecen los recuerdos de todo lo que es bueno, puro y santo.

Aún creo verla ocupada constantemente de su casa, de su marido y de sus pequeños hijos; la recuerdo leyendo en voz alta á su anciana madre las oraciones del dia, que ya no podia leer ésta por sí misma á causa de la debilidad de su vista, y recuerdo que su casa elegante, era por su órden, por su alegría, por su aseo, por su amor al trabajo, en fin, lo que era el pobre y modesto nido donde yo la conocí y donde bordaba cantando desde ántes de mostrar la aurora su primera sonrisa; un trasunto del cielo.

Porque debeis saber, lectoras mias, que, á mi modo de ver, no trabaja sólo la que se ocupa materialmente de una tarea asidua, de una labor de aguja, no; en mi concepto, trabaja tanto ó más que ésta la que vigila á sus criados y les obliga á mantener el buen órden que tiene establecido en su casa; la que enseña á sus hijos á rezar y á comprender lo que rezan; la que busca las miserias ocultas y las socorre generosamente, y la que embellece su hogar con los primores que aprendió en su infancia.

IV.

Una de las cosas que más enaltece á la mujer es ese *culto del hogar*, como decia un célebre novelista frances,

que propagó muchos errores, pero que sembró tambien en sus libros infinitas ideas tan bellas como buenas.

Sí; la coquetería doméstica, si así puede llamarse, habla muy alto en favor del talento y de la bondad de la mujer.

Adornar el hogar, ¿no es amarlo?

Cuidar la casa, perfumarla, llenarla todo lo posible de objetos lindos que halaguen la vista, de objetos cómodos que la hagan agradable, ¿no es decir que se prefiere la casa á todo, y que en ella se halla el reposo, la alegría, la felicidad?

Y el pensar en cómo se añadirá un encanto más á la casa, ¿no es trabajar tambien con la imaginacion, con el buen deseo? Y el bordar un almohadon para apoyar los piés, una pantalla para la chimenea, un acerico para la mesa del tocador, ¿no es trabajar con un objeto meritorio, que produce frutos encantadores?

Mucho compadezco á las mujeres exhautas de habilidades, á las que van á buscar fuera de su casa la distraccion y el recreo: la sociedad es bella y agrada, pero casi siempre deja fatigados el espíritu y el cuerpo; nada hay verdadero más que la dicha del hogar, y éste, habiendo aficion al trabajo, ¡se embellece á tan poca costa! ¡Es tan poco dispendioso el hacerlo encantador! ¡Es tan dulce, tan grato el adornarlo! ¡Es tan hermoso el formarse un nido donde descansar de las borrascas de la vida!

Jamas he comprendido la habitacion de una mujer tosca, desaliñada, fria é invadida por el descuido; la concibo, sí, más ó ménos modesta; pero desabrigada, sin cortinas, sin flores que hablen de la bondad de Dios, sin

cuadros que hablen de las artes, sin perfumes que halaguen los sentidos, jamas he sabido comprenderla.

Nunca me he imaginado una mujer bella, delicada, distinguida y admirada, corriendo de tertulia en tertulia, de paseo en paseo, visitando mucho, dándose mucho á ver, en una palabra; la he imaginado, sí, leyendo sentada en un elegante silloncito al lado de su chimenea, ó bordando junto á un velador, cerca del cual hay una modesta copa llena de rojas ascuas, bien vestida, peinada con gusto; la he visto rodeada de algunos buenos amigos en las noches de invierno, sirviendo, con encantadora gracia, á cada uno su taza de té, ayudada en tan grata tarea por su mismo esposo, pues no es necesario, para ser bella y distinguida el estar rodeada de servidores, de fausto y de ostentacion.

Pero todo esto en su casa, *enh su ogar*, embellecido por su prevision, alegrado con su sonrisa, animado por su inteligencia.

No hay ninguna mujer que, si quisiera, no pudiera ser encantadora; la ménos linda, la ménos jóven lo sería si le ayudase una firme voluntad: basta para esto un buen carácter, una buena educacion, la razon natural y la aficion al trabajo; al trabajo *mental* que crea, al trabajo *material* que ejecuta; al trabajo mental que es la reflexion; al trabajo material que es la belleza visible, y por lo mismo la más fácil de comprender y la que más nos seduce.

El trabajo es el auxiliar constante y benéfico de la mujer; con el trabajo trasforma sus adornos, se rodea de mil atractivos, hace brillar su talento, su bondad, su

hermosura, sus habilidades, embellece su casa, por modesta que sea su fortuna, y se hace amar de cuantos la tratan.

No huyamos, pues, la santa ley que tales ventajas proporciona. Dios, al imponérnosla, nos ha dado los medios de utilizarla en nuestro provecho, y de su cumplimiento, como del de todos los preceptos divinos, nacen el sosiego, la paz, la alegría, los dulces encantos del hogar, y la felicidad de la familia.

LA CORTEDAD Y LA INSOLENCIA.

I.

Entre una jóven demasiado tímida ó corta de genio, y otra insolente, la última es, sin duda, la que hace un papel más ridículo; y puede, no obstante, asegurarse que la extremadamente tímida ocupará un lugar muy secundario y sufrirá no poco en sociedad.

Pero no puedo yo aplaudir á una mujer atrevida hasta la insolencia, *despejada* con exceso, *ocurrente*, como suele llamarse á las mujeres de ese carácter.

Madres, que ante todo anhelais la felicidad de vuestras hijas; la felicidad verdadera y durable, y no la que estriba en la vanidad, enseñadlas desde temprano que la timidez contenida en los límites de la dignidad, es el reflejo de un pudor noble y delicado.

Que sean tímidas hasta el exceso para lo malo; más para lo que es bueno y justo, que guie su conducta una firme é independiente voluntad.

He visto algunas jóvenes, hijas de familias modestas, que se hallaban tan cortadas en sociedad y tenian tal temor de que se conociese su orígen, que para nada ha-

llaban aplomo y serenidad, sin considerar que cada uno debe ser considerado segun su mérito y segun sus cualidades morales, y que el haber nacido en la cuna más humilde, dista mucho de ser un borron.

Es necesario que las niñas se persuadan desde temprano de que la única cosa de que se deben avergonzar es de obrar mal, de cometer acciones indignas y que las rebajen, no sólo á los ojos de los otros, si no á los suyos propios; que las diferencias sociales las establecen, no el nacimiento, no la riqueza, sino la virtud, la inteligencia, la educacion, el trabajo; y que en los anales de la ciencia y del arte hay muchos hijos del pueblo que se han sentado á la mesa de los reyes, y á los que éstos han distinguido con su afecto y con su admiracion; nacer en pobre ó humilde cuna, y elevarse por merecimientos propios, es más honroso y más digno de aplauso que venir al mundo con grandes riquezas.

II.

Para preservar á las niñas de una cortedad excesiva, es necesario no ajarlas y deprimir contínuamente el mérito que puedan tener, sino inspirarles, por el contrario, un íntimo convencimiento de que valen algo, y un sentimiento profundo de dignidad y de decoro.—Con tales condiciones no la impondrán temor las más altas jerarquías, ni se hallarán cortadas en el más suntuoso banquete, ni en los esplendores de un baile, ni ante las magnificencias de un salon.

Debe acostumbrárselas desde temprano á los dulces

modales, á las maneras nobles y distinguidas, á la posible elegancia en el traje, y, sobre todo, á una vida irreprensible; y vosotras, queridas niñas y jóvenes esposas, creedme: que vuestras acciones estén siempre ajustadas á las leyes del honor y de la virtud, y decid con toda confianza: «Yo valgo tanto como la que más; si me honran con una invitacion, yo honro tambien al aceptarla; yo estoy siempre en mi sitio, y nadie puede ni querrá arrojarme de él.»

Pensando así, veréis como nunca careceréis de aplomo y de serenidad; vuestra conversacion será agradable; vuestras maneras perfectamente dignas; vuestras palabras dulces y adecuadas á las circunstancias, y, en una palabra, jamas os creereis ménos que las demas; el ridículo huirá de vosotras, vuestro trato será buscado y apreciado, y todos le hallarán encantador y lleno de atractivos.

La serenidad, el reposo, el aplomo, se adquieren mucho tambien con el trato de mundo; una madre no debe llevar á sus hijas, sino muy pocas veces, á los salones, á los grandes saraos, á las reuniones numerosas, y áun esto no debe hacerlo hasta que aquéllas tengan diez y siete ó diez y ocho años, esto es, cuando su educacion é instruccion se hallan ya terminadas; pero en las reuniones familiares el dia que tenga destinado en su casa para recibir, debe tenerlas á su lado y formar sus maneras, á fin de que, cuando las presente en el mundo, posean ya la serenidad que indispensablemente necesitan.

Nada encuentro más vituperable que la costumbre que

tienen algunas madres de llevar á sus hijas desde la más tierna edad á los teatros, y de tenerlas á su lado, si reciben, hasta una hora muy avanzada de la noche; los niños, hasta los catorce años, necesitan de mucho sueño para estar buenos, y un régimen especial; desde cierta hora de la noche están molestos y molestan á todos los demas; las criaturas muy pequeñas deben recogerse al anochecer, y poco á poco se pueden ir alargando sus veladas; á los doce años una niña debe acostarse todavía á las nueve de la noche, y he visto á una madre de gran talento y que amaba á su hija con la mayor ternura, que la hacía retirarse á las diez á su cuarto, aunque ya contaba quince años; hasta esa hora estaba en la tertulia de su madre, el dia que ésta recibia; otra noche de la semana la acompañaba al teatro, y los demas dias pasaba la velada en estudiar y hacer labor al lado de su familia.

Cuando á los diez y ocho años sea presentada esta niña en un salon, estará perfectamente educada, y no tendrá, ni la extrema timidez que entorpece los movimientos, ni la insolencia, que es el mayor enemigo de la dignidad y del pudor de la mujer.

Ya que he hablado de la cortedad, hablemos ahora de la insolencia, defecto grave, y que, segun he dicho, perjudica más que el anterior al buen nombre de una mujer.

III.

Algunas jóvenes se ven en la sociedad dotadas de extraordinaria sangre fria, y en cuyo semblante jamas se

asoma el rubor; que hablan de todo; que dan su parecer en todo, que todo lo han visto, todo lo han leido, todo lo entienden, y que se creen dotadas de un talento universal.

Estas personas prefieren mentir á callarse, ó á hacer creer que ignoran alguna cosa; se habla, por ejemplo, de un país del Norte, y la insolente quita la palabra al que la tiene, habla de él como si hubiera estado allí toda su vida, contradice á los que verdaderamente han estado ó le conocen de haber leido sus descripciones, y levanta la voz más que nadie.

La insolente ni se corta ni se intimida jamas; lleva un traje pasado de moda, y hasta ridículo, con el más perfecto aplomo, porque, segun su parecer, lo suyo es lo mejor, lo más elegante, lo más rico, lo de mejor gusto, en una palabra.

La insolente es habladora, mejor dicho, charlatana, y por lo mismo cae muchas veces en la maledicencia; cuenta la historia de todo el mundo, sabe, ó dice que sabe, lo que pasa en el interior de las familias; se burla de todo y de todos.

¡Ay! vosotras quizá lo dudaréis, lectoras mias, y, sin embargo, podeis creerlo. He visto á personas muy nobles y muy dignas temer á una de esas criaturas insolentes, y que quieren ocupar en la sociedad un puesto que son indignas de obtener, y que ningun espíritu fuerte y valeroso les concede.

Las personas más temerosas de las insolentes, son naturalmente las que son más tímidas; víctimas éstas de aquéllas, sienten un terror invencible hácia sus bur-

las; no seais vosotras débiles hasta ese punto; tened dignidad bastante para hacer bajar los ojos á la insolente entrometida y envidiosa; si os ataca, contestadle con dignidad y firmeza, y veréis como jamas vuelve á haceros blanco de sus tiros, á no ser traidoramente y por la espalda, en cuyo caso podeis despreciarla con mucha más razon.

Pocas veces es insolente una persona de verdadero valor, ya sea por su talento, por su noble carácter, ó por su alta posicion; el convencimiento del propio mérito da tranquilidad y modestia. ¿Para qué defender lo que nadie puede quitarnos? El insolente afan de figurar, el charlatanismo, son propios de gente que nada vale y que quiere elevarse; el que ya se halla elevado, sólo tiene el tranquilo cuidado de conservar su sitio; pero no debe perder éste por nada ni por nadie.

Huid el trato y la amistad de la mujer petulante, vana y habladora, pues estos defectos son los rasgos característicos, los matices de la insolencia: nada podeis conseguir con su trato más que sinsabores; y ademas, tened entendido que, estimándose la insolente más alto que nadie, procurará humillaros, y sólo se os acercará para perjudicaros, ya sea de un modo ó de otro.

IV.

La timidez es el exceso de la modestia, el extremo de la humildad.

La insolencia es el colmo de la soberbia, la superabundancia del amor propio.

La persona muy apocada ama y casi venera á las personas de mérito, porque ella no se atribuye ninguno.

La persona insolente odia á todos los que brillan, les envidia, les detesta.

Donde una insolente entra, pocas personas de gran talento hallan lugar.

Esta inventa, denigra, discurre, calumnia, aguza, en fin, su ruin entendimiento para arrojar de su lado á todo lo que le hace sombra, á todo lo que es verdaderamente bello, verdaderamente noble y grande; abisma, tortura, aniquila y mata las reputaciones mejor adquiridas; no retrocede ante nada, porque su propósito invariable es tener siempre el primer lugar.

Una mujer excesivamente tímida sólo se hace daño á sí misma; mártir de la pequeñez de su espíritu, no se atreve á suponerse nada, y todo su afan es pasar olvidada y desapercibida; admira á todos; agradece la más leve prueba de cariño y simpatía; es servicial, acaso con exceso; no aspira á brillar, sino á ser útil; todo le parece poco para conceder á los demas; todo le parece mucho para sí misma.

La insolente no concede nada á nadie; y en la casa cuyos dueños son bastante débiles para darla entrada, pronto quedará reducida la sociedad á los tontos que se dejen seducir por su charla y atemorizar por su ridícula petulancia.

Es, pues, lógico que la excesiva timidez sea mucho ménos perjudicial para los demas, que la insolencia; mas como tampoco debe uno perjudicarse á sí propio, el justo medio, la dignidad y el valor, es lo que dan en sociedad

el matiz de decoro, de gracia, *le bon maintien*, como dicen los franceses.

No caigais nunca en ninguno de los dos extremos: ni os tengais en demasiado poco, ni en un valor excesivo; sed justas y hasta modestas para con vosotras mismas, tolerantes y amables para los demas; sed indulgentes para todos, guardad consideraciones, pero no descendais á la humillacion; si habeis conquistado un sitio distinguido con vuestro talento ó vuestro trabajo, no lo dejeis; pero no creais tampoco ese sitio más elevado de lo que es en sí, y dad á la vez á cada uno el mérito que tenga.

Si habeis de caer en alguno de los dos extremos, que sea en el de la cortedad; la insolencia atrae muchos enemigos, y tambien muchos sinsabores, aunque no quieran confesarlo los insolentes.

Preferid que os tengan que animar á que os tengan que reprimir, y no avanceis demasiado en la confianza con vuestras amigas.

La buena educacion, la templanza, la bondad, son las llaves de oro que abren todos los corazones; la insolencia, el hierro helado y negro que los cierra con un fatídico cerrojo.

Contra la cortedad excesiva, llamad á la dignidad.

Contra la insolencia, á la modestia y la dulzura, y siendo amables y *bien educadas*, seréis queridas de todos.

Hay entre la cortedad del carácter y la osadía del mismo un *justo medio*, como lo hay en todo, y á lograrlo es á lo que se debe aspirar; á las madres toca dar las primeras nociones de él; á las hijas les toca obedecer las

prescripciones maternales, y seguir unos consejos que no pueden ser más sinceros y más desinteresados, porque las madres sólo desean el bien de sus hijas y que sepan labrar su dicha.

Cuando el carácter de una jóven es demasiado varonil, demasiado despreocupado, dará su madre una gran prueba de talento en contenerlo y suavizarlo lo más posible; porque es preciso reconocerlo: la mujer necesita, para su destino en la tierra, más suavidad que altanería y más paciencia que arrojo.

CONCLUSION.

Á LAS MADRES.

I.

Perdonadme si mi débil pluma ha desempeñado mal la tarea que se impuso, mis queridas señoras; en el libro que termina he querido tratar de un asunto al que en nuestra patria se le da poca importancia y que la tiene muy trascendental, segun ya lo han comprendido en otros países, y segun puede verse con evidencia á poco que en ello se piense.

Sirva de excusa á mi atrevimiento el afecto que siempre he profesado á mi sexo, y la profunda conmiseracion que, en vista de mi propia debilidad, me inspira la mujer en general, tan aislada y tan débil, muchas veces, como la autora de estas páginas, escritas con toda sinceridad.

¿Qué medios de subsistencia propia tiene la mujer con la educacion que hoy recibe? ¿Qué se la enseña? ¿Qué puede hacer? ¿De qué manera podrá evitar los escollos

que rodean por todas partes á la juventud y á la belleza desvalidas?

A principios de este siglo se decia en España que la mujer no debia saber ni áun escribir, siendo creencia muy arraigada el que el saber redactar medianamente una carta las conducia á su perdicion; despues las exigencias de la época han hecho desear que la mujer fuese agradable, y se la ha sacado algun tanto de la mezquina esfera de los quehaceres domésticos, enseñándola á dibujar una flor, á traducir medianamente el frances y á tocar en el piano dos ó tres piececitas de cortas dimensiones; más en cuanto á formar su corazon, á ilustrar su entendimiento, á elevar su inteligencia, nada se ha hecho, y sigue en la más completa ignorancia.

Se la exige, sin embargo, que sea buena esposa y buena madre, como si pudiera enseñar lo que no aprendió; se la exige que sea virtuosa y honrada, es decir, se la exige que si le faltan los medios de vida material que le daba un padre, un esposo, un hermano, consuma su existencia en una labor mecánica que le produce lo bastante para no morirse de hambre, pero que la sujeta á toda clase de privaciones y de penalidades que van minando su vida, que la van asesinando poco á poco.

II.

Repetiré, pues, lo que ya he dicho, y no os extrañe que insista en ello; creo que para elevar algun tanto la triste, la precaria situacion de vuestras hijas, creo que para formar á la mujer son precisas dos cosas: educacion é instruccion.

La instruccion es la parte adquirida, esto es, lo que viene, por decirlo así, de fuera á dentro.

La educacion es lo que perfecciona, lo que puede trasmitir la mujer á sus hijos.

La educacion forma el corazon, eleva el alma por medio de la enseñanza de la ley moral, por el conocimiento del deber y por el amor á la observancia del mismo.

La instruccion adorna la inteligencia de conocimientos útiles, y da los medios de que una mujer se gane la vida con decoro é independencia.

Es, pues, á mi juicio, tan preciso educar á la mujer como lo es instruirla.

Es preciso hacerla buena y hacerla apta para alguna ocupacion productiva que la liberte de los horrores del hambre y de los peligros de la seduccion.

¡Cuántas desdichadas hubieran evitado el primer escollo si hubieran tenido medios de ganarse la vida! Acaso hubieran sido modelos de honradez y de laboriosidad, si hubieran tenido sólidas nociones del bien y un medio productivo de adquirir el pan preciso! ¡Acaso hubieran sido excelentes esposas y madres ejemplares!

Repitamos con Mad. Campman; «si quereis reformar la sociedad, mejorad la educacion de la mujer»; el hombre recibe de su madre las primeras ideas, y si éstas no son rectas, influyen en toda su vida de un modo desgraciado y directo, porque las primeras ideas son las que con más fuerza se imprimen.

Ejemplo de esta verdad nos presentan dos hombres ilustres, y que he citado en otro de mis libros: lord Byron y Lamartine; aquél, hijo de una mujer helada, am-

biciosa, descuidada, dura y severa para su hijo, fué toda su vida el juguete infeliz de sus pasiones; y todo el poder, toda la brillantez de su genio, no pudieron libertarle de ser uno de los hombres más desgraciados de la tierra; no creia en nada, ni en el amor, ni en la amistad, ni áun en sí mismo; toda su vida anduvo errante en busca de la felicidad, y llevando en sí mismo el gérmen de la desgracia.

Alfonso de Lamartine debió el sér á una mujer de condicion dulce, de alma elevada, de corazon sensible, de superior inteligencia; y estas dotes, que él heredó en vida, y que el tierno amor de su madre desenvolvió, formaron al gran poeta què nos encanta y que todos admiramos; en sus *Confidencias*, vemos á Mad. Lamartine ser la amiga de su hijo; vende sus alhajas para proporcionarle los recursos que le faltan en el viaje que intenta, y cuando un amor desgraciado viene á llenar de amargura el alma del poeta, su madre comparte con él sus angustias, sus dolores, y presta el abrigo de su corazon, á aquel corazon desgarrado.

III.

No soy partidaria de que la mujer abarque aquellos ramos del saber humano, que parecen propios solamente de una inteligencia varonil; deseo á la mujer buena sobre todo, útil á sí misma y á su familia; pero no la concibo sino bella, dulce y consoladora para los suyos;

las mujeres sábias me asustan ; las instruidas me encantan ; el triste olivo, que da tan sabroso y útil fruto, no es tan bello á la vista como la rosa perfumada que da tan exquisita y preciada esencia ; por eso la rosa tiene más apasionados que el olivo, pues siendo útil tambien, lo es de un modo más grato y más amable.

Creo que puede hacerse á la mujer útil en el terreno del arte, pero no en el de la ciencia ; enséñesela con perfeccion la pintura, la música, la escultura, en la que tantas han sobresalido ; pero enséñeseles no de una manera superficial, sino sólida ; no de manera que se entretengan, sino de modo que puedan enseñar ; de un modo que les pueda hacer ganar su vida, subvenir á sus necesidades y proveer al sostenimiento de su familia.

He oido á muchas mujeres lamentarse en los dias de la desgracia de la educacion frívola que han recibido, y de que sus padres no han cuidado de su porvenir.

—¿Qué me han enseñado? me decia una con profunda amargura. ¿Qué sé yo? ¿Tengo algun recurso de que me sea dado valerme, hoy que tengo á mi esposo enfermo y sin poder ganar el pan de sus hijos? Me han enseñado á bordar una flor, á copiar muy mal un paisaje, á cantar dos ó tres romanzas de salon y á tocar en el piano algunas piezas ; adornos de la vanidad, y nada positivo, nada verdadero, nada útil. ¡Ah! En la época en que hemos nacido, los padres deberian pensar en dar á sus hijas una educacion que les sirviese para ganar algun dinero, qué les preservase de los horrores de la indigencia!

La pobre mujer tenía razon ; lo que ella sabia hacer era muy caro, pues para esa educacion superficial, en

vez de ganar, se gasta dinero ; cuando el piano se tiene que vender, cuando no hay dinero para comprar batista, ¿de qué sirven esas frívolas, esas costosas habilidades, á las que está reducida hoy la educacion femenina?

IV.

Desde el grado más alto en que puede ser la inteligencia un elemento de vida, hasta el más modesto, la mujer puede ser útil, si se la educa para ello.

Una mujer que se dedicase á hacer retratos, tendria mayor clientela que un hombre.

Una mujer que se dedicase á poner guantes, tendria más compradores que un hombre dedicado á la misma ocupacion.

Quedan despues las honrosas excepciones en las letras, entre las que se encontrarian muchas, si hubiesen tenido una educacion á propósito para ello, y se les alentase á dar á conocer su talento ; las profundas novelistas inglesas dan bien á conocer en sus obras que han recibido una educacion esmerada y que han hecho estudios serios ; aquí, la que canta es como los pájaros, porque el cantar es en ella una necesidad imperiosa, y se ahogaria si callase.

Hacer á la mujer buena, é instruirla, para que en caso de necesidad se baste á sí misma, es una grande obra que está por comenzar ; hácia ella llamamos la atencion de todos los espíritus generosos ; y no es que deseemos la extincion del hogar, puerto de paz, donde el hombre descansa de sus fatigas y sinsabores, no ; lo que desea-

mos es la ilustracion del hogar, y que éste se haga lo más agradable posible.

Hácia este punto llamamos particularmente la atencion de las madres de familia; es bueno y justo enseñar á las niñas todas las gracias de una educacion perfecta y elegante; pero entre sus diversas habilidades, que haya una poseida en tan alto grado, que pueda servirles de recurso; que sepa la música, la pintura ó algunos idiomas extranjeros, de tal modo que los puedan enseñar, ó que puedan llevar la correspondencia y contabilidad de una casa de comercio, como sucede en Francia é Inglaterra.

En nuestro siglo, tan turbulento, las fortunas que parecen más sólidas no están seguras; de un instante á otro vienen al suelo posiciones que se creian inamovibles, y es una crueldad que se piense sólo en el porvenir de los hijos, y se deje á las hijas, por la sola razon de ser más débiles, en el mayor abandono.

No es la literatura hoy camino tan cerrado para la mujer como lo era hace algunos años; la que nazca con la centella vivificadora que se llama talento, déjesela la libertad del pensamiento, la más sagrada de todas las libertades, y concédasele tambien el que la dé forma; la que esto escribe — lo dice con orgullo y en honor de su patria — vive sólo de la literatura, y su pluma es su único patrimonio. Es verdad que han surgido obstáculos en su camino; es verdad que trabaja, que lucha; pero casi siempre vence, y cuando no, se resigna; que no son la resignacion y la paciencia los sostenes más pequeños de la dicha y del bienestar de la mujer.

La primera parte de este libro, mis queridas señoras, es, como ya os dije, moral, teórica, por decirlo así; la segunda es la vida práctica ó real; pero ambas tienen la misma tendencia: el bien de la mujer, su ilustracion, su importancia, el modo con que debe ser considerada y amada.

La que ha escrito estos desaliñados renglones no ha tomado una vez la pluma, que no haya sido para defender á su sexo, para disminuir sus penas, para darle aliento y valor en los dolores de la vida; muy débiles son sus fuerzas, y de ellas ha desconfiado más que nunca al tratar de asunto tan delicado y tan digno de una pluma mejor y más experimentada; pero válgale la pureza y sinceridad de su deseo, y excusad, madres amorosas y tiernas, la forma singular en que ha reunido estos pensamientos, que os ofrece como un ramillete de flores incultas que han brotado en el fondo su alma, y que os dedica con tanto cariño como profunda simpatía.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

Á MIS LECTORAS. 5

PARTE PRIMERA.—LA DICHA DE LA TIERRA.

PRÓLOGO. 11
Á MI HIJA. 15

LIBRO PRIMERO.

I. Elena. 19
II. El casamiento. 24
III. Explicaciones. 32
IV. La institutriz. 37
V. Dos almas grandes. 44
VI. En paseo. 53
VII. Lógica. 58
VIII. Luz y sombra. 64
IX. Sueños y realidades. 71
X. Desesperacion. 77
XI. La novia. 83

LIBRO SEGUNDO.

I. Un héroe. 93
II. Mi educacion. 96
III. Mi espejo. 103
IV. El teatro. 111
V. En la ópera. 113
VI. La vuelta á casa. 118
VII. Impresiones. 123
VIII. Un traje y una carta. 138
IX. La boda. 144

LIBRO TERCERO.

Páginas.

I. La primera decepcion. 155
II. Mucho y nada. 160
III. Lecciones. 165
IV. Un nuevo pesar. 170
V. Agonía. 178
VI. Gracia. 188
VII. Revelaciones. 195
VIII. Nuevas revelaciones. 202
IX. Consejos. 213
X. Una bella enemiga. 216
XI. Una gran señora. 224
XII. Misterios del corazon. 232
XIII. Un bandido con frac. 240
XIV. Venganza. 248
XV. Desaliento. 254
XVI. Diplomacia. 260

LIBRO CUARTO.

I. Separacion. 269
II. Un rayo de luz. 273
III. La muerte. 276
IV. El médico del alma. 280
V. Nuevos consejos. 285
VI. Regeneracion. 288
VII. Conclusion. 291

PARTE SEGUNDA.— LA VIDA REAL.

El matrimonio.— Estudio.—Capítulo primero. 295
Capítulo segundo. 300
Capítulo tercero. 306
La instruccion prematura en los niños. 313
Correcciones á la infancia. 319
Del órden y de la economía. 325
Las fiestas de familia. 334
Emancipacion de la mujer. 341
La felicidad. 347
De la educacion y de la instruccion. 355
El mejor amigo. 371
La cortedad y la insolencia. 385
Conclusion. 395

OBRAS DE LA AUTORA.

NOVELAS ORIGINALES.	Tomos.
El lazo de flores.	1
La rama de sándalo..	1
El Angel del hogar..	3
Á la sombra de un tilo.	1
Dos venganzas.	2
El sol de invierno.	2
Margarita.—La flor del Castellar.	1
La senda de la gloria.	2
Amor y llanto..	2
Celeste.	1
El almohadon de rosas..	1
El alma enferma..	3
Rosa.—Flor de oro.	1
Un nido de palomas.	1
Á rio revuelto..	2
Premio y castigo..	1
La Vírgen de las Lilas..	1
Fausta Sorel.	2
Cuentos de color de cielo.	1
Combates de la vida.	1
El último amor.	1
Veladas de invierno.	2

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

NARRACIONES BIOGRÁFICAS.	
Catalina de Aragon.—Ana Bolena.	1
Juana de Seymour.—Ana de Cleves.	1
Catalina Howard.—Catalina Parr.	1
La Condesa de Genlis.—Eva.	1

	Tomos.
Juana de D'Arc.—Catalina Gabrielli.	1
Eloisa.—María Teresa de Austria.	1
Isabel la Católica.	2
María Stuard.	1
La Marquesa de Sevigné.—Blanca Capelo.	1
Agripina.—Santa Teresa de Jesus.	1
Cristina de Suecia.—La Condesa de Albany.	1
Santa Adelaida.—Doña Urraca de Castilla.	1
María Delorme.—Isabel Farnesio.	1
Ana María de Nesle.	1
Julia Leonor de Lespinasse.	1
Sofía Cottin.	1
La Emperatriz Josefina.	1

OBRAS DE INSTRUCCION RECREATIVA.

Un libro para las Damas.	1
La vida íntima.—En la culpa va el castigo.	1
El camino de la dicha.	2
Álbum de mis recuerdos.	2
Hija, esposa y madre.	3

OBRAS DE TEXTO.

La ley de Dios.	1
Á la luz de una lámpara.	1

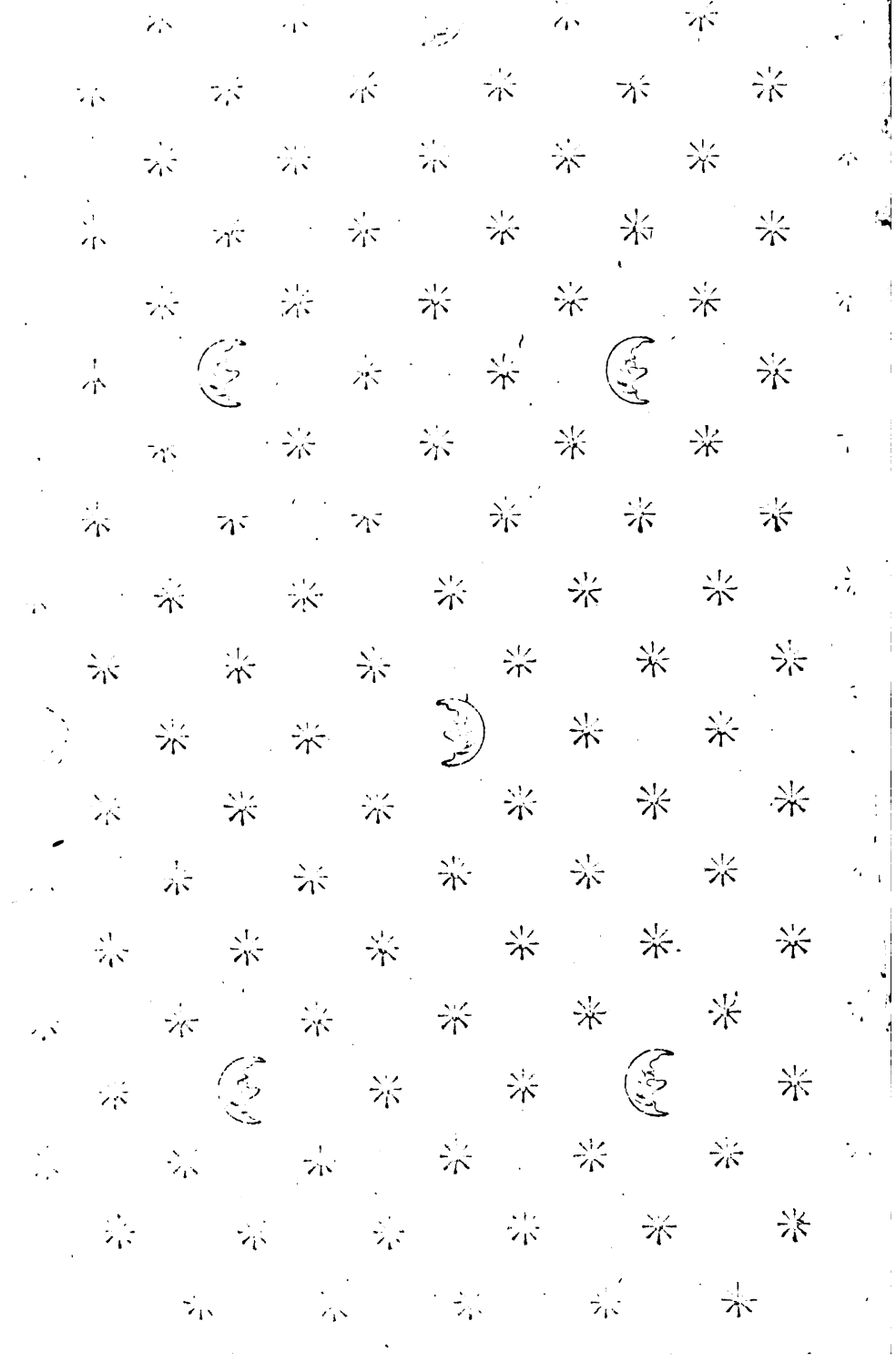
(Estas dos obras están declaradas de texto é incluidas en el trienio escolar de 1876 á 1879 en todas las escuelas de la Península y de las posesiones de España en Ultramar.)

POESÍAS.

Flores del alma.	1
Cantos de mi lira.	1

NOVELAS TRADUCIDAS DEL FRANCES.

Sibila (de Octavio Feuillet).
El lazo roto (de Mme. Bourdon).
Historia de una familia (de la misma autora).
Eufrasia. Historia de una pobre mujer (de la misma).
La tumba de hierro (de Enrique Conscience).
La Caballera (de Paul Feval).



U.C. BERKELEY LIBRARIES 378

C003339459

339905

Sinuès

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY